



E
**CLUB
LOVECRAFT**

ANTONIO LÁZARO



Novela



ESPA
PDF

Cuenta la leyenda que el poeta árabe Abdul Alhazred —que declaró haber visitado la mítica Ciudad de los Pilares del desierto— compuso en el siglo VIII en Damasco un libro prohibido, el Necronomicón. Para unos, era un tratado de magia negra, para otros, una obra de brujería cósmica llena de conjuros, encantamientos y exorcismos. Otra versión afirma que sus páginas se recreaban en las antiguas razas que dominaron el planeta y que esperaban su regreso para destruir y esclavizar a los humanos. Los más

atrevidos aseguran que se escribió con sangre humana...

El periodista Bruno Dampierre, junto con un grupo de amigos, emprenderá la búsqueda del famoso texto a través de los laberintos de Toledo, donde está oculto en las profundidades de una inmensa catedral subterránea sellada hace siglos debido a una extraña maldición.



Antonio Lázaro

El club Lovecraft

ePub r1.0

lenny 26.11.13

Título original: *El club Lovecraft*

Antonio Lázaro, 2007

Retoque de portada: lenny

Editor digital: lenny

ePub base r1.0

más libros en espaebok.com

«El palacio se ve con mayor claridad no sólo cuanto más alto miremos, sino también cuanto más profundo bajemos.»

ERNST JÜNGER

«Tierras, arqueología, sepultados
Toledos, Atlántidas hundidas en
cinco cuartos de hora.»

CÉSAR GONZÁLEZ RUANO

«Y mientras tanto, hundidas en un
abismo infestado de extraños

pólipos, las viejas torres añoran un
canto perdido y recordado.»

Nostalgia, HOWARD PHILLIPS
LOVECRAFT

PRÓLOGO

UNA CIUDAD DE LEYENDA

«¿Quieres que te cuente la historia de los que bajaron al laberinto subterráneo?», preguntó Hernán, y Leonardo supo que no necesitaba responder que sí, que con toda probabilidad su amigo se la iba a contar de todos modos. Porque Hernán era un gran contador de historias; de hecho, podía decirse que casi vivía de ello, de

contar historias acerca de la antigua ciudad de Toledo, lo que le permitía complementar, haciendo de guía nocturno, de conferenciante y de articulista, su sueldo de profesor de astronomía.

«En vez de estrellas, prefiere explorar cavernas», se dijo Leonardo mientras apuraba su segunda copa de Mort Subite. Un par de veces al mes se juntaban en alguna cervecería y compartían historias y jarras de cerveza. En realidad, la única relación social asidua que mantenía Leonardo eran esas salidas, aparte, desde luego, del club, el club Lovecraft.

Los dos amigos estaban en la edad mediana: algo mayor, Hernán era rubio, grande y con un punto germánico en su porte, aunque había nacido en Toledo. Leonardo, enfundado en una americana de pana marrón cuyas solapas cubría parcialmente un foulard, era de un tipo más meridional, también alto pero un poco menos que su amigo. Los dos se parecían en la incipiente tripita cervecera. Su amistad databa ya de tres lustros largos y las canas plateaban las sienes de ambos. Sentados en los altos taburetes, fumando sus pipas y con la blanca espuma rebosando sus labios, sabían que empezaban a hacerse

mayores, pero se veían como el primer día, cuando (tan jóvenes todavía) habían coincidido en el sueño de descifrar el libro indescifrable en que consiste la ciudad de Toledo.

Pero Hernán se había lanzado ya al descenso por el laberinto del tiempo a ese otro laberinto que se intrincaba, retorció y desparramaba debajo de la bella y ajada ciudad, debajo de ellos... En realidad, apuntaba algo eufórico ya por la cerveza, había habido varias exploraciones de la mítica cueva toledana, incluidas las suyas propias, en el transcurso de las cuales había creído identificar una de las salidas exteriores

del laberinto subterráneo a tres leguas de la ciudad, cruzado el río Tajo. La que él quería contar aquella noche era la promovida por el cardenal Silíceo el año de 1546.

La cerveza belga es fuerte y comenzaba a hacer sus efectos. Sin dejar de escuchar la historia de Hernán, Leonardo se fijaba al tiempo en una joven nórdica que bebía y picaba con lozano alborozo en un grupo de turistas reponiendo fuerzas. «Descendería al tesoro de tus secretos ocultos, rubia, sería espeleólogo de las simas de tu cuerpo, sueca.» Esas fantasías no le distraían por completo del relato de

Hernán. En realidad, ya se lo había escuchado tiempo atrás en alguna ocasión; era más que nada recordarlo, advertir detalles nuevos: lo importante en Hernán no era la novedad de la historia, sino su manera de contarla, distinta cada vez y subyugante siempre.

Se dice que el cardenal se propuso erradicar de una vez por todas las hablillas y rumores sobre la mítica cueva; otros habían escrito que pretendía localizar sus tesoros escondidos, sacarlos y repartirlos entre la legión de pobres que se hacinaba en la ciudad, tan angosta como populosa. «El caso es que —prosiguió Hernán

Silíceo, que era tan pedante que latinizó su verdadero apellido—, el supercastellano Guijarro, hizo limpiar la puerta de San Ginés, eligió un grupo selecto de *bravos*, los equipó de zurroneos de comida, hachas, cuerdas y —ante todo— linternas, y les hizo entrar en las tripas de Toledo...» Leonardo no dejaba de mirar a la joven rubia, él mismo se obligó a desviar la mirada, un poco avergonzado de su descaro; la veía sonreír, con las mejillas un poco coloreadas a causa de las copas de buen vino manchego que bebían, besar al chico que se sentaba a su lado... Y pensaba en sus adentros cosas como:

—¿Realmente ya no voy a volver a enamorarme?

«A cosa de media legua, los hombres dijeron que se habían encontrado con unas estatuas de bronce, dispuestas como enormes ídolos sobre una especie de altar, y que una de ellas se cayó, haciendo un ruido tal que los expedicionarios salieron en estampida acojonados del ruido. Aunque ellos eran unos valientes y huyeron, sí, pero hacia delante, hasta que al cabo de un rato escucharon un gran ruido de agua, como de una enorme corriente subterránea...»

La turista había brincado del taburete con grácil gesto de amazona,

permitiendo apreciar su estilizada figura, el esbelto trasero perfectamente silueteado por unos eficientes tejanos con un aire rockabilly. Pasó a su lado rumbo a los lavabos y le dirigió una rápida mirada especulativa, de fingido enfado. Pero Hernán proseguía con el relato, parecía seguir confiando en su atención esencial más allá de distracciones y devaneos.

Los hombres salieron exhaustos, rotos. En el exterior era ya de noche: habían vagado toda una jornada por los laberintos del subsuelo pero también por los del tiempo. La masa expectante se sintió legítimamente defraudada.

«Salieron —y en este punto Hernán se esforzaba por citar con la mayor literalidad a un cronista antiguo— tan atemorizados, tan despavoridos, tan con caras de difuntos que los que los aguardaban, y juzgaban que saldrían ricos y medrados, participaron también de su espanto y confusión.»

Sin venir muy a cuento, Leonardo pensó en algo sobre lo que habían perorado la última vez que se habían visto, al comienzo de un verano que ahora boqueaba con ansias de gazapo. (Melancolías del final del verano, que nos pone a soñar, porque sabemos lo que nos espera: un tedio de madriguera.)

Evocó de repente el monstruo de ocho ojos, con la boca rodeada de pedipalpos ganchudos, que vio Luis Buñuel en una posada toledana mientras comía y que, escrito estaba, le hizo perder el conocimiento. Buñuel, el gran cineasta y creador de la iniciática y gamberra Orden de Toledo, era otro bravo como esos que se aventuraron en el laberinto de abajo, un explorador de la imaginación y del subconsciente. No parecía fácil que una simple visión pudiera hacer que se desmayara: ¿habrían visto también los mercenarios de Silíceo al monstruo de los ocho ojos y la boca rodeada de tentáculos?

Leonardo había desarrollado una tendencia habitual a asociar hechos dispares y además iba ya por la cuarta muerte súbita. La joven nórdica había vuelto, le había dirigido una especie de vistazo sin mirarlo y había salido del bar con su grupo en medio de una algazara que dejó paso a un escenario vacío, como si aquellos taburetes solitarios y esa mesa cubierta de copas con heces de vino apurado fueran el final de un truco de music-hall.

Y habían pasado más cosas: Hernán daba ya fin a su historia. Los hombres que habían osado descender al laberinto regresaron entre los vivos sólo para ir

muriendo uno a uno, víctimas de un mal imposible de diagnosticar: la maldición de la cueva. La leyenda, en vez de desvanecerse, crecía y se multiplicaba. El libro de piedra que era Toledo añadía una página más a su índice y se blindaba ante los asaltos de la interpretación.

Tocaba despedirse hasta la próxima. Hernán se reuniría con la joven y bella compañera con la que había rehecho su vida. Leonardo, con sus papeles y sus libros, en esa soledad que había abrazado pero de la que, quizá, deseaba empezar a desasirse... El arzobispo mandó sellar y lodar la cueva maldita: la puerta de San Ginés quedó cerrada y

calafateada.

Una vaharada de salitre y un rumor de mar anegó la historia de los que bajaron al laberinto subterráneo de Toledo. ¿O no era *calafatear* palabra de la jerga navegante? Leonardo supo que ésa era la novedad del cuento de Hernán: una irrupción marinera, impregnando y ligando entre sí al ente que aterró a Buñuel y a la imagen de una mujer bella superponiéndose al terror de los túneles y las cascadas sepultadas.

Desde el paseo de San Cristóbal, en los límites con la Judería del antiguo Montichel, el punto en que los camaradas se despidieron con un

abrazo, Leonardo contempló las luces de los jardines del Tránsito y del barrio judío, ese bosque de sombras y farolas solitarias. La tranquilidad era total, el silencio, casi ensordecedor. Pero supo que algo estaba a punto de suceder, que esa calma encerraba conflictos, que el tiempo de la leyenda era circular y que, inevitablemente, alguien algún día volvería a preguntarle a su interlocutor: «¿Quieres que te cuente la historia de...?»

1

Toledo, Circo Romano

La luna arranca destellos blancos de los viejos sillares. «Pedruscos», se dice Tomislav, aun a sabiendas de que no son sólo piedras, sino restos vivos de un pasado muerto. Puertas al otro lado, pero ahora no tiene tiempo de abandonarse a esas sensaciones. Ahora sólo quiere echar una larga meada mientras trata de sacar el medio pitillo arrugado que debe de estar en algún punto de los bolsillos de su desgastado gabán militar. De repente, se da cuenta

de que está harto de los otros dos mendigos con los que deambula desde hace tres semanas, desde que coincidieron en un albergue de San Juan de Dios.

En verdad, nada los une, excepto un estricto afán de supervivencia. Como una banda de perros salvajes, piensa Tomislav, y la idea reaviva el pinchazo de una muela cariada. Maldice en serbio. ¡Si ni siquiera pueden entenderse! Uno es rumano y el otro, un nórdico errabundo. Los dos muy deteriorados física y mentalmente. Demasiado tiempo sin techo: mucho alcohol barato, mucha intemperie y una

notoria falta de disciplina. Ellos chapurrean una mezcla de inglés y de español. Sin embargo, él habla inglés a la perfección y siente que empieza a dominar el castellano.

Ante todo, procura no pasarse con el vino de tetrabrik. Él toma yogures y mucha fruta siempre que puede. Recorre muchos caminos y los caminos suelen ofrecer frutos próximos. Para encontrarlos sólo hay que estar atento. También hace gimnasia, cincuenta, cien flexiones diarias. No desea echar a perder su salud y se aferra a la idea de que tan sólo está atravesando una mala racha que confía poder superar. Se trata

de aguantar el tirón. Él fue militar, con mayor precisión, *paramilitar*, y la disciplina lo dejó marcado de por vida.

Bueno, también está lo de «las escisiones». Así las calificaron aquellos tipos que decían ser médicos, aunque las botas militares les asomaran por debajo de las batas blancas. Sus regresiones, sus brotes de fría y despiadada agresividad, fueron finalmente diagnosticados como esquizofrenia.

En realidad, el neuropsiquiatra no tuvo tiempo de escribir su diagnóstico. Un balazo en la frente acabó con su carrera.

Fue muy desconsiderado al

calificarlo de aquella manera. Bien es verdad que antes le había ayudado con unos fármacos a calmar uno de sus espasmos. Pero se olvidó de que sólo era el director de un manicomio ocupado por el enemigo, cuando él, Tomislav, lideraba la fuerza invasora. Como la mayor parte de pacientes eran de su bando, se invirtieron las tornas: los psiquiatras fueron tratados como enfermos por sus antiguos pacientes, ahora transformados en doctores, enfermeros y celadores. Fueron unos días magníficos. Por un pitillo las internas accedían a complacerte en lo que quisieras, por extravagante que ello

fuera. Tomislav estuvo al mando de su compañía en aquel hospital ocupado durante una semana.

Puede que aquélla fuera la semana más intensa y feliz de su vida. Todo un subidón de poder en estado puro. Era a la vez presidente, general y juez supremo de un delirante microcosmos. Comida, sexo, tabaco, bebida: lo mejor se le reservaba a él. Tomislav rompe a reír al recordar aquellos tiempos, tan distintos, aunque no distantes, y sus dientes, como los renegridos sillares, destellan a la luz de la luna.

Él fue la abeja reina (esa imagen le hace reír, es superior a sus fuerzas), sólo

que allá se habían invertido las tornas: los zánganos oprimían a las obreras, disponían de éstas a su antojo. Aplicaban los métodos de sus antiguos opresores con la tosquedad monstruosa de la parodia bufa, con el rencor tan humano del reo largamente torturado por el verdugo y que de repente constata a sus pies, como un irónico avatar de su locura, la caída de los antiguos amos.

Como tantas otras cosas, todo aquello pasó. Ahora él sólo es un mendigo que vaga por el centro de España. Sabe que la Interpol le busca como comparsa de un genocidio y por algunos asuntillos más. Pero el de

mendigo culorroto es un buen disfraz, un pasaporte que nadie pierde su tiempo en pedir.

Por lo demás, está harto de los pedos y gruñidos de esos dos cerdos, de lo mal que huelen y de sus broncas incomprensibles. Ya no le compensan las latas de conserva que consiguen ni los apestosos brik de vino cuyos tragos se disputan como animales. Él ha vivido como un rico en Roma, primero; después en Niza y en Marbella. Él brindaba con brut y con los mejores vinos, pero giró la fortuna, nunca mejor dicho, y su afición a los casinos acabó con los no pocos millones acaparados en botines y

chantajes, incluidos los hechos a algunos de sus superiores. Es un cante permanecer con esos tipos. Y luego aquel sitio, ese antiguo circo cargado de presencias en donde llevan ya cinco noches. Las «escisiones», él prefiere llamarlas «viajes», se han intensificado. En una de ellas asistía como espectador a una función en el circo en sus tiempos de esplendor. Ciudadanos, patricios, plebe, esclavos en tareas auxiliares: toda la sociedad de la ciudad hispanorromana de Toletum se hacinaba expectante en los graderíos. Un cristiano abatía a un león gigantesco y él compartía el silencio supersticioso y la

admiración del público ante tan sorprendente desenlace. Se despertó, o regresó con la boca reseca y un espantoso dolor de cabeza. Le arrancó de un manotazo a Matías, el rumano, el menguado brik de tinta lleno de chorros renegridos y se lo acabó de un trago.

Sí, decididamente, es un cante ir por ahí con esos dos. Van con la pancarta puesta; no se lavan, no se cambian apenas de ropa. Hieden. Apestan.

El usa ropa deportiva y lava su ropa interior de vez en cuando. Además, el tres cuartos lo aguanta todo: la lluvia, el frío, el sol inclemente. De todo aísla, de todo protege.

Son un cante. «Elimínalos», el primer mensaje resuena en su mente. Es una orden seca, inapelable. Siente los espasmos previos a toda regresión, pero sabe que esta vez no se trata de eso.

Es algo completamente nuevo y su mente se adentra en la autopista del vértigo. Cree descender por una torre inacabable, atravesar sillares ennegrecidos, volar por corredores y catacumbas, deslizarse sobre el agua sucia de cloacas, adentrarse en las tripas de la ciudad y allí, bajo una bóveda gigantesca de un material sintético, pero antiguo, ver cómo un ser pulposo y vagamente antropomórfico se alza de su

tumba. Es como una visión, casi una transparencia tridimensional. Con horror, Tomislav percibe que su mente no viaja, que aquello se produce *dentro de su mente* y que el Ser (quienquiera que sea) ha logrado introducirse en ella y comienza a enseñorearse, al menos en parte.

Entonces mira hacia la ciudad, mágicamente iluminada como un secreto tapiz en el fondo de la noche. Y sabe que Ella es su Destino. «La Ciudad Oscura, contra cuyas oscuras costas rompen las olas de nubes.»

—Elimínalos. Son un estorbo para ti.

Algo parecido a un tentáculo se irradia por cada célula de su cuerpo, agitándolo como un látigo de sí mismo. Algo, la mirada de otro, se asoma a sus ojos y le hace exhalar poderosamente todo el aire de sus pulmones. No se trata de su voluntad enfrentada a una mente invasor a. El intruso (¿o son más de uno?) tiene su propia voluntad y ésta coincide básicamente con la suya. Las órdenes se limitan por el momento a traducir al modo imperativo sus propias sensaciones, sus más profundas resoluciones. Pero la palanca del control final (hacer esto o aquello, hacer o no hacer) sigue siendo suya y eso le

agrada. Siente un plus de energía magnífico, superior a cualquier droga por buena que ésta pueda ser. Y una contundente claridad de visión.

Tomislav se rehace y se atusa el flequillo en gesto de cierta coquetería... Su rojizo cabello es largo y cuidado, nada de cortes militares tan generalizados y vulgares. Recuerda los tiempos de la Costa Azul, derrochando, seduciendo con sus salvajes ojos verdes y su rojo y cuidado cabello ondulado... Y con tanta pasta, en soporte papel o plastificada, rebosante en su cartera y en los bolsillos de su chaqueta de lino tostado. Vivió como un rey: algún asalto

de villa, algún secuestro exprés. Él se considera el inventor del género. Aquí te pillo a la niña y aquí te mato: pasta rápida y en cinco horas solucionado. Vivió como un rey aquellos tiempos. Sin embargo, ahora...

De nada sirve lamentarse. Esto es lo que hay, y algo nuevo, algo *distinto* dentro de él. Unos nacen hormigas, otros cigarras. Tomislav piensa que él no es ni lo uno ni lo otro. Él nació lobo.

Y se pone a olisquear la brisa de la noche como un lobo. Huele a cazador adolescente. Ya les hostigaron hace un par de horas. Zarandearon a Matías, escupieron al cartón desde donde Ralf

gesticulaba y se fueron cuando él llegó. Pero conoce bien a esos fascistoides de cráneo rasurado. No ven más que violencia en la tele, en los videojuegos y en el cine, y tienen demasiada energía a causa de su edad. En cierto modo, los comprende. Sabe que volverán.

La noche se promete movida.

Ejercerá su oficio de lobo con esos lobitos y de paso se librará de los dos majaderos. Hará un favor al mundo y otro a esos dos tocapelotas, sólo que no estarán en condiciones de darle las gracias. Los pelaos se presentarán con el consabido arsenal: bates, cadenas, porras, puños americanos, quizá

nunchakus... Da igual; Tomislav esgrime su navaja de nacaradas cachas, larga, implacable. Le encanta plantarles cara, ver la expresión de sorpresa en sus rostros: no están acostumbrados a que un mendigo se les enfrente. Y para él es como su gimnasio; bueno, algo mucho mejor: una apasionante forma de mantenerse en forma. Y conste que suele llevarse alguna que otra hostia...

La navaja; Tomislav la contempla, la admira a la luz de la luna, siente su peso exacto sobre la palma de la mano. Está hecha para el duelo. Toda una albaceteña, un clásico. Recuerda cómo la consiguió, fue en Madrid, después de

merodear tres días por la recepción de un hotel que —él lo sabía— frecuentaban antiguos colegas, capos de la mafia del Este. Después de un plantón casi eterno, lo único que obtuvo fueron cien miserables euros que le dio, a manera de limosna, un matón que, en otros tiempos, había sido su chófer. Mientras le pasaba el billete con prevención de no rozar la mano algo renegrida de Tomislav, aprovechó para recomendarle una sastrería. Sin embargo, él lo invirtió en cuatro noches de pensión compartida y en otros tantos sabrosos menús de restaurante económico. Además, aprovechó la

circunstancia para robar la mejor navaja de un estante promocional de la famosa Navaja de Albacete que estaba sobre el mostrador de recepción.

Desde entonces la lleva siempre con él: son inseparables.

La voz le urge a relegar esos malsanos recuerdos. Un exceso de ego podría debilitarlo y entorpecer la misión. La prueba de la dispersión está a punto de comenzar y él desempeña su papel en ella. De nuevo sintoniza con la frase de hielo que dibuja el aliento del Ser holográfico, mínima y espeluznantemente antropomorfo, que comparece en medio de su mente

dictando verbos. El siente la necesidad de actuar. El Ser proclama acción.

Desde el camino en cota inferior que bordea todo el hemicíclo y un sector de la cava del circo romano, Tomislav se dirige, trepando brevemente, a las arcadas interiores del graderío donde, entre tumbas árabes, los mendigos han acampado sus cochambrosos abrigos temporales.

2

Allí están los ññatos. Efectivamente, han vuelto. Cómo los conoce... Están a unos diez pasos de donde él se halla y se van calentando, mientras zarandean y humillan al nórdico y al rumano, los dos tan pasados de vino que ni siquiera se asustan. Lejos de ello, dan la impresión de encontrarse en pleno baile de las fiestas de su pueblo. Vociferan, dan palmadas, ríen estridentes, hacen poses amujeradas que entretienen a los atacantes. Son cuatro: un mantecas con mirada de oligofrénico y muchos granos; un chulito de gimnasio, cachas pero tan

enamorado de sí mismo que acabaría poniéndose ligero y rouge de labios; un tipo de apariencia normal. A Tomislav se le ocurre que podría ser un vendedor de la sección de ropa de unos grandes almacenes o un empleado de banca. Por último, un joven delgado, un canijo con mirada reconcentrada, de mala hostia. De los cuatro el que más le preocupa es el último.

«Analiza, pero no te demores en la observación, no te recrees en ella.» Es la voz del Ser. La irrupción de Tomislav ha ampliado el radio del círculo que los asaltantes habían formado en torno a los dos borrachos, replegados a sus

madrigueras en la cueva que forma el semiderruido arco. De momento, su llegada los ha desconcertado. Callan, tratando de asimilar a ese mendigo a su imagen de mendigo. Recelan algo malo, lo ven demasiado fuerte. Ellos prefieren los *punching ball* humanos. Sólo el loco de Matías rompe el silencio:

—Hombre, Tomis, tú volver mejor momento. Jóvenes van a darnos cigarrillos.

El musculitos asume la dirección y escupe:

—¡Cigarrillos! —y esgrimiendo una porra forrada de reluciente cuero blanco, añade—: Esto es lo que te voy a

meter por el culo, extranjero.

—Igual te da más gusto a ti, maricón
—Tomislav ha interrumpido su marcha a mitad de camino entre los rapados y sus camaradas, habla mirando fijamente al cachas.

—¿Maricón? —el líder se siente enmarañado por el magnetismo que desprenden los ojos verdes de ese tipo de pelo rojo. Tarda unos segundos en embestirlo y lo hace ralentizado, sintiendo hostilidad y otra extraña atracción, el deseo de pertenecerle enteramente.

Tomislav comprueba la brujería del Ser, su poder hipnótico. Pero llega el

momento de la violencia física. Aunque el tipo es fuerte, con un par de llaves y patadas consigue doblegarlo. Sólo emplea la navaja para rasgarle la culera de sus pantalones de cuero negro. Amaga meterle la porra por el culo. Amaga y comienza a hacerlo. El joven aúlla encendido, entregado:

—Hazlo, házmelo, va...

—Te iba a gustar demasiado.

Tomislav lo deja arrodillado y se dirige a sus compañeros. Se agacha y los acaricia.

—Antes de divertirnos, el deber. *Prima il dovere e dopo...* ¿Os estorban estos dos, no? Miradlos: son sucios,

borrachos, ladrones, pervertidos, asociales. Afean las plazas, los metros, los parques, las carreteras... No sirven para nada y, no creáis, consumen, consumen sin parar y sin producir nada a cambio: cigarrillos, latas, cartones de vino, ropa reciclada, sopa boba, medicinas... Y no podéis fiaros: al menor descuido se follarían a vuestra abuela y qué no decir de vuestra hermanita. Sí, esa que aún no ha cumplido los catorce...

Los mendigos sonrén, se creen que todo es una broma del serbio, de humor un tanto peculiar e incomprensible para ellos. Tomislav añade:

—A mí también me asquean.

La navaja refulge como una víbora metálica. Son dos degollamientos limpios, ultrarrápidos. Apenas esbozan un aullido que casi ni se oye. Dos mendigos menos: ¿se alterará alguna estadística? Dos de los rapados se escabullen bajo la arboleda del parque. El líder se ha rehecho y se ha aproximado al flaco, que no deja de buscar puntos débiles en Tomislav, infructuosamente a juzgar por su expresión de desconcierto.

—Desde ahora, debéis aprender a discernir. O los próximos seréis vosotros.

El líder parece petrificado, en estado de semishock. El tipo flaco es más rápido y más fuerte, mentalmente considerado. Lo incorpora y lo arrastra lejos de la arcada y su espectáculo de carnicería humana.

No le divierte verles huir. No le apetece perseguirlos. Se siente fuerte, interconectado a un montón de energías confluyentes. Han vuelto y han sintonizado con él. Tratan de despertar al Ser de su letargo de evos. Él, Tomislav, es el nexo, el empalme. Siente toda la carga de malignidad y brujería que ellos emanan. Venganza, revancha, ira fría como la de una estrella muerta

errante en los confines del cosmos. Y sobre todas, la de Él, quien, aun encadenado y hechizado, «... propaga las semillas de la locura y la corrupción».

Tomislav alza el último vino de un brik impresentable y brinda macabramente con los muertos. De repente, recuerda otra regresión que tuvo en aquel paraje de la Vega baja toledana un par de noches atrás. No es que él la recuerde. De alguna manera, ellos o él se la hacen recordar. Por alguna razón, parece importarles que lo haga. Y él retorna a una escena de los albores de la Inquisición en Toledo,

finales del siglo XV, en el brasero del Santo Oficio que se situaba justamente por aquel paraje. Un entretenimiento sólo para fanáticos y adictos a las experiencias fuertes. Entre la plebe que apedrea a los judaizantes y herejes relapsos a la hoguera, asiste al último acto del auto de fe en el que caen las máscaras y la represión exhibe su rostro final. Uno de los reos es incombustible: el fuego besa su piel sin dañarla. Se hace un silencio expectante, cunde un supersticioso temor, rayano en el espanto. Brujería o milagro: aquello escapa de lo natural. Él contempla al penitenciado, a ese hombre inmune a las

llamas que ni siquiera se contonea. El fuego no sólo lo respeta, sino que parece acariciarlo, darle abrigo. En medio de la imprecisión cambiante de las llamas le parece que se trata del mismo tipo que en el sueño anterior había derrotado al león en el circo. Tal vez ese detalle, ese dato es lo que ellos por alguna razón desean que él asocie y fije en su memoria. O tal vez no y es que, simplemente, aman las historias de época.

Ya nada lo ata a aquel sitio. Es curioso las ataduras que uno puede llegar a crearse, incluso cuando no se tiene nada, cuando se es un sin techo.

Tomislav mira la ciudad iluminada, como elevada mágicamente en medio de la noche, y piensa en las ciudades secretas que, cuentan, los espejismos hacen ver a los que cruzan los desiertos. Jalonada de torreones, ceñida por su larga muralla bastionada y por el abrazo agreste, macho del Tajo. La torre de la catedral atrae su atención poderosamente: como una gigantesca señal parece marcarle un camino y, a la vez, es como si millones de ojos vigilaran desde ella su ascensión. La ciudad ofrece una innegable belleza de efecto sombrío, radicalmente melancólico. Nada le ata extramuros de

ella. Ya es hora de internarse en aquella ciudad embrujada, mucho más de lo que ella misma podía presumir.

—Entra —la voz se distingue por su tendencia a la economía expresiva y por su claridad—, hazlo ya.

Y Tomislav se encamina a la muralla.

3

A Leonardo Pacheco le gusta bajar al río, respuntar caminando los acantilados que forma el Tajo a su paso por Toledo: unas veces, al exterior, por los vericuetos de la carretera del valle y otras por la senda fluvial que discurre por la ribera interior como subrayando el peñote poblado de palacios e iglesias desbordándose en una cascada de tejados y azoteas. Desde el mirador de la ermita del valle contempla la corriente marrón que se acelera por las Tenerías como saboreando la veracidad de su sueño atlántico. El planeo de su

mirada descubre un panorama a la vez
estático, familiar casi, y
sorprendentemente renovado cada vez,
redimido de la postal en la
interpretación cambiante de cada
observador en función de sus diferentes
estados de ánimo.

Toledo, la ciudad que eligió para
vivir, para pasar lo que le quedara de
vida enrocado desde una renuncia al
frente de Madrid, retirado a una
retaguardia magnífica en su
intemporalidad de vieja dama digna. ¿O
fue ella, la ciudad, con su imán de siglos
y su remoto magnetismo quien lo había
elegido a él?

Toledo: a su derecha, el distrito templario de San Miguel en un promontorio que domina el este y parece en perpetuo diálogo con el castillo de San Servando, un halcón vigilando la vega plagada de villas y de almunias, los caminos de al-Ándalus y la llanura seca de la Mancha. Por encima, los chapiteles del alcázar y la torre de la catedral, los dos colosos representantes del poder temporal y del eterno. Alrededor, un magma de techumbres de teja árabe jalonado de alminares hasta San Juan de los Reyes y el iniciático puente de San Martín, pasando por el distrito de la judería desparramado en

las laderas del cerro de la Cava. Dentro, a la manera de un libro que contiene otro libro, y dentro otro y otro aún, la ciudad de las leyendas con su luz y sus secretos, sus gárgolas y símbolos, su nomenclátor simbólico como un tarot, sus poetas (los más grandes, de Garcilaso y san Juan de la Cruz a Bécquer), su niebla londinense y su ardor sahariano, su oriente y su occidente, su misterio... La ciudad que nunca se agota, porque infinitos son sus cielos y también sus infiernos: esos subterráneos que siempre generarán historias, leyendas, sueños, literatura en una palabra, al impactar sobre el alma.

Cuando Leonardo circunvala la

ciudad por la ronda de afuera, siguiendo la carretera del valle, no puede dejar nunca de sorprenderse ante la rotundidad casi perfecta del peñón toledano, y es entonces cuando evoca un remoto meteorito que hubiera impactado sobre la llana vega, provocando un cataclísmico desvío del Tajo. Cosas de escritor de literatura fantástica, se indulta a sí mismo y a su probable disparate en términos de estricta geología: ensoñaciones de un alma de poeta.

A Leo le gusta el río, pero lo que más le gusta es pararse un rato junto al Pescador. Leo se lo ha encontrado esta

vez cerca del embarcadero, en el paraje de la Casa del Diamantista. Si captura un pez, lo devuelve al río. Hablar con el Pescador es como un hábito no programado, pero muy grato cuando se produce. Leo no ha visto su rostro, aunque se haya podido formar una cierta idea acerca de cómo debe de ser, porque el Pescador nunca levanta la mirada del río y casi siempre pesca enfundado en sus grandes gafas negras frente a un sol que desdibuja sus facciones y proyecta su efigie en contraluz. El Pescador sabe mucho, de hecho, parece saberlo todo. El río y la pesca le han tenido que enseñar muchas cosas.

—Llevaba tiempo sin venir por aquí —dice como saludo.

—A veces me olvido del río —se disculpa Leo cordialmente.

—A él no le importa el olvido. Ajeno a él, sigue fluyendo igualmente.

El Pescador es una especie de filósofo cuyo nombre Leo desconoce. O quizá un oráculo cuyo nombre no importa conocer.

—Yo, mire por dónde, procuro no olvidarme del río —señala.

—Tengo entendido que es usted pintor.

—No, nada de eso, no crea todas las habladurías; la gente tiene la manía de

las etiquetas. Un hombre puede ser el favorito del sultán de Argel y, luego, un oscuro recaudador de tributos por los pueblos de Andalucía. ¿Y quién resulta ser? Pues ninguna de esas dos cosas: un escritor genial. Un hombre puede ser todos los hombres. Yo soy pescador y, a ratos, me relajo pintando.

Leonardo contempla desde atrás la silueta redondeada del Pescador, su nuca moteada de raso pelo cano por debajo del sombrerillo de lluvia que se le ha echado hacia atrás. Alguien le dijo a Leo una vez que el Pescador era, en realidad, pintor y que en otro tiempo había expuesto con éxito en Ámsterdam,

Madrid y Tokio, pero que llevaba años apartado del circuito, pintando en su estudio por puro placer personal. Y pescando, pescando constantemente.

—El río baja turbio —observa el Pescador—, será que ha llovido arriba, por las sierras.

—El otoño está encima.

—Me encantan los climas con cuatro estaciones; soy muy castellano en ese aspecto y nunca me creí aquello de «nueve meses de invierno y tres de infierno». Aquí tenemos primavera-verano-otoño-invierno, digan lo que digan los agoreros, los aguafiestas y los pinchaglobos. Y no crea, de joven

deambulé lo mío por otros climas: nórdicos, tropicales, el desierto...; todos me acababan deprimiendo. Las personas como yo necesitamos el cambio, la sorpresa de que todo siga igual de diferente modo.

—Muy filosófico anda hoy...

—Es que pronto cruzará Cerbero y entonces empezará la jarana; no soporta hablar de cosas, como él dice, «transcendentales...».

Cerbero era su mejor amigo, un viejo de sorprendente vigor que hacía esculturas con hierros oxidados en una casita de la otra orilla y cruzaba activando la barca de pasaje.

—¿Y qué hacen ustedes dos, quiero decir, cuando se juntan?

—Pues cosas de amigos: un mus o un dominó, una frasca de vino, charla y unas risas... Eso por descontado, a ver si no la vida...

Leo tiene una ráfaga de sana envidia acerca de esos amigos con los que jugar y reír sin más complicaciones: esos amigos que él piensa no tener. Quizá es que renunció a jugar demasiado pronto, quizá es que ríe con demasiada infrecuencia últimamente. Claro que está el club, el club Lovecraft, pero allí se juega a la literatura, y ésta es asunto que se suele tomar demasiado en serio, que

si no se quiere trascendental, al menos sí que resulta trascendente.

—Mira, y déjame tutearte, te veo preocupado; si me lo permites, desorientado, como buscando algo constantemente sin saber demasiado bien de qué se trata. Quizá sea mejor que te pares un poco y dejes que las cosas te pasen. Das vueltas por Toledo, perdóname, a la caza de historias. ¡Ah, la neurosis artística!

El Pescador ha capturado un hermoso ejemplar de barbo: parece joven, pero tiene ya todo el vigor de la edad adulta. Se agita musculoso y metálico, descubriendo con fascinación

el terror del otro mundo desde sus ojos abiertos de pez cazado. El Pescador lo acaricia como a un gato. A Leo se le ocurre que al barbo no le importaría que aquel hombre le diera muerte.

—Tú buscas historias, yo, peces. Cuando los tengo, mira... —el Pescador devuelve al agua el pez, que parece por un instante desear revolverse hacia él—. Yo devuelvo los peces que atrapo al río; ya nunca se olvidarán de mí, pero renuncio a hacerlos míos, renuncio a decretar su muerte. ¿Qué haces tú con tus historias?

Al otro lado del río, Cerbero está aparejando ya la barca y saluda de lejos

al Pescador, que rompe a reír al divisarlo como si su sola inminencia le provocara hilaridad. Leonardo pretexta, dejando en el aire la pregunta del Pescador, que debe marcharse, pues hay sesión pública del club al día siguiente. Y es que Leonardo no se siente cómodo con Cerbero, no conecta con su humor volcánico e imprevisible.

—Está bien. Permanece atento y siempre firme, ¿eh? Las cosas cambian sin cesar y tu gran historia puede estar próxima a comparecer. ¿Os seguís reuniendo en la cueva de la librería?

—Sí, como siempre. Por cierto, a ver si se anima y se deja caer alguna vez

por allí...

—Me dan bastante pereza los actos sociales, ya lo sabes. Pero te sigo, os sigo con el mayor interés, créeme.

Leo se aleja, se perderá Plegadero arriba bordeando San Andrés y alcanzará el centro de la ciudad por Ave María y el Pozoamargo. Es otra ventaja del Pescador: él nunca se despide y, por tanto, no hay por qué despedirse de él.

4

Sentado en el estrado, Leonardo Pacheco contempla la sala semivacía (o semillena) de público. Una vez más le toca hacer de mantenedor de una reunión del club Lovecraft, pero no le importa. Se siente a gusto en ese sótano de una céntrica librería toledana: una cueva abovedada y totalmente tapizada de ladrillos, con sus humedades y sus deterioros, que suele producirle estimulantes efectos, una tónica sensación de bienestar uterino. A uno y otro lado, flanqueándolo, Yolanda y Sergio. El núcleo del club, sus

miembros más activos, los que tiran del carro: a la vez, su junta directiva y su masa social.

Leonardo se siente a gusto. Después del parón del verano, echaba de menos las reuniones. Es un tipo solitario, dedicado a la literatura casi por entero, y estas reuniones le ofrecen una cierta apertura, un calor humano que siempre le reconforta. Ciertamente hay poca gente: el público que asiste a todo, adictos a la poesía y a otras formas extremas del arte literario y sus géneros, enganchados a temas esotéricos y mágicos y, desde luego, unos cuantos aficionados al género fantástico. Todos están ahí una

vez más, fieles a la cita. Es hermoso compartir con ellos la pasión por la obra de Lovecraft y su portentosa irradiación. Hay funcionarios, profesores, celadores de hospital, amas de casa, vendedores de seguros, poetas jóvenes y viejos... Son pocos, desde luego, pero ¿quién piensa que ellos pretendieran hacer algo masivo?

Cuando decidió quedarse a vivir en Toledo, sobre Leonardo pesaron razones de índole preferentemente literarias. Presentía que en esa ciudad, con la discreta pero suficiente renta que acababa de heredar, podía centrarse en impulsar su errática carrera literaria,

tanto como creador de ficciones como en su faceta de investigador literario. Además, no dejó de tener en cuenta la carga literaria tan importante asociada a la ciudad: Cervantes, Bécquer, los del 98, Galdós... Pero también Poe y Lovecraft. Del primero, la ambientación toledana del relato «El pozo y el péndulo» y de Lovecraft su reiterada mención de una edición barroca del *Necronomicón*, el *Al-Azif*, el libro del árabe loco Alhazred. Era sólo una cita, pero pesó con extraña pujanza en su decisión. ¿Y no son precisamente las alusiones, los detalles, el aspecto más cautivador de Lovecraft?

En realidad, se decía, en Lovecraft no es el estilo sino su efecto sobre el ánimo del lector aquello que, tanto a él como a los otros, los había convertido en devotos suyos. Con agrado, estaba comprobando cómo la afición a Lovecraft, y al fantástico en general, iba en aumento, y que las jóvenes generaciones se adentraban en su mundo y aportaban miradas nuevas hacia ese magma primordial en cuyo orden el hombre era sólo un accidente pasajero. Mientras que él avanzaba hacia la cincuentena, Yolanda apenas alcanzaba los veinticinco y Sergio, opositor eterno a informático, acababa de alcanzar la

frontera de los treinta. Y al fondo de la sala, atentos y circunspectos, entre peinados de aire jamaicano, ropa deportiva y algún que otro tatuaje, estaban los muchachos y muchachas del club de rol, muchos ni siquiera veinteañeros, dispuestos a adentrarse en los arcanos de Toledo y en las pesadillas del maestro de Providence.

A la derecha de donde está sentado, los ojos de Leonardo recorren los peldaños de una escalera imposible que muere en los ladrillos de la bóveda. ¿Adónde habría comunicado un día? ¿Qué mundos, qué ámbitos se abrirán tras un muro de ladrillos que la ha

dejado irreal, despojada de toda función, reducida a enigma arquitectónico y metafísico? Ciertamente, Leonardo ama esa absurda escalera, esa gruta desconchada, pero extrañamente acogedora, a ese público cordial y a la vez extraño... ¿Pero quién no lo es cuando es examinado con atención, fuera de la mirada aletargada de la rutina? Esas reuniones lo sacan de su soledad habitual, tan férax para él y que preserva como un tesoro. Y ama esa escalera que es como la metáfora de su búsqueda, el ascenso, la búsqueda de una otredad imposible. Todos los lovecraftianos la aman, en realidad.

Y mientras, Yolanda sigue repasando los viajes de H. P. Lovecraft, las ciudades que amó, sus paisajes. También las ciudades en las que no encajó, como ese Nueva York, paradigma de la modernidad, en que, para sobrevivir, se inventaba agujeros en el tiempo, regresos a un siglo XVIII que el maestro de Providence idealizaba, porque intuía que ahí se hallaba esa Edad Media americana en la que, como tardorromántico norteamericano (pero nadie en realidad menos romántico que Lovecraft), tenía que abreviar. El público sigue expectante la amena disertación. Sólo ocasionalmente bosteza una señora

de la segunda fila, pero sus ojos entrecerrados son engañosos. Leonardo sabe bien por experiencia que no se pierde nada y que aquel letargo no es sino una forma particular de concentración. Nadie se percata de una figura alta, envuelta en una gabardina larga y tostada, que irrumpe por la escalera del fondo y que, sólo tras sentarse en la última fila, se digna quitarse el amplio sombrero belga de color azul. A través de la semipenumbra de la cueva Leonardo distingue algo lejanamente familiar en el rostro y el porte de aquella silueta. El tipo parece sumarse rápidamente al interés general y

el propio Leonardo regresa al lado luminoso, diurno de Lovecraft. Y se abandona a la grata experiencia de emerger con el maestro de tanta tenebrosidad.

Piensa en Yolanda. Mira sus manos, pequeñas y blancas, manejando folios. Parecen frágiles y a la vez enérgicas, como una paloma caída que en el último instante fuera capaz de alzar el vuelo. Es creativa y laboriosa, conjunción no demasiado frecuente y, por tanto, valiosa. Da clases de arte en un instituto y es de esas personas que aman su trabajo. Sólo que aspira a algo más: a ser escritora. En realidad, a él le parece

que tiene dotes para ello: escribe con arte y con sentimiento, pero duda demasiado de sí misma y no se prodiga lo necesario. Duda de su escritura como duda de su atractivo. Leonardo admira un fragmento de muslo envuelto en un sutil panty oscuro por debajo de la falda de cuero que viste su compañera de estrado y de club y le sorprenden esas dudas. Yolanda podría seducir a quien quisiera, pero no es consciente de ello. Además, es evidente que Sergio le gusta, pero los dos ignoran todavía ese dato fundamental. O fingen hacerlo.

Sergio: un tipo serio. En broma, Leonardo lo llama la *facción punki* del

club, justamente porque en apariencia representa todo lo contrario. Un joven sobrio, bien vestido, sin estridencias, deportista (jugador de tenis, montañero). Es un experto en literatura fantástica, cine de género e historieta (sólo habla de *cómic* para referirse a la historieta norteamericana). Había entrado precisamente en el mundo de Lovecraft a través de las adaptaciones al cómic y las reinversiones y *exploitations* de sus historias y, en general, de la saga de Cthulhu. Aparte de su trabajo ocasional como oficial de biblioteca, que le permite estar al día de todo lo que va saliendo en torno a H. P. Lovecraft,

presenta una gran ventaja: no quiere convertirse en escritor, carece de cualquier síntoma de «neurosis artística» (qué términos acuña el Pescador). Yolanda y Sergio. Sergio y Yolanda. Vuelve a pensar que se complementan terriblemente. Igual es eso lo que les desazona y les echa para atrás de cara a una posible relación que nada parece estorbar.

En su disertación, que ya entra en el tramo final, Yolanda acomete la época más viajera de Howard Phillips Lovecraft, a raíz de su divorcio. Desde 1929, el escritor instauró la sana y feliz costumbre de viajar en verano con el

dinero ahorrado a lo largo del invierno. Viajes en autobús que lo llevaban preferentemente a las ciudades donde moraban sus muchos y variados amigos epistolares. Así Richmond, con parada y fonda en Nueva York en casa de Frank Belknap Long (en cuya residencia de verano de Onset tuvo, por cierto, el privilegio de ser invitado a volar en aeroplano). En Kingston visitaría a Austin Dwyer y en Athol, a Cook. Tras los largos viajes en bus solía pernoctar en albergues baratos. Sus ropas aparecían arrugadas, dándole el aspecto de un aristócrata arruinado (lo que, en verdad, no distaba demasiado de su

estatus real). Para viajar, portaba, además de una maleta, una bolsa negra con un telescopio pequeño y recado de escribir. Estos detalles, observa Leo, «levantan» al público que asiste a la charla. Uno de aquellos inviernos puede que trabajara como taquillera en un cine de Providence para costearse un viaje al soñado sur, hasta Carolina del Sur, donde solía dormir en los albergues de YMCA, las juventudes católicas.

Y Quebec, entre todas la ciudad adorada por Lovecraft a pesar de su francofonía. Y la aventura de Florida o la travesía en barco hasta Cape Cod... Parece que, ya talludito, H. P. Lovecraft

había descubierto el encanto y los placeres del viajar física y no sólo librescamente. Ante todo, queda enganchado por la sensación de libertad. Parece que gustaba de viajar sin un programa demasiado definido y, desde luego, nunca cerrado. Este aspecto desconcertaría a sus exegetas y biógrafos, pues parecía romper su imagen de hombre previsor y Victoriano. «Lo emocionante del viaje —llega a escribir en una de sus innumerables cartas— está en el elemento de sorpresa y de imprevisión.»

La brillante alocución de Yolanda llega a su fin y Leonardo invita al

público al habitual coloquio. Se formulan unas cuantas preguntas previsibles, muy conectadas con lo que se acaba de exponer. Aclaraciones, elogios, alguna matización. La cosa empieza a languidecer cuando el tipo de la gabardina y el sombrero azul, que ha escuchado en atento silencio hasta ese momento la charla y el coloquio, levanta la mano para pedir turno de intervención. Bastan su manera desapegada de levantarse y la primera frase, bien articulada, profunda, que emerge de sus labios para que Leonardo lo reconozca.

—Ante todo, felicitaciones a la

oradora por su interesante disertación, amena y brillante. Sin embargo, perdonen que, deslumbrado por tanta luz, añore una inmersión en el lado oscuro, en los abismos que nos fascinan de Lovecraft. Es original la perspectiva: el lado vitalista, luminoso del escritor... Pero, hablando de viajes, Lovecraft también «viajó» a Toledo. Precisamente, a través de la peripecia de su criatura más nefanda y peligrosa: el *Necronomicón*, el libro prohibido. Lovecraft «viajó» a Toledo al localizar aquí una edición latina del siglo XVII. Sinceramente..., Yolanda, Yolanda Blázquez —dice, consultando la

cartulina de la invitación—, he echado de menos en su informe una mención de ese «viaje», un viaje al menos libresco...

Todos voltean sus cabezas atraídos por el tono grave y la energía verbal del que habla. Alguien exclama: «¿Te has fijado?, es Dampierre», pretendiendo una confidencia en voz baja, pero pronto el rumor se materializa en certeza y se propaga por toda la cueva. Hace casi diez años que no lo ve y Leonardo percibe cambios, una madurez de tipo muy vivido, un cierto halo de desengaño, pero aparentemente nada que revele signos de envejecimiento. Bruno

conserva un vistoso pelo negro sobre su rostro bien esculpido, lo que le da un cierto aire de Corto Maltés a la española. Tampoco ha engordado, todo lo contrario que él con su tripita cervecera y sus plateadas entradas. Siente un asomo de complejo ante el reencuentro inevitable, pero predomina el sentimiento de alegría.

¡Bruno Dampierre en una sesión del club! Leonardo tiene que reconocer ante sí mismo que nunca había contemplado la posibilidad de ese escenario.

5

La ciudad se despliega ante Tomislav con la engañosa dadivosidad de una chica de pueblo en el baile de las fiestas. Puede elegir la puerta de entrada. La voz lo guía sin palabras y le ha hecho descartar la puerta de arriba, la de Bisagra, por donde pasa algún que otro coche rezagado y donde, justo enfrente, hay una parada de taxis. Demasiado indiscreta. Más abajo, en una cota de la muralla ligeramente inferior, hay una puerta peatonal muy antigua, oscura y húmeda: la de Alfonso VI o de Bisagra Vieja. Tomislav conoce

los nombres como si alguien se hubiera tomado la molestia de implantar el plano de la ciudad con todo su nomenclátor en el centro de su mente. En un primer momento parece dirigirse a esta segunda puerta pero, tras asomarse a la estrecha calleja que arranca hacia el interior, cambia de dirección y sigue bordeando la muralla. En la rotonda inferior, tres jóvenes prostitutas negras bailotean para protegerse del frío y negocian sus servicios con los pocos conductores que detienen sus coches, por el momento con escaso éxito. Al distinguir a Tomislav merodeando por la acera de enfrente, murmuran entre sí con una especie de

supersticioso temor.

—La referencia es la torre de la catedral, ahí está el centro de todo... Tienes que entrar por la puerta grande, no como un fugitivo o un vulgar vagabundo. YANO LO ERES.

Tomislav cruza la explanada que conduce al remonte: las escaleras mecánicas camaleonizadas en los antiguos rodaderos de ese sector de la muralla, que conducen cómodamente al corazón del casco antiguo toledano. Sin apenas esfuerzo, Tomislav da un pequeño rodeo y se planta en el interior de la puerta del artilugio, cerrado desde las diez y media de la noche. Podría

subir a pie por la senda que se bifurca hacia la izquierda o por las propias escaleras mecánicas que refulgen a la luz de la luna. Todo refulge esta noche, se dice el eslavo, y alza su mirada a la luna casi llena que con rotundidad tridimensional se erige en protagonista del cielo. Podría caminar, pero no es para eso para lo que se ha tomado la molestia de saltar al interior del remonte. Ya ha localizado la caja de mandos y ha conseguido abrirla sirviéndose de su navaja. Ésta sí que es una mil usos y no esos cachivaches suizos, piensa. Pulsa un botón y ya está, las escaleras comienzan a subir y bajar,

bajar y subir a su servicio exclusivo, sólo para él. En ese instante, Tomislav se siente como una especie de conquistador, sólo que no entra en una ciudad tomada, sino por tomar. No sabe de dónde ha salido el guardia de seguridad, sólo que está ahí, detrás de él, con su legañosa cara de sueño interrumpido, con su porra y esposas al cinto y una nueve milímetros apuntándole a la nuca.

—¿Estás loco o qué pasa contigo? —le espeta—. Este remonte tiene un horario. Date la vuelta lentamente.

La navaja está todavía en su mano, plegada todavía. Ábrela lentamente,

cumple sus órdenes, hazlo todo al ralentí, a cámara lenta, como en *Matrix* o en una vieja película de Sam Peckinpah. Cumple sus órdenes, eso les gratifica, les hace sentirse importantes. Mira cómo refulge la hoja: todo refulge esta noche, tú también refulges. Nunca has fallado en estos casos y ahora que estás conectado, menos que nunca. Tomislav se vuelve. El de seguridad es un chico muy joven, poco más que un adolescente. El careo con él le hace dar un involuntario respingo hacia atrás. No es cosa fácil sostener la mirada del serbio; tipos mucho más duros y curtidos que ese adolescente se han meado de

miedo en circunstancias parecidas, pese a contar con la enorme ventaja de un arma de fuego.

—¿Es que no podías quedarte tranquilamente en la Vega como los demás mendigos? —pregunta—. ¿Has bebido demasiado vino barato o qué? ¿Qué cono buscas por aquí? —el silencio de Tomislav, su penetrante mirada verde están desarmando al agente, que comienza a balbucir—: ¿Diversión?

«No exactamente», responde Tomislav mentalmente, aunque una misión también puede tener sus momentos divertidos. Divertido es

voltearse con la navaja abierta camuflada bajo la bocamanga generosa de su gabán. Divertido es ofrecer los puños como para que te los esposen poniendo cara de oveja compungida. Divertido es percibir cómo el segurata duda al presentir la burda pantomima, al intuir al lobo por debajo de un carnavalesco disfraz de cordero. Pero no sabe muy bien cómo actuar. Sólo piensa en perder de vista lo antes posible a ese inquietante mendigo. Ni siquiera se tomará la molestia de entregarlo a la policía municipal. Se limitará a desalojarlo del recinto y luego, cuando por fin pueda volver al

abrigo de su pequeño bunker de hormigón armado, todo habrá sido solamente un mal sueño.

Y lo más divertido de todo es esgrimir la navaja, sintiéndose un mago de variedades, y verla brillar una vez más, mientras de una certera patada hace volar la pistola lejos de las manos del guardián.

La siguiente patada va directa al mentón del uniformado. Un par de dientes inferiores refulgen en el aire con destellos nacarados, goteando sangre. El tipo cae de espaldas, sujetándose la barbilla con ambas manos mientras su aullido se pierde en la noche. Pero ha

descuidado su entrepierna y es allí donde Tomislav coloca su tercera, y certera, patada. El combate ha terminado, el muchacho se rinde:

—No me pegues más, no lo hagas — implora.

Tomislav no comprende de dónde están sacando a esos chavales, a no ser que premien con semejantes empleos basura a los sobrinos de directivos que salen malos estudiantes. Esos chicos no pueden asegurar nada; ni siquiera saben defenderse a sí mismos. De buena gana lo mataría allí mismo. Golpearía con el pie esa cabeza como si fuera un balón de fútbol. Nada le irrita más que un

miedoso. Pero sabe que no puede hacerlo.

—A él no —dicta la voz, esa voz que es y no es la suya—. Sólo impide que pueda reconocerte.

La orden es clara, como de costumbre. Tomislav agarra la cabeza tumefacta, con la boca rota y sangrante, y su navaja rebaña los dos ojos de sus cuencas con tajos limpios, ejecutados con rara pericia de cirujano que no deja de sorprenderle. El terror parece haber atenuado el dolor y el joven cesa de aullar, como si se hubiera quedado mudo de repente. Después, su verdugo arroja los ojos a la ladera de jardín

semisalvaje que rodea el remonte. Y los ojos, desencajados y sanguinolentos sobre la hierba del antiguo rodadero, parecen contemplar atónitos la brutalidad del universo.

—Los perros se los comerán o quizá las urracas —pronostica—, pero tu no podrás verlo.

Y el macabro chiste le hace romper a reír.

Aún ríe cuando acciona otra vez las escaleras que el guarda había parado mientras le apuntaba con la pistola. Sus carcajadas van resonando túnel arriba a medida que se interna en el corazón de la ciudad.



La espectacular irrupción, *interrupción* más bien, de Bruno Dampierre ha destrozado todas las defensas oratorias y dialécticas de Yolanda. De los tres pilares del club, es la más tímida en público, la menos propensa a dar charlas o moderar coloquios. Aunque Leonardo trata de darle confianza, su misma brillantez la acompleja, actúa más como listón o límite que como estímulo.

—Eso no figuraba en el tema de la conferencia. Me he referido a los viajes

reales, ¿vale?

Bruno, alzado en la fila de sillas del fondo de la cueva, no puede reprimir un gesto de triunfo demagógico, asintiendo con una media sonrisa lobuna que el público secunda, todavía no repuesto de la no anunciada visita de un famoso.

Claro, Leonardo comprende que tiene que intervenir:

—Ante todo, buenas noches y bienvenido a esta sesión del club Lovecraft. Es un honor haber contado con usted, señor Dampierre, entre nuestro reducido, aunque selecto, grupo. Y felicitar a Yolanda por su magnífica exposición, que desde luego ha pasado

revista con minuciosidad al tema anunciado... Desde aquí la aplaudo y pido un aplauso para ella.

La ovación abochorna más todavía a Yolanda. Siente una mezcla de rabia y fascinación frente a ese Dampierre y un asomo de enfado ante Leonardo, que parece conocerlo. Hombre, estas cosas se avisan... Su irritación crece cuando a la ovación se suma el propio Bruno.

Los viejos camaradas ríen mientras se abrazan al pie del estrado en la cueva librería. El reencuentro les ha sumido en un ambiente de euforia. Todos los sueños compartidos, los ratos de juerga, las románticas luchas, los amores

comunicados, los viajes, los conciertos de rock..., todo ello podía haber provocado lágrimas, la pena por la juventud que quedó atrás y los errores cometidos (lo que pudo ser y no fue, lo que fue y ya no volverá a ser). Pero predomina la risa, la alegría de reencontrarse en otra coordenada de sus biografías, todavía vivos, todavía lúcidos. Leonardo apaga la grabadora de bolsillo con la que registra todas las sesiones del club. Los asistentes al acto y los otros dos miembros del club asisten expectantes, con curiosidad y sonrisas de admiración, al efusivo abrazo.

—Buena nos la has jugado, chaval
—le reprocha Leonardo al oído.

—Lo siento, tío, no soy diplomático
y quería entrar en materia cuanto antes.

6

—Hay pasta, bastante pasta de por medio.

Las luces de Toledo parpadean frente a ellos. Están sentados tomando unas cervezas en la terraza del Cigarral de Caravantes. Un cierto ambiente de final de verano se resiste al incipiente otoño y el templado atardecer hace que en esa terraza se entremezclen familias con cochecito de bebé y grupos de jóvenes y no tan jóvenes dispuestos a apurar la noche hasta los *after hours*.

Yolanda ha respirado hondo varias veces tras escuchar los elogios y

cuestiones personalizadas que algunos asistentes al acto le han formulado. Ha recobrado parte de su aplomo, pero sigue manteniendo a Dampierre en observación, en una especie de cuarentena. Sergio, por su parte, le pregunta encandilado por alguno de sus más celebrados reportajes: su teoría de la destrucción planificada de África, sus hipótesis alternativas en torno a la génesis y propagación del virus del sida y, finalmente, la manipulación del asunto ovni por parte de los servicios secretos; en general, los temas conspirativos con connotaciones esotéricas que le han hecho vendedor de varios millones de

libros y de constantes controversias en la Red, dentro y fuera de su web. Su otra faceta, menos conocida, es la de conaseguidor de libros raros, desaparecidos, prohibidos. Había conseguido cosas muy interesantes en el vasto mundo de la imprenta española de los siglos de oro y entre las bibliotecas de los herederos de algunos literatos decimonónicos. Su sólida formación filológica y cultural avalaban de algún modo sus incursiones en los terrenos de lo oculto y lo esotérico.

Fue precisamente en la Facultad de Letras, en la Universidad Autónoma de Madrid, donde Leonardo conoció a

Bruno. Entonces no se llamaba Dampierre, sino López Bueno, y era uno de tantos jóvenes inexpertos e idealistas que se proponían cambiar el mundo desde un campus universitario. Los dos habían coqueteado con el radicalismo izquierdista que proliferaba a mediados de los setenta, pero no se sentían cómodos en ninguna organización. De hecho, era probable que ninguna organización se hubiera sentido cómoda con ellos. Trabajaban por libre y nunca abrazaron la palabra «militancia», que, de algún modo, representaba todo aquello que ellos combatían.

Se dedicaban a la acción directa y a

la lectura y comentario de libros que poco tenían que ver con los listados académicos de lectura obligatoria (Ginsberg y Kerouac, Marcuse y los situacionistas, León Felipe...; pero también cosas como la saga de *El Señor de los Anillos*, Hermann Hesse, *Los mitos de Cthulhu* o tebeos alternativos que por entonces se llamaban *cómix* y eran como el reverso de los héroes prosistema de la Marvel, *sí*, un montón de cosas...). También andaban muy interesados, casi obsesionados, con la idea de experimentar con sus cuerpos a través del sexo y con sus mentes a través de las drogas. Cuando ambas

experiencias convergían, se decía que podía ser magnífico. Desde luego, él nunca alcanzó el éxtasis que preconizaban algunos gurús de la perfecta síntesis entre LSD y orgasmo. Pero con los canutos le había solucionado en general bastante bien. Finalmente, aspiraban a convertirse en escritores. Hacían en ciclostil una revista de vanguardia poética y libertaria. Vivían su sueño de comunismo poético o soñaban que lo vivían.

En realidad, podía decirse que habían cumplido sus sueños de juventud. Bruno se había consagrado como

escritor de best-sellers. Él había llegado a ser considerado un autor de culto, escondido en una ciudad de provincias, minoritario ciertamente, pero con lectores en todas las ciudades de la geografía española y en algunos puntos del extranjero (los relatos de Leonardo estaban traducidos al francés, al inglés y al alemán). Sin embargo, a Leonardo no le gusta que su antiguo camarada haya empezado hablando de dinero. Y no es que desdeñe el dinero; de hecho, se trata de un factor con el que contar inevitablemente porque permite seguir alimentando sueños, pero para él, en ningún caso, es un fin.

—Creía que compartías la idea de que hay cosas más importantes que el dinero —objeta, mirando fijamente a los ojos a Bruno.

—Cada vez menos. No adoro el becerro de oro, pero hay que bailarle un poco el agua para que no pase de ti. Pero no, no quiero defraudarte, empañar tu imagen de mí. Ésta es una operación interesante desde el punto de vista económico y un tema apasionante: ¡nada menos que una búsqueda en la vieja Toledo! Eso es lo que me ha hecho venir hasta el club. Prefiero trabajar en equipo cuando es posible hacerlo.

Bruno aclara que, para conseguir sus

éxitos de ventas, se ha visto obligado a invertir cuantiosas sumas en informantes, en viajes, en documentalistas, incluso en redactores.

—Os ruego discreción, pero sí, es cierto: llega un momento en que eres una firma y se consume todo aquello que produces según los parámetros que se esperan de ti. En efecto, los «negros» existen, no son una leyenda. Ocasionalmente he tenido que recurrir a ellos para desarrollar mis textos, a pesar de que personalmente me he defendido de esas acusaciones: para mí son más documentalistas que redactores. Yo soy de los que revisan y pulen todo el

material desde la primera inicial a la palabra fin.

Añade que ha perdido una importante suma de dinero en algunas operaciones de riesgo, mal aconsejado por sus asesores financieros. Ahora va tirando con las liquidaciones, que no son nada regulares ni enteramente fiables. Sus relaciones con la editorial se han deteriorado y aún está vinculado a ella para dos libros más. En medio de esta situación crítica, le ha llegado el encargo del *Necronomicón*. Cierta fundación norteamericana se lo ha formulado en unas condiciones extraordinarias. Y no se lo ha pensado

dos veces.

—Es mi otro oficio, el de explorador de libros perdidos. ¿Recuerdas cómo nos engancho a Lovecraft aquella trilogía de Bruguera?

Pero Leonardo no piensa exactamente en aquellos volúmenes manoseados en papel que amarilleaba recién comprado y que se pasaban de unos a otros con voracidad. Leonardo se pone a recordar a Sonia.

Sonia, guerrillera urbana y pelirroja, musa callada y atenta del grupo. Había estudiado en una universidad francesa durante un curso y un moreno de la Martinica la había iniciado en toda

suerte de caricias y penetraciones.

Sonia, tan alegre y folladora.

Una tarde, él, Leonardo, se lanzó y estuvieron jugando toda la noche en un colchón tirado en el suelo de una habitación prestada en el destartado apartamento de estudiantes. A través de un cristal en la parte superior de la puerta la luz del recibidor molestaba un poco, pero les permitía verse, explorar las constelaciones de pecas sobre la piel casi transparente y suavísima de Sonia, que era una gata, por momentos una tigresa acechante en la jungla.

—Sonia, ¿me permites una pregunta?

Claro que se la permitía. Sonia

nunca prohibiría una pregunta y menos en pelotas, así, empiernada con él.

—Dicen que las pelirrojas tenéis, cómo dicen, «orgasmo perpetuo».

—Tonterías. Puede que los tengamos más intensos, más espectaculares; no sé. Pero vamos a averiguarlo por nosotros mismos, ¿no te parece?

Después de aquella sesión magnífica entendió que Sonia era ya su chica. Estaba contento, convencido de que le iba a venir bien un poco de estabilidad en medio de tanto follón. Y, sin embargo...

Sin embargo, justo al día siguiente, en una sentada de protesta por la baja

calidad del menú que servían en el comedor universitario, se había alejado por un momento de Sonia y de Bruno para tratar de conseguir unos pitillos. La revuelta era como el amor, que te hacía fumar mucho y en aquella época los jóvenes dedicaban buena parte de su energía y de su tiempo a gorronear cigarrillos. En ese momento se produjo la carga policial: los grises centauros profanaban las verdes colinas de la Autónoma en pos de chicos melenudos y muchachas de pelo corto que jugaban a subvertir el orden legado por sus mayores. Cuando los reencontró, sudorosos y sonrientes, los dos

caminaban abrazados. Daba la impresión de que venían no tanto de luchar contra el sistema como de besarse con minucioso acaloramiento.

Su explicación fue rápida, desenfadada y compartida.

A Sonia quien le gustaba en realidad era Bruno. Como a Bruno Sonia también le gustaba...

Percibió una breve decepción dentro de sí, pero no se sintió traicionado, no entendió amenazada su amistad con ninguno de los dos; ni siquiera había tenido tiempo de hacerse a la idea de que Sonia fuera su novia. Había sido todo demasiado rápido.

De hecho, siguieron haciendo juntos su gaceta de escritura libre; inventando una especie de comunismo poético.

¡Ah, Bruno, cuántos sueños! Y ahora, veinte años después, reaparecía en Toledo para compartir... ¿sueños o pesadillas? Parece increíble. De momento, hablando de dinero.

—Bueno, qué, ¿os enrolláis?, ¿qué me decís?

—¿De qué se trata, exactamente? ¿Un trabajo sobre «Lovecraft en Toledo», un informe en torno al *Necronomicón*, algo así? —pregunta Sergio.

—Se trata de localizar un ejemplar

de la edición toledana del *Necronomicón* —responde Bruno.

Huérfanos, desconcertados, Sergio y Yolanda dirigen sus miradas hacia Leonardo. La joven es quien se decide a hablar:

—Bruno, no nos vaciles; sabes perfectamente que ese libro es una invención dentro de otro libro o, más precisamente, en el interior de una saga de literatura fantástica. Se trata de una mistificación, de un juego; casi podría decirse de una patraña...

—Al parecer, no —replica Bruno con menos contundencia que misterio, lo que sin duda dota de mayor eficacia a

sus palabras. Hay un instante de silencio en la terraza del cigarral y Toledo parece flotar frente a ellos como una ciudad secreta del desierto—. Ha habido investigaciones en los últimos tiempos más o menos rigurosas, incluso se ha llegado a asociar a Lovecraft y a su enigmático padre con ciertas sociedades secretas encargadas precisamente de la transmisión secreta y la custodia del *Necronomicón*. El caso es que hay un coleccionista excéntrico, un millonario aficionado a lo oculto, que se ha creído todo eso y ha involucrado a la fundación en la búsqueda del libro.

—¿Y tú? —pregunta Leonardo—,

¿te lo crees tú?

—Eso no importa ahora, no me lo planteo. Lo que importa es si vais a ayudarme. Sí o no.

Eternas paradojas: él, Leonardo, que creía en la terrible metáfora del libro, en su cósmica verdad, rechazaba su existencia en el plano de la realidad. Bruno, escéptico ante todo ello, se lanzaba a la búsqueda de un libro cuyo contenido parecía resbalarle.

—Estamos en disposición — responde Leo finalmente— de colaborar en todo proyecto lovecraftiano, pero eso se refiere al plano estricto de las actividades literarias. Por lo demás,

nunca dejaríamos de ayudarte en lo que sea razonable, Bruno. Pero todos tenemos nuestras obligaciones. Yolanda, sus clases. Sergio, sus programas de bibliotecas. En cuanto a mí, ya sabes, está mi propia obra, mis escritos.

—Claro, Leonardo, tus escritos — ¿no advierte Leo cierto paternalismo, un discreto desdén en la forma en que Bruno se expresa?—. ¿Pero quién dice que tengáis que renunciar a nada? Si justamente es eso lo que os pido, que sigáis haciendo lo que hacéis para el club. ¿Qué actividad más literaria que buscar un libro? Y a ti, Leo, seme sincero, ¿no te estoy regalando acaso

uno de los relatos más interesante que podías soñar? Venga, no seáis comodones, os abandonáis en provincias. ¡Hay tanto por hacer!

—¿Que nos *abandonamos*? — Yolanda no puede reprimir la pregunta, le irrita cada vez más el lado presuntuoso de Bruno y a la vez no puede dejar de escuchar cada una de sus frases desde una atención próxima al trance.

—Mirad —tras las objeciones iniciales, Bruno ha tomado plenamente la iniciativa: era un gran vendedor de sueños, un traficante de ideas y les habla esgrimiendo su copa de cerveza,

mirándoles a los ojos en una panorámica sutil e incesante que los recorre a los tres una y otra vez—, quiero trabajo de gabinete, rastrear bibliotecas públicas y privadas, pero también búsquedas bibliográficas, y ahí entra Sergio. Y claro, trabajo de campo... Os necesito; un equipo de fuera que no conociese Toledo no me serviría. En definitiva, hay que indagar en librerías de viejo, pero también en cuevas, sótanos, trasteros... Os estoy ofreciendo la oportunidad de, por decirlo así, profesionalizar vuestro *hobby*.

De repente, Leonardo lo ve mayor, con menos pelo del que había percibido

antes, como desdibujadas las afiladas facciones atléticas de su atezado rostro. Piensa que el tiempo también pasó por él y que lo ha cazado. El tiempo es un cazador inexorable. Y se ve mayor él mismo, desvanecida la ilusión de una juventud interminable. Espejo roto, espejo que al romperse se hace negro, cada vez más negro. Sabe en ese instante que van a involucrarse en el juego de Bruno. Y siente una mezcla de temor y de alegría.

—¿Y si no existe el libro finalmente? —pregunta, desviando la mirada hacia el valle.

—Pagan por la búsqueda, y mucho.

El hallazgo comportaría un premio tan fabuloso que ni he preguntado por él...
Todavía.

Leonardo se ensimisma en una pregunta que no llega a formular, una pregunta que se hace a sí mismo: «¿Pero y si el libro en verdad *existe*?».

Una vez sellado el acuerdo, el primer día transcurre en una prolija caminata compartida por cobertizos, adarves y otros escondrijos del laberinto toledano, señalando y comentando símbolos, referencias y otras señales que, de uno u otro modo, remiten a la conexión entre Toledo y el mundo lovecraftiano condensado en el *Necronomicón*.

Ante una frasca de tinto, unos tacos de queso bien curado de Ocaña y unas berenjenas caseras aliñadas al modo toledano, se ponen a recapitular cosas, tratando de poner en común la arrancada

del proyecto, que a todos, salvo a Bruno, les parece brumoso y escurridizo.

Ya el otoño está irrumpiendo, pero todavía apetece la terraza. En el Corral de don Diego reina una cierta animación de turistas y paisanos, ¡y ellos hablando de submundos oscuros y remotos al luminoso sol del mediodía...!

Bruno oficia de maestro de ceremonias de la recapitulación, con Sergio erigido en sombra suya, fascinado con esa admiración que se puede llegar a sentir al materializarse ante uno la presencia de un héroe largamente admirado en silencio. De

aquella admiración emana una energía que irradia al grupo, que lo espolea por encima de las agridulces aprensiones de Leonardo; una energía que, sin serlo en puridad, podría parecer entusiasmo, algo de naturaleza similar a aquello que cohesiona e impulsa a las pandillas de adolescentes. Sólo que ellos no son ya adolescentes. Yolanda percibe con nitidez su renovada relegación a un plano secundario (quizá su propia forma de ser lo propicie) y redobla un sordo enfado hacia Bruno a la luz de la fascinación y el poderío que éste viene ejerciendo sobre Sergio desde el primer momento. Sergio parece haber asumido,

automáticamente, y sin condiciones, el rol de escudero/pupilo de Bruno. Y el sueño de Yolanda de devenir su dama queda pospuesto, ya que él mismo ha renunciado a la condición de caballero. Lo que más rabia le da a Yolanda es que, sin dejar de gustarle Sergio, se empieza a sentir presa del hechizo de hombre maduro, de pelo en pecho (y bien canoso) y muy vivido que Bruno desprende.

«En el capítulo VII de *En las montañas de la locura*, que en Francia han traducido como *Las montañas alucinadas*, el propio Lovecraft propone una cosmogonía y una cierta cronología

de evos remotos e indeterminados. En síntesis, los Primigenios, entidades terribles que no son dioses ni demonios, sino que están más allá del bien y del mal, se rebelaron contra los dioses de los que eran siervos. Nativos de otro universo, descendieron a la Tierra, donde en otro tiempo habían servido a los dioses, y aquí sostuvieron una guerra feroz contra los Primordiales, a los que redujeron a determinados espacios submarinos y terrestres una vez firmados los acuerdos de paz. Crearon seres nuevos para reforzar su poder, que se ejerció como imperio en el planeta Tierra y en su sistema. Así, el Gran

Cthulhu, creado por Yog-Sothoth en la sombría Vhoori, en lo más hondo de la vigésima tercera nebulosa.

»Sobre el panteón y la sinuosa génesis de esta raza primigenia existen diferentes versiones que, en general, parten de la información proféticamente suministrada por el texto del *Necronomicón*. Por ejemplo, *La Niebla Sin Nombre* se encuentra entre los primeros vástagos de Azatoth, el Sultán Demoníaco, que es hermano de la oscuridad, engendrada de Shub-Niggurath, entidad infernal con forma de nube. Y Yog-Sothoth se emparejó con Idh-yaa y engendró su simiente letal:

Ghatano-thoa, Ythogth, Zoth-Ommog, Vulthoom.

»Ellos fueron los nuevos amos de la tierra en la que, en incontables evos anteriores, habían morado como esclavos de los dioses.

»En cuanto a éstos, juraron perseguirlos y atraparlos, reduciéndolos a prisión eterna.

»Se declaró la guerra total entre los dioses arquetípicos y los primigenios, liderados por el Gran Cthulhu, quien decretó el fin de la huida y el posible triunfo sobre los dioses. Lord Kthanid, la Eminencia Velada y el cano Nodens, Señor del Gran Abismo, bajaron con su

armada de torres de fuego contra las fuerzas del emperador del mar y de los océanos. Tecnología, brujería, usurpación mental de cuerpos: todas las armas de guerra fueron empleadas en abundancia y sin cuartel.

»Los arquetípicos descendieron al planeta Tierra con todo su poder y majestad. Tras dura resistencia, acabaron con el poder de los Primigenios, dispersándolos y encadenándolos en lejanas estrellas o en las más recónditas y negras simas de la tierra y el mar.

»En el combate final, la Eminencia Velada fue fiel a su juramento y se

enfrentó en memorable encuentro a las fuerzas lideradas por el mismísimo Cthulhu. Fue a lord Kthanid a quien sonrió la victoria. Según la crónica, al final de aquella jornada, Cthulhu fue dejado como muerto, pero soñando bajo las aguas de la ciudad sumergida de Ryleh, sellada por el poder del Símbolo Arcano. Allí yace soñando eternamente, rodeado de los que le servían y adoraban, que, superando todos los obstáculos, llegaron nadando a su casa, ya túmulo, en lo más hondo del Pacífico.

»Así pues, según esta nefanda teogonia, el Innombrable yace rugiendo y debatiéndose en sus grilletes, mientras

que en lo más profundo de los lugares secretos bajo tierra, el Ser Negro permanece encadenado a su vez, igual que Abhoth el Impuro. Y a través de los evos, Ythogth aúlla desde su abismo y Ghatanothoa desde su monte y Zoth Ommog desde su sima.

»Parecen esperar mientras actúan hipnóticamente sobre los hombres, esos bufones creados por los Primordiales y que aparecían en los frisos de sus ciudades submarinas y terrestres, mientras algunos hombres se afanan por encontrar sus lugares secretos y prohibidos para abrirles las puertas.»

—He leído y releído esa escurridiza

saga varias decenas de veces. Me resulta ominosamente familiar, aunque hay variantes y diferentes versiones e interpretaciones a causa de su heterogénea invención y transmisión — Leonardo interrumpe la disertación de Bruno y le da una tregua que el reportero aprovecha para volver a encender su pipa y darle un par de densas caladas—. Francamente, esa historia antártica ambientada en el Pacífico no sé qué relación pueda tener con Toledo.

—Puede que mayor de lo que en un principio parece —replica Bruno entre volutas de humo manieristas—. Además, se trata del *Necronomicón*. Es posible

que recordar su contenido nos ilumine en la búsqueda. En todo caso, no está de más.

Leonardo se arrepiente al instante de su objeción, casi simultáneamente a su formulación. Aquel resumen de Dampierre le remite constantemente a Toledo: laberintos, oscuras simas, nigromancia, deidades remotas y malditas. No puede evitarlo. Y la niebla... ¿Qué es Toledo sino una fábrica de leyendas y de niebla? Leonardo, literariamente, siempre ha sostenido que la niebla toledana se genera en el subsuelo de la ciudad y no sólo a causa de la poderosa emanación

del Tajo. ¿Sería Toledo el nombre de esa «Niebla Sin Nombre»?

Por otra parte, no puede quitarse de la cabeza la sensación de que la búsqueda del *Necronomicón* toledano puede remover peligrosas simas del inconsciente, como si la pesadilla eterna de Cthulhu, al agitarse por su búsqueda, pudiera provocar un maremoto que barrierá miles de vidas en las costas y arribara finalmente hasta ellos en olas de inexorable maldad. Entonces tiene la certeza de un peligro inminente que se cierne sobre su pequeño, precario pero aproximadamente feliz mundo, haciendo saltar en pedazos lo que tenía de refugio.

La alegría de la reaparición de un buen amigo extraviado en el camino se contrabalancea con una clara percepción de amenaza, pero ya es tarde para volverse atrás; tal gesto sería interpretado como una deserción, y en la ilusión de Sergio, y también en la expectación huraña de Yolanda, tiene que reconocer que el club se ha pronunciado con elocuencia y que el club no es él y dos jóvenes pupilos: son tres amigos en un plano de igualdad. Ciertamente, Leo percibe que la aventura, el momento de asomar la cabeza y afrontar realidades tal vez terribles, ha llamado a sus puertas.

Leonardo intenta evocar aquella guerra remota y cósmica, trata de visualizarla, pero el resumen de Sergio se basa en textos preñados de esa vaguedad propia del lenguaje profético de la mitología y de la religión.

Se pregunta por el escenario del combate final y por cuestiones concretas como la disposición de las dos armadas, si habían sido usadas naves y qué clase de armamento portaban. Pero no obtiene imágenes: sólo una sucesión de sombras pegajosas y terribles.

Decide suspender sus elucubraciones. Bruno dilata la tregua, andan ya por la tercera frasca de vino y

su lengua ha empezado a trabarse. Leo observa que su antiguo camarada, gran bebedor de siempre, parece soportar el alcohol cada vez peor. Sergio ha tomado la palabra y hace ahora una síntesis de la peripecia del libro, de ese quimérico y misterioso *Necronomicón*. Sin mirarlo directamente, pero dirigiéndose preferentemente a Bruno, Sergio ensaya una síntesis de la historia del libro:

—Hay mucha literatura al respecto, pero me he basado en la breve *Historia del Necronomicón* escrita en 1936 por el propio Lovecraft. El título original es *Al-Azif*, que es el inquietante sonido que emiten ciertos insectos nocturnos. Lo

compuso el poeta árabe Abdul Alhazred, quien declaró haber visitado la mítica Irem o Ciudad de los Pilares del desierto. Murió a plena luz del día en Bagdad, despedazado y devorado por un gigantesco monstruo invisible para la multitud que presencio su exterminio. La obra trata —ya Bruno ha expuesto lo esencial de su mundo— acerca de las antiguas razas que dominaron este planeta y que aguardan su regreso, destruyendo o esclavizando a los humanos, que no dejamos de ser un subproducto de ellos.

Sergio se comporta, a pesar de su desenvoltura, como un alumno en espera

de la aprobación de su profesor. Luchando contra la modorra provocada por el abundante vino ingerido, Bruno sigue con atención el recordatorio de Sergio.

—Una parte esencial del libro es su lado, digamos, práctico: una serie de consejos y conjuros para abrir puertas de conexión con ellos y, a través de estas, posibles vías de liberación y atracción de su maligna influencia e, incluso, de los seres mismos. En pocas palabras, instrucciones para «sintonizar» con ellos y para ayudarles a despertar de su letargo y liberarse de su presidio en simas y ciudades de

pesadilla.

—Todo eso, más o menos, ya lo sabemos —Yolanda parece disfrutar tratando de poner en algún aprieto a Sergio, al que ve demasiado entregado a Bruno—. Lo que más nos puede interesar ahora es resumir la historia editorial del *Necronomicón*.

—Allá íbamos, doña Impaciente —replica Sergio con buen humor, sin darse por aludido—. En 950 lo tradujo al griego Theodorus Piletas, en Constantinopla. Tiempo después, el patriarca Micael decretó su destrucción por el fuego. En 1228 Olaus Wormius lo traduce al latín. En 1232 lo prohíbe el

papa. Constan dos ediciones posteriores: una alemana en el siglo XV y la española del XVII. Adivinad en qué ciudad se imprime. Hasta aquí lo que sabemos de la historia editorial del libro —y añade misterioso y cómplice—: Por el momento.

—¿Qué sabemos acerca de ejemplares conservados? —Leonardo ha regresado a la conversación desde sus lúgubres recelos—. Creo recordar que se mencionaban algunas bibliotecas prestigiosas.

—Y tanto... —responde Sergio, hojeando su libreta—. La Nacional de París, el Museo Británico, la Biblioteca

Wiedener de Harvard, la de la Universidad de Buenos Aires... Bueno, aquí hay que tratar de distinguir lo real del juego estrictamente literario. Esos Pickman de Salem parecen ficticios, como la famosa Universidad Miskatónica de Arkham, aunque hay quien sostiene lo contrario. De todos modos, lo que creo que nos interesa más es que de todas las impresiones de la versión latina se conserva algún ejemplar, uno al menos. Excepto...

—Venga ya, suéltalo, no te adornes tanto —la irritación de Yolanda hacia Sergio parece ir en aumento—. Voy a empezar a mordirme las uñas de los

pies de un momento a otro por la incertidumbre...

Sergio mira a Yolanda con la misma cara de extrañeza con que habría mirado a uno de los seres de aquellas espeluznantes sagas, pero no entra al trapo de su recochineo. Él, a lo suyo; como si tal cosa:

—La edición Toledo del XVII es la única de la que no consta la localización de ningún ejemplar.

—Claro —salta socarrona Yolanda—, quizá por eso es por lo que se cotiza tanto y la razón de que el famoso descifrador de enigmas, Bruno Dampierre, se haya trasladado a Toledo

y haya embarcado en su búsqueda a los tres pirados que integran el sedicente club Lovecraft...

—¿Pero se puede saber qué te pasa, tía? —estalla Sergio.

Se produce un intenso careo de cinco o seis segundos. Es evidente lo que está pasando, pero a veces lo evidente es lo más difícil de ver. Sergio se siente embarcado con todas las consecuencias en una aventura quizá casi tan peligrosa y procelosa como la del amor.

Bruno, viejo brujo que ya ve por dónde van los tiros, ejerce como jefe de grupo:

—No quiero que malgastemos inútilmente nuestras energías en piques personales. Tenemos mucho que hacer juntos y mejor hacerlo a gusto. Me encantan las bromas, pero no las disputas sin motivo.

Entonces, Leonardo, que ha vuelto a sus extravíos primordiales, dice algo que provoca que los tres se vuelvan a escucharlo:

—¡Las ciudades estallaron!

Se archiva la polémica. Leonardo está como quien sale de un trance. Parece que al fin ha conseguido hacerse con una imagen de aquellas guerras siderales de la noche de los tiempos;

puede que, incluso, con toda una secuencia de ellas...

—Literalmente, las ciudades estallaron...

—¿De qué ciudades hablas? — Bruno escudriña a Leonardo como tratando de avizorar lo que bulle en su cerebro, sumergirse él también en esas visiones que parece estar teniendo su viejo amigo.

—De aquellas, pero podría ser cualquier ciudad: Roma antigua, la Nueva York de ahora, Toledo mismo... ¿No habéis tenido la sensación de que Toledo puede estallar de un momento a otro, más que estallar, despegar, romper

a volar sobre sí misma?

Primero, el conato de bronca; ahora el delirio de Leonardo. Bruno decide que ha llegado el momento de aliviar tensiones, de apelar a la ironía:

—Dime, Leo, ¿has vuelto a fumar marihuana?

Leonardo recupera la vieja complicidad con Dampierre. Le basta con mirarlo. Se esfuman, al menos por un instante, durante un par de frases, las aprensiones y las visiones de mundos extinguidos. ¡Ah, la magia del humor, ese don capaz de humanizar y hacer soportable lo más abominable!

Por eso contesta con media sonrisa

mientras un aro de humo sale de su cachimba:

—¿Quién te ha dicho que he dejado de hacerlo alguna vez?

* * *

Tomislav se ha dejado perder por el laberinto toledano. Lleva todo el día dando vueltas, haciendo de vagabundo a sabiendas de que ya no lo es. Ha circunvalado la catedral, dejando que todas sus poderosas fuentes energéticas manasen hacia él, lo poseyeran de los pies a la cabeza y de la cabeza a los

pies. Pero se ha sentido más seguro mezclándose con grupos de turistas que, compasivos, le sonreían y hasta deslizaban alguna moneda en su implorante mano. En cuanto divisaba a lo lejos un uniforme de policía, se internaba en uno de los innumerables y retorcidos callejones. Sólo examinándolo detenidamente se advierte lo gastado de su chándal y la mugre que ennegrece el cuello de su chambergo paramilitar. Pero la moda ayuda a veces y justamente ése parece ser el estilo de muchos jóvenes acomodados a los que no les falta de nada. No obstante, está bien tomar precauciones. Las voces han

sido concluyentes en ese sentido.

En una especie de ficha mental, su mente ha ido visualizando los rasgos y hasta la ubicación actual de los intrusos. Sin embargo, debe dejar que ellos actúen, que lleven la iniciativa. Él enfocarí­a el asunto de forma inversa, escribirí­a una novela contrapuesta. Primero, actuarí­a él, sembrarí­a de pistas la ciudad y ellos se verí­an obligados a ir siguiendo su rastro como sabuesos famélicos hasta que... Pero él no está ahí para pensar, sino para actuar según el protocolo. Y el protocolo dice: «Ellos antes, tú después». Nada puede hacer contra ello.

Antes de visitar la librería dispone de casi dos horas. Decide mezclarse entre el gentío que se congrega en la plaza de Zocodover. Se siente a gusto concentrado en la estridencia de los pájaros que apaga todas las voces.

8

Leonardo piensa con melancolía que ya no se pierde por Toledo, como le sucedía en sus primeros deambulares por la ciudad cuando decidió instalarse en ella. En los agujeros negros del laberinto, esos que, pongamos por caso, te hacen regresar al teatro de Rojas cuando deseas alcanzar San Miguel y que ya no guardan secretos para él. Pero jugando a guía bizarro de su amigo, que se pierde y al que le encanta hacerlo para poder hallar un sinfín de sorpresas, de pequeños y de grandes detalles, se han puesto a callejear por las rúas y

vericuetos de la vieja ciudad. Después de la copiosa comida y de la prolija sobremesa, bien regada con chupitos de hierbas, necesitan tonificar los músculos y ventilar la cabeza. Yolanda y Sergio, que han bebido menos, se han dirigido a una librería de viejo a rebuscar por si dan con un viejo cartapacio, casi contemporáneo del quijotesco de Cide Hamete Benengeli.

Desde el Corral de don Diego se han ido alejando del Alcaná hacia el sector oriental de la ciudad, por San Justo y San Miguel, especulando sobre huellas satánicas inscritas en la ciudad. La vertiginosa escalinata del Diablo y el

callejón del Infierno se cruzan en su camino. Luego regresan a la catedral. En la puerta del Juicio Final una turba de faunáseos demonios atormenta a los réprobos. En el convento de Santa Isabel, dos tenantes bajo un arco, con las puertas cruzadas en postura de semiloto, parecen postularse como representaciones del Maligno, no tanto por los aparatosos cuernos que se esconden bajo sus cabellos como por la serenidad diabólica de su expresión.

—La ortodoxia, para afirmarse, parece que necesita la proximidad del mal, de la herejía —comenta Bruno debajo del imponente mural de la

Resurrección de los Muertos en la iglesia de San Román, preguntándose por qué la cal borra precisamente la parte izquierda del mismo, qué clase de seres o «demonios» habrían estado allí.

Mientras Bruno toma fotos con una cámara digital, tan pequeña que a Leonardo le ha parecido una pitillera metalizada, él vuelve a encender la pipa y exhala unas placenteras bocanadas de Borkum Riff, aroma *bourbon*, hacia el crepúsculo de Toledo. Arde el cielo en granas y carmesíes por encima de la mancha ocre de los tejados, contra la parte superior de los cigarrales y el borde rocoso que corona el valle.

—Los crepúsculos más bellos del mundo —proclama Leo.

—Puede que sí —ratifica Bruno después de pensárselo unos segundos, como recordando otras ciudades en una rápida cascada de imágenes.

Después de contemplar el espectacular mural y las magníficas réplicas de los tesoros visigóticos en San Román, deciden dirigirse hacia San Andrés, raro caso de fusión entre los estilos mudéjar y gótico. Pero no sólo buscan arte y arquitectura, también emociones y pistas. Las misteriosas momias de la cripta de San Andrés excitan su imaginación. Y también la

contigüidad del callejón de los Muertos. La toponimia, el nomenclátor callejero es de gran interés para detectives de sombras como ellos.

—Es que los nombres reflejan realidades, cosas...

—O, en la versión opuesta, las crean, contribuyen a atraerlas; actúan a modo de conjuro.

—Pronto empezarán las nieblas. Me encanta perderme por Toledo en las noches de niebla —dice Leo—. Bueno, perderme en sentido metafórico, porque lo que es perderme, ya hace tiempo que no tengo esa sensación vertiginosa y fantástica. Dejarme llevar sin un rumbo

definido, perseguir la niebla, pasar de una nube a otra.

—Me gustaría tener resuelto este asunto para entonces. Sinceramente, Leo, bastante niebla envuelve de por sí al *Necronomicón*.

En San Ginés se agregan a un grupo de visitantes de las Cuevas de Hércules, antro en el subsuelo de una demolida iglesia visigótica que es para unos parte del sistema romano de conducción de aguas hasta Toledo desde la presa de Mazarambroz y para otros, «nefando gimnasio» o centro de transmisión de iniciáticos y peligrosos saberes. Ni Bruno ni Leo han querido perder la

ocasión porque sólo excepcionalmente Toledo abre su críptico subsuelo al público. Así que aparcan su misión momentáneamente y descienden al antro de ciclópeos sillares. Arriba, un dintel con una divinidad bestial, especie de dragón o serpiente acuática o cósmica, atrae su interés. Es entonces cuando suena el móvil de Leonardo.

—Parece que los chicos han averiguado algo en la librería.

Inmediatamente buscan la salida del inquietante recinto. Atrás, el guía, para ganar desde un sólido escepticismo científico la benevolencia de sus clientes, comenta:

—Ya ven que por aquí no se han encontrado brujas quemadas ni cosas así.

Justo a su lado, varios cuerpos esqueléticos, parcialmente momificados, emergen de la tierra. Bruno y Leonardo se cruzan entre sí miradas de estupor, pero no pueden demorarse por más tiempo allí.

En la calle de la Sal, bajo unas contraventanas vetustas y pintadas de marrón oscuro, Leonardo se detiene poniendo cara de travieso.

—Espera —le dice a Bruno—, vas a ver.

En efecto, a poco se descorren las

contraventanas, luego se abre ligeramente la ventana y aparece entre visillos una señora de blanquísimos cabellos y desleído más que apergaminado rostro, que escruta la calle, los divisa y se dirige a los dos hombres apostados bajo su casa:

—¿Qué hora es?

—Las siete y veinticinco —contesta Leo.

—¿Y veinticinco? —un ligero temblor zarandea su frase. Parece sinceramente preocupada por la hora. Luego vuelve a cerrar la ventana y desaparece tras el visillo, aunque quizá siga mirando hacia la calle.

Leo explica que esa vieja es casi una especie de ritual urbano y secreto para él. Pase a la hora que pase, ella se asoma y le pregunta la hora.

—Es el lado becqueriano de Toledo, un poco entre *Las mil y una noches* y Poe. Te imaginas que un día subes y la encuentras transformada en una hermosa doncella que se desnuda para ti y con la que haces el amor. Al despertar, compruebas que es sólo un espantoso fantasma que se desgañita de risa entre los esqueletos de sus polvorientos amantes y paredes de las que cuelgan decenas de relojes parados. Aunque lo más probable es que no tenga reloj y por

eso pregunte la hora.

—¿Para qué demonios querrá saber la hora? ¿Qué puede importarle? —se pregunta Bruno.

Pero con estos coloquios se han plantado ya enfrente de la casa del anticuario.



Tomislav ha seguido a los dos intrusos a través del laberinto toledano. Las callejas en zigzag facilitan la persecución y a la vez la complican: hay que estar muy atento para no perder de

vista a quien se sigue en el caso de que se desvíe de repente por un adarve o un callejón lateral. De todos modos, eso a él no le preocupa. Su conexión con los dos tipos es telepática, *ellos* le guían y los tiene constantemente localizados. No debe preocuparle ese aspecto, debe procurar no mostrarse, que esos buscalibros entrometidos no puedan detectarlo. «Hasta que no tengan más remedio que hacerlo», se dice. Tomislav también ha tenido un encuentro con la vieja loca de la ventana entre visillos. También a él le ha preguntado la hora. Y él ha contestado sin contemplaciones: con un gesto de degüello de su larga y

fibrosa mano. La mujer ha retrocedido espantada mientras él pensaba en lo fácil que resultaría subir y eliminarla. Acaso fue bella un día lejano, pero ahora sólo es una momia repulsiva que pide impúdicamente la hora a todos los que pasan por su calle. Sin embargo, no dispone de tiempo para distracciones. Los dos hombres acaban de entrar en una cochambrosa librería y él tiene que dejarse caer por allí.

* * *

En realidad, la librería de Menéndez

forma parte de una abigarrada casa de almoneda. Cuadros apilados, lámparas, viejos escritorios, mesas, armarios, enseres de diferentes épocas y estilos, relojes de péndulo y de consola... Un rastrillo variopinto y, al fondo, una palmera alegrando un sobrio patio toledano.

Sergio y Yolanda curiosean unos folletos de cine, mientras que Menéndez, un tipo con aires de profesor extravagante y notorio desaliño indumentario que le hace parecer bastante mayor de los cincuenta que tendrá, levanta su mirada de las papeletas que está redactando, sepultado

entre libros y pequeños objetos en su mesa de trabajo, situada en un rincón al fondo de la tienda. Encima de una mesita situada entre un sofá granate y dos butacones de cuero hay tazas con restos de té y una bandeja con dos pastas toledanas.

Bruno y Leo ocupan un lado del sofá y la butaca adyacente, mientras que Menéndez se acomoda en la butaca opuesta, tras servir otra ronda de tés y reponer la provisión de toledanas.

—Con los años —explica—, me he hecho más del té. Bueno, casi exclusivamente. Té negro, té rojo, té verde, té blanco... No soy racista.

—Lovecraft dicen que sí lo era —
Bruno entra en materia; su estilo siempre
fue directo.

—Pero se casó con una judía —
Menéndez parece puesto en el tema—.
Me inicié en Lovecraft a partir de
Borges y muy superficialmente. A veces
he tenido alguna cosa, en bolsillo:
ediciones baratas de los setenta y los
ochenta. Desde luego, los tres tomos
legendarios de Bruguera con *Los mitos
de Cthulhu*, muy codiciados por los
fanáticos de lo fantástico. Creo que
todavía los tengo por ahí. La ya clásica
edición de Llopis, cierto álbum italiano
con una adaptación a cómic, creo que de

Breccia (éste lo vendí enseguida) y cosas disparatadas, como una supuesta edición verdadera del *Necronomicón* que condene un refrito de mitos sumerios.

Menéndez bebe un sorbo de su té. Leonardo vacía los restos de ceniza de su pipa y la vuelve a cargar. Yolanda y Sergio siguen la charla de pie, apoyados en la parte posterior del sofá.

—Sinceramente, nunca he pensado que el *Necronomicón* sea otra cosa que una ficción, un juego literario. Nunca, hasta el día que Hugo Frankel, el alemán que vive en un cigarral, entró en mi tienda...

El alemán le pidió un servicio profesional: que visitara su biblioteca para peritar una pieza curiosísima. A cambio le sería dado acceder a su legendaria y secreta colección de libros esotéricos. Naturalmente, Menéndez aceptó y un buen día visitó el cigarral de Frankel.

—El libro en cuestión se titulaba el *Necronomicón*. Era, a todas luces, un impreso toledano del XVII, por el papel, por su filigrana, por la tipografía. Estaba encuadernado en un austero y eficiente pergamino español. Pero contenía algo más, algo que aún hoy me estremece recordar: el título estaba escrito en rojo

oscuro... No pude evitar pensar con aprensión que se trataba de sangre, de sangre humana...

Pero aún hay otra cosa que Menéndez cree que deben conocer, algo que le sucedió después y que, de algún modo, turbó no poco su pacífica existencia de librero y anticuario, llenándolo de dudas y aprensiones. Desde entonces, cada vez que echa el cierre con la noche encima, un estremecimiento le recorre la espina dorsal y las pacíficas callejas adyacentes se pueblan para él de espectros y sombras amenazantes. Desde aquella visita a la biblioteca del cigarral

ya no ha conseguido sacarse de la cabeza el *Necronomicón* ni los sombríos mundos de H. P. Lovecraft. Por ello le impresionaron mucho más, unos meses después, las palabras de un turista americano de rasgos ligeramente asiáticos que dijo haber sido seguidor (casi discípulo directo) del mismísimo Lovecraft.

—El *Necronomicón* está en Toledo —afirmó el viajero—, es lo más lógico. Yo puedo percibirlo, casi lo huelo.

El viejo, que al hablar dilatava las fosas nasales de su chata nariz, le pidió recado de escribir. Evidentemente, parecía plenamente convencido de la

realidad del libro. Allí mismo, junto al ventanal del patio, escribió unas líneas, una especie de poema en clave. Con voz grave, le contó que el mundo no estaba preparado todavía para una revolución tan espantosa. Aún habrían de pasar unos cuantos años, no muchos. Añadió que un día alguien volvería a preguntar en su tienda por el *Necronomicón*. Entonces debía entregar ese texto.

—Bueno —concluye Menéndez con notorio alivio—, vosotros me habéis preguntado por el libro después de doce años..., y yo debo cumplir mi parte.

Menéndez entrega una holandesa amarilla a Bruno y el escritor aventurero

lee en voz alta lo que contiene:

AL QUE HA DE VENIR,
AL QUE LLAMADO ESTÁ
A DESPERTAR AL
MORADOR

QUE SE DEMORA.
AQUEL QUE DESGARRÓ
LAS FAUCES DEL LEÓN
EN EL CIRCO.
AQUEL CUYA PIEL
EL FUEGO IMPÍO
NO LOGRÓ
CHAMUSCAR.

AL QUE PADECIÓ LA
DISCIPLINA

CIRCULAR SIN UN
GEMIDO

Y SOBREVIVIÓ AL
ATAQUE DE
LOS PERROS DE
TÍNDALOS.

EL ELEGIDO, EL ÚNICO
DIGNO DE LA CLAVE
POSEER.

—¿Nos lo podemos llevar? —
pregunta Bruno.

—Os lo estoy dando —responde
Menéndez.

—Podemos copiarlo, es
relativamente corto —sugiere Leo,

tomando el papel y revisándolo.

—Ya es una copia, una buena copia. No os preocupéis por eso: instinto de anticuario.

—Muchachos —dice Bruno, levantándose del sofá granate—, está claro cuál es la próxima visita que tenemos que hacer.

Leonardo conduce en silencio mientras cruzan el Tajo rumbo a los cigarrales. El alemán ha aceptado sin ninguna objeción una visita inmediata, de hecho, no ha manifestado ninguna sorpresa, como si de algún modo la esperara. Coruscan enfrente las luces de los cigarrales tapizando la abrupta ladera. Bruno y Leo piensan en cómo perviven agónicas muestras de algunos horrores del milenio que acaba de pasar, resistiéndose a ser barridos y borrados del suelo de la historia. Y los dos se preguntan qué clase de nuevas formas

puedan asumir en el futuro inmediato.

El anciano, tan viejo que parece de edad indescifrable, camina con una agilidad sorprendente enfundado en una gruesa chaqueta de lana. Los guía a través de lujosas y desordenadas estancias hasta su espacioso gabinete. La sólida robustez *art déco* del mobiliario es la principal evocación de una época pretérita. Aparte de eso, la casa no parece la de un alto dignatario nazi retirado. La profusión de libros (y libros en situación de renovado uso) sugiere más bien la vivienda de un intelectual que vive solo. El bóxer, que ha escoltado el Golf de Leo desde que

traspuso la verja de acceso, hace las veces de mayordomo y les acompaña hasta la chimenea, bien alimentada de troncos, junto a la que se recuesta con elegancia el anfitrión. Sin duda, la chimenea es la gran estrella de ese amplio estar. Y pese a que abundan los libros en mesas y anaqueles, los dos amigos comprenden que la otra estrella, la legendaria biblioteca de artes mágicas de Hugo Frankel, no se encuentra en ese gabinete.

Toman té placenteramente, reconfortados por el abrazo envolvente de las llamas de la chimenea, cuyo calor se agradece en la orfandad de esas

noches de otoño que ya anuncian el invierno. Leo piensa que va a acabar haciéndose adicto al té: con el de la librería de Menéndez, es el tercero que toma. Pero el alemán, si bien diplomático, no parece aficionado a los circunloquios. Los dos amigos ratifican la impresión que tuvieron al contactar telefónicamente con él: de algún modo, parece impaciente por transmitirles algo. Ellos, por su parte, se mueren por contemplar el mítico ejemplar de la edición toledana del *Necronomicón*. Para ello, introducen el tema de su realidad, de la autoría, de los enigmas y misterios que lo envuelven...

—En realidad, ningún grimorio o libro de conjuros tiene verdadero autor en el sentido literario del término —apunta Frankel—. ¿Alguien puede creerse que *La espada de Moisés* fue compuesta de su puño y letra por el mago y caudillo hebreo? A no ser que nos creamos al pie de la letra la versión urdida por Lovecraft, en cuyo caso él sería el creador, inventor y principal autor del libro, su utilización por la literatura es sólo una clave para transitar otros caminos, una metáfora, inclusive una maniobra de distracción...

Le preguntan por su colección de libros de artes mágicas, por su ejemplar

del *Necronomicón*.

—Sabía que tarde o temprano Menéndez revelaría mi secreto. De hecho, al hacerlo partícipe del mismo, es lo que yo mismo buscaba. Sé quiénes son ustedes y lo que buscan. No sé si podrán dominar las fuerzas gigantescas que se están movilizandoo. Sí, tengo un ejemplar de la edición toledana. Espero que comprendan que no se trata en este caso de bibliofilia, sino de algo trascendente, cosmogónico.

El viejo alemán se pone a disertar sobre la necesidad de un nuevo orden. Se está acabando un ciclo y las cosas se remueven otra vez; hace falta estar ciego

para no percibirlo.

—No se alarmen, amigos, ese nuevo orden trasciende el estrecho marco de la política. Yo incurrí en un error, como tantos hombres y mujeres de mi generación. Por otra parte, mis responsabilidades, que no niego, fueron de orden estrictamente cultural. No, ya no recibo a nadie. Hubo un tiempo en que jóvenes de medio mundo me visitaban en busca de algo que para mí estaba muerto, muerto y enterrado. Aquello acabó. Particularmente desde que falleció Frieda, mi esposa, vivo acompañado tan sólo de mis libros..., y también de mis fantasmas; a qué negarlo,

señores. Ya sólo creo en una cosa: en el «despertar» de la propia conciencia.

Hugo Frankel tiene que ser por fuerza bastante mayor, pero sus movimientos sugieren una sorprendente cualidad felina. Habla castellano casi sin acento alemán y también fuma en pipa. Leo aprecia este detalle.

Frente a los leños crepitando en la enorme chimenea del salón, sus sombras, agigantadas en el alto muro, dan a la escena el ambiente de una película expresionista. Frankel, lanzando una rápida mirada hacia la vieja pipa de Leo, que asoma por el bolsillo superior de su chaquetón de

tweed, dice:

—Veo que también usted fuma pipa, señor Pacheco. Debería probar mi tabaco, se trata de una mixtura de mi invención. No le defraudará.

Solidaridad de fumadores de pipa. Leo acepta. El tabaco es fantástico, realmente bueno. Pata negra, se dice, algo especial.

—Como les he dicho, recibo pocas visitas. Mis amigos se han ido muriendo. Mi esposa también se fue. Mi mundo desapareció hace mucho.

Los ojillos claros de Frankel parecen querer rescatar, de entre las llamas del hogar, secuencias, imágenes

de un pasado extinguido, pero no hay tristeza ni melancolía en sus palabras.

—Sólo los libros me hacen compañía —dice, señalando con la mano en alto algún lugar impreciso de su enorme casa.

—¿No tiene hijos?

—Mi hija falleció en accidente de coche en el valle, aquí al lado. Sólo tenía diecinueve años.

—Lo siento.

—Sucedió hace mucho... Pero hablábamos de libros.

—Buenos compañeros —asiente Leo mientras se demora en las volutas de humo que acaba de exhalar.

—No siempre —Frankel agacha la cabeza en gesto sombrío—, no en todos los casos. En ocasiones pueden ser muy peligrosos; sobre todo, si no se los sabe manejar.

—Comprendo. Su biblioteca ocultista y teosófica es legendaria.

—¿De veras? Gracias... Para algunos, los libros constituyen un fin en sí mismos. Yo no cultivo ese fetichismo. Para mí son más bien..., un medio.

—Desde luego: un medio de conocimiento.

—Conocimiento y poder, señores.

Frankel alude otra vez a lo que denomina «sus errores de juventud», a

su impaciencia, a su desdén de entonces por los saberes ocultos. Desde que se instaló en Toledo (decisión a la que no fue ajeno el prestigio ocultista de la ciudad, ni su veneración por el *Parsifal*, ni, por supuesto, la tolerancia del régimen del general Franco hacia los fugitivos del nazismo), los libros de ciencias ocultas habían ocupado el centro de su vida.

El viejo alemán se levanta otra vez y se dirige ahora con los brazos alzados hacia la estantería que ocupa el flanco izquierdo de la gran chimenea. En algún punto, acciona con rapidez un resorte, y lo hace a tal velocidad que ni Dampierre

ni Pacheco pueden identificarlo con claridad. El mueble gira sobre sí mismo abriéndose como una puerta.

—Pasen... Creo que aquí dentro se encuentra aquello que buscan ustedes con tanto anhelo. Admiren estos tesoros. Ellos son mi obra, la misión de mi vida. A través de ellos he tratado de reconstruir la biblioteca mágica del «gimnasio nefando», he intentado revivir «la ilusión toledana».

A Bruno y a Leo les es dado ver y tocar ediciones príncipes y manuscritos de obras cuya existencia siempre creyeron brumosa, en los límites de lo quimérico o lo apócrifo. Pero no, allí

están: *La Demología*, de Al-Magherit; *La Chiromantia*, de Al Said ben Alí Mohamed; *La Geomantia et Practica Planetarum*, de Gerardo de Cremona...

—Acérquense. Éstas son las joyas de la corona.

El alemán extrae dos volúmenes y se los muestra. Al hacerlo, sus ojos emiten extraños fulgores verdosos.

«El viejo se alimenta de libros, ellos lo regeneran», piensa Bruno.

Hay algo misterioso en su vitalidad, en la insólita energía que transmiten todos sus movimientos.

—Éste de aquí es el tratado de alquimia más seguido en el gimnasio

toledano, el *Libro de la esencia de la Alquimia*, compuesto por Morienus el Romano para Chalid, rey de Egipto.

Ambos presentan encuadernaciones clásicas, pero rigurosamente contemporáneas. Sin embargo, la antigüedad de los libros parece difícil de determinar.

—¿Y el otro?

—Una joya, ya les digo. El *Liber perditionis animae et corporis*, escrito por Miguel Escoto. Relaciona los nombres, los escondrijos y las invocaciones de los diferentes demonios con sus respectivos poderes. Interesante, ¿no?

Hay cosas increíbles en aquella biblioteca oculta. Los dos amigos, al paso, pueden distinguir libros como *Demonolatría*, de Nicolás Remy, *De vermiis misteriiis*, el *Malleus maleficarum*, de Kramer y Sprenger, cartapacios de antiquísimo aspecto que contienen *El libro de Thoth* y el ancestral Hermes Trimegisto, la *Biblia satánica* y la *Biblia de las brujas*, *La llave de Salomón*, *El dragón ardiente*, *El gran grimorio*, el *Libro de los secretos*, falsamente atribuido a Alberto Magno... Pero Frankel sabe qué es lo que les interesa, aquello que han venido a buscar. Enciende un neón incrustado en

mitad de la bóveda de ladrillo toledano, iluminando una vitrina que ocupa un lugar casi central, protagónico dentro de aquel antro. La vitrina contiene un solo libro: un volumen en cuarto, no demasiado grueso, encuadernado en pergamino español.

—Y por fin, he aquí el *Necronomicón*, escrito por el árabe Abdul Alhazred, en traducción latina impresa en Toledo en el siglo XVII.

—¿Puedo hojearlo?

—Les aseguro que está mucho mejor dentro de esa vitrina blindada.

—¿No se fía de nosotros?

—No me fío de él.

—La encuadernación es muy austera

—Leo observa que, efectivamente, los rótulos exteriores de autor y título más parecen sangre reseca que cualquier clase de tinta.

—Esperaban algo más espectacular, ¿no? ¿Tal vez pellejo humano? Puede que alguna edición remota estuviera encuadernada así, aunque yo creo que es una leyenda más entre las muchas que rodean a un libro legendario. Para confundir, para hacerlo todavía más inaccesible...

—Me pregunto —dice Bruno— si estaría dispuesto a aceptar por él cien mil euros. Y, naturalmente, los libros de

mi fondo que pudieran interesarle. Tengo bastantes cosas que entrarían dentro de su campo de interés.

—No está en venta —contesta Frankel con cierta brusquedad, al tiempo que apaga el neón.

Salen en silencio de la cámara. Los amigos cruzan una mirada de desconcierto. ¿Para qué les muestra Frankel el libro si no parece interesado en venderlo?, ¿de qué va todo eso?

Frankel no se sienta. Parece impaciente por verlos desfilas hasta la salida.

—No interpreten como una descortesía mi negativa. De hecho, la

oferta que me hacen es muy interesante y, a fecha de hoy, mi capital anda bastante menguado, pero no deseo deshacerme de ese libro.

Frankel se hunde en su butacón de cuero y les da la espalda sin invitarles a que tomen asiento nuevamente. Por un momento, parece haber vuelto a las escenas de su pasado que brincan como las chispas en la gran chimenea.

—Escuchen: en la arrogancia de la juventud, yo y otros como yo cometimos el error infantil de pensar que un Nuevo Orden se podría imponer a través de la política y de su manifestación más radical, la guerra. Nos equivocamos. La

política no es sino la administración de la vulgaridad. El verdadero poder reside en un nivel cósmico, muy superior, a partir de la conciencia. Claro, tardé en comprenderlo y bastante más en controlarlo. Ese libro me fue muy útil. Pero ahora sé que puede también ser peligroso, extremadamente peligroso.

—Es sólo un libro, Frankel.

—No, es mucho más, es un libro y es otra cosa. Una puerta; mejor dicho, la llave que abre una puerta. Y lo que hay al otro lado no iba a agradarles, amigos míos. Para serles sincero, todavía no sé si están preparados para comprender las

implicaciones, terribles, de lo que trato de decirles.

—¿No nos permitiría tenerlo siquiera unos minutos en nuestras manos?

—¡Ah, los españoles! Testarudos y valientes. No les prometo nada ahora, pero les doy mi palabra de que lo pensaré.

Repentinamente, un cansancio de siglos asoma en las facciones apergaminadas del anciano. Despidiéndolos bajo el fanal de estilo moruno del zaguán, Frankel les parece por primera vez lo que en verdad es: un viejo decrepito y artrítico. Su energía de

antes parece haberse desactivado por completo frente a un crepúsculo toledano con cielos cárdenos del Greco y el rojo disco del sol hundiéndose detrás del Guadarrama y apagándose en el Tajo.

—Caramba, parece que se prepara una buena tormenta. En Toledo son espectaculares. Esta ciudad las atrae. ¡No se les ocurra perdérsela por nada del mundo!

Es entonces cuando un relámpago hace refulgir abajo, transfigurada e irreal, la ciudad entera. ¿Peñascosa pesadumbre? Pruno se pregunta qué otros secretos esconderá esa península

fluvial urbanizada. El bóxer vuelve a escoltarlos con inapelable elegancia, ahora desde la casa al coche. Una ráfaga de gruesas gotas de agua les hace taparse los rostros y acelerar el paso. La voz de Frankel, forzada para hacerse oír en el fragor de la tormenta, sólo la descodificarán más tarde, a la luz de lo que sucedería, como una especie de cordial SOS:

—Llamen en un par de días. Igual cambio de opinión.

10

La primera sorpresa es que la librería no es exactamente una librería. Eso es del agrado de Tomislav, que siempre ha sentido en las librerías una cierta sensación de desamparo. «Como pez fuera del agua», piensa.

Allí no, aquello parece un bazar de Sarajevo, de los de antes de la guerra, allí una avalancha de cosas antiguas y pintorescas atraen constantemente la atención. Muñecas antiguas, relojes, muebles, cuadros, juguetes del año de maricastaña, ropas y libros, claro, montones de libros apilados en un

rincón, incapaces de encoger el ánimo del serbio, formando parte de una escenografía abigarrada y delirante.

El tipo le ha lanzado una ojeada rápida y después le dirige una pregunta cargada de desconfianza:

—¿Busca alguna cosa en particular?

Sin duda, ha percibido por su atuendo y por su aura que no encaja exactamente en el perfil de la gente que suele curiosear en esa clase de tiendas. Tomislav admite que el instinto, esa conexión primaria con lo que se avecina, no ha desaparecido todavía por completo de la especie humana. Le agrada constatar ese hecho, incluso en

un tendero impregnado durante años del polvo de sus mercancías. Le agrada, pero sabe que al hombre le va a servir de poco. En realidad, sólo conseguirá incrementar su sufrimiento.

Tomislav no contesta, se limita a sonreír lobunamente y se aproxima al hombre, que se ha levantado y que empequeñece al percibirlo cerca, al confrontar sus ojos verdes. Lo que haya visto en ellos, sin duda, no le ha gustado. El intruso retrocede hacia la puerta con un giro felino y la atranca desde dentro. Menéndez ha comprendido al instante. La alarma se ha disparado y es ya terror, percepción de peligro

inminente. Sabe que es sólo un conejo atrapado en el interior de su propia madriguera, que el hurón está ya dentro de ella. Y asiste atónito al espectáculo de aquel extraño examinando objetos con rudeza, dando cuerda a antiguos juguetes (un mono tocando un tambor y bebiendo alternativamente de una botellita, un coche de carreras de latón girando estridente por el suelo de la tienda), abriendo y cerrando aparadores, probándose una vieja capa española de estilo charro... Los libros también los manosea, pero no le dicen nada y les hace poco caso, a excepción de uno, un atlas francés del imperio austrohúngaro.

Por un instante, se para a pensar en lo mucho que han cambiado los mapas. Todo cambia y todo se repite, hasta que vuelva a despertar lo único estable, aquello que permanece dormido, aguardando.

Menéndez ha enmudecido. Pero reacciona. Le pregunta qué quiere, si se trata de dinero. Tomislav se limita a golpearle en la boca, de la que brotan algunos dientes y chorretones de sangre. El anticuario, a cuatro patas, implora desde el suelo que cese la pesadilla. Oscuramente, presiente que el ataque del intruso tiene que ver con la visita de Leo y Bruno y tal vez con la ya lejana del

norteamericano. Su presunción se convierte en certeza cuando el tipo habla por primera vez:

—Tienes muchas chorradas, pero no el *Necronomicón*, ¿verdad?

—¿El *Necronomicón*? No trabajo esa clase de libros.

Tomislav le pega una patada. ¿Dónde? En la boca, naturalmente, para que deje de decir gilipolleces, para que no trate de pasarse de listo con él.

—¿Pero qué quiere de mí? ¿Qué ha venido a buscar aquí?

No quiere aceptar lo evidente, que él no busca objetos, ni libros, ni siquiera el *Necronomicón*, pues sabe perfectamente

que allí jamás lo encontraría. Él no busca nada, excepto castigarlo: el estricto placer de ser su verdugo.

Desde luego, aunque los conoce y los practicó en determinada época, sus métodos distan bastante de ser refinados. La golpiza es brutal y culmina cuando le introduce en la boca hojas arrancadas de los libros hasta atiborrar la garganta de Menéndez. Disfruta viendo al tipo hozar entre sus propios libros y papeles tirados por el suelo, restregarse entre sangre, vómitos y meados.

Mientras Menéndez agoniza, él se entretiene probándose prendas

señoriales antiguas: una levita, varios chalecos, camisas con alambicadas pecheras. Es lo que más le gusta de la tienda. Ya está harto de su ropa de mendigo deportista en chándal. Con deleite se va examinando en un espejo y le pide opinión al librero, que se agita en medio de convulsiones desesperadas. Pero Tomislav ya ha elegido su atuendo: un gabán holgado que recuerda un poco al de Sherlock Holmes y un traje oscuro con una americana muy holgada y confortable. Tampoco olvida cargar algunas corbatas, lazos y camisas. Ha llegado el momento de cambiar de imagen. Se ve elegante y seductor,

recuerda otros tiempos mejores. Pero ya ha decidido que debe moverse. Su misión apenas está comenzando. De una percha de pie escoge un sombrero, un sobrio modelo americano que vuelve a verse por ahí, para completar su indumentaria.

Antes de salir, le asesta al tipo una patada definitiva en la cabeza. Apagándose en la inmensidad de la nada, la mente de Menéndez se recreena a sí misma que toda precaución es siempre poca.

* * *

En el Casón de los López se puede desayunar en un patio saturado de símbolos, bajo castizos balcones rebosantes de tiestos populares y jarrones chinos, pavos reales, vírgenes, estrellas de David, mándalas y cruces. El club se va desperezando entre cafés con leche humeantes y pulgas de salmón con roquefort.

Bruno está eufórico. ¡Un ejemplar del *Necronomicón* fehacientemente localizado! En cierto modo, a pesar de la negativa de Frankel a desprenderse del libro, puede decirse que él ya ha cumplido con su parte comunicando el paradero y enviando un *e-mail* a sus

clientes en USA. Él ha puesto todos los medios a su alcance, ha hecho una ventajosa oferta y todavía cabe la posibilidad de que el alemán reconsidere el asunto.

—No creo que lo haga —afirma Leo. Está cargando su primera pipa del día. Generalmente, hasta bien entrado el mediodía no lo hace, pero se nota alterado últimamente y no duerme demasiado bien. La última noche, sin ir más lejos, se repitieron los sueños. Recuerda que la acción sucedía en el refectorio de un convento. Unos frailes azotaban ritualmente a un pobre hombre descamisado que se doblaba en el suelo.

Se desveló y escuchó el lejano canto de maitines, el delicado himno al sol que provenía de alguna clausura próxima.

—No, no va a vender. Aunque dejó caer que el dinero le vendría bien.

Leo explica que tiene la impresión de que se trata de una especie de transmisión. El libro contiene saberes peligrosos, es un objeto de poder, potencialmente peligroso si lo manejan manos inadecuadas, y Frankel se siente su custodio, su guardián.

—Claro, ¿no decís que lo tiene encerrado en una urna? —observa Sergio.

—El alemán tiene dudas acerca de si nosotros somos los receptores adecuados por la manera, digamos *espuria*, con que hemos abordado el asunto. Sólo le facilitará el libro a quien considere digno de ello —asegura Leonardo.

Bruno va a cobrar de todos modos; no, desde luego, la jugosa comisión que esperaba, pero, por alguna razón, el dinero ya no es el argumento principal. Quiere saber más, necesita hacerlo. Ebrio de un éxito vacuo, presiente una encrucijada en su camino que se esconde en algún punto del laberinto urbano de Toledo y que se relaciona directamente

con ese libro y con su oscuro significado. Por otro lado, el reencuentro con Leonardo y su mundo perdido le procura gratas sensaciones, el retorno de una antigua energía dormida que revive. No va a dejar que todo eso se desvanezca como un terrón de azúcar en el té que se dispone a beber.

—Si queda un ejemplar de aquella edición, habrá otros, y estoy convencido de que alguno de ellos está en Toledo.

Las palabras de Bruno no necesitan ratificación expresa. Para los miembros del club está claro que la búsqueda continúa.

11

En el interior de su mente los ha visitado ya un montón de veces. Puede reconstruir a la perfección los accesos a través de túneles infectos en cuyos recovecos se acumulan esqueletos. Escalinatas retorcidas hasta la cascada del agua santa y el punto en que se abre la gran bóveda de abajo, cuyo acceso vigilan los guardianes: dragones o sierpes de humeantes fauces que en Toledo llaman «tarascas». Ha visto también las imágenes y las gárgolas, la guardia pretoriana de gelatinosos *shoggots* que acechan el inmenso sello

estelar que aherroja al Gran Durmiente, al que vivifica la humedad del sacro manantial, pues es el agua su elemento preferido. En sus ataúdes verticales los Primordiales yacen en su muerte aparente, pero ejercen todo su poder mental interfiriendo los mensajes de los amos, comunicando instrucciones a sus súbditos y aliados de arriba para que perpetúen, por espacio de un ciclo más, un statu quo cuya abolición significará, paradójicamente, su éxito final. Pero él actúa en superficie y ahora sólo espera sintonizar y poder visualizar la casa del alemán en todos sus detalles: accesos, obstáculos, dormitorio del hombre y,

ante todo, la ubicación del libro.



«Así que el viejo perro tiene perro.» Tomislav se mea con sus ocurrencias y sus juegos de palabras, y se pone a reír mientras la luna casi llena clarea la roca que llaman Piedra del Rey Moro camino de los cigarrales. Un bóxer, nada menos. Bueno es saberlo; al fin y al cabo, él todavía es de carne y hueso y, además, por nada del mundo desearía que su elegante gabán sufriera un rasguño.

Ya tiene toda la información y ya ha

llegado. Está clareando el día y se oyen campanas procedentes del otro lado del río. Tomislav salva la verja y de una sola pedrada destroza la cabeza del bóxer que ya saltaba hacia él. Un solo cristal roto y ya está dentro. Todo sencillo, sin contemplaciones. Sabe que no posee armas, que al viejo hace tiempo que dejaron de interesarle. El dormitorio está en la planta superior, donde Frankel todavía lee acostado, apurando las últimas páginas de su vida. No parece sorprendido cuando el serbio irrumpe en su habitación.

—Nada de lo que me haga puede asustarme, he presenciado un amplio

catálogo de horrores —dice mientras deposita cuidadosamente el libro sobre la mesilla.

Tomislav siente unas ganas irrefrenables de darle un escarmiento a ese viejo impúdico que ni gime, ni chilla, ni ofrece dinero, de procurarle una muerte lenta, insoportable. Es muy *bonito*, como dicen los españoles, ver los toros desde la barrera. Él ha sido verdugo, de hecho, es «El Verdugo». Pero, en aquellas guerras en que se vio involucrado a comienzos de los años noventa, también supo lo que era ser capturado. Entonces conoció la bañera, las descargas en los genitales y las

agujas bajo las uñas, quizá lo que peor soportaba. Pero sólo se trata de acabar rápido con ese nazi de mierda.

Frankel se abandona mientras el crepúsculo del alba hace refulgir espectralmente la cuchilla de la navaja del tipo que cruza la habitación en dirección a su garganta. Hubiera deseado acompañar el último acto de su vida con algún fragmento de la música que ama; algo de Wagner: por ejemplo, *El ocaso de los dioses* hubiera resultado perfecto. Por un momento divisa el mando del equipo de música en la bandeja de plata del tocador. Pero al instante desiste y se limita a tararear

entre dientes un pasaje de la obra. Sólo espera un trabajo limpio y, en efecto, el tipo del anacrónico gabán parece un avezado carnicero. En cuanto a él, ha vivido demasiado tiempo y comprende que aquel intruso encarna al fin a su ángel de la muerte.

* * *

En un penumbroso despacho de límites imprecisos, cuatro hombres despiden a un alto mando de la policía. En el interior del antiguo casino abandonado, cuya fachada aún conserva los impactos

de metralla del asedio al alcázar, aparentemente los cuatro hombres conversan en torno a unas tazas de café. La penumbra impide distinguir sus facciones. La penumbra y algo más: aquellos señores van encapuchados.

—¿Cuántos van?

—Los dos mendigos del circo romano, Menéndez y el viejo Frankel. Son cuatro, sin contar los ojos arrancados al vigilante del remonte.

—Los medios de comunicación amplificarán el tema.

—Los medios no harán sino cumplir con su trabajo, con lo que la sociedad espera de ellos. La policía está obrando

con prudencia, retrasando los comunicados y tratando de transmitir una sensación de normalidad.

—¿Normalidad? Cuatro asesinatos en un par de días. Los comerciantes y los empresarios del sector turístico pondrán el grito en el cielo. Esto puede írsenos de las manos en cualquier momento.

—Es inevitable. Nuestros antecesores tuvieron que hacer frente a situaciones incluso peores. Muchos de entre ellos se prepararon para esto y no les fue dado vivirlo. Es una responsabilidad, sí, pero también un privilegio pilotar la nave cuando el

ciclo cambia y todo se somete a prueba. No podemos arredrarnos.

—El agente es brutal... Recordad los detalles de lo que le hizo a Menéndez. ¡Pobre Menéndez! Se pasaba con las tasaciones, pero no merecía un final así.

—Cierta grado de brutalidad es inevitable y, además, necesario. La fuerza que lo rige es despiadada y el hombre que la acoge, si es que todavía podemos llamarlo así, ya lo era. Se trata de contrarrestar su acción, de adelantarnos a ella. Lo importante es que el cambio de ciclo se produzca y que la gran prueba se resuelva

favorablemente.

—¿Y si no es así?

El hombre que parece de mayor gravedad y rango, al que se dirigen todas las dudas y temores de los demás, mira a una lejanía imprecisa y dice:

—Entonces, sería el fin del mundo tal y como lo conocemos. La Abominación saldría al exterior y reinaría, aplastando todo lo que se le opusiera. Luego se produciría un nuevo pacto y su aniquilación definitiva. Pero esto ya no lo vería la raza humana.

* * *

En su ático de Madrid, Lucía contempla el ocaso. Su mirada se pierde en lejanías de crepúsculo pensando en Bruno, hondamente preocupada. Él está voluntariamente arrapado en el laberinto de Toledo y en la quimera de un libro que a su vez cifra la ciudad, y con ella el misterio de los mundos y su historia secreta, tan enorme que rebasa toda percepción humana.

En todo crepúsculo peligran los héroes solares y Bruno cree serlo. Al final de su misión y en cumplimiento de la misma, están condenados a la autoinmolación.

Hace un poco de fresco y mientras

regresa al salón y cierra la puerta de la terraza convertida en un aéreo jardín, Lucía se pregunta si Bruno no estará buscando precisamente eso, su inmolación, al prolongar su estancia en Toledo. Sabía que lo haría, que no arrojaría la toalla tras los primeros asaltos. Prefería el KO, pero estaba preparado para resistir a los puntos. Se lo había avisado en su última llamada:

—Está pasando algo, en la ciudad y dentro de mí mismo. Vamos a seguir, venda o no venda el alemán.

Lucía ya lo sabía. Vestida con holgados ropajes negros, parece una viuda distinguida. Y es que prefiere el

negro, siempre lo hizo. Es una opción de orden más práctico que estético, simplemente le favorece. Pero, en cierto modo, su relación de «eterna novia» de un Indiana Jones mesetario ¿no la convertía en una especie de viuda, siempre recordando, proyectando, atrapando instantes en medio de la vida errática de ese nómada contemporáneo?

Bruno habla mucho, pero revela poco de sí mismo. Ella sabe de su desesperación interior, de lo poco que valora sus éxitos, en los que cifra el fracaso de tantos otros atrapados en el anonimato. Siempre deseó hacer algo grande, valioso para su tribu (que era la

raza humana en su conjunto); redimirse de un cierto complejo de gafe que lo atormentaba. Sólo una vez le habló de ello, claro que había bebido demasiado.

En sus primeros viajes como reportero había visitado la antigua Yugoslavia, Ghana y Sri Lanka. En todos esos países, inmediatamente después de su partida, se habían desatado terribles conflictos civiles, con grandes matanzas en las que habían perecido no pocos amigos y conocidos. Una incomprensible sensación de culpa le atormentaba desde entonces a propósito de aquello.

—Por donde voy —había dicho—,

el diablo me sigue los pasos.

Era difícil que ella pudiera confortarlo, hablarle de coincidencias cuando se ponía así. Bruno no creía en la casualidad y sabía que ella tampoco. Oscuramente, Lucía liga la aventura del *Necronomicón* a esa herida, a las aprensiones de su compañero. De alguna forma, en su fuero interno, él asociaba su éxito al dolor que se había desatado tras su paso por determinados países, y eso le restaba valor, lo devaluaba claramente. Una y otra vez, pretendía oscuramente demostrar algo distinto, demostrárselo a sí mismo. Al recuerdo de Lucía regresan unos versos de

Tennyson:

*La muerte lo clausura todo;
pero queda algo antes del fin,
aún puede realizarse una noble
empresa...*

Lucía sabe a Bruno en los límites de la desesperación y eso hace que aquella tarde, frente al crepúsculo de Madrid, no pueda sacárselo de la cabeza.

* * *

Bruno regresa al patio cubierto del

Casón de los López, de donde salió por falta de cobertura para atender la llamada de Lucía. Está reconfortado, afirmado en su determinación. Con Lucía la sinceridad, su yo verdadero, fluye con naturalidad, no precisa de máscaras ni de sombreros.

¿La ama? Es una pregunta que hace tiempo que dejó de formularse y que, desde luego, jamás se responde de un modo rotundo. Probablemente, sí. Y, desde luego, la necesita. Si no resultara pedante, diría que es su *dama*. Ha percibido la preocupación en sus asentimientos nasales, en sus silencios, en sus recomendaciones de prudencia.

Pero él también está preocupado, aunque recargado de energía.

Lucía siempre le carga la pila, le revela zonas que antes aparecían oscuras, difusas.

—Es importante localizar más ejemplares del impreso si es posible, pero tanto o más lo es comprender el significado del libro, el sentido de todo esto.

—Creía que se trataba de conseguir el *Necronomicón* y venderlo —apunta Yolanda maliciosa.

—Ese sigue siendo el objetivo, pero nosotros somos literatos y no comerciantes, exploradores de sombras,

por así decir, y hay mucha luz que arrojar sobre toda esta historia.

—Callad —interrumpe Sergio, prestando atención al boletín de noticias que se cuela entre el ruido ambiente desde una radio—. Parece que están hablando de unos crímenes en Toledo...

«El portavoz de la policía descarta la hipótesis de un asesino en serie. Lo que no puede negarse es la ola de crímenes que azota a la ciudad. En el caso del anticuario Menéndez, el móvil parece claramente haber sido el robo.

En cuanto al señor Frankel, para nadie era un secreto su pasado nazi. En opinión de las autoridades, estos crímenes execrables no guardan relación con los de los dos mendigos perpetrados en el circo romano. El subdelegado del Gobierno, al tiempo que hace un llamamiento a la calma de la ciudadanía, afirma que se ha incrementado la dotación de patrullas y que está totalmente garantizada la seguridad de los turistas...»

La noticia sacude a los miembros

del club como un directo de Mike Tyson en su época dorada. Se miran expectantes entre sí. Bruno sugiere una segunda ronda de té y café.

—Primero, el librero; luego, el alemán del cigarral —Leonardo desliza sus palabras entre volutas del humo de la pipa—. Parece que allá donde vamos pasa a continuación el ángel de la muerte.

Bruno desvía sus ojos de la mirada de Leo. Siente que su amigo lo conoce demasiado bien y él, en estos momentos, está pensando en Bosnia, en la revolución de Ghana, en el estallido de guerra civil en Sri Lanka. Con él nunca

se ha franqueado sobre ello. En realidad, sólo lo hizo, y una sola vez, con Lucía...

—Es imposible pensar que estos crímenes no guardan alguna relación con el *Necronomicón* —dice Sergio—, quiero decir, con la búsqueda que hemos emprendido.

—Ese asesino, o asesinos, busca lo mismo que nosotros. Deberíamos poner en conocimiento de la policía este dato —propone Yolanda.

—¿Dato? —Bruno reacciona con un punto de exceso, acosado, casi acusado—. ¿Llamas «dato» a algo tan poco consistente? Nos llamarían lunáticos,

sugerirían que nos entrometemos por afán de notoriedad. Dirían: «Ya está aquí ese sensacionalista de Dampierre con un grupo de diletantes toledanos del crimen, preparado para saltar a los diarios y cadenas nacionales de televisión y garantizarse así unas buenas ventas para su próximo libro». Sabéis de sobra que mis relaciones con la policía y con los servicios secretos no son lo que se dice cómodas.

—No me hace ninguna gracia estar en el punto de mira de un asesino — Yolanda expresa con realismo lo que piensa, aunque sabe que el club finalmente se decantará por lo que

Bruno proponga; y con el club, ella misma.

—De acuerdo, Yolanda, tomaremos las máximas precauciones, nos separaremos sólo cuando sea imprescindible, pero creo que lo mejor es continuar con el trabajo, averiguar más. Entonces, aparecerán cosas, verdaderos datos. Puede que atrapemos al asesino y lo sirvamos en bandeja a la policía. En todo caso, nosotros no hemos hecho nada malo, no tenemos por qué sentirnos culpables.

—¿Quién habla de culpa? — Leonardo mira a Bruno con una curiosidad nueva—. No se trata de eso,

pero puede que estemos desencadenando determinadas energías alrededor de nosotros. Puede que avisar a la policía en estos momentos sea tan prematuro como inútil. Pienso que la cuestión no es dejar esta investigación. La cuestión es si en este punto es o no posible hacerlo.

Apuran sus tazas. La decisión está tomada. Tienen mucha tarea por delante. De momento, necesitan documentarse a fondo sobre el contenido del libro y conocer más detalles sobre la ola de crímenes.

12

Yolanda y Sergio contemplan Toledo desde un ventanal de la biblioteca del alcázar. En el fondo, Yolanda está contenta de esas misiones de avanzadilla que les son encomendadas a Sergio y a ella. Se siente bien a su lado, aunque tiene decidido que, mientras Sergio no dé signos de reconocerlo, ella tampoco lo hará. «Frío como un pez, ¡so pez!», se dice mentalmente con rabia de su camarada. Las laderas de teja árabe, salpicadas de torreones, espadañas y azoteas, esconden extraños secretos relacionados con ese libro que buscan,

piensan los dos sin llegar a formularlo. De momento, la búsqueda entre los fondos de la biblioteca regional se ha revelado infructuosa. Vienen de consultar el catálogo general y revolver entre los anaqueles de la sala de préstamo, donde el lector puede escoger su libro en plan autoservicio. Nada, todo material sobradamente conocido, manejado y a veces cuestionado por los miembros del club. Ediciones de y sobre los *Mitos*, adaptaciones cinematográficas (aunque, lo han comentado entre sí Yolanda y Sergio, la narrativa de H. P. Lovecraft sea en esencia bien poco cinematográfica, hay

que ver la cantidad de cine de terror que ha inspirado, hasta constituir todo un manantial que invade los diferentes subgéneros), video juegos derivados...

Sergio finge impaciencia mientras aguardan a Medardo, un bibliotecario amigo al que consideran bastante competente. Melenudo y calvo a la vez, barbudo y con gafas, recuerda a Jerry Garcia, el líder de los Grateful Dead y máximo gurú del *acid rock* californiano de los sesenta y setenta. Yolanda se pregunta si la ansiedad de Sergio no se deberá precisamente a compartir solo con ella la soledad de aquel largo pasillo, pero Sergio es una esfinge;

nunca revela nada acerca de sí mismo, de sus sensaciones y sentimientos. Medardo aparece al fin portando un manojo de llaves y les franquea el acceso a la sala noble de la biblioteca. Hubo en Toledo en el siglo XVIII un arzobispo ilustrado, el cardenal Lorenzana. Su colección personal conforma el fondo Borbón-Lorenzana, que hace de esta biblioteca la más rica de España en libro antiguo tras la Nacional de Madrid y la de Cataluña. Tampoco aquí figura ninguna entrada bibliográfica bajo el apellido Alhazred.

No se sienten especialmente frustrados; ha sido tan sólo una

inspección de rutina, aunque siempre quedaba la esperanza de encontrar el impreso camuflado dentro de una edición facticia, una de esas encuadernaciones misceláneas de obras diversas, o en algún tomo desviado de materiales incautados por la Inquisición o expurgado en alguno de los índices de libros prohibidos, como en otro tiempo se denominó a la censura. Sentados en la cafetería del Torreón del Alcázar, compartiendo un café y un pincho de tortilla con Medardo, el *Necronomicón* es el argumento central de su charla.

—Siempre me llamó la atención que los del club no os ocuparais del

«nefando libro» de los muertos. A mí siempre me alucinó el hecho de que Lovecraft situara una de esas ediciones en Toledo.

—Bueno —responde Sergio a la observación del bibliotecario—, la verdad es que cuando fundamos el grupo éste fue uno de los estímulos, pero nunca le concedimos un crédito, por así decir, literal. Ahora sabemos que el libro existe, lo hemos visto... En fin, Bruno y Leo lo han visto en la biblioteca de Frankel...

—El Arca de la Alianza, el Grial, la lanza de Longinos; coño, a Hitler sólo le faltaba el *Necronomicón* y, por lo que

contáis, parece ser que también lo buscó.

—Según cuentan Leo y Bruno, el alemán parecía temer al libro, a sus efectos, a su poder —comenta Yolanda—; de hecho, lo tenía encerrado en una vitrina.

Un señor mayor que toma café en la mesa contigua se levanta y se dirige hasta la mesa donde charlan los tres amigos.

—No he podido dejar de escuchar lo que hablaban. No me gusta hacerlo, pero es que estábamos tan cerca... José Manuel Rosado, investigador de temas toledanos; ésta es mi tarjeta. Yo conocí y

traté al pobre Frankel. Estaba muy solo y la vida le hizo expiar cruelmente sus culpas, si es que realmente fueron tales. Ahora tengo mucha prisa, pero otro día, si gustan, podemos hablar de ese libro.

Sobre una pulcra gabardina, con su escaso cabello gris repeinado al máximo, Rosado les dirige una cordial mirada acompañada de un mínimo fulgor azulado por debajo de sus gruesas lentes y sale del ámbito del Torreón hacia la escalera que da a la planta de la biblioteca. Es Medardo, el bibliotecario, quien formula la pregunta:

—Si Frankel ha muerto, ¿qué va a pasar ahora con la edición toledana del

Necronomicón? ¿Adónde va a ir a parar? Bruno no ha querido implicar a Leonardo. Pretextando que deseaba pasear un rato para templar los nervios y despejar su cabeza, ha emprendido camino por la carretera del valle. Pero su intención prioritaria es otra: comprobar si el libro sigue en el cigarral del alemán y, de ser así, hacerse con él al instante.

Cuando Dampierre llega a la puerta de la valla que rodea la casa del difunto Frankel, los objetos y las personas empiezan a difuminarse bajo las surreales tonalidades del crepúsculo toledano. Los letreros y precintos

policiales no le sorprenden, lo que le sorprende ligeramente es la ausencia total de presencia policial. Se dice que eso juega a su favor. En cuanto al b́oxer, todos los medios han informado de que el asesino o asesinos le aplastaron el cŕaneo. Tras rodear el muro, aprovechando la proximidad de un robusto olivo, salta por un punto discreto al interior de la finca. Entrar en la casa de Frankel tampoco es dif́icil, ni siquiera se han molestado en cegar el cristal de la ventana que el intruso tuvo que romper.

Ya en el interior, Bruno recorre, ayudado por las últimas claridades del

día, los corredores, estancias y escaleras de la casona. Todo parece tranquilo, nadie diría que en aquel lugar se haya cometido un crimen hace menos de un día. Cuando accede al santuario libresco del viejo alemán, tras accionar el mecanismo de la estantería que nadie parece haber abierto tras el crimen, Bruno respira aliviado: la vitrina del *Necronomicón* está ocupada. La hipótesis del cazanazis, la que interiormente alimentaba su esperanza, parece que se confirma.

Pero enseguida, al acercarse, comprueba su error.

El libro que ocupa la vitrina *no es* el

Necronomicón. En su lugar alguien ha colocado una valiosa edición antigua que Bruno no se molesta en ojear. Nadie podrá barajar el robo de un libro como móvil del asalto a la casa de Hugo Frankel y de su asesinato. Nadie excepto él. Y quien se lo ha apropiado: su asesino.

* * *

Tomislav ha hecho su guarida dentro de una casa abandonada, en un patio toledano semidesmoronado donde las pilastras de madera se asientan sobre

pilares de piedra y donde quedan restos de un arco nazarita con el yeso comido de humedades y unas vigas de madera con fragmentos de escrituras árabes. Desde que le sucedió *aquello* en el circo romano Tomislav ha adquirido el don de poder interpretar todo lo que sale a su encuentro: estilos artísticos, arquitectura, composición química de las cosas... Se siente una especie de gran descodificador.

Lo primero es esconder el libro. Para ello explora los salones adyacentes, con restos de chillones papeles pintados y un búcaro tirado en el suelo con flores de plástico

esparcidas a su alrededor. A continuación, introduce el libro en una hornacina próxima a un vasar de obra, sintiendo que se desprende de algo que es casi como un órgano propio, algo que le pertenece, algo a lo que él pertenece. Luego tapa con guijarros y astillas el mechinal y se recuesta en la colchoneta que piensa utilizar como cama. La cal renegrida de humo en los rincones delata que otros usaron antes aquel escondrijo. Transeúntes como los dos colgados que se le habían pegado, como él mismo. Pero no, él ya no es un vagabundo. Un vagabundo no tiene una misión y él sí la tiene. Ellos se encargan de recordarle a

menudo su nuevo estatus.

Su mente ha conseguido desconectar de las voces o puede que éstas se hayan decidido a darle una especie de tregua.

Tomislav empieza a sentirse a gusto en aquel lugar. Recuerda una frase que ha oído en alguna ocasión: una casa, un árbol y un libro. El libro ya lo tiene y al fondo del jardín asilvestrado que hay detrás de la casa se alza una hermosa higuera de frondosa copa que resiste orgullosa el asedio de la ruina y el desmoronamiento. Sí, aquello puede decirse que es una casa. Sin embargo, él quiere un hogar; eso es lo que quería decir el adagio, eso es lo que en

realidad significa *casa*. Pero le falta algo importante: una compañera. Es esencial encontrarla, traerla cuanto antes.

Se incorpora de un salto y se atusa el ondulado pelo rojo frente a un espejo medio roto que ha colocado en el alféizar de un ventanuco. Con la mano se cepilla y alisa el gabán y se lanza a la calle.

13

—Si el libro ha sido robado, está claro que hay que seguir.

—Yo siempre lo he tenido claro, Leo. Eres tú quien no deja de dudar.

Caminan por las calles que circunvalan la catedral a través del intrincado distrito de los Canónigos; bajada del Colegio de Infantes, Pozoamargo, con su remota mezquita, hasta abocar a la puerta de los Leones. En una esquina un hombre rubio y de ojos azules, bastante alto y fornido, diserta sobre casos de brujería históricamente documentados en ese

distrito. Unas doce o quince personas le escuchan con atención. Es elocuente y se nota que tiene tablas.

—Coño, si es Hernán —aúlla Leonardo—. Precisamente teníamos que vernos con él uno de estos días. Disculpa un instante, Bruno.

Bruno se queda solo, examinando los escaparates de la librería Balaguer, con sus ediciones de libros de décadas pasadas, títulos que de repente apetecería ponerse a leer. El reflejo del tipo pelirrojo embutido en un extraño gabán capta bruscamente toda su atención, ante todo porque es evidente que no ojea portadas de libros, sino que

lo está mirando a él. El tipo dice algo en una lengua extraña, demasiado mecánica: como si sus cuerdas vocales se limitaran a transmitir consignas en un oscuro código. Una ráfaga de hielo recorre su espina dorsal de arriba abajo y tiene la certeza de que bajo aquel gabán elegante y antiguo lo que hay es un mendigo. Por eso dice:

—No llevo ninguna moneda suelta.

Ya Leo, con el guía, parecen dirigir el grupo en dirección a la librería. Es un instinto de supervivencia lo que le hace voltearse a tiempo de ver un brillo de furia en unos ojos de lobo y el destello de una navaja de importantes

proporciones en su mano. Se aparta y se escabulle hacia la esquina del callejón más próximo. Cuando vuelve al escaparate de la librería se refugia en el conglomerado humano que rodea a Leo y a Hernán. Ni rastro del tipo de la navaja. Se ha esfumado. En cuanto a él, no dice nada, simplemente se esfuerza por controlar su agitación, pensando que de peores ha salido.

* * *

Tomislav callejea entre jirones de una niebla ligera que va cayendo sobre los

callejones. Es sólo un anticipo de las grandes nieblas que se apoderan de Toledo en noviembre y diciembre, creando imágenes de ella suspendida en una nube como una ciudad fantástica o un espejismo de viajeros febriles.

Sin haberlas visto, es como si conociera esas estampas de siempre. Por ello su mente produce esas frases.

Ha tenido que correr, que escabullirse del grupo que ya se echaba encima. Resulta que, en efecto, tenía buenos reflejos ese liante de Dampierre. Pero no se siente fracasado, ha sido un mero contratiempo. En realidad, ellos han querido amagar, dar un toque de

aviso. El intruso aún tiene un tramo que recorrer para que la «prueba» avance.

—Era prematuro, no te preocupes —
le tranquilizan las voces.

Pero no quiere ceder a ellas. La noche apenas acaba de comenzar y tiene derecho a divertirse. Dará unas vueltas y se tomará unas copas. Puede que se encuentre con alguna chica, puede que esa chica se fije en él, que acceda a tomar la última copa en su casa.

Por la plaza de Santo Domingo el Real distingue entre la neblina a un tipo ensabanado que consigue sobresaltarle. Al principio piensa que se trata de un disfraz de carnaval, pero no le cuadra el

calendario. O es un borracho que ha salido a tomar un poco de aire o quizá a potar de alguna fiesta extravagante. Pero una tercera idea le acomete: igual es el espectro de alguno de los que ha matado esos días en Toledo. La idea le hace partirse de risa. Conteniéndola a duras penas, le pregunta al tipo qué hace allí vestido de ese modo.

—Hacemos una escenificación de la Orden de Toledo, una especie de iniciación a la noche toledana que se inventaron Buñuel, Dalí y Lorca. Estoy esperando al grupo y a los compañeros.

Su voz tiembla ligeramente, hace algo de frío y ahora el asustado es él.

Algo ha visto en la mirada de Tomislav que no le ha gustado nada. El ensabanado retrocede, se da media vuelta y echa a correr arremangándose las faldas. Corre como un poseso. Mientras lo hace, resonando en sus oídos la risa de carnero de ese psicópata con ojos de lobo, la calle de Buzones se alarga y se comprime como el escenario de un viaje psicodélico. El serbio se retuerce de risa y para no caerse tiene que agarrarse a la verja metálica que cierra el pórtico del convento.

A pesar de la niebla, es noche de botellón. Corros de jóvenes han tomado

el casco histórico de la ciudad y beben, fuman, comen y charlan con las puertas de sus coches abiertas, escupiendo música tecno a toda pastilla. Parecen tribus arremolinadas en plazuelas y escalinatas. ¡Vaya animación, colega! A Tomislav le gusta esa fiesta, aunque enseguida se da cuenta de que, por lo general, se trata de grupos o pandillas cerrados, sin apenas comunicación entre sí. Pero, piensa, en los colectivos humanos siempre aparecen fisuras, y eso sin contar *con* el alcohol y otros alcaloides que, antes o después, las amplían y multiplican. Pero el deambular de Tomislav no pasa

enteramente desapercibido. Su anacrónico atuendo y su fantasmagórico porte suscitan ocasionalmente miradas, comentarios, alguna que otra risita.

—Joé, qué friki, cómo mola —oye que dicen a su paso.

Él no se enfada por esos comentarios patosos. La furia ha quedado relegada en su interior. Sólo busca un rato de distracción y, a ser posible, una promesa de placer. Al pasar por la trasera de uno de los conventos próximos a la zona de los cobertizos, se entretiene acechando a unas jovencitas que están meando detrás de un contenedor de basura. Se recrean

con los tanguitos bajados casi hasta las rodillas y dos de ellas se besuquean y acarician los pechos, ciertamente colocadas. Al percatarse de la presencia de Tomislav, una de las dos que se besan y la tercera huyen despavoridas. La que se queda parece recibir de buen grado la irrupción de ese tío pelirrojo de ojos verdes que despiden hechiceros reflejos rojos.

* * *

Leo y Bruno se han unido al grupo de paseantes del Toledo mágico cuyo guía

es Hernán. Éste se demora en la explicación del mito o leyenda fundamental de Toledo: el palacio encantado o cueva de Hércules. En síntesis, cada rey godo tenía que añadir, al acceder a su reinado, una nueva cancela a aquel recinto sagrado y prohibido. Sin embargo, Rodrigo, el último rey godo de España, transgredió la interdicción y, por curiosidad o ambición de máximo poder, profanó el palacio y accedió a su interior. Allí se encontró a un gigantesco autómata y, junto a un inmenso tesoro, un espejo o tabla mágica (¿la Mesa de Salomón saqueada en Roma por Alarico?) donde

pudo ver hordas de jinetes con turbantes dirigiéndose a sus reinos. Eran los árabes, con el paso por Ceuta expedito por el conde don Julián al que había ofendido Rodrigo secuestrando a su hija Florinda la Cava (con la que sostenía un tórrido idilio); pronto iban a desalojarlo del poder, derrotarlo en la batalla de Guadalete y apoderarse de España, a la que ellos llamarían al-Ándalus en lo sucesivo. Con su profética visión y su tesoro a cuestas, Rodrigo comprobó que era la maldición aquello que en verdad portaba consigo, pues el palacio se desmoronó a sus espaldas, quedando absolutamente reducido a polvo y

cenizas.

Al deambular por el distrito templario en torno a la iglesia de San Miguel, Hernán diserta acerca de las leyendas del Toledo subterráneo y la posible comunicación entre las cuevas de San Miguel y el castillo de San Servando, al otro lado del río, que fue también posesión de los freires del templo. En una casa particular tienen concertado el acceso a unas cuevas espectaculares, el llamado hipogeo de San Miguel; un enorme y laberíntico antro sobre cuyo uso ancestral hay toda clase de conjeturas. Hay algo que Hernán apunta y que los dos amigos

relacionan inmediatamente con el mundo del *Necronomicón* y, quizá, con la saga mítica del Gran Cthulhu.

—La pregunta es por qué los templarios escogieron estos puntos altos de Toledo para instalarse. La respuesta obvia es: para defender y controlar desde estas atalayas los caminos de Mediodía por donde habrían de producirse los intentos sarracenos de reconquistar la ciudad. Pero con toda la carga esotérica que caracteriza a la Orden y con ser cierta, esa interpretación es incompleta. Expertos en energías telúricas deliberadamente escogieron este eje porque habían

constatado su poder y necesitaban marcarlo; puede que para controlar la inmensa fuerza que subyace en la roca toledana. Se trataría de un proceso idéntico al que caracteriza su gestación y su acción en los Santos Lugares de Palestina: combatir el islam es la faceta exotérica, por debajo está su verdadera misión esotérica o simbólica.

¿Conocían los templarios aquellos saberes que recoge y actualiza el libro prohibido del árabe loco, por cierto casi contemporáneo suyo? ¿No estarían combatiendo a esas fuerzas cósmicas del Mal absoluto también en Toledo? ¿Es que la iconografía de san Miguel, el

poderoso arcángel u Osiris cristiano que daba nombre a su distrito, no representaba la derrota, el humillante pisoteo del dragón?

Al bordear nuevamente la catedral, de retorno a la plaza de la ciudad donde finaliza el recorrido, Hernán alude a la carga legendaria de la catedral, que no es poca. La leyenda becqueriana de la ajorca de oro, la creencia en las virtudes sanadoras del agua santa que mana en el claustro, el iniciático Cristobalón con que meten miedo a los niños insomnes y que evoca una extinta raza de titanes o de gigantes. Luego alude a extraños ruidos nocturnos, al sepulcro del

cardenal Gil de Albornoz que expulsó cinc, a espectrales ladridos resonando en la noche desde sus inmensas naves...

Al instante, bruno y Leonardo recuerdan algo: la frase final del poema oráculo del viajero norteamericano que les proporcionó el difunto Menéndez: «EL QUE SOBREVIVIÓ A LAS FAUCES DE LOS PERROS». La gente se ha quedado encantada con el Toledo mágico que Hernán les ha brindado y prometen repetir, recomendárselo a familiares y amigos. Ya solos, el investigador, que es lo que en realidad es Hernán, les revela su interés por Lovecraft, que es de índole estrictamente literario y

metafórico, aunque reconoce que el hecho de que sitúe en la ciudad una de las ediciones de su mítico libro autoriza a vincularlo fuertemente con ella.

Lo que tiene claro es que el bien y el mal intensifican en Toledo su lucha cósmica, y que la catedral es el ámbito central, el *gran teatro* de ese combate. Recuerda entonces los sueños arquetípicos de aquel paciente de Cari Gustav Jung que, sin haber visitado Toledo jamás, soñaba con una inmensa serpiente o dragón atrapada bajo la catedral.

—Por aquí la llaman la Tarasca y la sacan de paseo antes de la solemne

procesión del Corpus, siguiendo el mismo recorrido. Se diría que para limpiarlo de malos espíritus, para exorcizar de demonios la ruta del Santísimo.

Pero Hernán decide que ya basta de enigmas y ocultismos. Les invita a sumarse a una fiesta que no ha tenido más remedio que abandonar para cumplir con el compromiso de guiar a ese grupo. Hernán acaba de divorciarse y tiene que completar su sueldo de profesor con algún ingreso extra. Leo y Bruno aceptan encantados: unas cervezas es justo lo que los tres necesitan en ese momento.

14

La fiesta transcurre en un genuino patio toledano, con sus tiestos formando una especie de oasis en la ciudad de ladrillo y piedra, y su brocal de pozo en un extremo para asegurar un aljibe repleto de agua con que resistir la sequía del verano. Sólo que el patio está cubierto y el ambiente, suficientemente calefactado. Hay bastante gente; un abigarrado conglomerado humano con un claro componente de bohemia. Hernán presenta a unos y a otros, y Leonardo confirma su grado de misantropía, ya que es casi tan

desconocido como Bruno; y es que, fuera del club Lovecraft, hace muy poca vida social.

La anfitriona es Ángela, una mujer esbelta, de elegante cabellera prematuramente encanecida. Celebra su reciente instalación en Toledo, donde se documenta para un libro sobre la visita a España de Margarita de Navarra. Un pintor locuaz y trotamundos cuenta sus aventuras viajeras a un auditorio expectante y entregado. La cerveza circula pródiga, alternando con cuencos de ajoblanco con uvas y bandejas de queso manchego muy curado. También está entre los invitados el investigador

José Manuel Rosado, que aborda a Dampierre y con extremada cordialidad se lanza a hablar del *Necronomicón*.

—¿Es usted Bruno Dampierre, «el aventurero del libro...»?

Bruno acepta el vaso de limonada, mezcla de vino y de trozos de limón natural, que el hombre le ofrece, pero rebate su cortesía.

—Bueno, eso es una exageración, un titular de suplemento dominical. La aventura de un libro está en idearlo y, ante todo, en ser capaz de escribirlo.

—Tengo mis pinitos en ese campo, amigo. Le aseguro que es duro escribir en provincias.

—Lo creo.

—Tengo una cierta idea de lo que buscan ustedes y ya me he ofrecido a sus colaboradores en la cafetería del Torreón para darles mi opinión al respecto. Se trata de Lovecraft, ¿verdad?

—De un libro que él cita.

—Yo trabajo sobre temas locales, pero le contaré un caso. Un escritor americano llegó a Toledo obsesionado por ubicar el relato de Poe «El pozo y el péndulo». Saltaba tapias, entraba en antros clausurados, se las ingeniaba para franquear todas las cancelas: San Pedro Mártir, la Posada de la Hermandad, la

Universidad... Acabó admitiendo que todo era fruto de la imaginación arrolladora de Poe. Muchos sitios eran factibles, pero el del cuento sólo estaba dentro del propio relato, ficción al fin y al cabo. Acabó centrándose en su tesis universitaria sobre la Inquisición española.

—No me querrá decir que no existieron los tormentos del Santo Oficio...

—No, nada de eso; puede que fueran bastante peores que los del relato. Sin embargo, el grado de realidad de esa ficción es estrictamente literario.

No alcanzaba a comprender adonde

quería exactamente ir a parar el viejo erudito con aquel ejemplo. Para todo estudioso de lo fantástico, Lovecraft y Poe marcan dos hitos y una gloriosa línea de continuidad. La fijación de ambos por Toledo no hace sino reafirmar lo pertinente de la búsqueda que ha promovido. Pero necesita desconectar de todo aquello por un rato. Le acaban de pasar un canuto, al que da un par de caladas profundas, pero como lleva ya unas cuantas copas en el cuerpo, no está para sutilezas literarias y menos para enigmas, así que se despide del hombre, acepta su tarjeta y queda vagamente «para uno de estos días».

Inmediatamente, se mezcla entre los corrillos del patio, tratando de recuperar la compañía de Leo y de Hernán.

* * *

Después de hacer frenéticamente el amor en el adarve detrás del contenedor, la chica se cuelga del brazo de Tomislav y marcha con él a reunirse con la pandilla. Es morenita y menuda y va bastante pedo. De hecho, casi todos están bastante pasados y apenas se inmutan con la novedad que él supone dentro del grupo.

—Mirad qué novio me he encontrado en la basura.

Todos ríen la ocurrencia. Hasta él lo hace. Al menos, puede decirse que ha sido así. Ni se le ocurre enfadarse: la muchacha folla bastante bien y no quiere por nada del mundo perderse la ocasión de repetir. Se llama Lola.

—Pero no viene de Dolores, eh, viene de Sonsoles, Sonsola, Lola, ¿ves?

Cuando se agacha, a Sonsoles se le ve casi todo el culito por encima del vaquero: dos nalgas prietas y menudas, delimitadas por la finísima cinta negra de un tanga mínimo. Tomislav siente que en cualquier momento puede volver a

tener una erección. Esas son las chicas que le gustan, las que consiguen tenerte siempre encandilado, siempre a punto. Aunque la ve bastante juerguista y descarada, se le pasa por la cabeza la idea de que quizá no sea la clase de chica que deba llevarse a casa.

Alcohol no falta, aquellos muchachos son competentes: ginebra, escocés, cerveza y nada de asqueroso vino barato. Ha decidido ponerse a gusto y, entre trago y trago, Lola le coloca pastillas azules en la lengua. No pregunta de qué se trata. Repartidos en tres coches, ponen rumbo a una discoteca de las afueras. Cientos de

chicos y chicas danzan frenéticamente al son de una música que hace rebotar al corazón contra la caja torácica. La chica se lo lleva a un lavabo y lo peina con mucha gomina. Después, beben agua del grifo; las pastillas les han dado mucha sed.

En la pista se siente subidísimo y baila en plan figura. Los jóvenes le hacen corro, fascinados por esa especie de Travolta infernal, pero enseguida se aburre; aquel sitio es un horno y está harto de sudar para que otros se diviertan a su costa. Además, él ya ha ligado. Lola sale a regañadientes; sin duda hubiera preferido seguir bailando,

lucirse ante sus amigos y conocidos con su exótico ligue. Por otra parte, se han quedado colgados, sin coche, y las luces de la ciudad, ladera abajo, relucen todavía bastante lejanas. Intentan hacer dedo, pero pronto desisten porque un coche casi los atropella.

Decididamente, Sonsoles está borracha y de pésimo humor. La toma con Tomislav.

—Estoy harta de raros y de colgados sin coche.

«Raro, colgado», esas palabras martillean con desagrado en la cabeza del abducido. Éste piensa que Lola es bonita —ninguna duda a ese respecto—,

pero que no sabe beber. Y, ante todo, que tiene mal carácter. Además, podría delatarlo, chismorrear algo y complicarle las cosas. Tiene que eliminarla.

—Elimínala —dicen las voces.

Es fácil tomarla por el cuello y apretar poco a poco. La chica cede, creyendo al principio que se trata de un arrebató pasional de su fogoso amante. Apretar más y más fuerte cada vez, sin que ella pueda hacer nada, ni siquiera gritar, sólo expresar sorpresa, terror infinito en unos ojos desorbitados. ¿No buscaba emociones fuertes? Pues ya las tiene. ¡Qué bueno!

Cuando agoniza, arroja su cadáver a unos matorrales.

15

En un rincón del patio cubierto, ligeramente apoyado en el viejo brocal del pozo, Hernán, que está charlando con un grupo de amigos, saluda cordialmente a Leonardo, como invitándole a unirse, pero éste declina con una sonrisa y se lanza a la búsqueda de Bruno mientras paladea breves sorbos de su tazón de ajoblanco. Está ligeramente refrigerado, casi a temperatura ambiente, y Leo se pregunta por qué una bebida tan deliciosa sólo se consume habitualmente en verano. Hay gente de diversas procedencias y

edades, personas de Toledo o afincadas en ella. Todos parecen permanecer allí en búsqueda de algo: en Toledo siempre se busca algo, aunque sea la propia sombra extraviada, el reflejo que juega al escondite con uno en el espejo del alma.

Entre tanta gente, algunos le suenan de vista, incluso de alguna reunión del club, pero la mayoría no. Si un día decidió trasladarse a la vieja ciudad, no fue precisamente para intentar relanzar su vida social. No le gusta pensar demasiado en ello, pero una decepción amorosa había influido bastante en su viraje hacia la misantropía. A veces se

pregunta si sería capaz de amar de nuevo como entonces. Desde luego, había tenido sus ligues, romances puntuales o permanentes, dentro de una discontinua asiduidad, generalmente bastante gratificantes y apasionados. Pero el amor era otra cosa y no estaba convencido de desear afrontarlo con toda su carga de dependencias, instalarse en ese campo minado de miedos y de celos en que parece inscribirse necesariamente. Un poeta visionario como él se nutre de las ensoñaciones de la soledad y ése es un precio que la persona amada sólo puede pagar voluntariamente.

En la fiesta hay gente interesante, algunas mujeres atractivas, incluso varias muy deseables y bellas, pero de entre ellas emerge una joven morena, ataviada con un camisón carmesí que parece sacado de un ropero medieval, bajo el que asoman unos vaqueros desteñidos y rotos a la moda. No es alta y sí bastante delgada. El generoso escote deja adivinar unos pechos mínimos con gruesos pezones oscuros. Lo más llamativo es su tocado, el corto pelo negro entreverado de una retorcida cinta marrón de audiocasete.

Cuando se cruza con ella, impactado y un tanto colocado, Leo le dice que si

le «engancha» la música y ella, de primeras, no capta la ironía y pone una interrogación que agranda todavía más sus bellos ojos. Luego él señala con una sonrisa a su tocado, la deslavazada cinta que traza un enmarañado circuito (otro laberinto, se dice) entre el pelo de la chica y ella. Entonces comprende; replica algo gracioso y discretamente apocalíptico acerca de que, si ya se produjo la muerte y el glorioso advenimiento del vinilo, ahora le tocaba el turno a la cinta magnética, que, entretanto, podía servir para otros usos inéditos y próximos al campo de la estética.

Leo la sigue con la mirada, pues el breve coloquio ha sido al paso, cinético como un sueño o una secuencia de un filme *hippy* de los años sesenta, y constata que ella parece encarnar a la perfección a la clase de mujer que podría amar en esta fase de su vida. La sigue en su deambular a través del patio hasta la mesa de mantel blanco donde se sirve comida y bebida. Observa (con tan inusitada atención que se sorprende a sí mismo) la elegante resolución de sus pasos, la magia de su movimiento y la gracia de las sonrisas que reparte aquí y allá. Leo decide, mientras la muchacha llena un par de vasos con limonada, que

ella es ya para él el suceso de la noche.

Tan extasiado está que bebe un trago del tazón sin acordarse de que hace ya unos minutos que se acabó su ración de ajoblanco.

—Bonita, ¿eh? —irrumpe Hernán.

—¿Has visto a Bruno?

—Estará por ahí, divirtiéndose. Lo conoce todo el mundo y a él le encanta encandilar a la gente. ¿Y tú, te diviertes?

—Oh, sí, claro, Hernán. Sabes que no me prodigo mucho, así que...

—¿A que viene bien salir de vez en cuando? Y no dirás que no hay mujeres guapas por aquí. Te preguntaba por la chica de la cinta enredada en el pelo...

No me vengas con que no sabes de quién te hablo. He visto cómo la mirabas.

—Vale, es guapa, lo reconozco, es, cómo decir, «especial». Me ha impactado. Con-fie-so...

Mientras Leo hace un gesto cómico, Hernán se pone serio.

—Tienes razón, esa chica es especial, pero puede que también peligrosa. ¿Cerveza? —Leo acepta uno de los dos vasos que lleva Hernán—. Un par de limonadas están bien, pero cansan. Además, ponen dolor de cabeza. Es más fiable regresar a la cerveza.

—¿Qué sabes de la chica de la cinta? ¿La conoces?

—He oído cosas. Su nombre es Ana, pero la llaman *La reina de los mendigos* porque, al parecer, regenta una casa de *okupas* en uno de los palacios abandonados de la ciudad. Los propietarios legales quieren hacer un hotel y necesitan desalojarlos. Pero con la excusa de que realiza una importante labor social acogiendo vagabundos, ella se niega y la orden de desalojo sigue bloqueada. Se dice que cuenta con el apoyo del concejal de urbanismo. Mira, es ése de ahí...

Leo enfoca a un tipo de cuarenta y tantos, sonriente y atezado, que viste con la informalidad un tanto teatral de los

que acaban de quitarse la corbata diaria. Está rodeado de dos hombres y una mujer que muestran una gran disposición a acoger favorablemente cualquier cosa que pueda decir.

—¿Has dicho «apoyo» con retintín o es que me estoy volviendo un viejo malpensado?

—Has oído bien. Parece que hay bastante más entre ellos, pero disimulan en público, entre otras razones porque él está casado y es padre de familia.

Para entonces Leo empieza a sentirse bastante colocado. Hernán regresa con el grupo de antes y él vuelve a quedarse solo. No tiene nada mejor

que hacer, así que decide seguir buscando a Bruno, al que parece haberse tragado la tierra. Bordea corros y personas y se dice que, en realidad, lo que desea es volver a cruzarse con *La reina de los mendigos*, tener una segunda visión de su sutil y electrizante belleza de hada de un viejo y pétreo jardín. Todo gira para él; aquel patio colmado de gente se pone a dar vueltas a su alrededor. En uno de los grupos alguien cuenta la clásica historia del judío que regresa a Toledo, llave en mano, dispuesto a localizar la casa de los antepasados, cuando lo consigue, la llave no abre porque la casa original la

han tirado. Leo consigue controlar la noria de su cabeza, pero necesita alejarse.

Discretamente se retira de la gente y se sumerge en un salón adyacente al patio donde hay gente que conversa, paredes cubiertas con grandes cuadros abstractos, tendencia óptica y psicodélica de potentes y chillones colores. Suena música *ambiance* que le recuerda las playas de Ibiza. En un ángulo del salón divisa un arco que parece presagiar el acceso a un sótano abovedado. Algo le empuja a transponer ese arco, a seguir no sabe qué peligrosa estela hacia las profundidades...

Tintinean las luces de las velas en los antros abovedados, que, a modo de reservados, jalonan a uno y otro lado la cámara tapizada de viejos ladrillos ennegrecidos por la humedad. Huele a moho entremezclado con humo de hachís. Un tipo ronca estridente sobre un jergón. Leo avanza unos pasos hasta una cueva de la que emergen vaharadas de humo y unos leves murmullos, como de una conversación intensa e íntima. Debajo de él, tirada como una diosa del pecado, yace la joven de elegantes ropones raídos y el pelo enrevesado de cinta magnética. Se miran y alguna puerta se abre estática en la loca

arquitectura del tiempo, porque esa mirada hace confluir mágicamente laberintos de caminos que nada presagiaba confluyentes. Augura una respuesta para los miles de preguntas que se hacía en sus deambulares junto al río, las que también a veces le hacía al Pescador... ¡Ah, el Pescador!, tendrá que hablarle de esto, de *ella*, la próxima vez que lo vea.

El húmedo frescor de la gruta y la visión extática de Ana le devuelven a una sobriedad extrema, como si un verdugo no anduviera ejecutando a todo aquel que se relacionase con la búsqueda del *Necronomicón*... Y en

medio de aquella locura, de aquella aventura entre sombras, ¿cómo imaginar que iba a darse de bruces con un avatar del amor tan secretamente buscado?

Ana se le queda mirando profundamente desde sus grandes ojos negros. Un pecho le asoma en el leve escorzo que forma su cuerpo. Es tal como él lo había imaginado: breve, redondeado, culminado por un gordo pezón que le hace pensar en un campo de fresas. Ahora Leo advierte que hay un tipo envuelto en la penumbra tumbado contra la pared al lado de Ana. Piensa en el concejal; estaba arriba hace un momento. ¿Será posible que haya bajado

tan pronto? Pero cuando está a punto de retirarse, ella lo llama con un gesto y una insinuante orden.

—Ven —su voz es ronca pero suave, llena de matices y recovecos. Leo sabe que una voz puede ser también capaz de enamorar, de seducir...

—Pasa, no te cortes, te hacemos un hueco.

Y él no puede, no quiere negarse.

Ella le ofrece una larga pipa moruna en cuya cazuela hace brasa una bola de hachís. Se incorpora ligeramente, inhala con profundidad y deja que un bienestar sin palabras fluya en su interior. En ese momento no quiere averiguar más sobre

esa mujer, no desea hurgar en su misterio; le basta con la información que Hernán le ha suministrado. En aquella cueva sólo quiere sentir el roce de su cuerpo moreno, oler ese perfume que lo transporta a una laguna bordeada de carrizos agitados por una leve brisa, sumergirse ocasionalmente como un intrépido saltador mexicano en los cenotes de sus grandes ojos, imaginarse que no está allí aquel tipo y, al tiempo, no sentirse incomodado por su evidente presencia.

El hombre parece empezar a incorporarse para girarse hacia sus compañeros de lecho. Tal vez desea dar

unas bocanadas a la pipa. Ana dice:

—Creo que no necesito presentaros.

El hombre resulta ser Bruno, claro, cómo no ha sido capaz de imaginarlo. Si Sonia le gustó en el pasado (quizá tan sólo porque le gustaba a él), ¿cómo no iba a atraerle *La reina de los mendigos*? Vaya un cabronazo, pero no puede reprocharle nada, sólo que sus gustos tengan que coincidir con los suyos hasta ese extremo.

—Estarás de acuerdo conmigo en que Ana es la reina absoluta de esta fiesta. Le estaba contando las batallas del abuelo, en particular algunas cosas relativas a la aventura que hemos

emprendido en Toledo...

—Quizá Leo —dice ella— prefiera descansar ahora un poco de todo eso. No importa, otro día podrá visitarme en mi casa, allí nos conoceremos mejor. Ahora me apetece subir a bailar. ¿Venís?

Se incorpora de un grácil salto y ellos la siguen, torpes y ebrios, a través del antro, lanzándose mutuas miradas de etílico reproche. Tras desandar el salón, regresan al patio donde los invitados forman corro entre unos cuantos que bailan una canción de Lenny Kravitz. Arrolladora, Ana (giróvaga de sí misma) se erige en centro del sarao al instante, ejerciendo sin titubeos el

despotismo de su gracia.

Leo se queda junto a Bruno contemplándola, no sabiendo si odiar o querer a ese tipo que lo ha sacado de su ostra y, al hacerlo, le ha permitido conocer a esa pequeña Venus de los harapos, que también a él lo tiene fascinado; pero sabe que, pase lo que pase, nunca podrá dejar de quererlo.

16

Sergio ha esperado infructuosamente en el Casón de los López a que llegara alguno del grupo. Ha apurado su taza de café con leche y se ha sentido solo, terriblemente solo y huérfano al salir a la calle Sillería, donde todavía jirones de la niebla que se adueñó en la noche de la ciudad se resisten a morir.

Los empleados van y vienen ateridos y malhumorados y el súbito encuentro con Yolanda le transmite un repentino golpe de luz y calor que casi le hace chillar. Pero Sergio logra controlar la impensada alegría y adopta

mecánicamente una pose de arrogante desdén.

—Menos mal que, por lo menos, apareces tú. ¿Qué demonios pasa hoy?

Sin duda, a ella también le gustaría saberlo.

—Se habrán dado un respiro —contesta—. Recuerda que son dos antiguos camaradas y tendrán algunas cosas de que hablar aparte del dichoso *Necronomicón*...

—Chsss —y al tiempo que le pide silencio, Sergio mira a uno y otro lado de la plazuela de San Nicolás, como si la palmera del Banco de España, una de esas palmeras patéticas y a la par

esperanzadas que salpican la ciudad de Toledo, pudiera escuchar sus palabras.

—En cuanto a mí, don Inquisidor — prosigue la joven—, simplemente, se me han pegado un poco las sábanas; no me apetecía saltar de la cama. ¿A ti no te ha pasado lo mismo?

Sergio no se molesta en contestar a Yolanda. ¿Qué confianzas son éstas? Contestar una pregunta así implicaría renunciar al escudo de autosuficiencia con que suele afrontar a Yolanda, pero al tiempo se sorprende tratando de imaginar cómo será Yolanda en la cama, si dormirá desnuda, y qué se sentiría junto a su cuerpo abandonado entre las

sábanas.

—Yo ya me he tomado un café, pero no me importaría otro —dice al fin—, y a ti te va a venir de perlas, que todavía te duran las legañas.

En La Abadía están sirviendo apetecibles bandejas con desayunos dulces o salados, pero todavía no se ha producido la cotidiana invasión de funcionarios y es posible encontrar una mesa libre en uno de los recovecos de ladrillo. Yolanda tiene apetito y pide café con leche y torta de queso de cabra con revuelto de trigueros. Él se conforma con café solo corto, a la italiana.

—Tú me dirás qué hacemos...
¿Llamamos a los móviles?

—Suponiendo que los tengan conectados. ¿Qué pretendes, Sergio; fastidiarles el sueño? Parece que no podemos dar un paso sin que Bruno o Leo den las directrices. Ya somos mayorcitos, ¿no te parece?

Sergio comprende cuánta razón tiene Yolanda. Bruno dio la consigna de seguir y cada uno de ellos debe saber encontrar nuevas vías de avance, arrojar su dado sobre el inmenso tablero de piedra y de siglos que es Toledo. Además, está viendo a Yolanda comer con esos grandes ojos muy pintados,

exentos de toda legaña (una metáfora insolente y oportunista), despojada de su abrigo negro, de la gruesa bufanda gris y de una graciosa *casquette* azulona. Yolanda, cuyas piernas se adivinan deseables enfundadas en unos chillones leotardos de color rosa. ¡Ah, Yolanda!, qué bonita se ha levantado esta mañana...

—Pensándolo mejor —acierta a decir—, la verdad es que hay bastante que hacer. Voy a buscar a Rosado, el investigador de asuntos toledanos; parece que tiene algo interesante para nosotros. Era amigo de Frankel y dice que llegó a tener el libro entre sus

manos...

Yolanda rebaña con un poco de pan lo que queda del revuelto. Se ha levantado famélica, llena de energía, como si la gélida niebla hubiera borrado sus dudas y temores.

—Yo me tomo un día sabático, tengo gripe.

—Muy propio. ¡Cómo os lo montáis los funcionarios!

—Profesora, cuidado..., bueno, «enseñante», como se dice ahora.

Ha comido como una lima y Sergio siente cómo sus defensas se derrumban blandamente, cómo el deseo traspasa la cava chapada de desapego con que

había fortificado la atracción que percibió entre los dos desde el instante mismo en que se habían conocido, hacía ya tres años, en la época en que comenzaba a fraguarse la génesis del club.

Yolanda, musa de aquellas minúsculas tertulias del principio. Yolanda, mediterránea y vital, tan sorprendentemente apegada a la peripecia de un sombrío literato de Providence, su apasionada biógrafa. Yolanda formulando preguntas incisivas y bizarras:

—¿Cuándo os parece que H. P. Lovecraft pudo ser feliz: en 1924,

cuando recién casado vivió meses de gloria en Nueva York, o en 1927, cuando regresó desengañado y solo a su ciudad natal, a sus pesadillas cósmicas y a sus novelas mayores, las más sombrías y terribles?

Yolanda, cuyos labios mojados de cerveza había rehusado besar una noche de copas tras dejar a Leo muy beodo ante el portalón de su casa próxima a los Cobertizos. Yolanda contándole confidencias de sus amigos y sus ligues, invitándole estérilmente a franquearse y obtener de él ironía cuando no sarcasmo. Yolanda, deseada y temida, tan inaccesible por próxima y factible,

promesa de armonía y amenaza de una dependencia que cuestionaba su ilusión de libertad. Yolanda, Yolanda...

—Es que he quedado con esos chicos del Polígono que hacen juegos de rol por el casco. Adivina cuál es su favorito.

Sergio esquiva sus ojos, sus grandes ojos muy pintados. Ha comprobado que es mucho más vulnerable por la mañana, al menos esa mañana en que la niebla, la muy bruja, parece capaz de disipar todos los secretos, excepto el misterio de un libro prohibido y la certeza de un sicario tras sus pasos.

—¡La búsqueda del *Necronomicón*!

Cuando salen a la calle, la niebla se ha aclarado, pero persiste tenaz. No es uno de esos días en que puede decirse aquello de «mañanita de niebla, tarde de paseo», es un día en que la niebla tenderá un arco entre dos noches y encogerá los ánimos de la gente. La misma niebla, se dice, que ampara a un asesino que puede aguardar en cualquier callejón, en cualquier cobertizo, en cualquier adarve... Y a Sergio le cuesta (por primera vez lo percibe) separarse de Yolanda. Lo que antes era un alivio se parece ahora a un sacrificio y siente un alud de frases que se agolpan en su garganta, que bajan a ésta desde su

mente, que han ascendido a ella desde su corazón, que punzan en su estómago por ser dichas, pero que finalmente no llega a decir. Sólo una.

—Ten mucho cuidado, recuerda que esto no es un juego de rol, que anda suelto un asesino de verdad...

A él le parece paternalista e insuficiente la frase, pero, según ella, incluye casi todas las que no ha sido capaz de pronunciar hasta entonces, porque, sencillamente, Sergio nunca le había dicho nada parecido, nunca hasta esa frase había mostrado el menor signo de preocupación por ella, por lo que pudiera pasarle...



Leonardo ha vuelto a soñar. Todo sucede en un Toledo a la vez vertiginoso y varado en su eterno ensimismamiento. La niebla y el sol se suceden sin solución de continuidad y a veces se intercalan esos atardeceres majestuosos y morados como una herida en el costado del universo, en que parece anunciarse un Apocalipsis o el glorioso advenimiento de un dios profetizado. Hay una sucesión de fundidos en su sueño: el combate del gladiador con el león en el circo funde al reo

incombustible en el brasero de la Inquisición y éste funde al frailecillo sometido al azote circular y ritual en el refectorio del convento, y éste a su vez a una persecución de famélicos perros de presa en antros mal iluminados y de imprecisa ubicación..., pero enseguida el sueño se traslada al río, al perímetro exterior de Toledo. Como una de las variadas aves, puede que una gaviota o un pato salvaje, de las muchas que anidan en la arbolada isla que se alza frente a la fábrica de armas, aguas abajo de San Martín, el sueño de Leonardo sobrevuela el Tajo. Aquí y allá los pescadores parecen meditar en los

arcanos de la existencia con la excusa de capturar un pez. Puede que sea un día de fiesta. Hay niños que corretean y familias de inmigrantes del Este que han desplegado sus mantas para una jornada de *picnic*. El ave del sueño busca algo, o a alguien, y suda de angustia ante la perspectiva de no encontrarlo. El Pescador, cómo no, allá está, y él, Leonardo, que es el ave y que es él mismo, hablando de sus cosas con él, pero no son las frases lo que importa, es sólo el hecho de estar juntos, platicando. Al tiempo, desde una oscura estancia en la parte alta de la ciudad, alguien contempla el río entre el temor y la

expectación. Algo está pasando, algo puede manifestarse en cualquier momento.

Y sucede. Como una ninfa garcilasiana, náyade hermosísima, Ana emerge de las aguas con hieratismo de escultura o diosa, y los niños dejan de perseguirse entre los carrizos y los domingueros se alzan de sus desplegadas mantas y hacen visera con sus manos para divisar mejor el prodigio, y se dan codazos entre sí, con más terror que embeleso, porque, de repente, Ana ya no es Ana. Sobre un pedestal infestado de conchas de moluscos y de algas, un ser alado abre

uno a uno sus centenares de ojos
mientras bate sus verduzcas alas
entumecidas tras un prolongado letargo
de evos, y lanza al cielo sus tentáculos
en gesto de explícita blasfemia...

Una hora después del desayuno en La Abadía, Sergio ha conseguido localizar al veterano erudito local. Rosado está en la sala dedicada a fondos locales y regionales, tomando notas aplicadamente tras una muralla de libros, quizá transcribiendo un texto. En cuanto divisa a Sergio interrumpe su labor, le hace un gesto breve y se levanta para enfundarse la americana. Parece aliviado con la llegada de Sergio, como si estuviera impaciente por comunicarle eso tan importante que tiene que decirle.

En la cafetería del Torreón hay poca gente; un par de chicas universitarias sentadas a un lado y un tipo en la barra concentrado en la lectura del periódico. La niebla, como un algodón sucio y deshilachado, sigue enganchada a Toledo, resistiendo los embates de un sol anémico y lejano que parece provenir de otra galaxia.

Piden dos cafés con leche bien cargados. Hay días en que sólo con cafés con leche pueden afrontarse unas horas cargadas de destempladas aprensiones, días que uno preferiría no tener que vivir, pero que han de pasarse. Éste parece ser uno de ellos.

—Pues usted dirá, señor Rosado — dice Sergio.

Rosado pertenece a esa clase de personas que parecen capaces de ver en su interlocutor, de detectar sus variados estados de ánimo, los efectos en su rostro de aquello que se dice, sin apenas dirigirle algo más que fugaces y muy espaciadas miradas. Algo de rapaz, de incruenta cuchillada, tienen esas casi imperceptibles miradas, se dice Sergio, mientras comprueba el gran desahogo que el viejo erudito experimenta al hacerle su revelación.

Porque ¿qué otra cosa que una sensacional revelación comporta la

frase que Rosado pronuncia?

—El ejemplar del *Necronomicón* de Frankel es una falsificación.

La frase rebota en el torreón desolado e indiferente, y parece salir afuera y sobrevolar las siete colinas torreadas y laberínticas como queriendo traspasar los jirones de helada niebla que se obstina en adherirse a la ciudad. Rosado explica que nunca quiso decirlo antes, en vida de Frankel, por temor a poner en peligro su amistad con el alemán. Se le veía tan entusiasmado con el libro, al que tenía por la máxima joya de su biblioteca ocultista... Desde luego, se trataba de una habilísima

falsificación, pero falsificación en toda regla. Si de algo entiende Rosado (y había picoteado con la excusa del poliédrico Toledo en diferentes campos del saber) es de libros antiguos, particularmente de impresos del XVI y del XVII. Como su familia era humilde, para costearse los estudios de Historia había tenido que trabajar como cajista en una imprenta y ello le había dado una sólida base empírica a la hora de afrontar el aspecto material de los libros que habrían de convertirse enseguida en su campo exclusivo de actividad. Las artes gráficas que él había conocido, previas a las revoluciones tecnológicas

en cascada del último tercio del siglo XX (el *scanner*, el *macintosh*, el diseño y la maquetación por ordenador), se parecían notablemente todavía a la imprenta de los siglos fundacionales. Tardó un poco en percatarse de que el libro que Frankel le había proporcionado era una falsificación: el papel tenía la textura y la calidad de aquellos admirables papeles del XVII, con su filigrana al uso perfectamente identificable en el cuadrante superior externo de cada página. Los tipos empleados eran réplicas ultraperfeccionadas y muy elaboradas de los tipos vigentes en la imprenta del

—Tipos garamond, los más elegantes para mí —asevera Rosado.

—Si eran tan buenos, ¿cómo es que piensa que se trata de una falsificación?

Rosado, siempre sin mirarle a la cara, contesta que precisamente por eso: tanta perfección, tanta precisión, la absoluta ausencia de erratas, todo ello impropio de la imprenta de aquel tiempo. Alguien se había tomado una exagerada molestia en simular una edición del XVII y su exceso de celo era precisamente lo que delataba el fraude, la absoluta impostura del invento. No podía argumentarlo de otro modo, pero

Rosado «sabía» que ese libro no databa del primer cuarto del siglo XVII, que probablemente había sido impreso, vaya usted a saber en qué ciudad, a finales del siglo XIX o a comienzos del XX.

* * *

Toledo se irradia como un pulpo urbanístico más allá del peñote que alberga el casco histórico con el río como límite y referencia. Al no haber tenido un ensanche decimonónico, es una ciudad invertibrada, con diferentes barrios no enteramente vinculados: la

Reconquista y Santa Teresa, Palomarejos y Buenavista, la avenida de Europa en la ladera del cementerio. Hacia el este, al otro lado del puente de Alcántara, Santa Bárbara y a tres o cuatro kilómetros, el Polígono residencial, edificado frente al Polígono industrial, el populoso distrito de Santa María de Benquerencia, al que todo el mundo en Toledo se refiere sin más como el Polígono.

Yolanda, sentada en el autobús que une Zocodover con el Polígono a través de Santa Bárbara, piensa en todas estas cosas y en cómo el nuevo Plan de Ordenación Urbana propone parques

fluviales y periurbanos, construcciones intermedias y un gran hospital para tratar de «coser» entre sí los dispersos barrios y estructurarlos así en una ciudad nueva. Ante todo, recuerda (lo ha leído en alguna parte) que la propuesta estelar del plan es un tranvía bordeando constantemente, en uno y otro sentido, la orilla izquierda del río. Yolanda se baja en la parada que hay frente a la explanada donde se alza el edificio de unos multicines. Ha sido fácil, efectivamente, ése es el punto.

Varios jóvenes se aplican a decorar con sus *graffitis* un inmenso mural. Rinden homenaje a la estética y el

grafismo de la saga Matrix, y con sus pinturas metalizadas y chillonas consiguen efectos realmente interesantes.

Pantalones anchos con la culera casi en las rodillas, ribeteados de cadenas e imperdibles, mucho tatuaje y bastante *piercing*, grasientos y enrevesados *rastas*, mil variedades de perillas en ellos, cráneos rasurados en plan *destroyer*, peinados de los sesenta en algunas de las chicas... Un conglomerado bastante modernito, variado y, en su descarada heterogeneidad, muy de tendencia.

Yolanda se planta ante uno de ellos,

precisamente el que no está pintando y viste de manera más convencional. Es un chico de aspecto universitario muy alto y delgado, que viste una americana de entretiempo, camisa a cuadros sin corbata, vaqueros de marca y zapatos negros. Lo conoció en una sesión de cortometrajes y sabe que Nacho es el coordinador de aquel grupo de jóvenes, su «cerebro gris». La recibe con una amplia sonrisa. Yolanda se dice que el chico, aunque va para político, tiene todavía la frescura, la autenticidad de la primera juventud.

—Hacemos un montón de cosas. Ahora queremos meterle color al barrio.

La idea es ofrecer espacios a los *graffiteros*, que no se la tengan que jugar con policías municipales y guardias jurados. Que lo que es arte no se vea como una gamberrada y que, de algún modo, prestemos un servicio público. Adornar la ciudad mola, ¿no?

Yolanda trata de atemperar su ansiedad por centrar la charla en asuntos lovecraftianos. Probablemente todo quede en agua de borrajas y aquellos chavales no tengan nada que aportarle. Hace un poco de frío en aquella plataforma desolada y los escasos transeúntes pasan con absoluta indiferencia por delante de los afanados

graffiteros. Yolanda saca a colación el tema. Nacho contesta que Lovecraft: es lo más, que lo idolatran. De lo que cuenta, se desprende un conocimiento nada escaso del complicado jeroglífico de los mitos, de los distintos registros y etapas de la prosa de H. P. Lovecraft, de su escuela y de su prolífica y profunda influencia en la imaginación fantástica de la segunda mitad del siglo XX.

—Incluso en los productos Marvel, en toda esa seudotecnología de mutantes, se rastrea su influencia —añade.

Nacho explica que la mayoría de los miembros de la peña han llegado a Lovecraft desde el cine y el cómic, pero

que su caso es un tanto singular: él adora los libros, y el PC y los videojuegos no le impiden leer de continuo.

—Éstos dicen que soy un «tío listo», que acabaré de político y me lo habré tenido bien merecido..., por tío listo.

Cuando Nacho se ríe, todo parece acompañar la alegría de su gran boca abierta. Los que trabajan sobre el muro, sin volverse a mirar, se ríen con él. Yolanda piensa que el chico tiene madera, que si las cosas van como deben ir, acabará sin duda de político. Incluso aunque adore a Lovecraft.

—Mira ese chico de ahí; su firma «Solo» alcanzó renombre. Estaba por

todas partes, hasta en los túneles de los trenes de cercanías; toda una leyenda. Iban a por él; era demasiado bueno estéticamente y, además, valiente, irreductible. Lo quiso fichar una agencia de diseño. Pasó, él sigue su camino. Se complicó la vida robando un par de coches, pero lo que son las cosas, se enamoró de una chica de por aquí. Mírala, es esa de ahí, la que colabora con él, Lou.

Yolanda divisa a una chica espigada de pantalón de cuero y chupa vaquera. Tiene una media melena de pelo muy negro, carnosos labios y ojos levemente achinados. Es muy guapa.

—Ahora está supertranquilo, muy metido en el grupo, haciendo un montón de cosas. Sin proponértelo, ayudas a la gente. Está bien.

Yolanda vuelve a sacar a colación el asunto que la ha llevado a esa desangelada plaza del Polígono. Nacho le dice que deben trasladarse a un local que no está lejos. GRAFIX avanza a buen ritmo y él ya no hace ninguna falta, es mejor dejarles rematar a su aire el mural, que den rienda suelta a su creatividad con algún detalle que se salte el guión, que puedan lucirse a sus anchas.

El local está situado a tres o cuatro

manzanas, con una rotonda de por medio, en los bajos de una de las torres del núcleo originario del Polígono residencial. Cuando entra, Yolanda tiene la sensación de una antigua cochera abandonada. Una absurda bola de discoteca preside un destartalado ámbito donde hay un buró anticuado de oficina, varios ordenadores, un cine en casa de fabricación casera, un anaquel con libros y varios instrumentos musicales amontonados en un rincón. «Absurda bola, o quizá no tan absurda», se dice Yolanda al reparar en unos taburetes que rodean a un sobado sofá rojo de cuero sintético. «Menudo picadero se ha

montado esta basca con las subvenciones.»

Naturalmente, las paredes están tapizadas de firmas *graffiteras*. Entre las que se prodiga bastante la de «Solo». Trabajando en uno de los PC está un chico desgarrado, de descuidado pelo demasiado largo y gafas de ver oscuras. Se llama Ramón y se parece a los Ramones.

Después de presentárselo, Nacho conduce a Yolanda ante un enorme tablero de dibujo. «Quiero enseñarte algo», le dice. Los dibujantes más finos del grupo están llevando al papel su visión del mundo de Lovecraft;

fundamentalmente, el *Necronomicón* y *Los mitos de Cthulhu*.

—Un día se nos ocurrió vincular Lovecraft a Toledo, a través de su mención de una edición toledana del libro. Todo podía ocurrir, todo debía ocurrir en Toledo. El juego de rol en vivo tiene un gran éxito, ha venido a hacerlo incluso gente de fuera. Ahora queremos hacer una exposición y un libro que recoja todo esto.

Con cuidada caligrafía evocadora del árabe, un continuo de texto que rompe los moldes de la escritura al uso con volutas, giros y columnas circulares bordea los dibujos en clave de cómic

del propio Lovecraft, del árabe loco Alhazred y de todas y cada una de las divinidades monstruosas del panteón. Se abre con un resumen de la génesis del libro, compuesto por el yemení en el transcurso de una noche espantosa en Iram, la fantástica ciudad de cobre del desierto arrasada por los dioses como represalia a su cósmica blasfemia. Allí le fueron revelados los ominosos secretos de los cultos a los otros dioses, Shub-Niggurath, Yog-Sothoth y el Gran Cthulhu. Una página entera recoge la aniquilación del autor de *Al-Azif* a plena luz del día, devorado por una entidad poderosísima e invisible en mitad del

zoco. Un perro ladra desquiciado y unos cuantos árabes y turcomanos, sentados en torno a sus cestos de pan ácimo y de frutos, expresan su horror por el espectáculo del escritor nigromántico ardiendo, calavera ya, mientras algo etéreo, algo de lo que sólo se entrevén gigantescos tentáculos semitransparentes, lo hostiga sin piedad.

Aquellos dibujos transmiten autenticidad, una conexión verdaderamente lovecraftiana.

Como en un tarot de pesadilla, en medio de esa aura de benéfica infantilidad que proporciona el tebeo, Yolanda los va reconociendo:

Yog-Sothoth, que es la puerta, es también un cáncer, un gigantesco conglomerado de virus cuyas facciones retromutan hacia una malignidad inenarrable.

También se recoge su invocación:

Y'AI'NG'NGAH YOG-
SOTHOTH H'EE-L'GEB F'AI
THRODOG UAAAH

Azathot, Sultán del Caos, cuya representación es una contusa alga, un mal coral en sentido análogo a como hablamos ríe una mala hierba.

Nodens, gran señor del Abismo,

como un Neptuno de manicomio.

La enorme masa de fuego de Cthugga, acompañada de su séquito de vampiros de fuego.

El que no debe ser nombrado, el que viaja a través del tiempo y el espacio, Hastur o sus tres grandes ojos como cráteres vacíos.

Ithaqa, también llamado El Wendigo por los indios canadienses, el que camina en el viento. El que camina o, mejor, vuela, pues sus víctimas son devueltas al campamento desde una gran altura, con las manos chamuscadas y perdidas a causa de la velocidad.

Dagon y Madre Hydra,

antropomórficos y batracios. Él con su escamoso falo siempre bien erecto.

Shub-Niggurath, Señora de los Bosques, con sus decenas de tetas chorreantes y sus bocas-vagina a la vez sensuales y armadas de vampíricos colmillos.

Nyarlathept, el caos reptante, poderoso mensajero, disforme escorpión fosilizado: ninguna máscara, ninguna persona, puede ocultar a su mirada su verdadero rostro.

Y, desde luego, Cthulhu. Yolanda lee la descripción:

«Es un monstruo de perfil

vagamente antropomorfo, con cabeza semejante a la de un pulpo cuya cara lleva una masa de tentáculos. Un cuerpo con escamas de aspecto gomoso, garras en manos y pies, y alas largas y estrechas detrás».

Una especie de ligaduras aprisionan su pene en perpetua erección.

Y en voz alta, Yolanda susurra la prohibida invocación del Gran Cthulhu, aherrrojado en su torre de la arruinada Ryleh, la Ciudad Sumergida y sellada por el Signo Ancestral:

—IÄ! IÄ! CTHULHU FHTAGN...

Hay más figuras, negras deidades que en algunos casos ni le suenan. Pero Yolanda ya está saturada, no necesita más. Se dice que sus idealizaciones y metáforas son en realidad esa galería de imágenes, espectrales e imponentes, pero dotadas de una extraña comicidad. Tantos años especulando, haciendo literatura y simbología sobre unas escenas de pesadilla. En el fondo, piensa, estos chicos alcanzan de un modo más directo, más pragmático que ellos, los del club, con todo su intelectualismo y su pátina de vanidosa poesía, la terrible realidad del mundo.

Se deja conducir por Nacho hasta el

ordenador en el que el joven que se parece a Joey Ramone ya tiene algo que mostrarle. Se trata de un entramado, una intrincada red de subterráneos que fosforecen bajo un Toledo tridimensional.

—Lo de la Gran Cisterna, la bóveda debajo de la catedral, es una conjetura, pero existente en hablillas y en viejas creencias populares de la ciudad. Lo demás es bastante riguroso. Ahora sólo queda crear los personajes y escribir la historia. Igual hacemos un videojuego con ello.

Yolanda examina atentamente el plano subterráneo de Toledo que Ramón

manipula empleando el *zoom*. Dos puntos comunican con el subsuelo de la catedral; uno coincide con...

—Sí —ratifica Nacho—, es la librería en cuyo sótano tenéis la tertulia del club. El otro está en un callejón del barrio de los Canónigos. Toda la manzana está demolida, menos la Casa de los Mendigos. Ése es el punto de acceso.

Yolanda tiene una especie de presentimiento y desea saber más sobre esa casa. Nacho la pone al tanto: le habla de la misteriosa *reina*, del hotel que quieren alzar en el solar, de la sorprendente protección que los poderes

locales le dispensan.

Después de recordarles la próxima sesión del club Lovecraft, Yolanda regresa a Toledo con la convicción de que hay que entrar en la Casa de los Mendigos. Lo que más desea en ese momento es estar junto a Sergio, ratificar que las sensaciones de la mañana no han sido un espejismo de la fría niebla. Al tiempo, siente que debe pasar por una prueba: demostrarse y demostrar a los demás que es capaz de aportar por sí misma algo al esclarecimiento de aquel enigma, legitimarse de algún modo ante Sergio y ante el club.

Y toma una decisión: entrará en la Casa de los Mendigos disfrazada de mendiga.

18

Tomislav, después del subidón, está sumido en una cenagosa depresión. «Todo lo que sube baja», es un eslogan de una campaña antigua contra el consumo de drogas que de repente recuerda; claro que él añadiría: «Ante todo, si tu bolsa se vacía y no puedes seguir sufragándote el vicio». En su opinión, en ese punto preciso comienzan los verdaderos problemas. El vacío de su mente se ha llenado de fango: un fango hediondo del que sobresalen miembros, manos, piernas, cabezas. Un espectáculo que ni siquiera le produce

horror o asco; que tan sólo alcanza a provocarle tedio, desidia, escepticismo acerca de la viabilidad de los planes que se ha ido forjando últimamente.

No, no es una putilla de sábado noche, un yogurín jugando a *femme fatale*, lo que debe buscar. Le da rabia pensar que ha perdido el tiempo, que se ha enconado como un pardillo.

Y él no es un pardillo; él es un señor de la guerra, incluso ahora que se sabe sicario de los Oscuros Señores de la Guerra Final. De hecho, sus llamadas son cada vez más imperiosas, sabe que la tregua concedida está expirando, que pronto su acción será sólo la que ellos

dicten. Le han dejado divertirse, gozar de la rapiña barata del burdel que acompaña a toda tropa. Sólo querían que se distrajera un rato preparándose para ejecutar mejor sus órdenes, los designios que todavía juega a esquivar revolcándose en el sangriento fango que inunda su mente. Recluido en los salones parcialmente desmoronados de la casa medio en ruinas, ha dejado que su elegante traje decimonónico se llene de polvo y de impresiones del yeso de los muros.

—Es lo que tienen las casas viejas, que te pringas de cal —decididamente, no está de humor, ni siquiera tras ingerir

su quinto vaso de vino. Por el contrario, el blanco espeso de Yepes (incomparablemente mejor que el de brik que frecuentaban sus antiguos camaradas, que en paz descansen) le ha ido sumiendo en ese estado de ánimo que los castizos suelen definir como «mal vino».

Tan malo que de repente Tomislav la emprende a patadas y golpes con todo lo que le rodea. Pero son sólo cacharros viejos, rotos y mugrientos, viejas butacas destripadas de escay, colchones tirados y sucios, una muñeca a la que falta un ojo y que parece mirar por el que tiene y hasta por el que no tiene...

¿Qué puede importarles a esos viejos trastos, acostumbrados a las meadas de los gatos y a las cagadas de las palomas, el súbito acceso de furia del eslavo?

Un estallido, punto. No tiene ninguna gracia golpear cosas inertes. Se vuelven a colocar un poco los enseres, te sacudes la americana y ya está, a otra cosa. Tomislav se salpica el agua que le sobró del afeitado, jabonosa y llena de pelillos, estancada en una vieja palangana. Se despabila y, aunque no le gusta nada el rostro que le devuelve el espejo, se entona un poco.

Ahora está en disposición de volver a conectar con ellos, dejando que el

fango cadavérico adopte sus formas tentaculares e inquisitivas, permitiendo que fluyan a través de su mente las imágenes y las órdenes que dictan. Por eso le ha irritado tanto la intrusión.

Él ya no estaba colérico, no deseaba más pelea. El tipo lo ha estropeado irrumpiendo en su casa de ese modo, con su sucio aspecto, con esos ojos desorbitados de paria y de colgado. Pero qué hacer con alguien así, que se te cuelga a las tantas: un mendigo saludando como Pedro por su casa. Claro, como es una casa abandonada, se creen con derecho. Antes, él habría actuado de igual modo. Sin embargo, la Voz

dictamina:

—Hechos: el tipo ha estorbado una conexión importante. Sólo puedes hacer una cosa, matarlo.

Ante la primera andanada de golpes, el hombre, caído, sangra por la nariz y pregunta:

—¿Por qué?

La pregunta obtiene como respuesta un redoble de golpes y patadas. Encima pide explicaciones; pues las va a tener:

—Por invadir mi casa, ¿te enteras? Por ensuciar los parques con tus meadas y tus vómitos, por alejar el turismo, por ser un parásito, escoria social, chusma...

¡Qué bien se recuerdan los insultos! Se te quedan grabados para que, una vez recibidos, puedas infligirlos a otros. Esa es la clave del círculo de la humillación, de su permanencia.

Tomislav tira de navaja, ésta refulge como una maligna aleación de la neblina que se cuela por el patio. Pero, entonces, la voz avisa categórica:

—Merece la muerte, pero no se la vas a dar. Límitate a echarlo.

Duda Tomislav, pero al instante congela en el aire la navaja que ya descendía hasta el desencajado mendigo. Está a punto de permitirse cuestionar la orden. Si el mendigo

escapa con vida de la casa, se acordará del sitio, puede que lo denuncie o que intente pegarle fuego. De hecho, la frase principal implica todo eso: *merece la muerte* lo lógico, lo conveniente es matarlo. Sin embargo, un oscuro designio introduce la cláusula adversativa: «Pero no se la vas a dar», aunque convenga. Por una décima de segundo presiente una trampa. Al fin, acata la orden (ellos sabrán por qué son tan indulgentes) y echa a patadas al tipo, que huye prácticamente a cuatro patas.

—Si vuelvo a verte merodeando por aquí, catarás esto.

La navaja vuelve a refulgir bajo los

rayos de la luna, fría y brumosa a causa de la niebla. La navaja siempre refulge.

* * *

Leonardo se ha levantado tarde con el punzón de una leve resaca. Desde su ventanal, la niebla obstinada en el límite del mediodía hace a Toledo más espectral que de noche y parece invitarle a regresar a la cama, que aún guardará restos de su calor. Pero no lo hace, están pasando demasiadas cosas y la búsqueda prosigue, probablemente porque es ya imparable.

Pero ante todo, entre las brumas del sueño que el despertar prolonga, está Ana, la bella del tocado de cinta magnetofónica. Es la maga capaz de transmitirle con cada mirada algo que leía en el libro de su corazón con los bordes roídos por el tiempo y la desesperanza. Inesperada sorpresa joven que había emergido de la antigua ciudad. En su breve, pero intenso, encuentro parecía querer reservar algo para decírselo a él en exclusiva, sin la presencia de Bruno:

—Quizá Leo —dijo— prefiera descansar ahora un poco de todo eso. No importa, otro día podrá visitarme en

mi casa, allí nos conoceremos mejor. Ahora me apetece subir a bailar. ¿Venís?

¿Debía hacerse ilusiones tan pronto? ¿Se trataba de un ardid para transmitirle algo que sólo él debería oír? ¿De ambas cosas a la vez?

Leo se despereza y carga la cafetera. Él es consumidor de té a partir de mediodía, pero hasta ese momento necesita la cafeína para volver a enchufarse a la compleja maraña de la realidad, algo comprensible si se considera que pertenece a la categoría de los trasnochadores por cuenta propia y sin salir de casa, enfrascado en la escritura o la lectura o, por lo general,

en las dos tareas alternativamente.

Ni al afeitarse ni en la ducha consigue quitarse a la chica de la cabeza. Al menos, el paracetamol efervescente le ha aliviado el dolor de cabeza, ese zumbido en las sienes y en la frente. Es mucho más agradable que la imagen de una mujer hermosa como Ana ocupe tu mente en lugar de un dolor de cabeza.

Tiene claro, cuando acaba de vestirse y se echa una discreta cantidad del perfume caro que reserva para ocasiones especiales, que lo primero que va a hacer es justamente aceptar la invitación de *La reina de los mendigos*.

19

En una de las retorcidas callejas que rodean a la catedral está la llamada Casa de los Mendigos. Se alza en medio de un solar que triplica su superficie y a Leo le produce la impresión de un diente que se obstinara en sobrevivir en el interior de una boca saqueada. Al atravesar los grupos de turistas que se agolpan en el control de entrada de Puerta Llana o en los escaparates de las tiendas de *souvenirs*, Leo tiene que convencer a los guías espontáneos de que él no es un turista. En esta ocasión, un gitano vivaracho y joven, poco más

que un adolescente, tras darle un repaso, le franquea el paso con gracia:

—Ya, usted es de aquí.

En la esquina de la calle donde se alza la casa, una pareja de *hippies* ha puesto un tenderete colorista, cuyos abalorios, pelotas de trapo y colgantes parecen hacer juego con los chillones colores de los ropajes con explícito toque jamaicano del hombre y de la mujer. Para entretenerse y quizá también para atraer clientes, hacen juegos malabares con cierta pericia. Un montón de perros bondadosos y desgredados custodian pacíficamente el puesto. Leo no puede dejar de evocar

automáticamente el arcano O del Tarot, solo que aquí el Loco está felizmente acompañado de la Loca y los dos sonríen rodeados de sus trenzas *rasta*, aparentemente felices, a pesar de no vender lo que se dice un peine.

La casa no tiene nada de particular, una construcción de fachada austera con reja en la planta de la calle y un par de balconcillos en el primer piso. Lo que no se esperaba Leo es encontrarse, frente a frente, con Bruno, que sale de ella. La sorpresa es mutua, pero se disipa al instante.

—Vaya, veo que he sido más madrugador —dice Bruno.

En una fracción de segundo, Leo procesa la frase y se pregunta si la implicación no será que Bruno ha pasado la noche con la chica. La historia se repite, nada acaba de pasar del todo y, como entonces, se sabe incapaz de enfadarse con Bruno. Además, es demasiado mayor para abandonarse a un cósmico acceso de celos a la manera adolescente.

Bruno no tendría que dar explicaciones, pero las da. Ana es una mujer interesante y enigmática, que sabe mucho e intuye más. Tiene organizado un falanstero de los sin techo que, gracias a ella, ya no lo son. Algunos ex yonquis

y enfermos avanzados de sida también reciben ayuda y hacen pequeños trabajos que les sirven de terapia. Pero mejor que pase y lo compruebe por sí mismo. En realidad, Ana lo espera a él, a Leo.

—Bueno, ¿y qué hay de la búsqueda? —pregunta éste.

—Hay que recapitular esta tarde después de la sesión del club. Creo que Ana sabe más de lo que dice; a ver lo que consigues sacarle... Sé que vienes por otras razones, pero esta visita, recuérdalo, forma parte también de la búsqueda...

Los enmaradas se despiden. Bruno se pierde entre los desangelados corros

de turistas a los que nimba la persistente neblina (en Toledo siempre hay turistas, aunque haga un día de perros como éste) y Leo, a quien le abre el portón un sonriente vagabundo que no llega a los veinte, se adentra en la casa con una mezcla de sentimientos encontrados pugnando dentro de sí. Como suele pasar en Toledo, la casa gana bastante en su interior respecto de la fachada. El patio es sencillo, pero luminoso, con sus pilastras de madera bien barnizada apoyadas en bases de granito, su vetusto brocal y un montón de cuidados tiestos regalando un pequeño vergel. Se respira un ambiente de calma y laboriosidad. En

un ángulo, en torno a un amplio tablero, varias personas hacen manualidades. El joven guía a Leo a través del patio hasta un salón donde varios mendigos conversan sentados en desgastados butacones y pufs morunos, sorbiendo té de sus tazas. Por una puerta, que cierra cuidadosamente a sus espaldas, aparece Ana.

Leo repara en que ya no lleva el pelo entreverado de cinta magnetofónica. Piensa que puede que esté todavía más bonita así, peinando media melena negra con suaves connotaciones egipcíacas libre de todo aditamento. La chica le obsequia con

una sonrisa y algo que a Leo le suena a reproche.

—Creía que ya no venías...

—Bueno, por lo visto, visitas no te faltan...

Ana no da explicaciones, pero con una mirada y una sonrisa le indica a Leo que ha comprendido. La casa tiene múltiples dependencias. Lo del patio es sólo una parte, en realidad, el gran taller está en otro salón que da justo frente al salón de té donde se han encontrado. En los pisos superiores están los dormitorios, con literas capaces de acoger hasta veinte personas, aunque Ana señala que nunca hay menos de

veinticinco, algunos duermen en sacos o en el salón de abajo, que siempre está calefactado. En un ático abuhardillado, pero espacioso, dos o tres mendigos leen con aplicación libros y revistas de una bien surtida biblioteca. Tras hacer el recorrido, se sientan en un diván algo apartado en el salón. Ella le ofrece té.

—Espero que te guste, aquí es bebida única, no dejamos que la gente le dé a la priva. Al que no le gusta al entrar, cuando se marcha, ya no sabe prescindir de él.

Ana le cuenta que a los vagabundos se les da desayuno y un plato caliente diario. Entre medias, té (con alguna

galleta ocasional o una pieza de fruta). Algunos se conforman con eso y apenas pisan la calle mientras permanecen en Toledo. Otros salen a buscarse la vida, a pedir limosna o a sus pequeños trapicheos. No sin orgullo, le comenta que alguno ha encontrado empleo y empezado una nueva vida.

—En cuanto rompes el círculo vicioso de estar sin techo, a la persona se le restituye la dignidad y se le van ofreciendo nuevas posibilidades de enderezar sus cosas. Claro que sólo unos pocos aprovechan la oportunidad. Hay gente a la que realmente le gusta el vagabundeo, la vida sin ataduras con

todas sus miserias y peligros. Son los que llamo «los vocacionales».

—¿Viene mucha gente? Te lo pregunto porque ahora mismo esto se ve bastante tranquilo.

—Sí. Algunos se quedan largas estancias. Ahora mismo ha llegado un pobre hombre al que hemos tenido que curar. Esa es otra: la gente, cierta gente, descarga su impotencia con los más débiles. Lo han golpeado brutalmente. Llegó en estado de *shock*. El pobre está ahora descansando, hemos tenido que liarle un sedante.

—No todos los que te visitan parecen mendigos transeúntes o *hippies*

de estos de ahora, buhoneros y malabaristas...

No es de su albergue de lo que viene principalmente a tratar Leo, sino de ella, de cómo se han encontrado en ese punto, en mitad de la búsqueda, dentro de esa oscura aventura en la que Bruno ha embarcado al club.

Ana acoge la alusión con una mirada intensa y una leve sonrisa.

—Ah, eso lo dices por Bruno. Te lo tienes que haber cruzado.

Están ahora en uno de los sótanos de la casa, rica en ellos como casi todas las de Toledo. Lo nuestro son las cuevas, se dice Leo. Ella lo guía a través de

húmedas bóvedas de ladrillo, que en algún tramo son de buena fábrica de sillería, hasta una pequeña puerta aherrrojada a partir de la cual todo son especulaciones y leyenda. Dicen que conecta con las cuevas de Hércules, con el subsuelo de la catedral, con un gran lago subterráneo. Parece haber un montón de hablaturías al respecto.

Al regresar hacia el patio, Ana le dice que Bruno le preocupa. Lo encuentra iluminado y también desesperado, convencido de ser el *elegido* para una delirante misión redentora y decidido a enfrentar el maleficio que le persigue.

—¿Maleficio? Las cosas no le han ido mal precisamente.

Entonces ella le habla de la insatisfacción existencial de Bruno, de su percepción de lo banal del éxito, de su sensación de que tras él había ido dejando un reguero de desastres: en África, en Sri Lanka, en la antigua Yugoslavia. Que aquí, en Toledo, iba a librar la batalla final, iba a acabar con todo eso...

—Se ha desahogado conmigo, parece que le inspiro confianza...

—La verdad, pensaba que no habría venido a eso, que venía sólo por ti.

—Le gusta estar cerca de mujeres

bellas e inteligentes, pero en realidad él ya está enamorado. No, quería reafirmarse en su misión. Me ha hablado del *Necronomicón*. No sé demasiado sobre ese libro, he leído pocas cosas de Lovecraft y sé que es un libro que aparece repetido en sus relatos, como un poderoso grimorio, un tratado de magia negra... Es un terreno peligroso.

—Y tanto. Cada vez que damos un paso, aparece un cadáver a nuestras espaldas.

—Eso también le preocupa; cree estar en el camino de resolverlo y de pararlo... Por cierto, te admira, Leo, dice que no es la mitad de escritor que

tú. Y también teme haberte puesto en un peligro extremo, haber roto tu relación, cómo ha dicho, «arcádica» con la ciudad.

—De todos modos, no era tan... «arcádica» como pudiera parecer. El aislamiento excesivo deprime, encoge. Tenía su lado infernal, como todo, supongo.

Leo ha apurado ya una segunda taza de té y podría seguir hablando horas y horas con Ana. Crepitan los leños en una eficiente estufa tradicional, pero enseguida advierte que la buena calefacción procede de una bomba de calor instalada en una pared. Ana divaga

sobre Toledo: su magia y sus problemas. Leo no tiene impaciencia por avanzar en su conocimiento de Ana; sabe que sólo debe esperar a que éste vaya fluyendo. No se puede empujar el curso de un río, se ha dicho. De repente, ha presentido que para Ana pudiera tratarse de un proceso similar, por eso no interpreta como un desaire el que ella se incorpore para regresar a alguna de sus numerosas ocupaciones y dé, sin palabras, por terminada la reunión.

—Si averiguo algo, te lo haré saber enseguida —le promete.

Entre los mendigos, ya saliendo, Leo ve a Yolanda entremezclada con un

pequeño grupo que está jugando una partida de parchís. La chica le hace un gesto y él capta enseguida que lo mejor que puede hacer es ignorarla. Comprende que esa noche uno de los miembros del club Lovecraft estará ausente de la sesión pública.

20

En la reunión del club están más o menos los de siempre. Se rinde homenaje a la obra de un poeta prematuramente desaparecido. Sin presentar una filiación ni claras conexiones con el mundo lovecraftiano, las tenebrosidades de su potente y atormentada imaginería lírica justifican su inclusión en el programa. A veces, el club organiza esta clase de actos para desterrar una impresión de endogamia, la sensación de que puedan llegar a parecer un simple club de *fans*.

Allí están la señora que enseguida se

pondrá a dar cabezadas, pero que no se perderá ripio de aquello que se diga, el funcionario con inquietudes intelectuales recientemente jubilado, la chica, ya no joven, que a los diecinueve quedó finalista en un premio nacional de poesía y que desde entonces, como una Rimbaud femenina, no ha vuelto a publicar, el veterano gacetillero de libros del periódico local y, sentado a su lado, Rosado, el erudito de la Biblioteca Regional que esa misma mañana ha revelado la sensacional primicia a Sergio sobre la falsedad del ejemplar del *Necronomicón* de Frankel. También ha venido Hernán, que no suele hacerlo,

quizá porque se siente un tanto obligado al haber compartido parte de la noche con Bruno y con Leo en la fiesta en casa de Ángela, quizá por su amistad con el poeta homenajeadó que llegó a dedicarle alguno de sus poemas.

El que no está es el Pescador. Ingenuamente, Leo espera verlo aparecer alguna vez en la cueva de la librería. La idea le produce una ilusión que acaba revelándose infantil porque, sencillamente, el Pescador nunca asiste a esa clase de actos.

Sergio todavía no ha tenido ocasión de comunicar a Bruno ni a Leo la primicia de la sorprendente revelación

de Rosado. Ha llegado cuando el acto estaba a punto de comenzar y se ha sentado en la primera fila, impaciente por que acabe para dar traslado a los colegas del club de la sorprendente nueva.

Cuando ya Leo está presentando a la compañera y albacea del poeta desaparecido, una mujer mayor de enérgico porte, con un hermoso pelo color ceniza recogido en la nuca y unos ojos asombrosamente azules, los chicos del Polígono doblan el recodo de la escalera del fondo y se van sentando, circunspectos y un poco fuera de lugar, en las sillas de la penúltima fila.

Tras las presentaciones de rigor, la compañera del poeta da comienzo a la lectura de algunos trabajos inéditos del autor. En las primeras filas, algunos parientes y amigos del malogrado vate no pueden evitar que sus ojos se humedezcan por la emoción contenida que los melancólicos y premonitorios versos intensifican por momentos. Leo, haciendo un esfuerzo supremo, consigue desdoblar su atención entre el acto y las incógnitas que bullen en su mente: la presencia de Yolanda en la Casa de los Mendigos, camuflada como uno más, el interés de Bruno por Ana y su obsesión por la fatalidad que le sigue los pasos,

Sergio conteniendo a duras penas la impaciencia por comunicarle algo.

En cuanto a Bruno, está como ausente, envuelto en un sutil halo de *bourbon* que Leo ha percibido nada más saludarlo, antes de que el acto diese comienzo, y que le ha hecho preguntarse por qué habrá empezado a beber tan pronto, qué clase de momento crítico estará atravesando. Da rítmicas cabezadas y emite, incluso, algún que otro ronquido leve que el público educadamente ignora.

Tras la lectura del poema dedicado a Hernán y a la noche toledana, se abre un breve turno de intervenciones libres en

que los que lo conocieron y trataron evocan instantáneas, frases, facetas de la vida del poeta. En el instante en que una sonrisa compartida parece disipar ligeramente la melancolía general del encuentro, Leo decide darlo por terminado.

En un aparte, en mitad de las despedidas, Sergio le comunica a Leo la revelación de Rosado acerca de que el ejemplar del *Necronomicón* de Frankel es una falsificación. Sin tiempo para encajar la noticia, Leo saluda al propio Rosado, que le pregunta en voz baja:

—¿Ya se lo han dicho? Lamento sembrar dudas acerca del interés de su

búsqueda, pero desde luego ese libro, aunque lo imita con admirable pericia, no está impreso ni en la ciudad de Toledo ni en el siglo XVII. No obstante, le voy a confesar algo: tuve sensaciones extrañas en los días de mi trabajo con él. Frankel me lo dejó por tres días, gesto de confianza inusual en él. Tres días con sus noches. No sé qué aura desprendía, lo que sí certifico es que esas dos noches mis cabellos, que ya tendían al gris, se pusieron blancos, exactamente tal y como los puede ver hoy usted.

La señora mayor que siempre se queda dormida, al escuchar las últimas

frases de Rosado, comenta con sorna:

—No hagáis caso de este viejo casanova. Yo lo recuerdo canoso de toda la vida, menudo partido le sacaba a las canas para tratar de ligar...

Los jóvenes del Polígono se despiden con un punto de timidez; sin duda, no acaban de encontrarse en su ambiente en un acto de esa naturaleza.

* * *

Ante los dos hombres del estrado penumbroso, hoy se sientan altos responsables del poder espiritual de la

ciudad y también del poder gubernativo. Transmiten una inquietud que se palpa en los templos y en la calle.

—Ilustrísimo señor comisario, eminencia, saben tan bien como nosotros que el trance es inevitable. Tenía que suceder en esta generación y a nosotros nos toca conducirlo. Se trata del Gran Pacto y, bajo todos los puntos de vista, es un honor asumir las responsabilidades que nos corresponden.

—Pero la seguridad de las almas y los cuerpos no puede ponerse en juego de esta manera. Hay unos límites. Tenemos información y medios para

actuar.

—Esa casa de lenocinio —interviene sulfuroso Su Eminencia—, por ejemplo, ese foco de pestilencia moral y física a escasos cuatro pasos de la catedral es motivo de alarma y escándalo para todos. Hay que ponerle coto.

—Las puertas deben mantenerse en su ubicación actual, al menos hasta que el ciclo pase. Ésa es la prioridad. ¿Acaso no están los medios de comunicación suficientemente controlados?

—Y el psicópata ese campando a sus anchas. Ya lleva cinco asesinatos y

varias agresiones que se caracterizan por su brutalidad...

—Voy a ponerle un símil, comisario, y usted lo comprenderá, ya que las competencias de ese espectáculo le son familiares. Esto es como una corrida de toros: nuestra misión es que todo transcurra en el coso, sobre el albero, que la sangre no salpique al tendido y el toro no pueda saltar la barrera.

Sin ningún miramiento, el segundo jerarca, el que suele permanecer silencioso, el de aspecto rudo, estalla:

—No malgastes tu energía echando margaritas a los cerdos. Son incapaces de ver más allá de su miedo. No están a

la altura de esta misión. No alcanzo a comprender cómo han podido alcanzar estas dignidades, estos cargos... ¿Acaso no aprendieron que, una vez comenzada la batalla, la peor estrategia es la huida en desbandada? ¿Es que no temen la lanzada o el disparo por la espalda? ¿No es más digno morir de frente, combatiendo? A no ser, claro, que estén abducidos también, que todo podría ser...

Ante el gesto de estupor y el amago de retirada de los dos mandatarios, el otro jerarca, conciliador, hace un gesto con la mano que él acata regresando a su silencio de antes.

—Tranquilidad, señores, no es momento de descalificaciones ni de sensibilidades heridas. El guión prosigue su desarrollo. Ahora el libro entra en acción. Y se desatarán los nudos.

* * *

Desde el hueco en el mechinal, el libro ha captado de nuevo su atención. Ha sido sacarlo y tomarlo entre sus manos para que una nueva energía lo sacuda de la cabeza a los pies. Es como si ellos se hubiesen decidido finalmente a cerrar el

círculo. Toda duda, toda sensación de infelicidad desaparece. Ahora es un guerrero de una pieza, listo para la acción. Ha estado merodeando en torno a la casa y ha detectado la intrusión de Yolanda, la atrevida, una intrusión que ya conocía mentalmente. La chica le gusta, es bonita y, además, tiene algo especial, algo de lo que la otra carecía clamorosamente: clase. Ya tiene instrucciones acerca de ella y las acatará con gusto. Va a realizar otra vez el juego, pero siguiendo órdenes, sin caer en ilusiones pueriles, sólo por darles ese morboso gusto, fingiendo no saber que forma parte de la trama que

ellos han ideado. Pero antes tiene que ocuparse de ese indeseable llamado Dampierre.

21

Una vez finalizada la velada del club Lovecraft, Bruno ha seguido bebiendo *bourbon* mientras Sergio y Leo se tomaban un par de tintos. La noticia de la falsificación apenas le ha inmutado, en cierto modo, no había dejado de barajarlo y no creía haber incurrido en ninguna clase de cinismo. A él le habían comisionado para localizar el libro y eso era, exactamente, lo que había hecho. No eran culpa suya ni el asalto ni el robo ni mucho menos que, de ser cierta la afirmación de Rosado, se tratase de una hábil falsificación. Con o

sin libro, la misión seguía abierta, sólo que Ana lo había descolocado y el *bourbon*, lejos de ayudarle a recomponer las piezas, lo complicaba todo un poco más. Desde luego, se dice esperando en los soportales de Zocodover el taxi que ha llamado, ese día está perdido; nada cabe esperar ya de él, excepto el cómodo colchón de una cama en el hotel de las afueras. Básicamente, comparte la apreciación de Leo:

—No veo por qué no valorar la experiencia de Rosado, la historia de su súbito encanecimiento. En ese libro, lo esencial de su valor puede no ser la

autenticidad del pie de imprenta, sino el poder de su texto, el maleficio de su creación ideológica y material. Considéralo como un objeto en sí mismo.

Pero la niebla, como un halcón fantasmagórico y helado, ha vuelto a caer sobre Toledo y él sólo desea otro trago y zambullirse entre sábanas, dejar de dar vueltas a los enloquecedores argumentos que el *Necronomicón* suscita. En cuanto a la decisión de Yolanda, en cierto modo envidia el poder estar ahí, tan cerca de Ana, en la extraña casa de su harapiento reinado. Desde el principio ha percibido un

exceso de energía contenida en la joven.

—Por algún lado tenía que romper
—se dice.

El taxi emerge espectral (y espectacular) entre la niebla. Bruno agradece ser rescatado de la helada neblina, que ya se le metía hasta el tuétano de sus huesos, y expresa con un frotar de manos la satisfacción que le provoca el bien caldeado interior. El conductor pertenece a la categoría de los mudos, cosa que no le importa según va, bastante cargado de *bourbon* e inmerso en un polifónico coloquio mental consigo mismo. Las luces de la ladera de Covachuelas tintinean entre la

niebla como almas en pena. Pronto atraviesan la Puerta de Bisagra y bordean la muralla en dirección al otro lado del río, a la zona de los cigarrales donde se encuentra el hotel de Bruno.

Algo en la nuca del taxista, cuyo rostro no puede ver, le indica a Dampierre que pudiera tratarse de un extranjero: «Como si las nuca tuvieran nacionalidad —y la delirante ocurrencia le obliga a reprimir su propia risa—. Si hacen de albañiles, camareros y mensajeros —concluye—, supongo que estarán empezando a hacer también de taxistas».

Al paso del taxi, las luces del largo

sendero de grava que conduce de la carretera al hotel se van encendiendo sincronizadamente. De repente, a unos treinta metros de la pequeña explanada donde está la recepción, el taxi se detiene. Bruno apenas tiene la oportunidad de adelantarse para averiguar qué pasa. Un rostro que no transmite otra cosa que la furiosa resolución de sus fulgurantes ojos verdes bajo una mata de pelo rojo se gira bruscamente y le rocía la cara con un líquido vaporizado que parece proceder de un spray. Todo sucede muy rápido: pierde la visión y se le nubla también la conciencia, sus músculos no

responden y, aunque su mente trabaja más rápido de lo habitual, avivada por la sensación de peligro, su lengua se ha vuelto de trapo, un tubérculo pastoso e infumable. Sólo acierta a decir:

—Hizjozepuzta, kazbzron...

La hostia que el tipo le propina en el mentón tampoco le duele, es como si el impacto le llegara amortiguado por una tonelada de vendas.

Con la presa a buen recaudo en el asiento de atrás, Tomislav da la vuelta con una hábil maniobra y hace en sentido inverso el camino recorrido antes: las rotondas de los cigarrales, el puente sobre el Tajo, la muralla, que

ahora queda a mano derecha, y finalmente, otra vez al interior del casco histórico. Ya en la catedral, detiene el vehículo.

Primero baja él y acciona determinado sillar a ras de pavimento, que gira sobre su eje y se transforma en una especie de tronera. Después saca a Bruno del coche sin contemplaciones, lo arrastra hasta el agujero que acaba de practicar y deja que su cuerpo caiga por él.

El impacto es importante y Bruno se desliza hecho un ovillo, rodando retorcido sobre sí mismo en un instinto de auto-protección muscular y

automático. Su mente se despeja y, súbitamente, se disipan los vapores del alcohol (un par de decenas de *bourbons* repartidos a lo largo de las últimas doce horas) y los de la droga paralizante con que el falso taxista le ha rociado. Está dentro de la catedral, tirado en algún punto de una de las naves laterales, sintiendo la húmeda amplitud del imponente recinto. En la zona donde se halla no hay pilotos y la oscuridad es casi total. Además de la borrachera y del cansancio, siente la resaca de la droga paralizante: un cóctel bastante eficaz contra el sentido de la vista y contra la orientación misma.

Penosamente alcanza a incorporarse y, mientras se sacude de su trinchera el polvo y el moho que se le ha agarrado al deslizarse por la tronera, presiente la inminencia de algo despiadado, la exposición final de su cuerpo y de su alma en medio del tablero.

Es el lado animal que nunca falla. Otras veces tuvo sensaciones parecidas y siempre la amenaza, en uno u otro grado fue real, pero nunca antes la sensación había sido tan fuerte.

Entre los vapores del narcótico que se van disipando y las secuelas del golpe, Bruno trata de acomodar su mirada a la penumbrosa y alta nave y

escucha lo que le parece un fragor de alas gigantescas y cree ver algo enorme cruzando el cielo sombrío de aquella catedral de pesadilla: ¿gárgolas?

—¡Gárgolas animadas! Sí que me ha dopado ese hijo de puta... —habla en voz alta consigo mismo y el eco que se aleja y retorna a él en una especie de delirante acordeón sonoro, lejos de tranquilizarlo, le aterra, incrementa su sensación de absoluto desamparo.

Entonces aparecen los puntos rojos: dos, cuatro, ocho, puede que diez. Se han ido haciendo más grandes, están rodeándole. Piensa en la frase de la profecía del americano: «Sobrevivió al

ataque de los perros de Tíndalos». No ladran y eso hace más espectral e insoportable la escena. Lo han rodeado silenciosamente, mascullando gruñidos como beatas rabiosas. Entonces, Bruno tiene dos certezas: la de sus fauces ávidas, inexorables y, en contra de su íntima convicción anterior, la de que ciertamente él no es el *elegido*, por una sencilla razón, porque él no va a poder sobrevivir al ataque de los perros. Pero entonces, ¿quién es el *elegido*, quizá...?

Piensa en Leonardo y en los otros. Bruno se dispone a pelear como el bravo que es, torciendo la mala suerte, el sino adverso, como siempre ha hecho,

pero ahora, como siempre en el fondo, más que nunca antes, la partida está perdida de antemano. Se ha enfrentado en alguna ocasión a perros de presa, pero nunca en condiciones parecidas, tan absolutamente inerme. Peor es el perro de la culpa que te muerde el alma. Le ha aliviado franquearse con Ana; antes sólo lo había hecho con Lucía y el silencio lo estaba pudriendo por dentro.

Bruno ha dejado de sentirse culpable y piensa a ráfagas en Leonardo, en Yolanda y en Sergio, y se ratifica en lo imprescindible de esa lucha cuando el primer dóberman alcanza su cuello. Luego, con él ya caído, los demás

completan la tarea.

Agoniza, sin duda está agonizando (tantas veces se había preguntado cómo sería). Los perros se han retirado, aunque su fétido aliento permanece próximo, lo envuelve todavía. Entonces vuelve a sentir el batir de alas, como si las gárgolas hubieran bajado y acecharan cerca, y unas formas gelatinosas, lejanamente antropomórficas, se inclinaran sobre él.

El Pescador lanza su caña en la otra orilla del río, entre el puente de San Martín y El Torreón que se conoce como el baño de la Cava. Esta vez Leo ha bajado por la cuesta del Barco. Desde la plaza de las Fuentes ha remontado primero hacia San Justo, donde ha saludado al caballero templario que, a la manera de las caras de Bélmez, asoma a través del despintado revoco de la fachada exterior de la iglesia; luego le ha apetecido visitar una de esas iglesias toledanas «que nunca se visitan», cerrada al culto, escondida en uno de los

agujeros negros del propio laberinto. San Lorenzo alza todavía con orgullo su enhiesta torre al cielo y parece custodiar alguna clase de secreto entre su armónico e irregular perímetro clausurado. San Lorenzo, el hombre que accedió a la santidad por repartir tesoros entre los pobres, aquel que sabía que el oro era la madre de todas las discordias humanas, el mártir dicen que dijo en la parrilla a sus verdugos: «Podéis darme la vuelta, que ya estoy bastante asado de este lado».

Pero entonces recuerda algo más acerca de san Lorenzo, probablemente el santo más gríalico de todo el santoral.

Había repartido el tesoro entre los pobres, cierto, todas las joyas excepto una, la de más valor: el Santo Grial, el Grial español reclutado, apenas adolescente, por el papa en persona (¿por qué no toledano?), quien habría hecho llegar el sagrado objeto de poder a la península Ibérica, igual que los visigodos trasladaron, ante la amenaza de los francos, desde su corte de Carcasona hasta Toledo la Mesa de Salomón, obtenida por Alarico en el saqueo de Roma y, antes, por los romanos en el de Jerusalén.

San Lorenzo, varada en el tiempo, atrapada en un dédalo de callejones

imposibles, señalando acaso la ruta del mayor misterio, celadora del secreto mejor guardado de la historia...

Pero es el río —¡ah, el río siempre! — lo que atrae a Leo, lo que su desbordado espíritu apetece. A sus cuarenta y muchos, parece ridículo, pero se ve caminando con la alegría de un adolescente enamorado, casi tiene el impulso de brincar y tratar de unir en el aire sus pies. Vaya, una señora mayor lo ha visto y sonríe con indulgencia al verle hacer el ganso. Habrá pensado: «Estos jóvenes...».

Para ella puede que siga siéndolo todavía. Pero él sólo ahora, cuando Ana

está impresa en algún lugar de su alma, comprende lo huérfano de amor que ha estado todos estos años, desde que aquella muchacha, de cuyo nombre no quiere acordarse, había elegido quedarse en Barcelona en vez de marcharse con él a África.

Sin embargo, casi nada tiene por el momento; tan sólo un encuentro, una promesa, un vago acuerdo para una próxima cita, diluido en humo de hachís y mucha farra... No debe ilusionarse demasiado. Si algo no se siente capaz de afrontar en esta fase de su vida, es una nueva desilusión. Pero los ojos de Ana parecían entrar tan dentro de él, conectar

tan intensamente con su mundo, con todo lo que había buscado hasta entonces y que, de repente, aún parece posible encontrar...

Leo se ha dirigido al río. Como de costumbre, rehúsa reconocerlo pero tiene la esperanza de encontrarse con el Pescador. A menudo se le ve por las riberas, aunque no siempre, y en esta ocasión, por algún motivo, se ha dicho que necesita encontrarlo.

De momento, no está en el embarcadero del Diamantista, pero él decide seguir caminando en paralelo a la impetuosa corriente del río por la senda fluvial, atravesando las ruinas de

las Tenerías, donde tuvo su primera casa aquella vieja bruja y tercera llamada Celestina, madre genial de todas las alcahuetas. Pasa después bajo los restos de una puerta islámica y de una torre albarrana para adentrarse en una densa selva fluvial frente al peñote de la Virgen de la Cabeza. Árboles del Paraíso, bol del cielo, tarayes y carrizos cuyas plumas acarician su rostro, mientras que en la arriscada ladera los vertiginosos rodaderos de la roca Tarpeya, desde donde los celtíberos ejecutaban a sus disidentes, las chumberas y las pitas descienden en pequeñas hordas entre grupos de piedras

congeladas como esculturas contemporáneas. Éste es el paisaje que atraviesa, atento a los pescadores que ocupan los pequeños tablados rodeados de tupido taray, pero ninguno de ellos es el Pescador.

Ya divisa la mole del puente de San Martín con sus cinco robustos arcos. Al aproximarse puede comprobar su carácter simultáneo de puente y de fortaleza flotante. También del lado que encara tiene trazas de *ziquirath* o torre, tal es su sólida cimentación. Las gaviotas lo sobrevuelan en silencio, sin sus marítimos chillidos, como conscientes de la enorme distancia que

las separa del Atlántico. Leo franquea el puente por la senda y es desde ese punto desde donde divisa al fin al Pescador. Está pescando en solitario en la ribera de enfrente, de cara a un sol deslumbrante, parapetado tras sus grandes gafas de sol, como siempre.

Tras remontar la escalinata y cruzar el puente alcanza el puesto del Pescador.

—Has tardado tiempo en bajar al río, ¿demasiado ocupado tal vez?

—Cierto, no dejan de pasar cosas.

—Quién sabe, eso puede ser bueno o malo, según; como todo en la vida.

—También ha aparecido una mujer.

—Enhorabuena. Es parte de lo que

andabas buscando, ¿no?

El Pescador tiene esa habilidad para ver en él y se lo demuestra una vez más. Para ver en lo que dice y también en lo que calla. Leo no recuerda haberle hablado nunca de sus anhelos, de su soledad.

—Debes ir abriéndote al conocimiento a través de la acción, ése parece ser tu designio. Has pasado de la ensoñación a una realidad mucho más delirante que todas tus ficciones de género fantástico. Debes aprender a descifrar los signos. Mira allá arriba.

Leo sigue el gesto del Pescador hasta la espadaña del monasterio de San

Juan de los Reyes.

—He ahí un libro de piedra. Sus esculturas y relieves custodian todo un mensaje cifrado, particularmente en el claustro bajo... Si vas, advertirás gárgolas satánicas junto a estatuas que ofrecen el vaso de la suprema bondad y sabiduría.

—Ya conozco el templo y toda esa simbología de iniciado neotemplario que inscribió en él Guas.

—Pues también conocerás la leyenda de la esposa del alarife, que transcurre precisamente aquí, en el puente de San Martín.

Son tantas las leyendas toledanas

que Leo no recuerda aquélla con claridad, aunque probablemente le haya sido contada en alguna ocasión. No contesta a la pregunta, pero al Pescador no hace falta contestarle para que comprenda.

—Te la contaré de todos modos, porque puede iluminarte de alguna forma y servirte, aunque probablemente no en este momento.

Y el Pescador, sin dejar de observar el río, le refiere la tribulación del arquitecto en vísperas de la inauguración de su magna fábrica que es el puente. Ha detectado un error de cálculo y todo se vendrá abajo en cuanto

el séquito de patricios presidido por el rey en persona proceda a cruzarlo por primera vez. Reconocer su fallo significaría el descrédito definitivo y quizá hasta la pena capital. No hacerlo, infinidad de pérdidas humanas. La esposa toma la iniciativa de la que el atribulado marido no es capaz. Sale embozada y, auxiliada por algunos criados, se las ingenia para prender fuego a la estructura de madera que todavía rodea la fábrica. El marido subsana el error y aprovecha el proceso de reconstrucción. Quedan salvadas así, por la intervención de la dama, vidas humanas y el honor de su marido.

—Es una instructiva historia — resume el Pescador—. Es fácil equivocarse, hacer el mal incluso cuando se está dispuesto a hacer el bien. Y una buena compañera ayuda a discernir; constituye un factor dinámico del proceso. Mira, en señal de reconocimiento a tan valiosa compañera, el arquitecto dicen que mandó erigir esa pequeña figura femenina, a la que llaman la Dama Blanca.

Se quedan un rato en silencio, integrados en un marco fantástico que a Leo se le representa súbitamente como un juego de la oca viviente: los patos, el

río, el puente, la fortaleza, las ventas y posada detrás, la cárcel a la que podría asimilarse el torrejón llamado *de la Cava* justo enfrente de ellos...

—Un gran mal se ha desatado... — Leo no desea ser más explícito, en realidad tampoco podría serlo demasiado, se dice—. Me pregunto si no estaré contribuyendo a ello.

—Es normal hacerse preguntas, lo raro es hallar las respuestas adecuadas. Considera que el mal siempre está alrededor, incluso dentro de nosotros mismos. Lo que importa es mantenerlo a raya, derrotarlo en el momento decisivo. Y ante todo, evitar que «el gran mal» se

libere.

—¿A qué se refiere con «el gran mal»?

—¿«El gran mal»? Algo, seres cuya parte humana es irrelevante.

El Pescador acaba de capturar un pez. Es un buen ejemplar. De nuevo el mismo ritual: lo toma, lo acaricia como a un garito, se lo acerca a la cara como para que el hijo del río pueda verle bien y lo retorna al agua.

—Mira —añade—. Es como si yo tuviera hambre ahora: habría asado ese pez y habría saciado mi hambre. Digamos que somos o podemos llegar a ser para ellos algo como el pescado.

Quizá menos.

De repente, se ha presentado Cerbero con su desgastada gorra azul desteñida de marinero en tierra y su incomprensible jerigonza. Trae una bota y corta rodajas de buen pan de pueblo y lonchas de queso.

—Del bueno, puro de oveja semicurado. Echa un trago, Parsifal.

Leo acepta la bota y pregunta extrañado:

—¿Cómo Parsifal?

—Es un decir, hombre. Como siempre andas vagabundeando en torno al río... Pero si quieres, lo retiro; no te jode el señorito.

—No, si a mí no me ofende, al contrario...

—Bah...

Desde ese momento, Cerbero se enzarza en una perorata acerca de los quesos que el Pescador soporta estoicamente: que si los de cabra, que si el cabrales, que si en aceite, que si más o menos curados, que si españoles, que si franceses...

—Hay que ir a Francia y ver esos puestos callejeros donde se venden quince quesos distintos para apreciar lo que es el queso. ¿Y éste? Cojonudo, no desmerece de los franceses. Con eso está todo dicho.

Leo se marcha. Algo no funciona entre Cerbero y él, ya lo había percibido. Leo se marcha porque sabe que, en efecto, todo está ya dicho por el momento. Y, naturalmente, lo hace sin despedirse.

23

En mitad de la noche, Lucía se ha despertado sumida en un caos de dolor y pesadillas. Sin poder preservar ninguna imagen demasiado nítida de él, sí recuerda que Bruno era quien protagonizaba ese sueño y que difícilmente podía haber sobrevivido a una carnicería que se oficiaba cual infame ritual bajo oscuras ojivas donde el eco multiplicaba los miles de sonidos del horror. Luego ya no ha tratado de volverse a dormir; simplemente, se ha levantado, se ha sentado en su cómodo y desgastado butacón de piel marrón y ha

marcado el número del teléfono móvil de Bruno. Las cinco y media de la madrugada no son horas de llamar a nadie, excepto si ese alguien te ha despertado a ti a través de una pesadilla.

La voz del robot femenino es reiterada, concluyente: «No ha sido posible establecer la conexión. El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura».

Previsible. El teléfono apagado; o Bruno duerme plácidamente con unos cuantos whiskies y cervezas entre pecho y espalda en su confortable cuarto del hotel en medio de los cigarrales, o bien... No lo percibe como temor, sino

como certeza. Sus sueños no suelen engañarla. Ni sus visiones tampoco. Y la que en ese momento está experimentando sobre Bruno es literalmente espantosa, hasta el punto de hacerle exclamar: «¡Dios!».

Está convencida de que ya es demasiado tarde para Bruno, pero quizá no tanto para los otros. Una ducha muy caliente que casi lastima su piel y un café cargadísimo con una estricta nube de leche incrementan su resolución. Cuando acaba de hacer su ligero equipaje, ya se ha informado de los trenes a Toledo y ha reservado una habitación doble de uso individual en el

parador de turismo.

Un rato después, en el *ave* que lleva de Madrid a Toledo, Lucía se adormece frente a las espectaculares arideces de los confines del valle del Tajo. En su ensoñación ha transcurrido hacia atrás no un teatro de siglos, sino vastas eras geológicas, casi evos. Hay un enorme disco gris, como de plata apagada, y un ser inconcebible en mitad del cielo, sobre el río. En el medievo quizá habrían denominado dragón a aquella entidad que lanza los furiosos latigazos de sus tentáculos contra el gran disco, pero Lucía sabe que no lo es; más bien se trata de un calamar de pesadilla, un

calamar de medio kilómetro de
cambiante diámetro con un número
impreciso de ojos conectados a una
maligna, cósmica inteligencia sólo
comparable a su perversidad.

Eso justamente es lo peor del ser:
los ojos cuya notoria ausencia de
compasión transmite, sin embargo, unas
sensaciones remotamente humanas.

* * *

Tomislav está tranquilo, ya no fantasea
con quimeras de un quijote infernal, con
sueños de una normalidad imposible: —

Normalidad igual a vulgaridad.

A menudo en su mente parece haberse introducido una especie de calculadora y ese tipo de frases («más o menos que, igual que, etc.») proliferan en sus pensamientos. Antes no era así, antes era un loco que sólo pensaba en gastar sin tasa la pila de su existencia.

Sí, es cierto; vuelve a parecer una especie de mendigo, como si hubiera dejado de creer en los efectos mágicos de portar una elegante levita. La prenda está llena de manchas y churretes y se le han caído unos cuantos botones, pero él no se corta; sale de noche a hacer las misiones que las voces le encomiendan

y permanece de día recluido en casa, bebiendo vino de brik y comiendo *snacks*. Tampoco la dieta le importa demasiado ya. En realidad, la policía no lo molesta; es como si miraran a otro lado cuando se cruzan con él las pocas veces que eso sucede, aunque las voces le siguen ordenando precaución.

A veces, el libro lo llama. Entonces Tomislav se incorpora, destapa el hueco de la pared y extrae reverencialmente del mechnal el poderoso volumen. Al principio abría el libro por alguna página al azar y leía sin comprender sus frases oscuras y proféticas. Pero últimamente es como si el libro se

leyera a sí mismo; es sólo tomarlo y, sin necesidad de abrirlo, va invadiendo su mente, llenándola de su sombría claridad.

Tomislav, al fin, comprende. Tomislav lo comprende todo. Y se siente orgulloso de su alta misión que pronto ha de alcanzar su culminación, mientras el libro se va leyendo a sí mismo en las páginas de su propia mente:

«En el momento de su llegada a este universo eran pocos; pero como tenían motivos para temer la persecución de los Dioses, criaron Seres cada vez más infames y poderosos para que engrosaran sus filas y reforzaran su

poder. De entre éstos, el último en nacer fue el Gran Cthulhu, que fue creado por Yog-Sothoth en la sombría Vhoori, en lo más hondo de la vigésima tercera nebulosa... Pero no siempre será así, porque está escrito que el Ciclo se completará con el tiempo y se librarán de sus ataduras y se alzarán de nuevo; pero aún no ha llegado la hora, y mientras tanto los Primigenios rugen de impotencia ante estas ataduras y se debaten contra los grilletes adamantinos y querrían estar libres para gobernar como lo hacían antes y de entre ellos, algunos quedaron encadenados en mundos y soles alejados de esta tierra y

otros fueron arrojados a los abismos negros e impíos que se abren más allá del Universo...».

El libro acaba su propia lectura. A Tomislav no le queda rastro de duda, porque, más que entender, es capaz de ver la sucesión de evos y de razas que han conducido a la actual situación. No hay ninguna zona de penumbra ni un asomo de duda. Devuelve el libro a su mechina con una reverencia que va a más, a la que no empaña la dictadura gris de la rutina, tapa el hueco minuciosamente.

Bien, el loco de Bruno Dampierre ya ha pagado su osadía; ahora le toca el

turno a la pequeña, dulce e intrépida Yolanda. Tomislav está convencido de que aún le toca divertirse un poco más.

Leo apenas conoce a Lucía, tan sólo retiene de la única ocasión en que se encontraron (la presentación en la librería de un centro comercial madrileño de una obra de Bruno Dampierre) el recuerdo de una silueta esbelta vestida de negro riguroso, correcta y distante, transmisora de una impresión de fragilidad probablemente inexacta. Mientras se dirige en taxi al Parador Nacional de Turismo, reproduce su llamada. Alarma o resignación, todavía no sabe en qué términos es más adecuado interpretarla.

Todavía no la conoce suficientemente, aun así la interpeló al respecto, le preguntó por qué lo llamaba a él y no a su novio, a Bruno.

—Bruno no contesta. Pero sé que, aunque quisiera, no puede atender la llamada y no hay tiempo que perder.

Mientras el automóvil recorta por el puente que cruza hacia el castillo de San Servando para girar a la derecha hacia la carretera del valle, sobrevolando el arroyo de la Degollada y bordeando el cerro del Bu, donde dicen algunas leyendas que morarían los dioses más antiguos de la ciudad, en la mente de Leonardo rebotan como un eco

persistente las frases de Lucía: «Sé que no puede atender la llamada». ¿Y cómo es que puede saber tal cosa? Alguna vez Bruno había insinuado algo acerca de su brujita buena, de ciertos poderes premonitorios que parecía tener su compañera, pero solía hacerlo en su habitual contexto de broma y paradojas, de manera que Leo nunca había acabado de tomárselo en serio, entre otras razones porque el propio Bruno no daba la impresión de hacerlo.

Todavía en el taxi, Leo marca el número de Bruno: es instantáneo, lo tiene en memoria y la B aparece enseguida. Las señales se eternizan,

Bruno no contesta. Su voz resuena lejana y ronca, empañada de *bourbon*: «Bruno... Bruno Dampierre».

No deja ningún mensaje, desde luego. Se limita a sentir cómo la preocupación acerca de Bruno aumenta en su interior. Él está en un taxi ahora, y cuando la noche pasada se separó de Bruno, su amigo buscaba justamente encontrar otro taxi. Recuerda su estampa: la trinchera marrón y un tanto neo-colonial y su efigie culminada por el inseparable sombrero que se recortaba en la niebla de Zocodover...

Lucía ha encargado el desayuno en la terraza exterior que domina un amplio

arco con un gran panorama de casi todo lo esencial de Toledo. Hace uno de esos días de noviembre diáfanos y templados en que la naturaleza parece resistirse, darse una tregua en su avance hacia la decrepitud del invierno. La niebla ha desaparecido por completo. Cuando llega Leonardo, ella está llenando una taza con la tetera y le invita a modo de saludo a incorporarse al ritual. Él acepta y toma asiento.

—Es bello Toledo, siempre ahí, siempre distinto en sus mil matices. Nunca me cansaré de mirarlo.

Leo piensa no en lo bella que ha podido ser de más joven, sino en lo

bella que está en ese instante, enfundada en su cazadora de piel negra, sujetando sus gafas negras y avizorando con sus ojos entre verdes y dorados, que el resol le obliga a entrecerrar, el ocre peñote toledano poblado de edificios. Verdaderamente, piensa, Bruno es un hombre afortunado.

—Hace un par de semanas, el Día de los Muertos, estuve en el cementerio honrando a mis difuntos. No pensé que la lista se engrosaría tan pronto. ¡Oh, qué bello es Toledo!, incluso aunque, como ahora, no sea para mí sino un gigantesco catafalco.

—¿Qué me quieres decir, Lucía?

¿Qué crees que ha pasado? Anoche estuve con Bruno hasta altas horas de la madrugada. Me separé de él cerca de Zocodover, él se disponía a coger un taxi... Todo normal.

—¿Normal?

Deposita la taza sobre la mesa, se limpia con un sutil gesto el labio superior humedecido de té y vuelve a ponerse las gafas. Entonces, sus mandíbulas cambian levemente su disposición y Leo cree advertir algo que podría ser rabia, dolor, una energía de difícil filiación en aquella dama leal y bella que había acompañado a Bruno, al que aventajaba casi un lustro en edad,

desde que su amigo regresara de ciertos vagabundeos erráticos aproximadamente dos décadas atrás.

—¿Te parece normal en lo que os habéis metido? Todas esas fuerzas que habéis desatado —Leo balbuce que ciertamente se han metido en un buen lío, que tenía sus dudas al respecto, pero que se teme que no son ellos quienes han desatado tales fuerzas, sean aquellas de la naturaleza que sean, sino que, en su apreciación, tales fuerzas los han elegido a ellos.

—No es tiempo de sutilezas ni de sofismas —replica Lucía—. Bruno os ha embarcado en esto, pero él ya ha pagado

con el precio de su vida. Ahora está en vuestras manos reconducir las cosas, evitar daños mayores. Una destrucción...

Un atrevido helicóptero sobrevuela el Tajo toledano con un estrépito que a Leo le ha impedido escuchar la última palabra, el adjetivo, de la frase de Lucía. Puede que fuera «total» o, quizá, «mundial». El sol avanza hacia su cénit y le deslumbra como casi siempre que lo ve o cree verlo, porque, y es consciente de lo absurdo de la idea, cuando el helicóptero vuela a la altura del parador, apenas a cincuenta metros de distancia, quizá menos, a Leo le parece que uno de

los ocupantes, precisamente el que mira hacia la terraza donde Lucía y él conversan y grupos de turistas se dedican a contemplar Toledo desde la baranda que se alza sobre el rústico jardín aterrazado del complejo, es... ¡el Pescador!

—Bruno nunca conecta el móvil hasta altas horas, pasado mediodía... Nunca le gustó madrugar.

—Gracias por tus eufemismos de amigo del alma, Leo. Sí, sé perfectamente que nunca ha podido dejar su afición a la cerveza ni su adicción al *bourbon*... De hecho, ha ido a más con los años.

Leo guarda silencio. Él tiene sus propias manías y adicciones, no es quién para opinar acerca de las de los demás.

—¿Sabes? Aunque os veáis poco en los últimos tiempos, siempre has sido su gran referencia. Para Bruno había en ti un elemento de pureza, de irreductibilidad que siempre admiró. De algún modo, envidiaba esa aureola de escritor de culto, auténtico, que has conseguido, y no sólo en España. Un día me dijo que eras el escritor que él había soñado ser, que su éxito fácil y tu secretismo se retroalimentaban mutuamente, que erais una especie de gemelos literarios.

—Para mí ha sido magnífico este reencuentro, incluso en un contexto tan..., peligroso —Leo ha estado a punto de decir «macabro»—. Voy a localizar a Bruno. Vivo o...

Ha empezado a pronunciar la frase antes de acabar de pensarla. El labio inferior casi le ha sangrado del automordisco. Lucía no pierde la serenidad (no es fácil imaginarla haciéndolo).

—Está muerto. He llamado a su hotel y no ha pasado la noche allí. No me preguntes cómo, pero lo sé. Toda mi vida he vestido de negro, anticipándome al luto. Hoy tiene sentido: soy una viuda,

Leo.

Leo se queda noqueado y siente que debe abandonar el parador, separarse de Lucía, a quien súbitamente percibe como una «dama negra», una agorera transmisora de tragedia. ¿Bruno muerto? ¡Qué tontería! Bruno es inmortal, Bruno no puede morir. Con Bruno van a encontrar la edición toledana, la auténtica, del *Necronomicón* y a descifrar los grandes arcanos de Toledo, que son los del Mundo, pues nadie puede ya dudar de que uno de sus magnos centros es la ciudad del Tajo. Con Bruno el club culminaría esa aventura, desentrañaría los misterios

cifrados en ese libro. Los grandes amigos nunca mueren, joder. ¡Bruno muerto! Vaya idea.

Se levanta hosco y sombrío, especulando con mil razones para explicar que Bruno no haya pasado la noche en el hotel y una ráfaga de celos se superpone a la sensación de pérdida del amigo. La Casa de los Mendigos, la bella Ana... Claro, qué estúpido es: se la está jugando como se la había jugado con Sonia veinte años atrás. Se muerde los labios. La sospecha y la rabia rescatan a Bruno del atroz destino que su «negra dama» ha decretado para él.

Sin embargo, es un caballero, no

puede evitarlo. Calla mientras se aleja de aquella terraza soleada frente a un Toledo que parece una megapantalla de cine, recordando la frase de Arthur Rimbaud: «Por delicadeza he perdido mi vida». Y maldice a Bruno y también a la bella de inverosímil peinado entreverado de cinta de audio.

A sus espaldas vuelve a sonar la voz de Lucía, serena, aparentemente exenta de toda emoción:

—Tengo mucho que contarte, pero comprendo que ahora no es el momento para ello. Cuando desees oírlo, regresa. No me moveré de este lugar. Estaré velando su cadáver.



En la Casa de los Mendigos reina la tranquilidad. En la sala, cuatro jóvenes echan una partida de parchís entre risotadas y exclamaciones de contento. Mendigos de toda la vida, se diría el prototipo de «mendigo romántico» (parias de tez renegrida y patriarcal barba), se entremezclan con jóvenes de indumentaria *postpunkie* o con supervivientes del caballo portadores de ese extraño estigma de rara sabiduría que procura la droga cuando ha atravesado una vida sin machacarla del

todo. La casa, se dice Leo, no merece la piqueta. Sin ser un palacio, su patio ofrece la sobria belleza de los patios toledanos, sorprendentes oasis lujuriosos de tiestos en medio del ladrillo y de la piedra, con la originalidad de unas pilastras de madera pintadas todas de diferente color: fucsia, púrpura, azulón, malva, negro, albero... A uno de los lados se aprecia un pequeño arco de herradura y restos de una inscripción cúfica en una yesería, acaso supervivientes de una remota madrasa islámica.

Mientras aguarda sentado en un puf a que den aviso a Ana, Leo acepta la taza

de té que un ciego le sirve con pasmosa habilidad. Ideas contradictorias se agolpan en su mente mientras sorbe el aromático brebaje y se sorprende deseando ver aparecer a Bruno y Ana juntos, porque eso significaría que su amigo, el muy cabrón, no le ha hecho la putada de morirse.

Morirse o dejarse matar. Hay alguien eliminando gente en Toledo a su paso, al paso del club. Quizá ya se hayan decidido a ir directamente contra ellos. Vuelve la zozobra y la fugaz visión de la inquietante Lucía en el parador, su negra silueta de espaldas superpuesta a un luminoso Toledo como

un plano de película americana de los cincuenta.

—Estoy velando su cadáver.

La espera se le hace eterna. El ciego se ha sentado en una poyata junto a él, donde tiene algunos cachivaches. De un saquito va extrayendo algo que le parece fragmento de hilo negro y luego lo va pegando sobre una cartulina que ha desenrollado del lado opuesto. El ciego habla, su voz es grave y armoniosa, el ciego tiene voz de actor de doblaje. Le cuenta que él es artista y que una vez un señor muy importante de Madrid publicó un artículo acerca de él donde lo calificaba de «creador del naíf capilar».

—Yo no dije nada, porque crear creo como cualquier artista. Ahora, lo cierto y verdad es que yo no me inventé este método. Ya mi madre, de la que heredé la ceguera, lo practicaba. Y la madre de mi madre. Es que vengo de una familia de ciegos. Gracias a estos cuadritos que gustan bastante por su curiosidad me criaron y gracias a ellos voy tirando mal que bien. Más mal que bien.

Leo se levanta y agradece el paréntesis que el ciego y su bizarra ocupación le procuran en el magma de ideas negras que vampiriza su mente. Lo que el ciego saca de la bolsa de plástico

y va pegando sobre la lámina son pelos, simple y llanamente, pelos humanos: negros, canos, rubios, castaños. Sobre un tosco boceto a lápiz el ciego está dibujando un Toledo con pelos.

—¡Huy!, si viera usted la aceptación que tienen... Me pongo en la plaza del Ayuntamiento, frente a la catedral, en un banco soleado y el personal es que se los rifa.

Cuando Ana aparece, Leo no necesita palabras. Es un filme mudo y ella es mucho más bella que Lillian Gish; economiza los gestos en una sola mirada donde cabe todo lo que Leo necesita saber en ese momento. Bruno

no ha pasado la noche en el hotel. Tampoco ha estado con Ana, en la Casa de los Mendigos. A Bruno le ha pasado algo. Bruno está probablemente...

Luego la premonición de Lucía resulta ser cierta. El juego ha traspasado los límites de la literatura. La vieja ciudad se empapa de sangre, sangre que emerge de los brocales de sus pozos. La niebla porta hemoglobina y los aljibes rebosan regueros que tiñen de rojo el río. Su mejor amigo, muerto. Cabrón, cabrones. ¿Pero a quién, a quiénes está insultando?

La sangre inunda su mente como un *tsunami* voraz y una roja resolución se

apodera de ella. Sin embargo, ¿contra quién ir? ¿Qué hacer?

Leonardo no es ya un guerrero de las letras ni un explorador de trasmundos, ni un boxeador de sombras; ahora es sólo un chico inerme, casi un niño, que se ha quedado de repente sin el único vínculo que le unía al pasado, a su primera juventud, a esa eclosión de sueños y de luchas... El ciego, sin ver, parece presentir algo y olfatea la atmósfera de desamparo que el careo con Ana ha desatado en Leo. Ha interrumpido su minucioso trabajo plástico con los pelos y guarda un respetuoso silencio, ensanchando y comprimiendo

acompañadamente sus fosas nasales, de las que emergen, cómo no, abundantes pelos.

Todo es un trance para Leo desde ese momento. Ella, la reina de los *squatters*, princesa de los *okupas*, cruza hasta él la sala. Parece más alta porque camina sobre elevadas plataformas y vuelve a llevar el pelo enredado de cinta magnética (en medio de su confusión, Leo piensa que quizá lo esperaba, que tal vez se ha vuelto a peinar así para él, porque sabe que le gusta). Está guapa y deseable. Pero Leo es incapaz de hacer o decir nada, de expresar otra cosa que desolación y

parálisis. El filme sigue siendo un filme mudo excepto que ella se le ha acercado y, tomándole de la mano, le ha dicho:

—Ven conmigo, Leo, necesitas ayuda.

Lo conduce fuera de la sala. Cruzan el patio que es ahora un viejo televisor en blanco y negro con el volumen quitado (una escena de *Viridiana*, se dice, con sus anacrónicos mendigos intemporales) y lo introduce en su cámara, uno de esos dormitorios en que hay tantas cosas, tan recargados que luego es bien difícil describirlos: fotos en las paredes, cómodas, abanicos colgados de las paredes de todos los

tamaños y colores, espejos, varios espejos. A Leo siempre le inquietaron los espejos, nunca pondría uno en su dormitorio, pero aquél no es su dormitorio, es el dormitorio de Ana, la mujer que le gusta y que trata de ayudarle ahora, cuando más lo necesita, cuando parte de su mundo se está derrumbando y la vida lo ha puesto contra las cuerdas.

De todos modos, en medio de todo, es interesante ver en los espejos cómo se multiplica la imagen de Ana arrodillada a su lado, despojándose de su ropa: primero el top, una prenda mínima de franjas ocres y marrones que

le recuerda el estilo Soho de los setenta, luego los jeans y también el tanga. En mitad del dolor, cascadas de placer. Ante la certeza de la pérdida, el bálsamo de un encuentro. (Amo si dos triángulos contrapuestos se hubieran ensamblado para formar el hexagrama de la vida que es también el de la muerte... Se ha quedado desnuda por completo, a excepción de la mata de cinta de audio en su pelo, de sus uñas de pies y manos pintadas de morado y del *piercing* que remata su ombligo. También lleva algo tatuado en la base de la columna, un mínimo sol y una frase: «Celebra el verano», pero ya le

preguntará acerca de ello cuando más adelante pueda hablar.

Ahora él sólo puede abandonarse a la contemplación de la imagen de Ana multiplicada en los espejos, a las cosas que le hace y que le dice, a todo el bien que logra transferirle.

Fue bastante fácil hacerse con la chica. Para un tipo con el aspecto de mendigo que Tomislav vuelve a tener, no es difícil colarse en un antro de indigentes. Desde luego, tiene que reconocer que se lo tiene bien montado esa que llaman la *reina*. Para él es sólo una putita lista, a la que sabría cómo poner en su sitio en un par de sesiones intensivas; pero los demás parecen considerarla como formando parte de alguna clase de alta jerarquía. Allá ellos, no va a ponerse él a llevarles la contraria.

Fue fácil: localización directa (sin

necesidad de previsualización). Estaba próxima a un ciego pirado que hacía una especie de tapiz con pelos de todos los colores: negros, rubios, castaños, grises, plateados... Se sentó a su lado en la poyata y ella dijo hola. Pero por él habló su navaja, bastó su elocuencia. Se la mostró y luego la restregó por la piel de los bajos de su espalda, que se manifestaba tersa y blanca sobre el pantalón vaquero, al tiempo que le hacía el gesto de chitón.

El cabrón del ciego literalmente se olió algo. De hecho, dilató sus enormes fosas nasales, como olfateando la proximidad del peligro. La chica era

lista, sabía que era inútil intentar ninguna treta, y Tomislav se permitió incluso guardarse la navaja mientras cruzaban el patio camino de la calle.

La metió en un callejón, tuvo que hacerlo. Allí la acorraló como el perro a la liebre, sintiendo cómo su cuerpo joven palpitaba y se debatía, resistiéndose a lo que percibía como el ataque final. Sólo que no lo era. Sin embargo, le gustó su fiereza, se excitó con sus mordiscos y arañazos... Gatita. Pero ¿de qué se sorprendía si sabía de sobra que Toledo es la ciudad de los fantasmas y los gatos?

En realidad, sólo quería aturdiría,

impedir que recordara el itinerario de la Casa de los Mendigos hasta su guarida, hasta su próximo hogar, y en este punto de sus pensamientos Tomislav se derretía de gusto. Las voces habían sido concluyentes: tenía que golpearla para que perdiera el conocimiento. Procuró no pasarse, pero tuvo que hacerlo.

Ya en su casa, la tiende en el catre mientras él se humedece con gomina su jara melena. A continuación se cepilla la raída levita y se da betún en los zapatos. Más o menos satisfecho de su aspecto, se pone a preparar la cena para cuando ella despierte: maíz de lata, mortadela y pan de molde sin corteza, todo ello

regado con vinillo de un brik por estrenar. Va a compartir muchas cosas con esa pequeña y tiene que ir conociendo sus gustos. Espera, mientras lo dispone todo, que no le desagrade el menú, que no sea una de esas caprichosas que prefieren los patés de finas hierbas y los ahumados.

Aunque, si lo es, se dice, tampoco es tan grave. Las «delicatesen» son mucho más caras que la mortadela, pero igual de fáciles o difíciles de robar en los supermercados. No sería precisamente ése el mayor de los obstáculos para su convivencia.

Yolanda está inconsciente todavía y

Tomislav decide que tiene que quitarle esa horrible ropa de mendiga de tramoya. Con minuciosa fruición la desnuda sobre la colchoneta tirada en el suelo, disfruta de la contemplación de su bonito cuerpo, que no se cansa de recorrer con la mirada y de acariciar. Con lo menuda que es, le sorprende la contundencia de sus nalgas. Aquí el eslavo se supera a sí mismo, sabe que tales proyectos son ya una quimera, algo imposible y sin futuro, pero desde luego hay presente todavía y se dispone a jugar a ello desde ya. Esa misma noche rompió a estacazos el escaparate de una tienda de vestidos de novia y se llevó

uno con maniquí y todo. Tenían que hacer una bonita estampa él y su maniquí vestido de novia deambulando a las tantas por las calles del viejo Toledo.

Pero la chica da señales de reanimación. Ah, sí; primero abre un ojito y luego el otro. Su mirada de horror, al descubrirse desnuda en el antro de Tomislav, se entrecruza con la mirada interior que percibe Tomislav, la mirada de esa entidad poderosa hasta límites inconcebibles: el ser al que se refieren como KUTULU, o acaso Cthulhu, se nutre de la energía que el sexo genera, tanto como de la sangre del campo de batalla tras el combate. Ya

que también lo que, en apariencia, duerme precisa ser alimentado.

El primer instinto en esos casos es la huida. ¡Tantas veces lo ha visto Tomislav! La joven se lastima en la muñeca al intentar escapar con las esposas puestas y atadas a una argolla de la desconchada pared. Tomislav trata de tranquilizarla con gestos, sin pronunciar palabras que pudieran inquietarla, depositando el vestido blanco pulcramente alisado sobre la yacija.

—Es maravilloso, ¿verdad? Póntelo tú misma.

Pero la chica es rebelde y ahí

Tomislav constata lo que ya preveía: las cosas no van a ser tan fáciles, le va a costar que ella entre por el aro. Con la mano libre y una mirada de odio, rechaza el vestido arrojándolo al suelo.

Vaya carácter el de las españolas. Lo pisotea y escupe sobre él mientras lo llama cabrón, asesino y otras lindezas.

Los insultos no le han importado excesivamente, sabe que no son injustificados y que se ajustan bastante a la realidad de los hechos, a su ejecutoria y a su presente. Lo que le ha irritado es ver la impoluta, delicada, blanquísima prenda pisoteada, ensuciada, vejada. Con la ilusión que le había hecho

conseguirla... Las voces tienen razón: no es más que un iluso, un tontorrón que juega a ilusionarse estérilmente con lo que sabe que es imposible.

Está bonita, retorciéndose en su desnudez, maldiciendo. Bonita y salvaje. Tiene un culo precioso, un culo sorprendente no augurado por la fragilidad de su figura. Es una chica linda y díscola. Tendrá que castigarla.

Lo hace...

26

Sergio y Leonardo se han citado en el café Toledo, en los soportales de la plaza de Zocodover. En la barra, frente a un ejército de pinchos alineados sobre el mostrador, beben a pequeños sorbos sus humeantes cafés. Los días se recortan tras el cambio de hora del otoño y la noche se anuncia gélida y húmeda en la vieja ciudad. Leonardo va directo al grano, es casi brutal al enunciar los hechos y enseguida se arrepiente de ello.

—Bruno y Yolanda están desaparecidos. Lo de Bruno es una baja,

probablemente ha muerto a manos del perseguidor. Yolanda...

—¿Cómo? Los chicos del Polígono me dijeron que se había hecho pasar por mendiga y que se había infiltrado en la casa. Por lo visto, ellos le revelaron que se comunica con el subsuelo de la catedral. Por cierto, me dieron esto. Uno de ellos lo encontró hace años, cuando jugaba de niño en el parque de la Vega. De algún modo lo asocian a todo esto, creen que puede ayudarnos.

Leo toma una especie de sello o tuerca con un enigmático signo que recuerda un doble triángulo ensamblado con dos lados abiertos. Parece fabricado

en un metal extraño, cambiante de tonalidades, con una sorprendente cualidad biológica, «como si estuviera vivo —se dice Leo—, parece fruto de una tecnología no humana». Le pide a Sergio que le permita guardarlo y lo guarda en un bolsillo de su tres cuartos.

—No sé cómo pudo Yolanda tomar esa decisión. Habíamos quedado en no separarnos.

—Sin duda pensó que no había tiempo que perder, que era mejor tomar la iniciativa, actuar sin esperar a que el club se reuniera. Pero entonces no ha desaparecido, te refieres a que está camuflada en esa casa, ¿no es eso?

Entonces, Leo comprende: finalmente Sergio ha puesto en claro sus sentimientos hacia Yolanda, se han dado cuenta de que se complementan y se necesitan. Su amor hacia ella se ha desvelado y probablemente a ella le ha sucedido lo mismo. Es todavía más duro tener que decirle:

—Lo siento, Sergio; vengo de la casa y no saben nada de ella desde anoche. Se fue o se la llevaron sin despedirse. Es como si se hubiera esfumado. Hay que estar preparados para lo peor.

Y Leo refiere a Sergio la desaparición de Bruno, la sombría

premonición de Lucía y sus propias aprensiones. Sergio se resiste al pesimismo de Leo con mil argumentos. Admite que el club Lovecraft pueda estar tocado, pero en ningún caso que Bruno haya podido ser inmolado.

—Puede haber recordado que necesitara algo de Madrid y haberse cruzado inadvertidamente con su novia, puede haberse dejado el cargador del móvil en el hotel y por eso no contesta las llamadas, puede haberse querido tomar la última y estar ahora tirado en cualquier sitio durmiendo la descomunal mona, qué sé yo..., tantas cosas. Puede haberse ido de putas...

—A Bruno nunca le gustó ir de putas
—contraargumenta un Leo sombrío, pero
un poco contagiado del juvenil
entusiasmo de Sergio.

Comprende. Es duro conocer de una
sola tacada la doble desaparición de tu
ídolo y de tu recién revelado amor, y
más dura la presunción de que
cualquiera de ellas puede ser
irreversible: definitiva, irreparable.

Juntos, o por separado, Sergio y
Leonardo dedican toda la jornada a batir
Toledo en pos de Bruno y de Yolanda.
Entran en pensiones, en los últimos
bares en cerrar y en los primeros en
abrir. Van al bar donde Bruno solía

curarse algunas de sus resacas con unos botellines y una tapa de escabeche casero, pero hace días que no lo han visto por allí. En la parada de taxis preguntan a un taxista veterano si sabe de un compañero de servicio que pudiera haber recogido la noche anterior a un cliente en Zocodover hacia las cuatro de la madrugada.

—Claro que lo conocía, era mi socio.

La voz alterada. Por los surcos de sus curtidas mejillas ruedan algunas lágrimas.

—¿A las cuatro? Imposible, mejor vayan a la policía... El que conducía el

taxi no era taxista. Escuchen... —el hombre sube el volumen de la radio. Ambos aguzan el oído arrimando las cabezas a la ventanilla del coche—: «... el cuerpo del taxista apareció tirado en las proximidades del circo romano, presentaba hematomas en el cráneo y tres heridas de arma blanca en corazón e hígado, mortales de necesidad. Los forenses han comunicado que el crimen se produjo entre las dos y las tres de la madrugada pasada. En cuanto al vehículo, apareció aparcado en las inmediaciones de la plaza de San Justo. Parece que la ola de ataques a los trabajadores del taxi se ha trasladado

también a nuestra capital, ya golpeada por una serie de crímenes todavía sin resolver».

Tras una jornada de batida infructuosa, el frío húmedo de Toledo se mete bajo la piel. Ha vuelto a caer la niebla sobre el laberinto, incrementando su ensimismamiento y la desolación de los dos camaradas del club Lovecraft. En el Casón de los López apenas hay clientes y los que hay consumen sus tazas de té rojo sintiendo la orfandad del club, sin encontrar apenas unas cuantas palabras que decirse.

Sergio meneaba la cabeza sobre la taza mientras frunce los labios con

pesimismo. Parece abatido y bloqueado. Leo dice:

—Tranquilo, presiento que la vas a reencontrar...

—¿A ella? Claro, eso creo... Y espero que a Bruno también.

—¡Ojalá! Pero me alegro de que os hayáis aclarado por fin.

—¿A qué te refieres? —Sergio ha interrumpido el movimiento de su cabeza para lanzar a Leonardo una breve mirada de alarma.

—No tienes que disimular conmigo. Me refiero a lo vuestro: Yolanda y tú...

El joven afloja los hombros con cierto alivio. Sigue eludiendo mirar

directamente a los ojos del maestro, pero sus palabras brotan como el agua de un manantial largamente retenido por un obstáculo.

—¿Lo nuestro? Si no ha llegado a haber nada, maldita sea. Una súbita revelación en un café una mañana de niebla. O mejor, el desvelamiento instantáneo de algo que ya existía pero que nos resistíamos a aceptar, particularmente yo.

—Sí, me tenías preocupado, siempre machacando a la chica y a la vez atraído por ella hasta las cachas.

—Supongo que era miedo a perder mi independencia, y ahora, sin ella, mi

independencia no vale nada; es una quimera ridícula. Y eso que no hubo nada; un café, unas palabras, una mirada al despedirnos.

—La niebla os quitó las máscaras.

—Eso sería, pero enseguida, chica loca, tuvo que saltarse el pacto y actuar por su cuenta.

—Todos lo hemos hecho de una manera u otra. Somos un club, pero un club de individualistas.

Sergio se ha animado. Como la noche está fría y ya poco pueden hacer, Leo propone un bar que conoce por las Cuatro Calles donde sirven vino blanco de Yepes, pero los chatos, en vez de

euforia, los sumen en un sombrío torpor, los ensimisman. Sin embargo, se acompañan en silencio y eso les ayuda. Leo le diría... Pero Sergio, por detrás de su aire de seriedad y autosuficiencia, es sólo un chaval; además, está el foso generacional y ese magisterio que le han adjudicado en el club. Seguro que comprendería porque es sensible e inteligente, pero no desea que se deprima, da por supuesto que su papel consiste en transmitir algo de seguridad. Leo le diría un montón de cosas: que él también ha vuelto a encontrar el amor, un amor especial y acaso quimérico, que está convencido de que con la pérdida

de Bruno el mundo se vuelve un lugar todavía más ajeno y hostil, que esas dos sensaciones (ganancia y pérdida, desolación y gozo) no parecen compensarse, sino suceder, paralelas, irremediables en toda su cósmica intensidad... Le diría que el destino sale voraz a su encuentro, que esta vez no iba a poder regatearlo con una nueva retirada. Ya no quedan islas ni antiguas ciudades apartadas a las que retirarse. No caben más engaños y él tiene que afrontarlo con una energía que desconoce cómo ni de dónde sacar.

Se separan con una camaradería mutua que antes nunca habían

experimentado en ese grado. Al cruzar Zocodover bajo la niebla, Leo no puede evitar mirar con aprensión hacia el lugar bajo los soportales en que vio a Bruno por última vez. Bruno, el triunfador insatisfecho, famoso y sugestionado con la mala estrella que siempre le pisaba los talones y que había acabado por darle alcance. Bruno; devorado por su misión, por su búsqueda. A causa de ese libro maldito, del maldito *Necronomicón*. En vez de dirigirse a su casa, Leo se desvía en dirección a la de Ana. Se pretexta a sí mismo que a lo mejor puede disponer de alguna información de interés; los mendigos y

vagabundos recorren las calles y se apostan en las plazas y encrucijadas, oyen cosas, se las cuentan entre sí. Además, Ana, por sí misma y por sus muchas relaciones (no todas ciertamente con *okupas* y mendigos), puede que tenga acceso a información privilegiada. Pero son sólo eso, pretextos, excusas, autojustificaciones. Lo que desea, lo que imperiosamente necesita en ese momento es verla, sentir su compañía, su bálsamo: pequeña, dulce reina del pelo retorcido en celuloide.

Lo que no desea, lo que de ningún modo esperaba, es el ataque de ese fantasma que emerge entre las sombras y

la niebla con una cabellera que parece en llamas, como un enviado del infierno. Alguna clase de spray paralizante le ha medio cegado y lo atonta hasta dejarlo casi tambaleante. Torpemente, boxea contra la niebla, sintiendo que alguno de sus golpes impacta en un cuerpo sólido (aunque los más se pierden en el vacío helado de la niebla) y cómo se van debilitando los músculos de sus brazos, de todo su cuerpo... Escucha maldiciones en una lengua que le parece eslava. En efecto, alguno de sus golpes le ha dolido. Nota cómo le arrastra hacia el muro de la catedral.

Lo deja tirado a unos pasos de la

Puerta de los Leones, apoyado contra el muro. La sombra pelirroja (como el tipo de los sueños; las pesadillas se tiñen de rojo) acciona uno de los sillares y un rugido, una especie de gruñido gutural amplificado por el eco de bóvedas y naves, asciende desde la negra oquedad que se abre debajo. Empieza a intuir lo que sigue cuando el ejecutor lo carga de nuevo y lo enfila hacia la tronera.

—Muchacho —consigue articular—, no son horas de visitar monumentos.

Cae amortiguadamente, teniendo en cuenta sus noventa kilos de peso inerte, deslizándose por una especie de tobogán de piedra. La suela de sus botas rebota a

trechos contra las losas, con el cuerpo medio incorporado. Al impactar contra el suelo se golpea en las dos rodillas y siente frío, más que dolor; se queda ladeado e inerte, con todo el peso de su cuerpo apoyado en el costado izquierdo.

Lucía contempla la ciudad desde el mismo punto prácticamente todo el día, y durante unas cuantas horas, tras el crepúsculo. Sentada en una de las mesas de la terraza, protege su cuello con un *foulard* térmico y la cabeza con una graciosa *casquette* forrada del mismo material. Las dos prendas son negras. Pausadamente, consume té durante todo el día: Ceilán hasta mediodía, verde hasta la media tarde y rojo hasta la noche. Su dieta es frugal: algo de fruta, un poco de queso y, como plato fuerte, un puré o un potaje de verdura bien

caliente. La novela que trajo consigo reposa a su lado, con el marcapáginas casi en el prólogo. Tiene bastante con la novela que ella misma está viviendo.

Cuando el frío aumenta al filo de la medianoche, se traslada a un salón acristalado que da a la terraza, donde disfruta de idéntica vista; además, parece reservado para ella en exclusiva, pues un tabique de madera de pino lo aísla del bar y su salón. En general, Lucía es de poco dormir (unas cuatro o cinco horas durante la noche y otra más en su butaca después del almuerzo; con eso le basta), pero, desde que llegó a Toledo, no dedica al sueño más de tres

horas y sólo un par de ellas acostada en la cama, a menudo sin desvestirse, como en estado de alerta, presta a saltar al menor aviso.

La ciudad no le da tregua. Sus historias (remotas, pasadas, presentes, futuras) fluyen ante sus ojos como si se tratara del más grandioso e inacabable filme jamás realizado. El plano fijo, estático de Toledo (en sí mismo rico y cargado de cambiantes matices con cada luz del día, con cada disposición del cielo) carece de monotonía para ella. Su potente visión interna va ensamblando los procesos que abocaron a la situación actual, a esta prueba cíclica que se está

desarrollando ante ella misma, a quien puede que clientes y camareros tomen por una pobre dama que sufre un trastorno tan irremediable como pacífico.

Esta noche ha sentido cómo el peligro acechaba a Leo agazapado entre jirones de niebla, cómo ha saltado sobre él y cómo expeditivamente lo ha apresado. Confía mucho en Leonardo, en su intuición y firmeza, una firmeza que él mismo, basta ahora, probablemente desconoce.

Y mientras lo que se remueve bajo ella desea salir e impele a la ciudad a un despegue extático sobre sí misma, Lucía

pide a un dios sin rostro que Leo salga airoso de la terrible prueba. Que la infernal partida pueda seguir...

* * *

—¿Han leído los periódicos?

El subdelegado gubernativo es un hombre quizá más bien joven, pero calvo y grueso, lo que le hace parecer mayor. Está congestionado y fuera de sí; de hecho, incurre en la descortesía de arrojar el periódico sobre la mesa. Ninguno de los dos maestros que ocupan sus estrados en el salón, entre

penumbras, hace ademán de tomar el mazo de prensa. Se limitan a mirar en reprobador silencio al responsable del orden público en la ciudad, que baja la cabeza desazonado y furioso.

—Todavía es peor en la Red. Estamos investigando *chats* entre particulares y el tema es estrella en determinados *blogs*.

—Resumamos lo que ha trascendido del asunto, señor subdelegado.

La voz es fría, pero serena. Obediente, el jefe de la policía toma asiento frente a los sinarcas y arrastra hacia sí el montón de diarios.

—El asesinato del taxista ha sido

como el gran detonante. Algún periodista malicioso, quizá un enemigo personal o político (qué más da) del concejal de urbanismo, ha asociado el problema de la Casa de los Mendigos con la ola de crímenes. Los testimonios acerca de un mendigo asesino en serie dan verosimilitud a la sospecha. Se publican fotos de la *reina* y del interior de la casa hechas por un fotógrafo infiltrado con disfraz de indigente.

—Ese acceso no va a durar demasiado tiempo —la voz es la del sinarca más sumido en el lado de la oscuridad, el que no suele hablar.

—El turismo se está resintiendo, en

especial el que va por libre, esas personas o grupos que se pierden a su aire por las calles de Toledo a la caída del sol, ávidos de misterio y de leyenda.

—¿Lo de Dampierre ha trascendido?

—No, pero de pura casualidad. El compañero del taxista asesinado refiere cómo fue interrogado por los amigos de un señor que podría haber sido una víctima adicional del asesino del taxista, puesto que se subió al taxi conducido por el asesino. Por cierto, no he tenido más remedio que ordenar la retención del señor Leonardo Pacheco. Su nombre aparece en todas las quinielas, parece la sombra del asesino y para algunos

policías empieza a vislumbrarse como sospechoso.

—¡Joder! —el sinarca silencioso está más expresivo que de costumbre y la mirada del que lleva la voz cantante ha sido definitiva, fulminante.

—Se tratará de una mera formalidad, un trámite para acallar rumores internos —explica el policía—. Por cierto, ¿dónde se encuentra en este momento el señor Pacheco?

Hay un silencio que permite escuchar lejanas campanadas y un breve zureo de palomas. El sinarca lo rompe y hay un asomo de incertidumbre, miedo quizá, en su voz:

—Sólo nos queda confiar en su hado
y su designio.

Leo trata de incorporarse y siente que un aura de amenaza flota en la gigantesca nave de la catedral a la que acaba de ser arrojado. Un aura nada sobrenatural; la inminencia de algo vivo, real, que ya lo ha localizado, que avanza hacia él en la oscuridad. Se siente aturdido y lento, pero con la atención en estado de alerta máxima. Las órdenes cerebrales llegan en tiempo a sus músculos, pero no en forma. Activar uno de ellos parece tan hercúleo como liberar a alguien atrapado entre los cascotes de una casa hundida. Sin embargo, consigue

incorporarse pesadamente justo a tiempo de poder distinguir seis lucecillas amarillentas que parecen agrandarse desde el flanco norte de la nave. Ninguna grata compañía, al instante lo sabe. Son seis luces sombrías acompañadas de los jadeos, a duras penas reprimidos, del cazador que ya vislumbra a la pieza. Y la pieza...

La pieza es él.

Perros. Seis luces, seis ojos, tres perros. Guardianes feroces de tesoros y puede que de secretos. Por eso bromeaba sobre perros el matón que lo ha arrojado allí. Esas bestias que se acercan le van a ahorrar el desagradable

expediente de rematar la faena. Reacciona, ahora sí, con rapidez y con una energía que no puede provenir sino de su instinto de supervivencia. Toma de uno de los bolsillos inferiores de su americana la pequeña grabadora que siempre lleva consigo. Rebobina; puede ayudar una voz hablando, pero lo importante es el golpe. Sube al máximo el volumen y arroja el aparato lo más lejos de sí que puede. La voz de Bruno, grabada la noche que llegó al club, resuena amplificadas en delirantes ecos de una bóveda a otra. El impacto suena más allá de la gran reja del coro. Las lucecitas, ahora más rojas, más grandes,

más próximas giran hacia la izquierda en dirección al crucero en pos del impacto de la grabadora contra las losas del suelo. Es entonces cuando Leo alcanza a distinguir, fugaz pero nítidamente, la inconfundible cara de un doberman y tres cuerpos fugitivos y oscuros, eficiente musculatura en acción, desapareciendo en las negruras del crucero.

Ante la certeza de una muerte inminente, el ser humano es capaz de cosas prodigiosas, como conseguir deslizarse con relativa ligereza y total silencio hasta rodear un enorme ábside interminable, palpando cancelas de

rejas, nichos, oquedades, toda clase de recovecos. Sabe que necesita encontrar algo y que tiene que hacerlo enseguida porque los perros, aquellos nefandos carceleros de un ámbito en apariencia sagrado, ya habrán descubierto la burda trampa y brincarán furiosos en pos de su olor, dispuestos a acabar con el intruso de una vez por todas.

Entonces, mira hacia arriba. Un rayo de luna atraviesa el transparente. Sigue el haz de luz en un *travelling* descendente de su mirada y al final ve una puerta abierta en el ángulo de una gran reja. Puede que sea un palmo de abertura nada más, un palmo que

equivale a la oportunidad de seguir entre los vivos por algún tiempo más. Da gracias mentalmente y se cuele dentro.

Corre la cancela justo a tiempo porque ya los perros saltaban infructuosamente contra la reja, proclamando su impotencia con sordos ladridos. Uno de ellos introduce su afilado cráneo por entre dos barrotes y se queda atrapado. Sus esfuerzos por desenroscarse producen el efecto contrario y el animal se atrapa a sí mismo en medio de patéticos gemidos que no consiguen suscitar en Leo el menor asomo de piedad. Con la eufórica rabia del que acaba de salvar el pellejo

por los pelos, se dice que había hecho de lanzador de *base-ball*. Y le comunica al perro:

—Lo siento, pequeño, ahora quiero jugar al fútbol.

Tras la patada, la cabeza del bicho estalla en un amasijo de sangre, dientes y músculos rotos que rebotan por la nave, al tiempo que el cuerpo se agita y acaba desplomándose a unos pasos de la reja. Como aplacadas por un temor reverencial, las otras dos bestias se tienden sobre el suelo no lejos del compañero caído, y vigilantes de la capilla, se limitan a mirar y gruñir al intruso que ha logrado abatir a uno de

ellos y burlarlos a los tres.

—Así me gustáis más, muchachos — les dice con feroz ironía—, relajadnos. Puede que si seguís así, podáis aspirar un día a algún premio secundario en una exposición canina.

Enseguida siente sueño. Aquella dama y aquellos marmóreos caballeros no parecen mostrar disconformidad alguna por unas cabezaditas. De hecho, nada podría turbar su sueño de siglos. «¿Nada?», se pregunta Leo. Por la mañana, alguien debería explicarle qué significan esas bestias sueltas en la noche por las naves de la catedral. Alguien debería responder a unas

cuantas preguntas. Pero, por el momento, la capilla parece un lugar seguro, lujoso incluso (en un sentido ciertamente muy distinto al de un hotel de cinco estrellas) para dormir un rato. Puede permitirse elegir lecho, y escoge el túmulo de una dama con dos leales perrillos tardog ticos a sus pies. Incluso tratándose de esculturas yacentes, prefiere dormir con una dama. Y la elegida, cuyo nombre en una orla latina está demasiado cansado para intentar descifrarlo, tiene todas las trazas de una gran dama. Leo se acomoda en una postura razonablemente cómoda entre la figura y el borde del marmóreo

monumento, y se pone a dormir nada más cerrar los párpados. Sueña con un lugar gélido donde aparecen cuevas con chicas peligrosas, matones a sueldo y perros que devoran estatuas caídas de pedestales ciclópeos.

Pero la noche no cesa.

Un sordo rumor se va abriendo paso hasta interrumpir con sobresalto su agitado soñar. Los rayos de luna ya no inundan el ábside. En la oscuridad, al otro lado de la reja, cuatro ojos sanguinarios prosiguen su acecho. El rostro de la dama dibuja desde el más allá una sonrisa de burla contenida. Leo se incorpora con torpeza y distingue

entre las sombras la fuente del ruido. Borbotones de algo viscoso y metálico (metal fundido, se dice) caen al suelo desde uno de los túmulos. Parece plomo derretido e instintivamente salta, presa de la aprensión de que ese mineral de pesadilla pueda anegar con espectral rapidez toda la capilla. A toda velocidad, se desliza por la boca de una cripta y desciende por una escalera que se retuerce sobre sí misma, palpando la humedad de las paredes. Está claro que la noche se empeña en prolongarse. ¿Amanecerá alguna vez? En su acelerado descenso, algo atravesado en un tramo de escalera le hace tropezar. Se

tambalea y tiene que saltar de un gran brinco cuatro o cinco escalones. Aferrado al viscoso muro, consigue recuperar el equilibrio. Vuelve sobre sus pasos para tratar de ver en qué consiste el obstáculo. Enfoca hacia abajo la pequeña linterna de su llavero y recorre lo que parece un cuerpo tirado y medio apoyado contra la pared. Se teme lo peor: ¿será el cadáver de Bruno? Voltea ligeramente la cabeza del muerto. El minúsculo haz de luz va recorriendo una ropa ajada hecha jirones de sangre reseca hasta un rostro brutalmente desfigurado, pero de aspecto nórdico con una machacada cabellera rubia. Leo

detecta en su rápido escrutinio un mordisco en el cuello, mucha sangre reseca y un montón de cardenales. Parece haber muerto no hace mucho, pero qué importa antes o después: está tan muerto como la circunspecta y sonriente dama con la que acaba de compartir un frío lecho o como el remoto cardenal que hace derretirse el plomo de su féretro. Nadie se ha molestado en cerrar los ojos de aquel desdichado, por lo que todo el horror que pudo preceder a su muerte sigue registrado en su mirada.

(Mendigos, los matan; los perros sueltos inyectan su furia en la

eternidad... Imágenes, preguntas superponiéndose en cascada. Sólo una certeza: él ha estado a punto de acabar exactamente como aquel hombre, aquel cadáver que, por un momento, ha pensado que podía ser el de su mejor amigo.)

Por unos instantes sostiene la mirada del muerto.

Al final de un largo viaje, por toda recompensa se ha encontrado con las fauces sedientas de sangre de unos perros asesinos. ¿No es una metáfora extrema de la vida, de toda vida? Sin embargo, sólo un antídoto se le ocurre en medio de la confusión y la locura: la

acción. Implora alguna forma de paz para esa víctima, apaga la linterna y se confía a la claridad, espectral y mínima, de la escalera que permite reanudar el descenso sin romperse la crisma.

Baja y baja hasta tener una percepción de la augusta fábrica de la catedral como de algo aéreo, como una especie de nave extáticamente sostenida en una nube. En un recodo de la escalera, de esa espiral de mohosa piedra interminable, una luz tintineante lo introduce en una dependencia achatada a causa de la poca altura de la bóveda, aunque sorprendentemente espaciosa. Se trata de un ámbito circular

en el que —a la luz de un hachón que flamea a un lado— varios personajes aparecen sentados alrededor de una mesa redonda. Ancianos, hombres, mujeres, niños, momificados todos, parecen atender a lo que pudiera estar diciendo una cabeza situada exactamente en el centro mismo de la mesa. Justo tras ella, el cuerpo al que debió de pertenecer, ataviado con hábito de la Orden de Santiago y las máximas distinciones e insignias, aparece descabezado, presidiendo con natural jerarquía aquella espectral academia. Justo cuando entra, un segundo antes de divisar la escena, Leo cree percibir un

bisbiseo imperativo y fugaz. Una vez dentro, sólo le acoge el silencio de las distinguidas momias, si bien (no podría jurarlo) cree advertir un movimiento final en los resecos labios morados de la augusta cabeza depositada sobre la mesa. Pero la iluminación es intermitente y escasa, como si un vientecillo subterráneo agitase la llama, provocando aberrantes entrelazamientos de sombras sobre los ladrillos del achatado recinto y un ominoso agrandamiento de la cabeza, tal vez parlante. Sin embargo, la corriente amenaza con extinguir la llama del hachón y leo no desea en absoluto

perseverar en la descortesía de seguir interrumpiendo aquella reunión familiar, así que regresa a la escalera y a su interminable descenso.

A mi lado y a otro se abren en rampa espacios abovedados cargados de rumores y malos presagios. Un parpadeo de su linterna le hace ver a un grupo de espectros ataviados con lujosos hábitos eclesiásticos a los que hostigan unas extrañas figuras gelatinosas, como gusanos gigantes. Pero esta visión ha durado sólo un instante y nada es lo que parece en el descenso a las entrañas de la catedral. ¿O sí? Y resuenan fragmentos de frases en latín y romance

antiguo, y en lenguas jamás catalogadas en este planeta, bisbiseos que se acallan a su paso, reptar de sombras, una extraña música que cesa, mientras Leo recuerda una frase del maestro Howard Phillips: «Y en medio de este cementerio giratorio del universo, el sordo y enloquecedor latir de los tambores y el melifluo y monótono quejido de flautas blasfemas procedentes de inconcebibles y lóbregas cámaras que escapaban al Tiempo...».

Pero una firme resolución impele a Leonardo Pacheco a seguir adelante. Está pasando una prueba terrible y lo que está en juego no es su miserable

pellejo, sino puede que las posibilidades de supervivencia del planeta Tierra, que vive en la ignorancia de las terribles fuerzas que lo acechan. Ante todo, debe esclarecer la suerte de Bruno Dampierre y proseguir la misión.

Sin embargo, la cámara más lóbrega e inconcebible es la que se aparece enseguida ante sus ojos. Gigantesco aljibe, sus paredes rezuman agua, quizá procedente de la famosa fuente sacra del claustro, y su perímetro es muy superior al de la catedral de arriba, de la que de algún modo es cimiento y espejo. Un espejo negro, piensa Pacheco, una inmensa catedral invertida y negra de

una sola nave. Se había equivocado en su percepción anterior. La magnífica fábrica gótica de arriba no es algo aéreo, sino sólidamente cimentado en un complejo laberinto de cámaras, pasadizos, escalinatas y aljibes que abocan a la magna catedral oscura de abajo, cuyo ámbito aparece ocupado por algo circular e inmenso, algo tecnológico y extrañamente vivo que refulge abajo con una opaca e intermitente iridiscencia.

Observa, también, que hay gárgolas en esa «catedral» blasfema practicada millones de años antes que la otra. Gárgolas que aletean y cambian de sitio

porque están pavorosamente vivas. Pero Pacheco las ignora, se despreocupa de qué puedan ser y de la siniestra amenaza que comportan, y concentra toda su atención en el gigantesco ingenio circular que refulge debajo de él ocupando la superficie de la inmensa cueva.

En su descenso, Leo se siente poseído de una energía cuyo origen desconoce. Las dudas, los temores han desaparecido. La escalinata se hace más espaciosa y su descenso, solemne, casi hipnótico, como si de alguna manera fuera capaz de prever la siguiente secuencia. Inscripciones en lenguas que

desconoce, pero cuyo sentido comprende, forman armónicas incisiones en la pared junto a la que desciende la escalinata. Abisales sagas, héroes pretéritos, combates legendarios entre oscuras razas enfrentadas, negras profecías... Su mente descodifica al paso las inscripciones sin detenerse en su análisis, sin decelerar el camino hacia lo que verdaderamente importa en ese momento.

Ya se ha plantado bajo el gigantesco artefacto. Sólo se le ocurre una palabra para describirlo: «nave». Sus manos se posan sobre la superficie; nunca tocó un material semejante que parece plástico,

pero un plástico con la solidez del acero, frío y cálido a la vez. Lo rodea hasta el punto exacto. Entonces, instintivamente, saca la pieza que Sergio le proporcionó: una especie de tuerca, una clave que al entrar en contacto con la superficie de la nave provoca una apertura, un hueco luminoso que coincide exactamente con su silueta y por el que Leo se interna.

La luz es intermitente pero hace inútil su linterna, por eso Leo la apaga. En una especie de nichos verticales, los astronautas de la nave parecen dormir el sueño eterno, pero algo le dice a Leo que esos seres de cónica cabeza y

aviesos ojillos no están muertos, que su letargo no es «total». Frente a sus tumbas o lechos verticales, en un catafalco horizontal, como un perverso trofeo, yace el cuerpo de Bruno Dampierre. Al descubrir los restos de su amigo y cesar en la revista de los astronautas dormidos, le parece percibir un signo de alarma en uno de ellos, el que parece principal. El párpado arrugado y viejo de uno de sus ojos parece saltar, dejando paso a una mirada escrutadora, de indefinible malignidad, pero Leo no se paraliza. Lo que queda de su amigo concita toda su atención y se limita a odiar a sus verdugos, a

quienes pretenden ser sus carceleros para toda la eternidad.

No hay sorpresa, sino constatación, pero ello no aminora el dolor. El amigo muerto, el aventurero malogrado, el guerrero derrotado. Sin embargo, ahora el guerrero es él, él debe continuar la misión, puesto que es el *elegido*, el que ha sobrevivido al ataque de los perros. Ciertamente, Bruno no lo consiguió. A pesar de las nefandas artes embalsamadoras de esa raza nocturna y siniestra, los impactos de las voraces dentelladas se manifiestan en el rostro y el cuello de su amigo. Mientras le rinde honores cuadrándose instintivamente al

estilo militar (él, que consiguió librarse del servicio militar), se dice que un día (lo antes posible) volverá a ese ámbito de pesadilla para rescatar el cadáver, para liberarlo de la perversa presencia que lo mantiene retenido. De momento, se conforma con tomar la cartera con los carnés de su amigo, algunas fotos y el último dinero que llevaba.

Pero ahora la misión está arriba. Se trata de recuperar el libro, ese *Necronomicón* que puede ser falso como impreso, pero es evidentemente auténtico como grimorio o clave que le ayude a erradicar el poder enquistado en las entrañas de Toledo. Como con las

inscripciones de la escalinata, comprende sin analizar, se sorprende viendo y sabiendo de un modo espontáneo y directo. Además, rechonchas sombras gelatinosas y aladas siluetas acechantes, como sombras chinescas, parecen haberse concentrado en el exterior de la nave, y el astronauta que había descorrido uno de sus párpados ahora tiene abiertos los dos ojos y parece dirigirle una mirada de aviso, una ráfaga amenazante.

Leo trata de reencontrar el punto donde accedió a la nave mientras las sombras exteriores se incrementan y parecen estar rodeando el aparato.

Pacheco se tumba en el suelo y las siluetas perseguidoras pasan de largo. Entonces, vuelve a sacar la pieza y de nuevo la clave opera un hueco luminoso en la pared de la nave.

Arrastrándose para no ser visto, Leo alcanza la escalinata dispuesto a regresar a la superficie. Desde un recodo que le sirve de parapeto divisa a los perseguidores: los gusanos parlamentan con las gárgolas. Parecen desconcertados y nerviosos, y de los labios de Leo brotan casi automáticas unas palabritas: «*Shoggots*, son *shoggots*».

En cuanto a las gárgolas, ahora

puede distinguir entre ellas ángeles descarnados de la noche, horrendos cazadores y también a los repugnantes gules cubiertos de moho de sepultura, listos y los *shoggots* se complacen en hostigar a legiones de espectros, la mayoría clérigos con sus sotanas y arreos hechos jirones a la manera de los lienzos de Valdés Leal, en una escena que le recuerda la iconografía de *La Puerta del Juicio Final*. Pero, en lo alto de la gigantesca cripta, la reina de las gárgolas, una silueta enorme envuelta en viento, envuelta en humo, profiere un resonante chillido que lo delata.

—Ithaqa, el Wendigo, el temible

Busgoso ha dejado sus bosques septentrionales, está aquí en Toledo, volando por debajo de nuestros pies — se dice Leo.

Parte de los seres de abajo se abalanzan hacia donde él se encuentra y desde arriba bajan gules histéricos y baboseantes *shoggots*. Ha sido descubierto y es inútil intentar escapar escaleras arriba: nunca lo conseguiría. La turba de seres infernales ya está encima. Se sabe atrapado. Al parapetarse contra el muro de la escalera, detecta una parte hueca, una simple hilada de ladrillos tapada con cemento. Toma un pedrusco del suelo y

golpea. Los seres ya se aproximan rezumando furia desde arriba y desde abajo. Un par de patadas y el agujero se amplifica. No puede perder un segundo, se arroja a través del hueco.

Rueda por los peldaños de otra escalera y al final se siente deslumbrado. Cuando consigue limpiar sus párpados de tierra y de polvo, unas cuantas personas sentadas dirigen sus miradas hacia él con indisimulado asombro. Se va incorporando. Ese lugar, ese antro le resulta familiar. ¡Ha caído en el sótano de la librería donde se celebran las sesiones del club Lovecraft!

29

Se supone que es su prisionera, pero a él le gusta jugar a otra cosa; aparentar que se trata de otra *clase* de relación. De hecho, sospecha que ha descubierto demasiado tarde las innegables ventajas de la vida en pareja. Quiere crear sensación de hogar, ambientar aquel patio medio en ruinas para que ella se sienta mejor. Y al sofá de escay marrón ha ido agregando otros enseres de los muchos que la gente tira a la basura. Hay que ver, con lo caro que está todo y el paro que hay... Un día se presentó con una nevera. Él solito la cargó por

espacio de más de trescientos metros, apañó un poco el enchufe y ya disponía de cerveza fría. Con el arsenal de botellas que ha acumulado, tiene bebida asegurada para un mes y se pasa el día medio borracho, tratando de mantener en la periferia de su mente las consignas que ellos le envían de continuo. A causa de la belleza que tiene atada a su camastro, el alcohol le excita más que nunca. Siempre la tiene bien empinada, predispuesta por así decir.

En cuanto a ella, parece casi siempre abatida o malhumorada. Apenas come y sólo acepta con agrado la cerveza. En una ocasión bebió tanta que

pareció excitarse ella también y dejó que él le hiciera el amor como si aquello no fuera una violación. Pero la muy tramposa sólo trataba de alcanzar la navaja que él, imprudente sin duda, había dejado al pie del camastro. Tuvo que darle un par de golpes que le provocaron un moratón bastante feo en el rostro.

A menudo no es capaz de parar las voces. Son imperiosas, recurrentes, inapelables. Entonces tiene que salpicarse el rostro con agua fría del sucio pilón y salir a la calle a proseguir la misión que ellos comandan. (¡Con lo bien que se está en casa de uno, aunque

sea acompañado de una garita arisca y traicionera!)

* * *

Hay niebla, una niebla más tenue que cae en espectrales y gélidos jirones sobre las plazuelas y los adarves del laberinto toledano. El grupo del Polígono ha organizado una partida de rol en vivo. Forma parte del programa de actividades de la Concejalía de la Juventud para proponer fines de semana sin alcohol ni drogas. Hay un montón de actividades: biblioteca nocturna,

conciertos, maratones deportivos y de cine de terror, bailes saludables, iniciación al yoga; un sinfín de cosas. Y entre ellas, juegos de rol en vivo. En este caso, la búsqueda del *Necronomicón*. En la plaza de San Román, uno de los puntos más elevados del casco histórico de Toledo, el joven que pasó la pieza a Sergio es el custodio del lugar donde se halla el supuesto ejemplar de la edición toledana del *Necronomicón*. Lo primero que ha hecho al llegar ha sido comprobar que la réplica bibliográfica está en su sitio, en el hueco practicado en el parterre. Lo extrae. Se dice que el chico o chica que

consiga llegar primero y se haga con él se quedará bastante satisfecho. Se trata de un volumen no demasiado grueso con tapas duras forradas de terciopelo negro. En grandes letras doradas figura el título: *EL NECRONOMICÓN*, y debajo un cuadrado con símbolos de brujería y el subtítulo: *Conjuros, Encantamientos, Exorcismos y Fórmulas*. El joven lo abre y hojea su interior. Es una pena, se dice, que el papel interior sea de tan baja calidad en contraste con unas cubiertas tan prometedoras. En el índice se desglosan los inquietantes contenidos:

—El testimonio del loco árabe.

—Del Zoneí y sus Atributos.

—El libro de entrada y del camino.

—Los encantamientos de las Puertas.

—El conjuro del dios del Fuego.

—El conjuro del Guardián.

—El libro Maklu de la quema de los espíritus Malignos.

—El libro de la Invocación.

—El libro de los cincuenta

nombres de Marduk,
vencedor de los Antiguos.

—El texto de Magan.

—El texto de Urilia.

—El testimonio del loco
árabe (segunda parte).

Según sus cálculos, aún falta un rato para que llegue el ganador, así que puede entretenerse leyendo algún fragmento del libro, pero primero se lía un pitillo Golden Virginia. El humo que exhala potencia su aliento helado (si no está helando, poco le falta para ello). Desde el sumario, abre el libro al azar y lee:

NINGÚN HOMBRE buscará mi lugar de descanso. Yo recibo el Sol por la noche y la Luna por el día. YO SOY el que recibe el sacrificio de los Errantes. Las Montañas del Oeste me cubren. Las Montañas de la Magia me cubren.

De repente oye un ruido. Es demasiado pronto, pero nunca se sabe, hay gente muy brillante, chavalas y chavales con una rapidez de reflejos y de asociación sorprendentes. Sería un fiasco de campeonato que el libro no

estuviera en su sitio cuando lleguen. Rápidamente, lo introduce en la bolsa de plástico transparente que protege el terciopelo de la húmeda y viscosa tierra y lo vuelve a poner en el sitio del que lo extrajo.

Después, el joven se limita a fumar, a exhalar las lentas bocanadas de su pitillo y a observar cómo se entremezclan con la niebla.

El ruido ha cesado, pero él siente una ominosa presencia. Hay alguien detrás del muro de niebla.

—¿Hay alguien? —pregunta.

Nadie contesta, pero su mente reproduce la frase: «Yo soy el que

recibe el sacrificio de los Errantes». Sin embargo, le es dictada, él no ha pensado esa frase. Para combatir la aprensión que empieza a apoderarse de él, trata de pensar en algo; por ejemplo, en la pieza que les pasó a los del club. Para él ha sido una especie de talismán que lo acompañó desde la infancia, desde aquel día en que se la encontró en el parque de la Vega en una correría infantil. Desde el principio, imaginó que era fruto de una tecnología no humana y no quiso en ningún momento seguir los consejos que le recomendaban ponerla en manos de algún laboratorio oficial. Se trataba de un mensaje concreto del

más allá, la plasmación objetiva de que existen otras dimensiones y a él le había sido dado el privilegio de ser su receptor. Sería por algo, para algo más que engrosar la larga lista de los casos oficialmente declarados reservados o secretos. Además, siempre pensó que le daría buena suerte, que le brindaba una especie de protección para blindar su espíritu, sensible y vulnerable, en un mundo donde, bajo diferentes formas, seguían imperando las toscas leyes de la fuerza y el engaño.

Pero, tras conocer la llegada de Bruno Dampierre a la ciudad y entrar en contacto con la gente del club Lovecraft,

había sentido que su ciclo con el talismán había finalizado, que éste debía pasar a otras manos, que podía ser (de alguna forma que no alcanzaba a visualizar todavía) útil para el resto de la humanidad, para la suerte del mundo.

De repente, la niebla «habla» y va adquiriendo borrosamente unos rasgos faciales. Al principio, absorto como está en sus cavilaciones, ha pensado que se trata del primer jugador que llega al fin. Pero la niebla sigue hablando sin palabras, cortante y gélida, en un extraño galimatías:

—No debiste hacerlo.

La frase lo rodea, lo acusa, juega

con él. Una sombra, un rostro se muestra torvo a su alrededor, unas veces aquí, otras allá. La frase ahora es real, pronunciada por una garganta gutural, metálica:

—¿Por qué tuviste que dársela? Mala suerte, chaval, tu premio es la muerte.

Es entonces cuando el joven divisa el acerado fulgor del gran cuchillo y el rostro móvil de la niebla asume las facciones de Tomislav.

30

En el exterior de la Casa de los Mendigos se ha formado una pequeña manifestación; son apenas veinte personas pero vociferan como cien. Llevan improvisadas pancartas donde se leen frases como «seguridad en el casco», «la fruta podrida estropea el cesto», «fuera *okupas* de la ciudad histórica»... Una voluntaria del centro, enfermera de profesión, está curando de sus rasguños y hematomas a Leonardo Pacheco en una de las soleadas habitaciones de la primera planta. La niebla se ha disipado y se ha quedado un

radiante día otoñal en que Leo se pregunta acerca del grado de realidad de la noche vivida. Una cósmica pesadilla en acción cuya veracidad confirma acariciando en su bolsillo la misteriosa clave que le permitió acceder al interior de la nave.

Bruno muerto, conservado en un horrendo catafalco, escoltado por aquellos vampíricos astronautas de cónicas cabezas, condenado a escuchar día y noche por todos los evos de la eternidad los bramidos de aquellos seres infernales pululando a su alrededor y de otros aún más horribles que él ha tenido la suerte de no cruzarse

en su descenso. La aceleración de su mente y el dolor que fluye dentro de él le provocan una cascada de visiones. No puede decirse, en su estado actual, que se trate de un plan, pero uno, regresará a la inmensa cueva, a la nave varada, y rescatará el cuerpo de su amigo; dos, o quizá sea uno, va a vengarlo, asumiendo enteramente su misión, destrozando aquella guarida infernal, desactivando aquel poder, aunque eso pueda poner en peligro su propia vida y, además, pueda suponer la pérdida de los restos de su amigo, porque al menos de esa manera su espíritu podrá descansar.

Tan absorto está Leo en sus sombrías

meditaciones que no se ha dado cuenta de que la persona que lo atiende es otra, que ha cambiado. Ana, *La reina de los mendigos*, es quien se aplica ahora a darle Betadine con un trozo de algodón sobre un feo rasguño de su hombro izquierdo:

—Qué mala pinta tiene esta herida, es bastante más que un rasguño.

—¿Ana? ¿Eres tú? —Leo se voltea, transversalmente sentado en una camilla de la enfermería de la casa.

—Quieto, que no hemos acabado de curarte.

Leo sonríe por primera vez en muchas horas. De repente, ironías de la

vida, se siente como en su casa en una casa de *okupas* y mendigos, con aquella hermosa mujer de la que, en realidad, sabe tan poco.

—Parece que has tenido una noche movida —dice ella.

—Y tanto. Tú no sabes lo animado que está el subsuelo de la ciudad. O igual lo sabías y no querías decírmelo.

—Hay cosas que uno ha de vivir por sí mismo, que nadie te puede contar, porque no se trata de acumular información, sino de aprender a través de las propias vivencias —mientras hablan, Ana prosigue con su cura. Ahora está extendiendo un gel de trementina

por zonas de los brazos, hombros y espalda de Leo—. Pero si te refieres al umbral, conozco algo de lo que acecha en el exterior, aunque tú lo llamarías debajo. Sé de su importancia y de su misma existencia, pero nunca lo atravesé. No es ésa mi misión...

—Aquí todos parecemos tener una misión.

—En efecto.

Una piedra irrumpe en la sala a través del cristal de una de las ventanas, que salta hecho añicos. Instintivamente, Leo se agacha. El guijarro le ha pasado a unos quince centímetros de la cabeza.

—Caray, parecen enfadados de

verdad.

—Sí, nunca habían llegado a este punto —el hueco de la ventana deja oír ahora los eslóganes y gritos, algunos de ellos directamente ofensivos para Ana, a la que se dirigen como *Reina de las Putas*.

—¿Qué pasa exactamente? —pregunta Leo.

—Es una larga historia que, supongo, ya conoces con más o menos detalle. Ahí afuera hay de todo: ecologistas preocupados por regenerar la calidad de vida en el centro histórico, reaccionarios moralistas e intransigentes y también ciudadanos corrientes que

simplemente tienen miedo y lo han focalizado en nuestra casa. La hostilidad hacia ella es antigua, pero ahora la ola de crímenes y los rumores acerca de un mendigo asesino en serie la han vuelto a poner en la mirilla.

—Vaya, parece que no soy el único que tiene problemas.

Entonces ella aplaca la banalidad, la pose de cinismo del comentario de Leo, y lo hace de una forma tierna y dulce que le hace olvidar los moratones y el dolor de articulaciones. Le besa. Tras ello, despojada otra vez de su tocado de cinta magnética desechada, pero bella siempre, sitúa las cosas en términos de

franqueza. Sabe, como Leo, que queda poco tiempo, que la arena del Gran Reloj está a punto de concluir su caída en el vaso inferior.

—¿Viste a Bruno? —pregunta ella reanudando la cura.

—Vi sus restos. Tuve la impresión de que era como un trofeo vigilado por unos guardianes espectrales, una especie de guerreros de cabeza cónica, algo entre la muerte y la vida... Repugnante.

—¿Repugnante? Bueno, él cumplió su misión. Descansa al fin. Su vida fue intensa; puede que al final hiciera algo bueno por los demás, por todos nosotros.

—¿Descansa? Tú no sabes lo que hay allá abajo. ¿Has visto alguna edición ilustrada de *El Infierno* de Dante, la de Barceló por ejemplo? Pues eso es sólo una bella idealización comparada con lo que yo he visto. No creo que haya descanso posible en ese lugar, en medio de una legión de dioses demoníacos y sus hordas de sirvientes, con toda esa brujería...

—¿Qué piensas hacer?

—Lo primero, dar con el libro. Después regresar abajo y tratar de expulsar de nuestro mundo toda esa abominación. Quizá pueda recuperar el cuerpo de Bruno, si no, por lo menos,

intentaré liberarle de tan peligrosa compañía.

—El espíritu de Bruno ya descansa, ése no es el problema.

Leo ha detectado un asomo de reconvención en la frase de Ana. Los dos saben que pisan campos minados. Ella cambia de tercio, él renuncia a enfadarse.

—El asunto es cómo podrás volver. Sigue habiendo perros en la catedral.

—He descubierto otro acceso, un atajo. Gracias a ello estoy aquí, molido pero vivo para contarlo. Está en la librería donde hacemos nuestra tertulia mensual del club Lovecraft. ¿Has bajado

alguna vez al sótano de la librería?

—Un par de veces. Parece un calabozo de la Inquisición o un gabinete sadomasoquista.

—Recordarás que al fondo hay unos peldaños aparentemente absurdos, una escalera imposible que muere en un tabique. Pues bien, al otro lado de ese tabique hay otra escalinata mucho más majestuosa por la que se baja directamente a la gigantesca cueva donde está la nave.

—Ojalá te vaya bien en tu misión. Sólo quiero que sepas que yo sigo aquí, lo que no sé es por cuánto tiempo. Puede que por poco.

Los árboles de la plazuela frente a la Casa de los Mendigos van desnudándose de las penúltimas hojas doradas, casi rojas, que forman una bizarra alfombra acumulándose en el suelo. Con unos cuantos vendajes y varias tiritas aquí y allá, Leo dictamina que al fin y al cabo no ha salido tan mal parado de su descenso a los infiernos. Trata de descifrar las palabras de la mujer que ama, pero se conforma de momento con retenerlas en su memoria. Todo el mundo parece lanzar dobles mensajes y custodiar secretos. Ella también.

—Tengo que encontrar ese *Necronomicón* —dice mirando hacia los

árboles, enganchados a su camino hacia el ascetismo y la desnudez invernales—. He visto la cara del tipo que anda por la ciudad mandando gente al otro barrio, el que se cargó a Frankel. Él lo tiene, aunque pienso que el verdadero libro, con sus bajorrelieves, inscripciones y su galería de monstruos es la enorme cueva que está debajo de la catedral.

Un instante de silencio se instala en la plazuela frente a la Casa de los Mendigos. De repente se han esfumado los corros de ciudadanos que protestaban, han desaparecido las pancartas y cesado los insultos. Una suave brisa mece las hojas doradas en el

límite del rojo. Algunas caen blandamente hacia el suelo de irregular empedrado formando círculos, columpiándose en el vacío. Mientras ella guarda las vendas, esparadrapos y tinturas en un armario que sirve de botiquín, Leo piensa que nunca osaría pedirle que bajara con él, que lo acompañara a aquella negra catedral de abajo, con su nave varada y su bestiario espectral. Sabe que es empresa solitaria, reservada a él. Ni siquiera Sergio debe bajar. Le diría que, a pesar de eso, ella, Ana, va a acompañarlo en esa aventura, que su impulso y su energía blindarán los peligrosos pasos que ha de dar hacia

el abismo y hacia la noche. Como los héroes de las antiguas sagas o los caballeros andantes imitados por Don Quijote, ella será su dama, porque ya está inscrita en su corazón, porque le transmite una clase de fuerza que sin ella no tendría. Pero no dice nada; presiente que todo eso sonaría demasiado cursi. Se limita a besarla.

31

Yolanda está llegando al límite. Retenida por el asesino de la levita raída, ya no tiene dudas acerca de su grado de cordura. No está loco en absoluto, es lisa y llanamente un ejecutor, un instrumento del mal fuera de todo control, aunque a veces, en las palabras que pronuncia durmiendo, en sus intraducibles monólogos, parece glosar consignas exteriores, ideas que le son suministradas desde afuera. Los primeros días fueron terribles; la estuvo violando cada seis o siete horas, apestando a vino barato, frenético. Llegó

a perder la cuenta. Lo que más repulsivo le resultaba de aquello, curiosamente, no era la violación en sí, sino los intentos del loco de pelo rojo y fulgurantes ojos verdes por envolver esa relación repugnante en un halo de falsa ternura. Llegó a parecerle cómica su actitud de sincera contrición cuando ella le escupía o insultaba.

Últimamente parece haber perdido gran parte de su interés por tener sexo con ella. Presta cada vez más atención al libro que guarda en la hornacina que hay en un extremo del patio medio desmoronado. Pasa horas leyendo, recitando oscuras letanías y pasajes con

invocaciones que memoriza como si le fueran dictadas, casi sin leer del libro. Una noche la violó después de trazar un círculo de tiza en torno al jergón en que yace atada a una cadena sólo lo suficientemente larga como para permitirle hacer sus necesidades y dar algunos pasos que le impidan entumecerse hasta quedarse inválida. Pero no era deseo, sino interés por poner en práctica alguna clase de brujería aprendida del *Necronomicón* (sin haber visto el ejemplar de Frankel, desde el principio Yolanda ha sabido que ese volumen encuadernado en pergamino español es la supuesta

impresión toledana del mítico libro, el motivo de la búsqueda que ha desencadenado todo lo que está sucediendo). Tomislav esperó hasta que un rayo de luna, una luna creciente nimbada de un halo rojizo, una luna que parecía un cósmico ojo vertiendo una lágrima al universo, se deslizara hasta el interior del círculo de tiza. Entonces la poseyó sin verdadera pasión, como quien realiza un experimento.

Entretanto, ella ha conseguido abrir las esposas que la atan a la cadena sirviéndose de un clip estirado que ha transformado en una utilísima llave y ha decidido poner fin a su secuestro,

escapar. Lo que ha terminado por decidirla es la transformación de Tomislav. Las pocas veces que yace con ella ya no se despoja de la camisa ni de las prendas superiores. Al principio, Yolanda pensó que se debía al frío creciente de las noches de otoño, a la helada niebla que se te mete en los huesos, pero esa misma mañana ha podido ver a Tomislav de espaldas haciéndose su *toilette* por partes en el fregadero. El pequeño espejo le ha devuelto una imagen del pecho de Tomislav con la camisa no quitada pero sí desabotonada. Un círculo como una boca ocupaba el centro de su pecho y

dos tentáculos emergían con contundencia de aquel antro de carne y pelos. Y él manipulaba, mientras examinaba su cuerpo quizá tan sorprendido como ella misma. La decisión de largarse, que ya estaba tomada, se ha precipitado desde esa visión.

En los últimos tiempos, Tomislav se queda dormido a cada rato. Y habla, habla mucho en sueños: en serbio, en castellano, en francés y en extrañas lenguas que a Yolanda no le parecen de este mundo. Lo peor son las voces, más exactamente LA VOZ que, cada vez más a menudo, parece resonar a través de él,

utilizando sus cuerdas vocales y la resonancia de su garganta y de su boca. En ese mismo instante duerme mientras exclama: «PH'NGLUI MGLW'NAFH CTHULHU TOLEDOTH WGAH'NAGL FHTAGN».

Luego, una voz profunda, que emerge de su garganta pero no parece provenir de ella, proclama:

ES BELLO EL MUNDO A
VECES,

BELLO PESE A LOS
HOMBRES:

MUCHO MÁS SIN ELLOS
SERÁ.

Tras aproximarse tanto como puede al sofá de plástico marrón en que está tumbado Tomislav para comprobar si efectivamente está dormido, Yolanda se despoja de las esposas cuyo cierre ya había abierto con el clip. Rápidamente, se despoja del absurdo traje de novia desgarrado y salpicado de lamparones que el psicópata le obligó a ponerse, y se viste su vaquero, su camisa y su chaqueta de piel. Una mirada al sofá le dice que Tomislav sigue soñando en voz alta. Con sigilo se pone los zapatos y de puntillas, procurando no hacer ruido, arranca a caminar en busca de la calle.

Entre el patio y la calle hay un

zaguán que también tiene acceso desde otro salón de la planta baja y desde la escalera que sube a las plantas superiores. Mientras descorre el desencuadrado portón que separa el patio del zaguán, Yolanda se voltea para mirar hacia donde su carcelero reposa. Medio atascada en un surco del suelo, la puerta se resiste a girar. Finalmente, consigue abrir un hueco mínimo, lo justo para permitirle pasar su cuerpo menudo. Primero un pie, luego una mirada hacia dentro para comprobar que Tomislav sigue en su sitio, luego la otra pierna... Uf, ya está toda ella en el zaguán, antesala de la calle, de la libertad.

Pero la última vez que ha mirado a Tomislav, Tomislav no estaba en el sofá de plástico marrón. Yolanda se voltea conteniendo la respiración.

No ha visto a Tomislav la última vez que ha mirado sencillamente porque está allí, frente a ella, con su revuelta melena jara y sus fulgurantes ojos verdes como dos pozos de infinita malignidad.

—Oh, querida —dice perversamente—, no es educado salir de paseo sin avisar a tu pareja, ¿no te parece?

Tiene que actuar y actúa. Sabe lo que le espera si fracasa en el intento; algo mucho peor que el horror que ya conoce. La pala está ahí, como pidiendo

ser usada. Es una pala cariada y moteada de óxido viejo, una de esas cosas desechadas procedentes de alguna obra remota. La toma y le golpea en la cabeza. Puede sentir cómo la hoja de la pala hiende su cráneo. El serbio, con el rostro ensangrentado, sonríe antes de caer.

Convencida de que puede haberlo matado, Yolanda corre hacia la puerta principal. Tomislav la ha atrancado para estorbar visitas no deseadas. Le lleva su trabajo retirar los obstáculos que él ha acumulado para formar una especie de tosca barricada frente al mundo exterior. Justo cuando, jadeando, se dispone a

accionar el tirador, algo la roza en el hombro.

Algo viscoso y reptante dotado de una musculatura inapelable. Ladea hacia abajo su mirada semiparalizada por el terror y ve un tentáculo, uno de esos tentáculos que divisó en el espejo cuando él se hacía su lavado por partes, sólo que ahora es mucho más largo que entonces.

Tomislav, con el pelo y la cara empapados de sangre, está detrás de ella y el tentáculo aferra su hombro como una garra. Ahora ya no sonríe, está furioso, el tentáculo la obliga a girarse y encararlo y él le dice «perra» mientras

el otro tentáculo la golpea en la boca con la fuerza de diez puños.

* * *

De repente, una ansiosa resolución de actuar se ha apoderado de él. Tras el descenso y el encuentro con esa amenaza ha comprendido que en algún lugar del universo un gigantesco reloj de arena ha girado sobre sí mismo y ha comenzado un nuevo cómputo. Está implicado en una lucha contra el crono y lo primero es reencontrarse con Sergio para reagrupar fuerzas. El club debe vengar a su

miembro más reciente que ha sido, sin embargo, el primero en desaparecer. Y al vengarlo, rendir un servicio impagable a la raza humana, al mundo tal cual solemos concebirlo.

Tras besar a Ana, Leo, salpicado de tiritas y vendajes, recompuesto, se ha incorporado y se pone presuroso la camisa y sobre ella la americana. En su mente predomina un pensamiento de carácter inmediato: la prioridad es encontrar a Yolanda. El exterminador la mantiene retenida al igual que tiene en su poder el libro. Donde esté Yolanda, allí se encontrará el *Necronomicón*. Ya se ha despedido de la mujer que ama, ya

se dispone a transponer el patio hacia la calle cuando un tipo congestionado, cuya tripa rebosa la trinchera que lo embute, acompañado de otros dos hombres, irrumpe en la sala de curas. Por delante de su notoria corpulencia esgrime una credencial de policía.

—Hemos sabido que se encontraba aquí, señor Pacheco, y hemos preferido abordarle fuera de comisaría. Son sólo un par de preguntas.

Ana, como responsable del centro, protesta que no era necesario entrar con ese aparato de placas y una sirena policial aullando en un coche a la puerta del establecimiento.

—Bueno, al público le gusta la espectacularidad, percibir que sus fuerzas de seguridad se mueven, máxime con acontecimientos como los de las últimas semanas —responde el policía.

—Pero actuando así, ustedes echan más leña al fuego. Señalan a esta casa como un sitio conflictivo, como si tuviéramos algo que ver con la ola de crímenes.

—¿Pondría usted la mano en el fuego por defender que su casa, que usted misma, no guarda ninguna relación con estos lamentables y terribles sucesos?

Ana hace un gesto de desazón y

prende un pitillo sin molestarse en contestar al policía.

—Tal vez no, tal vez sí. Sabemos que es usted tozuda, perdón, tenaz, señorita. Pero ahora, con su permiso, deseamos cambiar impresiones con el señor Pacheco, aunque usted puede quedarse si él no tiene inconveniente.

Leonardo ha vuelto a sentarse y mira a la plaza, el lento *striptease* del frondoso árbol cuyas hojas caídas semejan bronceíneos ropajes tirados en un escenario.

—Señor Pacheco, quizá podría indicarnos algo que nos ayude a encontrar a su amigo el señor

Dampierre.

El hombre gordo ha dejado tirado su gabán sobre la camilla y se ha sentado junto a Pacheco, muy a la americana, apoyando los codos sobre el respaldo de la silla. Está tan cerca de Leo que éste puede percibir, en medio de un exceso de perfume caro para hombre, su fuerte halitosis. Leo replica sin mirarle a la cara, sin molestarse en girar la cabeza, pensando sólo en las toneladas de arena que caen del gigantesco reloj cada segundo que pierde ahí adentro, pensando sólo en librarse del desagradable olor que emana aquel hombre.

—No sabía que Bruno Dampierre hubiera desaparecido, ni que alguien hubiera denunciado su desaparición para que ustedes se puedan poner a buscarlo.

—Vamos, Pacheco, no se pase de listo. Sabemos que estuvo tan cerca del asesino como yo lo estoy de usted en este momento. Sabemos que Dampierre cogió en Zocodover un taxi cierta noche de niebla, no hace ni tres días. Sabemos que ese taxi lo conducía el psicópata que está asolando esta ciudad. Sabemos que al señor Dampierre no se le ha vuelto a ver desde entonces, que no llegó a su hotel, que su compañera, alarmada, está en el parador, no

sabemos si aguardando noticias de un posible secuestro o velando su más que probable muerte.

—Si saben ustedes tanto, ¿a qué preguntarme a mí?

Leo se ha levantado y sigue contemplando el árbol, magnífico en su decadencia otoñal. Está impaciente e irritado, pero sabe que no mirando al hombre que le interroga controlará esas sensaciones.

—Creo que es usted perfectamente consciente de la clase de fuerzas que se han desencadenado en la ciudad en estos últimos tiempos. Hay cosas que el mundo no debe ver y nuestra misión es

mantenerlas ocultas. Vengo a avisarle, a transmitirle un mensaje de responsabilidad. No es bueno tomarse la justicia por su mano, tome mi tarjeta, el móvil va escrito a mano en el anverso. Ayúdenos a encontrar al asesino y no dude en llamarnos si averigua algo. Recuerde que se enfrenta a un tipo muy peligroso, alguien absolutamente fuera de todo control... humano.

El policía obeso se levanta pesadamente de la silla, aunque hay un momento en que parece a punto de desequilibrarse y caer, pero consigue rehacerse y mantiene el equilibrio por sí mismo tras rechazar la ayuda que amaga

ofrecerle uno de sus asistentes. Se embute en la trinchera y, casi en el umbral de la puerta, se vuelve a Leo, que le mira a la cara por primera vez en todo el encuentro:

—Ah, se me olvidaba decirle que un equipo de operarios municipales, bajo nuestra supervisión y a petición de los dueños de la librería, ha procedido a neutralizar el boquete abierto por usted. Se ha puesto una estructura a base de ladrillo, hormigón y tela asfáltica, bastante fiable para impedir que los bichos salgan de la alacena. Estamos convencidos de que va a funcionar.

En su mapa mental, Toledo es y no es lo que siempre ha sido. Leo ha comprendido que una especie de hado o destino lo impulsa a bajar y afrontar de primera mano todo aquello que yace agazapado debajo de la ciudad, y que, al tratar de liberar al mundo de esa amenaza, más allá de una cuestión de arrojo o valentía, no hace sino asumir ese destino, ese hado. Después de haber visitado el viscoso laberinto descendente y la infame catedral negra subterránea, teme no poder volver a sentirse mínimamente a salvo en el

entorno de la catedral o en cualquier otro sitio del casco histórico, a sabiendas del lóbrego imperio que yace bajo sus cimientos.

En un mapa mental, Leonardo anota puntos, enlaces, recursos, lucecitas que ordenan sus pensamientos en esa fase de decaimiento que precede al momento decisivo de la acción: el desenlace. Lucía, sabia, enlutada, lúcida, velando el cuerpo yacente de Toledo, arracimado sobre sí mismo como un gran dragón en reposo. Ana, defendiendo su casa de hombres que a veces parecen monstruos y de monstruos que a veces parecen hombres. Sergio, enamorado y tan presto

ya sin dama.

Su dama, Yolanda, secuestrada en algún lugar de Toledo por el agente. El agente, una sombra de pelo fulgurante y mirada de lobo, enlace y verdugo, ejecutor de los designios de un gobierno de ultratumba que ha resuelto poner de rodillas, de una vez por todas, el balbuciente e imperfecto sistema de los hombres.

Y donde Yolanda y donde el agente, allí el libro, el *Necronomicón*. Hace tiempo que lo intuye, pero no tanto que comprende. El libro es en todo auténtico excepto en su pie de imprenta. Son auténticos su contenido y la eficacia de

sus invocaciones. Mantiene intacta toda la carga de maléfico poder que su autor le confirió, con el oscuro programa y la potencialidad de grimorio de que sus editores le dotaron. Eso Hugo Frankel lo sabía perfectamente, precisamente por ello, como les dijo, había mantenido el volumen en el interior de una urna de vidrio blindado: «No para proteger el libro, sino para protegerse de él». Si hizo peritar el libro por Menéndez y por Rosado, fue sólo por un prurito bibliográfico, por el estricto morbo de averiguar algo más acerca de la datación histórica de ese ejemplar, tal vez para ratificar lo que ya sabía, aunque el

librero Menéndez fuera incapaz de discernirlo y el profesor Rosado, demasiado discreto para revelarlo.

Leonardo se dice que es absolutamente imprescindible localizar el libro, utilizarlo como arma para ahuyentar aquellos seres y sus artefactos de Toledo y del mundo. Pero antes necesita bajar al río, necesita ver al Pescador una vez más.

* * *

Está vigilando su caña frente al peñote de la Cabeza sobre una plataforma de

piedra natural, un risco caído tan liso como un tablón. Para llegar a él Leo tiene que atravesar una húmeda floresta con ecos selváticos mientras escruta hacia arriba la vertiginosa roca Tarpeya.

—Sí —como de costumbre, el Pescador le habla sin volverse, atento siempre al estático devenir del río—, hoy hemos elegido este paraje bajo la roca Tarpeya, el sitio desde el que los carpetanos, primigenios pobladores celtíberos de Toledo, realizaban sus ejecuciones. En mi opinión, no se trataba de criminales o convictos de delitos comunes. Eran ofrendas a los dioses plutónicos de la ciudad, con los

que el río ofrecía un punto de contacto.

—¿Sacrificios? —pregunta él.

—Ésa es la palabra. Puede que ser arrojado al dios fuera un privilegio, cosa digna de príncipes, y no un vulgar castigo.

—¿Y si, una vez arrojado, el sacrificado sobreviviese —es un suponer— y regresara al mundo superior, con los suyos? ¿No sería estúpido, una locura, que se arrojara de nuevo por sí mismo?

El Pescador exhala aire. Sus lentes oscuras reflejan una maraña de carrizos ligeramente mecidos por la brisa. Parece estar masticando en algún lugar

de su cabeza o de su alma la respuesta a una pregunta que sin duda le satisface. De repente a Leo le parece anciano, extraordinariamente viejo, tanto como la ciudad en que ambos habitan, quizá tanto como los carpetanos fundacionales. Pero el Pescador, escurridizo, parece irse otra vez por los cerros de Úbeda y ponerse a hablar (cual suele decirse) de la mar y de los peces. Él es así.

—Cerberero parece que tarda. ¿Dónde andará? Últimamente duerme mal, dice que sus pesadillas se han intensificado y se queda frito de pie en cualquier lado. Me tiene preocupado y es que detesta visitar a los médicos.

El sedal se agita un instante y luego vuelve a la quietud. Sin duda un pez ha rozado el cebo.

—Falsa alarma. ¿Sabes? Antes de la industrialización se pescaban anguilas en el Tajo, unas anguilas buenísimas que daban lugar a riquísimos platos. Toledo era una ciudad de pesca fluvial, había pescadores profesionales que vivían de la venta de sus peces y éstos formaban parte de la dieta habitual de sus moradores.

Leo cree que el Pescador ya no va a contestar a su pregunta, que una vez más lo enredará en sus apólogos concatenados e interminables. Pero no

es así. De repente dispara una frase como el último cohete de una función de fuegos artificiales, ese que los espectadores a la vez temen y esperan con impaciencia.

—No sería estúpido, sería heroico y necesario. El superviviente debe volver a arrojarse abajo para que su misión pueda cumplirse. Hay seres, fuerzas de la oscuridad, con los que el común de los mortales no debe tener comunicación. Sin embargo, el *elegido*...

El Pescador tira de la caña. Hay lucha, aunque breve es el combate. El pez resulta ser un torbellino de

músculos, azogue y plata, reluciendo al sol del valle. La ceremonia de costumbre: las caricias del hombre, la liberación del pez (manso como un perrito) y su restitución al agua. Como otras veces, también la sensación de que el animal ya no desea volver, que preferiría unir su destino, aun a costa de su vida, a aquel ser poderoso que lo ha atrapado y le prodiga caricias.

Él ha preguntado:

—¿*Elegido*? ¿Por qué tengo que ser yo el elegido?

Pero el Pescador nunca contestará a esa pregunta, quizá ni siquiera él conoce la respuesta. Él a lo suyo, a sus

meditaciones sobre peces, sobre el río...

—¡Estaban tan ricas esas anguilas! ¡Deliciosas! Te contaré algo: a mi madre le subía un pescador amigo de la familia cestas rebosantes de anguilas. Mi padre les había ayudado en algún apuro económico y el hombre, agradecido, correspondía así. Sólo que a mi madre le repugnaban las anguilas. Primero, le daba un asco terrible limpiarlas y prepararlas para el guiso. Segundo, no era capaz de probarlas. Así que fingía un cordial agradecimiento y luego las tiraba. Pero yo las rescataba y se las traspasaba a la madre de un amigo que

sabía cómo prepararlas. ¡Qué meriendas de anguilas en esa cabaña al otro lado del río! Recuerdo cómo las preparaba. Primero hacía una raja con el cuchillo a lo largo de la piel correosa del bicho. Luego, literalmente, las descamisaba. A continuación las iba haciendo rodajitas (en ocasiones, a cada tajada el resto del animal culebreaba, se retorció). Por último, a la sartén. Bien fritas, puede que con un poquito de harina. Nos encantaban. Otras personas las hacían guisadas o las ponían en arroz. Sobre gustos, ya sabes...

Calla el Pescador, chillan las gaviotas y se produce un frenesí de

muchos y diversos pájaros que reposan en los acantilados de la Cabeza antes de bajar a su isla, unos cientos de metros por debajo de San Martín. El Pescador se ha puesto melancólico y ha conseguido que Leo se olvide de la amenaza que le aguarda bajo la catedral, de los arcanos de su condición de elegido, de si conseguirá el *Necronomicón* para el descenso a los infiernos que le aguarda.

El Pescador pregunta:

—¿A que no sabes quién era ese chaval cuya mamá nos guisaba unas anguilas de rechupete?

No, Leo no lo sabe. ¿Cómo diablos

va a poder saberlo?

—¡Pues quién iba a ser! Cerbero, el mismísimo Cerbero.

Entonces, él contraataca. Se arrima al Pescador y es capaz de ver sus patas de gallo, las pequeñas manchas anaranjadas de viejito, una verruga detrás de la oreja. Lo micro, pero no lo macro: no sabría decir cómo es en realidad su rostro. Sin embargo, desea transmitirle que es capaz de reconocerlo fuera del río, que ya lo ha hecho una vez.

—El otro día le vi a usted sobrevolando la ciudad en helicóptero, yo estaba en la terraza del parador.

—¡Qué raro! No recuerdo haber

volado desde mi juventud. Entonces sí que cogía aviones; me pasaba la vida en el aire... A Londres, a Nueva York, a Tokio, a Berlín, a Ámsterdam... Pero nunca se sabe, con lo revueltos que andan los tiempos, igual vuelas que buceas o te pones a hacer *footing*. Vaya, cómo tarda este petardo de Cerbero.

Es la señal. Leo sabe que ha de irse y mira la silueta que forma el Pescador, dibujando un ángulo de noventa grados con la caña y con el río, el Tajo transfigurado al sol cenital de un bello día otoñal sin niebla, con legiones de aves chillando alborotadas. La ciudad se difumina aérea y tibetana por encima de

sus espaldas. Y por debajo, se dice lúgubre Leo, al tiempo que se aleja sin despedirse, para variar. Además, ya Cerbero cruza desde la orilla de enfrente. Lleva los pantalones arremangados y sus alpargatas en las manos y hace aparatosos equilibrios siguiendo la línea de una ancha represa del río. De repente, a unos veinte pasos de donde alza su puesto el Pescador, se sienta contra la corriente y se pone a mirar hacia el oeste, dejando que el agua espumajee sus tobillos. Da la impresión de ser una vieja costumbre de Cerbero por más que Leo la contemple por primera vez. Algo entre la hidroterapia y

la meditación zen. No necesita ver el rostro del Pescador, que, por lo demás, nunca ve, para constatar su gesto de satisfacción, la grande alegría que la irrupción de Cerbero con sus extravagancias infunden en su ánimo. Leo se marcha y tan sólo desea poder regresar más tarde a este mundo, a este lado de la ciudad; cuando todo haya pasado.

33

En la terraza del parador de Toledo el reloj del mundo parece haberse detenido. Apenas hay clientes a esa hora de la siesta frente a una ciudad hechizada, yacente como la bella narcotizada por la manzana de la bruja. Leo, que ha subido desde el río cruzando el puente de San Martín, se dice que la imagen que tiene ante los ojos es la misma que pudo inspirar al Greco sus vistas de Toledo, la que entre un lejano rumor de campanas abre y cierra la película *Tristana* del gran Luis Buñuel, la que le gustaba tener delante

de sus ojos cuando se reunía con Jean Claude Carrière para imaginar sus últimos guiones. ¡Hasta el último suspiro!

En la terraza no hay nadie, nadie excepto ella; Lucía, enlutada por estética y porque está convencida de que su hombre yace en lo profundo de la tumba inmensa que para ella es la ciudad que se despliega enfrente. Toma té rojo y no oculta su alegría por ver llegar a Leo algo jadeante y con esparadrapos en los dedos y en las mejillas.

—Sabía que podrías volver, siempre he confiado en ti.

Leo se sienta en un butacón a su

lado. El sol que atraviesa la neblina es anémico pero todavía no hace demasiado frío. Tiene el propósito de contárselo todo a Lucía, pero no sabe bien cómo hacerlo. De todos modos, eso no le preocupa, sabe que ella tiene recursos, que tomará la iniciativa.

—Bruno te quería, nunca se olvidaba de ti.

—Sí, supongo que eso es la amistad; no dejar que triunfe el olvido —dice él.

—Ya te has encontrado con él, ¿verdad?

Leo le resume el ataque de Tomislav entre la niebla, el acoso de los perros, el descenso por el laberinto bajo la

catedral, la inmensa cámara subterránea con sus gárgolas vivas y los gelatinosos verdugos de los muertos. Y ante todo el artefacto, ese remoto palacio que unas veces era opaco y hermético, y otras transparente y luminoso, con los restos de Bruno...

—Aunque lo habían recompuesto con alguna clase de brujería tecnológica, pienso que sufrió el ataque de los perros y no tuvo la suerte que yo; no sobrevivió a él. Alguien debió de recogerlo y transportarlo abajo. Ahora lo tienen expuesto como una especie de trofeo.

—¿Trofeo? Puede que ésa sea una apreciación inexacta —observa Lucía.

—No sé a qué te refieres.

—¿No se te ha ocurrido pensar que pudiera tratarse de una especie de homenaje?

Leo calla mientras sorbe un trago de su taza de té. Está muy caliente y un poco amargo, porque ha renunciado a ponerle azúcar, sin embargo, le reconforta. No acaba de entender por dónde va Lucía. Siempre ha tenido el don de sorprenderle, de irrumpir con apreciaciones extravagantes. Es posible que la desaparición (la inmolación) de Bruno la haya trastornado de algún modo. ¿Homenaje? ¡Qué disparate!

Entonces Lucía le ruega atención.

Como el Pescador, ella no le mira a la cara. Ambos están sentados uno al lado del otro, enfrentados al plano estático de la ciudad que parece confundirse con Bruno, ser él de algún modo cada vez que se refieren al compañero, al amigo muerto. Lucía se protege tras sus grandes gafas negras, pero a Leo le parece percibir que ha estado llorando largamente, que sus ojos están nimbados de rojece. Su voz es serena, clara, castellana.

Diez millones de años antes, narra esa voz, una raza antigua que gobernaba la Tierra mucho antes que los hombres sostuvo una guerra total contra los

invasores estelares que se habían adueñado de los fondos marinos, donde habían alzado fantásticas ciudades, al tiempo que colonizaban amplias zonas continentales. Las gigantescas naves de la Gran Raza se enfrentaron a las armas psíquicas de aquellos alienígenas semicorpóreos a los que ciertas tradiciones denominan *Cthulhu* y también *Buddei*. Las respectivas vanguardias libraron la batalla decisiva sobre lo que hoy conocemos como la ciudad de Toledo.

Lucía introduce pequeñas pausas en su hablar grave, una voz cargada con notas de dolor reciente y de sapiencia,

con algo de trance visionario. Entonces repone el incesante té de su taza, que paladea a pequeños y reconfortantes sorbos. Leo, enfrascado en el arrebatado de culminar una misión, se siente un poco como el niño al que dan la cucharada de yogur, al que, además, le van a contar una historia de miedo para no dormir en lugar de cantarle una nana. De alguna forma, él ya sabía todo eso después de haber bajado al espantoso antro donde esas criaturas tienen su guarida y de haber entrado en la nave, cuyo perímetro no distaría mucho de coincidir con el del peñote toledano.

Pero Lucía prosigue su relato,

aparentemente ajena a la impaciencia de Leonardo, a sus pretensiones de autosuficiencia y a sus *déjà-vu*.

—De hecho, aquel combate configuró la génesis de la ciudad. El impacto de lo que cayó sobre la corteza terrestre provocó un gran cataclismo y el curso del río Tajo se desvió en torno al peñote actual. Fue como si hubiese caído un meteorito capaz de modificar el plácido rumbo del río en dirección oeste por el llano de la vega: sólo que no se trataba de un meteorito.

Entonces suena el móvil de Leo.

Leonardo le pide disculpas a Lucía por interrumpir su relato. Al levantarse para atender la llamada, contempla la estampa de la ciudad, que parece dormida en la hora letárgica de la siesta y se dice que si sus habitantes conocieran lo que acecha en la oscuridad, justo debajo de ellos, quizá la bucólica imagen, con su lejano eco de campanas, sería del todo improbable. Se retira al fondo de la terraza, hasta la baranda que enfila la mole alargada de la Academia de Infantería de Toledo, alzada sobre un otero en el límite más

alto del valle. Y en ese punto no puede dejar de pensar hasta qué punto servirían los ingenios militares, incluso los más sofisticados e innovadores, frente a los poderes telepáticos y la maléfica tecnología de esos seres enrocados en la gigantesca cueva.

Es Ana quien llama. Su clara voz disipa las aprensiones, el germen de duda que parece provocarle Lucía cada vez que habla con ella.

—¿Te pillo en buen momento?

—Siempre es buen momento para hablar contigo.

—Zalamero.

No, no es un cumplido. La voz de

ella es, ciertamente, un bálsamo para él. Ya le ha curado al menos dos veces. Físicamente, cuando él regresó de la catedral de abajo, anímicamente, cuando constató que su mejor amigo había sido eliminado de la faz de la tierra. No, no es un cumplido, pero no le importa jugar a eso. Se puede coquetear incluso en la antesala del infierno.

—Estoy con Lucía en el parador.

Se produce un silencio. ¿Celos? Lucía es bella, atractiva y en alguna ocasión no ha podido evitar preguntarse cómo sería hacer el amor con ella. Antes, mucho antes de la desaparición de Bruno. Se supone que esas

imaginaciones son inevitables, pero nunca se abandonó a ellas. Él no era como su amigo muerto; él respetaba a las compañeras de sus camaradas. Leo se siente forzado a dar una explicación:

—Tenía algo que contarme, una historia acerca de cómo esos seres de abajo han llegado hasta aquí. ¿Sabes?, tiene un don, una especie de clarividencia o algo así; siempre lo tuvo, pero por alguna razón me pone nervioso. Creo que me debilita, que me hace dudar.

Nuevo silencio de Ana. Y al fin:

—Escucha todo lo que tenga que decirte, creo que te ayudará llegado el

momento. Si quieres, te llamo más tarde.

—¿No querías nada? Quiero decir, aparte de hablar conmigo.

—Creo que tengo algo. ¿Recuerdas el mendigo que te comenté que había entrado malherido y casi inconsciente en la casa? Pues ha recuperado el habla y anda contando cómo le dieron la paliza. Fue en una casa abandonada, ocupada por un vagabundo con acento del Este. Lo describe como un tipo de pelo rojo e insoportables ojos verdes.

—Eso no puede esperar, tengo que hablar con el hombre y averiguar dónde se encuentra la casa. La vida de Yolanda está en juego y el libro..., el libro está

allí.

Leo cuelga y vuelve a la mesa, pero renuncia a sentarse otra vez en el butacón de enea. Lucía no necesita preguntarle nada, ni siquiera lo mira. Ha percibido su ansiedad, que un giro de la acción lo reclama en otro escenario y que ya ha decidido renunciar a escuchar el final de su historia. Mentalmente reza a su dios desconocido, porque lo que ha alcanzado a escuchar pueda servirle, iluminarle en el trance que ha de acometer. «Puede que baste, puede que al menos le ayude, puede que nos ayude a todos», se dice.

—Lo siento, Lucía, pero tengo que

irme.

Ella no dice nada, presentía que iba a ser así y simplemente no dice nada porque de nada serviría. ¿Duda? ¿Arrepentimiento? Leo parece clavado a la terraza, deseando irse pero incapaz de hacerlo. Quizá piensa que la ha estado subestimando y se siente culpable por ello.

—Escucha, Lucía, te creo. Creo la historia que me has contado. He visto esa cosa, he estado dentro de una nave varada en las tripas de Toledo y en el laberinto del tiempo. Sé que abducen gente, sé que están organizados y que preparan el que quizá sea el asalto final

a nuestro mundo, pero no puedo quedarme a escuchar el final, simplemente, no puedo.

Al fin, habla Lucía con ensimismada voz de oráculo, sin dejar de contemplar la vista panorámica de Toledo que refulge ocre en mitad de la tarde soleada, aunque para ella no sea más que un inmenso túmulo, un lujoso catafalco.

—El final no habría podido contártelo. Sólo tú lo vas a vivir.

—Compréndelo, Lucía. Ha aparecido una pista. Ojalá sirva para localizar a una amiga que corre un peligro similar al que le costó la vida a

Bruno. Tenemos que rescatarla.

Leo se gira para adentrarse en la cafetería del parador en busca del *hall* y de la salida. Lucía regresa a su contemplación de Toledo, sólo en apariencia serena. Piensa que es una pena que Leo no haya podido escuchar toda la historia, el desenlace de aquella batalla (no de la guerra, que dura y que cíclicamente, como entonces, se revitaliza). Así estará escrito. De todos modos, no habría querido entender; sólo en el límite podrá o no entender. Curtido está: en otras encarnaciones, doblegó leones en el circo romano, sobrevivió a las llamas de la intransigencia

inquisitorial y soportó con estoica y humilde grandeza el suplicio circular de sus hermanos de Orden. En la actual, ha sobrevivido al ataque de los perros asesinos. Ahora sabe de sí mismo que no sólo es, en realidad, un literato huido y neurótico, que es también, en virtud de un arcano designio, un héroe y que tiene una misión (sólo que el deseo de venganza empaña de rojo su mirada, la desajusta). Marcha, Leo, haz lo que debes hacer. Por ti mismo reconstruirás las partes de la historia que no has podido escuchar y rectificarás con tu vida en juego, con el mundo en el tapete de un casino exento de toda piedad.

Desde esa misma butaca donde ahora se encuentra, Lucía velará una larga vigilia para acompañarte con todas sus fuerzas, para estar cerca de ti en los momentos decisivos, para ayudarte a ver y actuar correctamente. Y aun así y todo, nadie debería dejar de rezar ante lo que está a punto de suceder.

Ha desnudado a Yolanda y ha llegado a la conclusión de que ya no se merece el traje de novia.

«Te ha rechazado, ha querido huir de ti, te ha atacado. Es como las demás, sólo vale la pena para disfrutar diez minutos con su cuerpo.»

Tomislav está examinando frente al espejo los dos tentáculos que emergen de su pecho; son briosos y refulgentes y empieza a acostumbrarse a ellos, hacen que se sienta bien. Ya no los percibe como una patología y se entrena en su dominio. Ha descubierto que no sólo se

disparan en certeros latigazos, sino que, además, pueden estirarse y retraerse en pos de su presa hasta los recovecos más inaccesibles. Para ponerlos a prueba, coloca un búcaro viejo en un extremo del patio y, sin volverse a mirarlo, lanza su tentáculo izquierdo, que de un restallante latigazo lo hace añicos. Ahora hace un alto y deja que fluyan sus pensamientos mientras mira por el espejo a Yolanda, desnuda y magullada, tumbada con cara de contrariedad en su yacija. Presta atención a las voces que resuenan en su mente, que a veces parece un transistor de onda media interferido por decenas de emisoras. Sin

embargo, el último pensamiento era suyo: lejano y débil, pero suyo. Lo que viene ahora ya no le pertenece, es SU voz, la de ellos, ¿la de Él?

«Idiota: despójate ya de ilusiones. Elegiste ser lobo, ¿a qué estas debilidades de cordero?»

De manera automática, sin indicación precisa por su parte, uno de los tentáculos se ha estirado unos dos metros hasta el catre donde Yolanda yace enroscada sobre sí misma. Recorre su piel, la acaricia, se adhiere a diferentes zonas de su cuerpo. El tentáculo la desea, él ya no. Yolanda es como las otras: falsa, insensible,

incapaz de entender su proyecto. La joven ni siquiera trata de desasirse del repugnante adminículo: parece fatalmente resignada a un final atroz, como si toda su energía se hubiese agotado en el intento de fuga.

En cuanto a él...

Él comprende que pronto todo cobrará sentido, por eso su otro tentáculo ha recorrido la desmoronada habitación en sentido inverso y se ha extendido hasta el mechinal donde guarda el libro. El *Necronomicón*. Es lo que él desea en grado máximo, saciado de sexo displicente y forzado. Ojalá lo hubiera conocido antes, ojalá hubiera

entrado antes en contacto con él, con toda la sabiduría que atesora, con el ilimitado poder que garantiza a sus fieles servidores.

Sí, pron-to-to-do-co-bra-rá-sen-ti-do... Muy pronto.

Su huida de la aldea en las montañas, su comprensión de que, de seguir allí, acabaría como mucho de destripaterrones o de pastor de cabras.

La fortuna de que una guerra se cruzara en su camino. Nada como una guerra para que las caretas de los hombres caigan, dejando emerger el verdadero rostro interior de cada quien.

Y el suyo era el de un verdugo

vocacional, el de un carnicero consumado. Gracias a la guerra, el mundo reconoció en él a un líder del mal. Claro que aquella remota guerra de los Balcanes, con sus ejecuciones sumarias, sus violaciones indiscriminadas y sus fosas comunes, no fue sino un juego de niños comparado con lo que se avecinaba, con el Adviento Negro que el libro augura.

El tentáculo derecho acaricia el libro, el izquierdo, el cuerpo desnudo de Yolanda, y él se contempla en el espejo. Es sólo diez años más viejo que entonces, pero igual de malo. Ya entonces era el monstruo que es. En

realidad, siempre lo fue. Su tentáculo limpia las adherencias de yeso húmedo que se han pegado a las cubiertas del viejo pergamino español.

Como un Osiris bufo, juega a levantar ambos objetos: a la chica que le hizo soñar pueriles y aberrantes caricaturas matrimoniales y que ahora es sólo un juguete roto que yace tirado en un oscuro desván, y el libro para cuya custodia fue designado por los cósmicos poderes que mandan sobre él.

Tomislav experimenta con las sensaciones que le transmiten sus nuevas extremidades. De repente, para su sorpresa, la chica parece liviana, casi

inexistente (pronto lo va a ser, se dice, pronto volverá a la nada que se merece por su obstinada renuencia): es como si fuera de paja o un balón de playa. En cambio, el libro pesa toneladas, el libro juega a combar su poderoso tentáculo, a abatirlo en un pulso infernal.

Una descarga recorre el doblegado tentáculo hasta su baqueteada mente y entonces visiona y, al visionar, comprende: la guerra y sus horrores para templar su espíritu en el mal.

La osadía del brujo que arrancó los infames secretos de las apartadas grutas, de los solitarios picos, de las remotas ciudades abandonadas, gobernadas por

espectros, y que regresó cargado de todo su ominoso poder para verterlo en un libro de imperecedera negrura contra el que de poco servirían interdicciones papales, índices, secuestros ni hogueras. El brujo cuya clarividencia infinita ya lo contemplaba a él, Tomislav, ya lo designaba como parte del nefando proceso a la hora de componer su grimorio.

—Um, y una parte —se dice en voz alta— nada desdeñable.

Los entrecerrados ojos del eslavo, en semitrance tras la descarga, se abren bruscamente. Las sensaciones han cambiado. El libro, liberado de peso

tras la transferencia de imágenes a su mente, es ahora ligero como una pluma. El tentáculo lo ha elevado hasta casi apoyarlo contra el descascarillado techo de la pieza. En cambio, la chica pesa como un fardo sucio y maloliente.

Y la mira aviesamente. Ha salido de su torpor, se ha despabilado con el impacto de su caída en la yacija. Horrorizada, repara en la amenaza de los tentáculos, en la mirada enajenada y asesina de su secuestrador. Comprende la inminencia del fin y eso la hace encogerse, replegarse sobre sí misma en una postura inverosímil que tiende a la fetalidad.

Porque todas las imágenes han desaparecido de la mente de Tomislav al remitir la descarga del libro. Todas se han esfumado y una sola idea ocupa su mente: acabar con la chica.

36

Finalmente, Leo no ha tenido que desplazarse hasta la Casa de los Mendigos para interrogar al pobre hombre que había sufrido las iras de Tomislav tras tener la poca fortuna de irrumpir en la casa de éste. Sergio y Ana se han ocupado de sonsacarle todas las referencias y la casa está localizada ya con un escaso margen de error. Con un par de llamadas de móvil, Leo se ha plantado en la plaza de San Justo. Hay cierta animación todavía en los bares de copas de la zona. A la carrera, el llamado *templario* de uno de los muros

del templo, una mancha con forma que se diría viva a la manera de las famosas de Bélmez, parece guiñarle uno de sus recónditos ojos.

Circunvalado el perímetro de la iglesia, se accede a una de esas zonas del centro histórico de la ciudad de Toledo donde el silencio reina en todo su poder. Casitas menestrales y de autoconstrucción conviven con palacios desmoronados en una zona antaño fabril donde funcionaron herrerías, carpinterías y cerámicas. Con la referencia del enorme edificio del seminario y la iglesia de San Andrés a un lado y a la sombra de la templaría

San Miguel, como un águila oteando desde su torre el valle, se abre a la vista de Leonardo una amplia vista de aquella ladera de tejados con varios solares descuidados y casas en semirruina, que en conjunto evocan la saqueada boca de alguien muy viejo y nada adicto a los dentistas.

Leo se detiene en una encrucijada. Por allí tiene que estar el sitio, si no ha entendido mal las indicaciones de Ana en su última comunicación telefónica. Sin embargo, no ve a nadie y empieza a buscar en el directorio de su móvil el teléfono de Sergio. Es entonces cuando llega a sus oídos la llamada de éste,

chist, chist, y lo puede distinguir amparado entre las sombras, acechando una casona ruínosa de cuyo zaguán llega a la calle el lejano resplandor de alguna luz encendida.

—Es aquí, la tiene dentro.
¿Entramos?

Leo respira hondo. La noche estática y templada desmiente la inminencia del invierno y extraños resplandores escarlata parecen sugerir que el crepúsculo de la noche se ha retrasado o que se adelanta el crepúsculo del amanecer. Piensa en Yolanda y percibe el peligro extremo que se cierne sobre ella. Piensa en el libro; sabe que está

dentro, lo siente y comprende que hacerse con él ya no es la meta, como parecía ser cuando Bruno Dampierre llegó a Toledo y los embarcó en aquella búsqueda que siempre le pareció peligrosa (y vaya si ha resultado serlo). Ahora sabe que el libro es algo infinitamente más trascendente, no importa que se trate de una hábil falsificación (lo que sin duda devalúa casi por completo su valor económico). Ese ejemplar del *Necronomicón* es el medio imprescindible para contrarrestar la amenaza que se alza sobre el mundo y sobre la razón.

Va a ser una operación difícil y muy

peligrosa. Sergio no conoce al pelirrojo, él sí ha confrontado la terrible mirada de esos ojos verdes, plagados de destellos carmesíes, unos ojos que habrán registrado el ominoso placer de innumerables horrores.

Él lo arrojó a los perros de la noche, exactamente igual que antes había hecho con su amigo Bruno Dampierre.

—No va a ser fácil. ¿Llevamos algo?

Sergio mira a Leo. Tiene la impaciencia del enamorado; está deseando entrar, sean los que sean los peligros que aguardan agazapados en esa casa siniestra. Y ha sido más

previsor que el jefe del club Lovecraft.

—¿Quieres decir armas? He traído esto.

El informático saca una porra metálica hecha de contundentes muelles desplegados, uno de esos artefactos que están prohibidos, pero que tiene mucha gente.

—También he cogido esto otro.

Y Sergio esgrime una briosa albaceteña de nacaradas cachas.

—¿Cuál de las dos me prestas?

Leo detesta la palabra *armas*. Ingenuamente, piensa que las palabras pueden atenuar la realidad de las cosas y los hechos, pero sabe que aquélla es

una batalla decisiva en el marco de una guerra total, y que él, puede que a su pesar, comanda uno de los bandos.

—Elige —responde Sergio
esgrimiendo las armas una en cada
mano.

Leo toma la navaja, mira a su camarada y dice:

—Vamos a entrar.

La luna tiene halo, como si hubiera sangrado y la ausencia de gravedad hubiese coagulado un círculo de sangre en torno de ella. Está casi llena y al no haber niebla esa noche, los objetos fulguran y atrapan con una nitidez de telescopio.

Sergio y Leo irrumpen en la casa, sigilosos y gatunos, a través de una cuarteada contraventana de madera podrida que suple la ausencia de cristal. Cascotes, basura, miembros desperdigados de antiguas muñecas, un fragmento de yesería neo-mudéjar que

un día se alzó flamante y yace ahora abatido entre desperdicios. Ha sido fácil entrar pero resulta difícil caminar entre tanta ruina y desolación sin hacer ruido, sin que el captor de Yolanda detecte la intrusión, anulándose así el factor sorpresa (acaso el único, se teme Leo, con el que en realidad cuentan).

Bajo la luna rielante que irradia magia a las cosas desechadas de aquella casa maldita, se paran y escuchan como animales en el monte, temerosos de no ser cazadores, sino caza. Ambos perciben un resplandor en lo que queda de uno de los antiguos palacios o aposentos de la planta baja del edificio

y un molesto zumbido que recuerda a la sintonización de los viejos transistores, como si dos o tres emisoras se hubieran superpuesto en una amalgama de lejanos sonidos y de voces distorsionadas y dispares. Con un gesto de asentimiento mutuo avanzan amortiguando sus pasos en dirección al frágil resplandor del fondo y entonces, al reanudar la marcha, Sergio pisa algo. Se trata de una cosa orgánica, viva, que se escabulle de su pie, que brinca y se retuerce en el aire, que chilla en un alarido agudo que parece capaz de despertar a todos los espectros de aquella casa hundida. Es un gato negro. Ah, los gatos de Toledo (se

dice Leo), siempre alrededor. Sergio se ha quedado lívido, casi incapaz de moverse.

—Joder —dice muy bajito, y Leo, al volverse a mirarlo, evoca las románticas historias sobre estatuas animadas o personas convertidas en estatuas. La luna le hace a su amigo parecer irreal, quimérico. Justo en ese instante suena un grito sofocado, exhausto, sin esperanza.

—Yolanda —dice la estatua, cobrando vida y brincando con toda la energía, sin cuidado de hacer o no ruido (es evidente que el asesino ya ha detectado su llegada), en dirección al cuarto del fondo.

Leo echa a correr detrás de Sergio mientras la luna riela loca en el frío reguero que ha provocado el grifo de la fuente del patio. Ha sido un chillido seco, puntual, agónico con resonancias de matadero o de patíbulo. Los dos miembros del club Lovecraft piden mentalmente entre jadeos y furia no haber llegado tarde al rescate de su compañera. Nunca podrían perdonárselo.

Cascotes, un tobillo que se tuerce, oscuro zureo que casi parece balido de alguna paloma extraviada, los murciélagos que empiezan a agitarse suspendidos en sus lechos-túmulo

colgantes, una enorme tela de araña que atraviesan, están dentro.

A la luz de la polvorienta bombilla que cuelga del techo, lo que ven evoca esos dormitorios que los sin techo practican bajo los puentes de las autovías periféricas, en alguno de cuyos rincones alguien ha tenido delirios de permanencia, de soñar un hogar imposible, con su fuego, la butaquita, algunos pobres enseres y una manta vieja colgada que sugiere un tabique inexistente, una inviable intimidad. En un cazo desportillado todavía bullen restos de agua hirviendo sobre un camping gas encendido.

Yolanda yace en un catre inmundo. Está desnuda, sucia, llena de moratones y de ronchas y heridas en distintas fases de cicatrización, pero está viva. Un extraño *foulard*, algo que evoca una especie de collarín cervical, ciñe su cuello.

Bloqueada y doliente, pero viva. Sergio se abalanza. Un gesto de la chica le disuade de hacerlo y sus ojos y su barbilla señalan hacia algún punto en el lado opuesto a la entrada, más o menos enfrente de donde se encuentran los dos hombres. Sergio frena su impulso. Leo voltea su cabeza hacia donde la muchacha indica. Todo tiene la

irrealidad de un filme mudo, hasta que se convierte en una película gótica de la Hammer.

En un ángulo de la pared del salón, colgado como una araña dispuesta al descenso y al ataque, ven al hombre del pelo rojo y la fulgurante mirada. Está mortalmente pálido y parece delirar en un batiburrillo de voces de diferentes tonos y registros. Su boca dibuja una sonrisa siniestra, desafiante. De su pecho emergen dos enormes extremidades que le permiten sostener su peculiar ubicación, atravesado entre el techo y las dos paredes. Una de ellas le une a Yolanda, cuyo cuello tiene

aferrado. Es lo que a la precaria luz existente en el cuartucho les ha parecido inicialmente un extraño *foulard*. La cara de Yolanda se está congestionando progresivamente, la punta rosada de su lengua emerge de sus labios. Es evidente que Tomislav está aumentando la presión del tentáculo sobre su garganta: quiere ejecutarla en presencia de los intrusos.

«Eso; delante de sus compinches incrementa el odio, la sed de venganza. Ejecuta a esa perra. Ahora es el momento de hacerlo. Rompe su cuello. Siempre fue fácil para ti, por eso te elegimos. Ahora es todavía más fácil.

Simplemente HAZLO.»

Tomislav sonríe exangüe y sardónico. Aunque ha llegado a un punto en que no sabe si las voces provienen de afuera o es él mismo quien habla, una parte de él se complace en resistir numantinamente, en reservarse un último margen de decisión. Su cerebro juguetea con el extremo del tentáculo, se complace en retorcerlo en torno al blanco cuello de Yolanda, sintiendo su suavidad, su orgullosa lisura abatida. Retardando el instante, mientras el estupor ha paralizado, tanto o quizá más que el puro terror, a los socios de aquella a la que honró vistiéndola de

novia, su novia:

—Bah, no me convenía —se dice.

También los «cabezones», como él da en llamarlos sin poder reprimir del todo una sonora carcajada mental, se dirigen a menudo a él con sus trémulas voces. «No es lo que parece, somos tus amigos, ellos te engañan, bla-bla-blá-bla-bla-blá...» Sin haber bajado todavía, conoce con bastante exactitud el escenario y los personajes que se agazapan o esperan soñando debajo de Toledo, incluso aquello que permanece oculto a lo oculto. Sabe para quién trabaja, QUIÉN lo ha poseído. Pero él es un serbio orgulloso y, aun obedeciendo

órdenes, adora la sensación de que la decisión final le corresponda a él.

(Como en aquella aldea humeante y ruinoso allá en Kosovo, rodeado de cadáveres y sitiado por un montón de milicianos musulmanes. Se hizo el muerto, desoyó la orden de rendición bien abrazado a su Marietta y cuando estuvieron encima se alzó de entre los muertos y les regaló unas buenas ráfagas desde el más allá. Qué caras pusieron...)

Ensimismado en el deleite de su instante de triunfo, de su supremacía tras el apogeo de la transformación —él, arriba, en un ángulo inverosímil como

una tarántula de pesadilla gobernando la situación, con el *Necronomicón* (ese oscurísimo objeto de deseo) en una mano, la chica a su merced en el extremo de su tentáculo izquierdo y los dos hombres bloqueados y estupefactos en el centro de la sala—, una certeza alimenta los restos tenaces de su ego: el club Lovecraft en pleno está a merced suya, es su juguete y (como un niño caprichoso y bastante cruel, a qué negarlo) puede romperlo en cualquier momento.

En el instante sublime de su triunfo, en el culmen de una escena que le gustaría poder congelar para siempre, es

cuando Tomislav presiente que algo falla, que quizá ha confiado demasiado en su supremacía. Leonardo se ha movido, ha mirado a su alrededor, ha reaccionado rompiendo la maravillosa magia estática (y extática) de aquel instante. Y cuando Tomislav comprende y acciona su otro tentáculo, brincando simultáneamente hacia el suelo desde el techo, Leo ya ha cogido la herrumbrosa hacha (uno de tantos objetos arrinconados y aparentemente inservibles que se esparcen por aquella casona abandonada del viejo Toledo), ha rodado hacia el catre donde yace Yolanda (¿desde cuándo los literatos de

provincias conocen las técnicas de los soldados de élite?), ha alzado el filo oxidado de la herramienta sobre el cuerpo de la muchacha, que contempla atónita cómo su jefe de filas lo descarga hacia abajo con todas sus fuerzas.

No es dolor lo que siente: es rabia. El tajo secciona limpiamente el extremo de su tentáculo y libera el cuello de la muchacha; después se arrastra retorciéndose hacia un rincón de la pieza, dejando tras sí unas gotas de una especie de líquido verde y espeso. A él no le duele, a su tentáculo sí. Él sólo siente la rabia de no haber controlado al cien por cien la situación y no puede por

menos que darles esta vez la razón mientras el otro hombre acude, como un enamorado de melodrama, a confortar a la putita, que se palpa el dolorido cuello recién liberado.

«Torpe, el humano te ha ganado por la mano. ¿Es que todavía no comprendes adónde te condujo tu delirio de grandeza? A la mendicidad, al vagabundeo, a la nada de la que NOSOTROS te sacamos. Eres menos que ese rabo de lagartija gigante que se retuerce en el rincón. Él por lo menos tiene la decencia de ocultar la vergüenza de su derrota.»

No le ha dolido la amputación. Le

queda otro tentáculo y lo repliega. Junto a los reproches, hay una orden: «Vete, haz que te siga el Intruso, haz que persiga el libro. Sube a la torre, desde lo alto se despeñará a lo más bajo».

Ya no cree en las voces. En realidad, nunca lo ha hecho, pero sabía que llegaría un momento en que ya no cabría elegir entre a o b, en que sólo quedaría la ciega obediencia al Amo Oscuro.

38

Podría aniquilarlos a los tres, se dice Tomislav, a la putita pretenciosa e ingrata, al torpe informático enamorado, al escritor de tres al cuarto que por fin se ha empezado a creer su papel de redentor de la civilización humana. Podría, pero ésa no es la orden. Y se limita a esgrimir el libro, como un cebo siniestro, con el pergamino flameando como el pellejo de una momia a la luz de la bamboleante y polvorienta bombilla. Y sale corriendo de la casa.

La niebla ha vuelto a caer sobre Toledo. No es una niebla densa, sino

sutil y solemne, un vaho que diluye y desenfoca los objetos y los seres, y hace de la noche una procesión de espectros, un catálogo de ausencias. Mientras Leo sale detrás de Tomislav y del libro, Sergio se queda abrazado a Yolanda. Al alzarla, en medio del acre olor de la yacija después del intenso calvario, el beso de sus carnosos labios le sabe más dulce y piensa que ha perdido aún más peso, con lo delgada que ya era, y le parece liviana como la cría de garza repudiada de su nido que se encontró un día por el campo.

Es tarde en la noche y hace frío y niebla, pero siempre hay un borracho

por las calles, por muy tarde que sea. El borracho se ha parado en la plaza de San Justo para reponer oxígeno con que afrontar la cuesta que se le viene encima. Ha sacado un pitillo y se ha dado cuenta de que no lleva fuego. Gran putada cuando no tienes fuego y quieres fumar en un lugar solitario en mitad de la noche. Menos mal que un señor viene corriendo en medio de la niebla, cosa que no le llama la atención, porque un borracho es indulgente con las rarezas de los otros y no le gusta hacer más preguntas que las estrictamente necesarias, como ésta por ejemplo:

—Jefe, ¿lleva fuego?

El jefe lo que lleva es prisa. El jefe lo que hace es pasar como una exhalación, dejándole el fuego fugaz de sus dos ojos verdes y un escalofrío en los huesos que se añade al de esa niebla helada que se adueña de las calles. Pero, claro, la horrible mirada no le ha servido para prender su pitillo, que encima se le ha combado. Menos mal que otro «jefe» viene detrás, éste también corriendo. No sabe por qué, pero le da que algo tiene que ver con el de antes, el de los ojos raros, el «guapito de cara».

—Joder, qué prisas.

Otra vez la pregunta. Y el tío, como

una exhalación, que responde:

—Fumar es peligroso para la salud.

Ya les vale. Encima con pitorreo: «Fumar es peligroso», «fumar mata». ¡Ya ira él al ambulatorio cuando tenga que ir! Y qué maneras. Lo suyo es pararse cuando se te pregunta algo por la calle, aunque sea para decir que no. Al parecer, llevan prisa, allá ellos con sus asuntos.

La niebla se ha espesado y ya, al atravesarla, no se tiene sensación de cruzar entre fríos algodones, sino que se siente aleo parecido a romper estalactitas de hielo en una cueva cósmica. La niebla te araña la cara.

Ninguna calle de Toledo es enteramente recta, y así, al cabo de cinco o de diez metros, en el inacabable zigzag del laberinto, desaparece del campo de visión aquel que va por delante o por detrás. Pero una invisible estela, una especie de oquedad reciente en el helado meteoro va guiando a Leo en pos de Tomislav. Prefiere seguir llamándolo intuición, pero algo nuevo, una especie de conexión mental con el *Necronomicón*, le hace decirse: «Se dirige a la catedral».

Por un momento, sus alarmas se disparan y conjetura que quizá planee un nuevo ataque a la Casa de los Mendigos,

tal vez para hacerse fuerte con un rehén de lujo. Y en su mente se agolpan en cascada odiosas imágenes de la *reina* vejada en una sucia yacija idéntica a aquella en que acaba de dejar a Yolanda abrazada a Sergio. Pero no, el serbio se ha desviado por el dédalo del Pozoamargo en lo que algo le dice que es una estricta maniobra de distracción. Desmoronadas mezquitas, pasadizos embrujados, tapiales de viejos jardines que rebosan higueras desnudas, el brocal de un pozo de leyenda. Sigiloso, Leo aminora el paso. Cazador o presa, su rol está por dilucidar. Sabe que el otro también lo ha hecho y no desea

exponerse a una emboscada. Esta vez es él quien busca el ataque porque necesita el libro a toda costa, para vengar a Bruno y para honrarle, para tratar de liberar al mundo de una amenaza que se obstina en no ver a pesar de que crece y se irradia omnipresente prácticamente debajo de sus pies.

En mitad de la plaza del Ayuntamiento Leo escucha los pasos del serbio resonando por el Arco de Palacio y alza sus ojos a la torre, descomunal, soberbia, de la catedral. Normalmente, las catedrales góticas tienen dos torres. La de Toledo sólo tiene una, pero es que vale por dos. En medio de la niebla

glacial, semeja la quilla de un bajel inmenso rompiendo el océano del tiempo y de la nada.

Por el día, miles de turistas de todas partes del mundo que van y vienen, que despliegan sus mapas indecisos ante la multitud de alhajas semiescondidas que ofrece el laberinto toledano, que miran desconcertados y dudan de si la verdadera entrada a la catedral será por la puerta del claustro o acaso por la calle contrapuesta, la puerta Llana, como su guía apunta. Y ahora, nadie; nada: espectros en la niebla, los pasos de un mendigo asesino que rebotan en las simas y cumbres de una lujosa

arquitectura. Un mendigo que porta el mayor tesoro, el más necesario, el arma con que afrontar poderes de naturaleza sobrenatural, poderes que comportan una amenaza total.

Por Hombre de Palo ni un alma. Ahora, sin gente, la calle que limita las casas del claustro, y que fue uno de los ejes del Alcaná antiguo, parece más proclive a revivir la leyenda del autómata creado por Juanelo Turriano, el gran relojero lombardo de la corte española; esa criatura de madera y metal que atravesaba la calle con su hogaza de pan sobre los antebrazos rumbo a la vecina casa de su padre, el ingeniero.

De hecho, Peo ve una silueta entre vaharadas de espesa y gélida niebla cuyo contacto hiere la piel del rostro. Pero no es el hombre de palo, es el fugitivo que esgrime, burlón, el libro, como incitándole a seguirlo, y desaparece por una oscura puerta entreabierta cuya hoja se queda batiendo levemente.

Leo acelera el paso, necesita que el serbio sienta su aliento en la nuca. Sabe que la conexión con el libro es cada vez más intensa, que acabará dando con él.

—El *Necronomicón* te está llamando
—piensa con un estremecimiento.

Pero han ingresado en el mundo de

la catedral a través de las edificaciones que sobrevuelan el claustro nuevo. Y la catedral, bien lo sabe, encierra demasiados escondrijos y revueltas como para que el perseguidor se permita el lujo de perder de vista a su presa.

En un pasillo del segundo piso del claustro, un corredor que se ensancha sobre el pequeño jardín botánico de abajo con sus naranjos silvestres y sus palmeras, Leo se abalanza contra Tomislav en un primer ataque. Ambos ruedan por el suelo y el muñón del tentáculo cortado le golpea en la cara con la fuerza de los puños de cinco clones de Mike Tyson.

Una ventana se ilumina y una voz de mujer grita: «¿Quién anda por ahí?». Leo recuerda que todavía quedan dos o tres familias de entre la abigarrada colonia que habitaba el claustro toledano en los años de esplendor de la «Episcópolis» española (un mundo que el gran Blasco Ibáñez describe con maestría en su novela *La catedral*); ahora se limitan a cuidar de la policía y vigilancia de la catedral. Leo se incorpora y disipa las campanillas de sus ojos (no es cosa de chiste que después de un puñetazo se vean campanillas y lucecitas de colores) a tiempo de divisar a Tomislav y cómo de

un patadón abre una de las puertas laterales y reanuda su huida. Leo lo sigue a través de corredores cerrados al público, descuidados en su escenografía pero con detalles de buena arquitectura gótica y renacentista por todas partes. Han ingresado en la base de la catedral de Toledo y Leo persigue al serbio jadeando mientras sube los peldaños infinitos de una angosta escalera circular que se retuerce hacia arriba como un matasuegras de piedra. Cada cuanto, tirados en los peldaños, hay cadáveres de palomas y otros pájaros, como un tributo a la ascensión y a las alturas. «No piséis pájaros muertos», así pensó

Leo titular un relato que nunca escribió, que igual ya no podrá escribir.

En uno de los niveles altos de la torre Leo alcanza nuevamente a Tomislav. Esta vez es él quien golpea, comprobando que el serbio no es imbatible. La maquinaria del inmenso reloj que pauta el campanario de la torre ocupa el centro de la espaciosa estancia. A pesar de su amplitud, Tomislav no puede manejar con soltura su tentáculo y Leo percibe que lo importante es mantenerse fuera del alcance del muñón, muy peligroso en la distancia corta como ha comprobado abajo. Una fuerza lo guía a él, que siempre temió la

violencia, que siempre deploró el abuso de la fuerza física. Es el libro, se dice mientras oprime la cara exangüe y enloquecida de Tomislav contra las aristas del artefacto metálico cuyo tic-tac parece apremiarle a la culminación de la oscura misión en que se halla embarcado. Y, sin embargo, el serbio dice arrogante:

—Tú lo necesitas, pero es mío. Nunca tendrás el *Necronomicón*.

El abducido se desase y vuela hacia el piso superior. Allí está la campana gorda, con su llamativa raja, alzada por el esfuerzo titánico de centenares de hombres que en algún caso pagaron la

proeza con la vida.

La pelea se reanuda y aquí Tomislav sí consigue accionar el tentáculo, apresando a Leo y jugando brutalmente con su cuerpo, mientras ríe frenéticamente. Con la navaja que Sergio le pasara, Leo pincha el tentáculo y por un momento se ve libre de su viscoso abrazo. Pero dura poco; un nuevo bofetón del muñón le abate hacia una ojiva para ver como su navaja refulge entre la niebla hacia el abismo. Ahora siente que todo esta a punto de perderse. El tentáculo se le ha enroscado de nuevo y le empuja hacia el exterior. Ya tiene la cabeza y parte del

tronco en el vacío. Un empujón más y...

Entonces oye resonar la voz en la cabeza de Tomislav:

«Dale el Libro. Tu misión acaba aquí. Vuela hacia mí».

Son un par de segundos, pero Leo puede percibir un montón de cosas en el gesto de Tomislav: duda, escepticismo, miedo, rebelión, rabia..., y por último una sonrisa indefinible antes de que el tentáculo lo barra de la ventana y lo empuje otra vez hacia dentro. Desde donde se queda tirado, Leo ve cómo Tomislav desaparece en el vacío. Se ha tirado.

Se incorpora. Al parecer, el tipo se

ha lanzado con el libro. ¿Será posible que, cual nuevo ángel caído, haya desobedecido en el último instante la voz de su amo? De ser así, eso iba a complicarle mucho las cosas.

Pero no. En un alféizar exterior, con su pergamino perlado de gotitas de agua helada, está el *Necronomicón*. Leo lo toma con el mayor cuidado.

Al fin, se ha hecho con él.

Alrededor de la casa de Ana se agolpan efectivos policiales con su estrépito de destellos y sirenas, corros de manifestantes en defensa del casco histórico, periodistas y cámaras de televisión y algún que otro curioso, generalmente turistas despistados a los que el incidente ha sorprendido en su deambular por el laberinto toledano. A Leonardo le retienen en el primer control, junto a curiosos y manifestantes, mientras arrecia la hostilidad de los *okupas*, que arrojan palos y algunos objetos desde el ático de la casa. A

cambio, las fuerzas de orden público replican con el lanzamiento de unas cuantas bombas de humo. Aquello tiene todas las trazas de convertirse en una auténtica batalla campal. Entonces, él se palpa los bolsillos del gabán y siente la contundente volumetría del libro y en el contrario, el contorno ergonómico y discreto de su linterna: está preparado, tiene que entrar en la casa... Para bajar al sótano.

Ana no tarda tanto como se temía en contestar a su llamada.

—Esto está que arde —dice—. Han dado la orden de desalojo.

—Ya lo veo. Necesito entrar.

—Lo sé. Ya sólo te queda esta puerta. Yo también escuché lo que dijeron los policías acerca de que habían tapiado el paso desde la librería. Si consigues rodear la manzana, encontrarás una pequeña puerta trasera que te puedo abrir. Es la que está pintada de verde.

Leo examina visualmente la situación. Algunos mendigos se entregan y van saliendo dócilmente con las manos sobre la cabeza. Son los mayores y los más deteriorados. Los combatientes más activos, entretanto, enarbolan desde dentro improvisadas banderas blancas. Aquello parece una operación

antiterrorista.

Más allá del primer control de seguridad, los reporteros parecen moverse con cierta libertad en medio de las negociaciones y refriegas entre *okupas* y fuerzas del orden. Observa incluso cómo una reportera de TV entrevista a través de una ventana en la planta baja a uno de los cabecillas de la resistencia. Está claro que necesita imperiosamente traspasar el primer control. Entonces se acuerda del carné de periodista de bruno que recogió de su catafalco...

—Bruno cabalga después de muerto.

—¿Qué has dicho? ¿Es una broma o

es que has perdido la cabeza?

—Ni lo uno ni lo otro, Ana. Cogí su carné de periodista en mi anterior excursión al mundo de abajo. Voy a intentar pasar el control con él. Espérame en cinco minutos en la parte trasera.

La policía que examina el carné no parece reparar en que el hombre de la foto no es el que sonríe cortésmente parapetado tras unas gafas oscuras. Rápidamente, rodea la irregular planta del edificio. Tras la salida del grupo de mendigos parece haberse instaurado una especie de tregua y reina una relativa calma, sólo rota por las consignas que

con decreciente entusiasmo gritan los manifestantes. Una breve espera y pronto se descorre la puerta verde, poco más que una tronera sobre un peldaño en entresuelo que obliga a agachar la cabeza para no golpearse. El rostro agobiado, pero sonriente, de Ana emerge de ella.

Se besan. No pueden dejar de hacerlo. Aunque todo bulla a su alrededor, aunque el mundo (al menos el mundo tal cual nos ha sido transmitido) esté a punto de irse al carajo, los dos se besan. Y ella:

—He roto definitivamente con Julián.

—¿Julián? —Leo no finge, verdaderamente es un desastre para recordar nombres. Además, hasta ese momento ni siquiera había imaginado tener derecho a sentir celos a propósito de Ana, excepto, claro, a causa de Bruno. Pero con Bruno eso era lo habitual.

—El concejal. Lo viste en la fiesta.

—Ah, ya... Bueno, no tienes que explicarme nada...

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Además, tiene que ver con todo esto: rompimos anoche a través de una llamada. Hoy a mediodía han dado la orden de desalojo. ¿Qué te parece?

—Un tipo resolutivo, sin duda; bien dotado para la política, por lo que cuentas.

Leo resume la liberación de Yolanda, la muerte de Tomislav y el logro del libro, que saca del bolsillo y muestra a Ana. Ella lo toma con prevención, apenas rozándolo con la yema de sus dedos:

—Así que éste es el famoso ejemplar de la legendaria edición toledana del *Necronomicón*. Ten cuidado, se han escrito cosas terribles acerca de este libro.

Al tiempo que le devuelve el libro, Ana le señala una trampilla en el piso

del trastero. Pero antes Peo le pregunta si hay gasolina en la casa. Ella responde que tienen garrafas de gasóleo para la calefacción y que se guardan precisamente en ese cuarto. Leo toma una botella de plástico de litro y medio vacía y la llena de combustible, se asegura de que lleva mechero y la introduce en uno de los generosos bolsillos de su trinchera.

—¿Para qué cargas con eso? — pregunta Ana, y sin aguardar respuesta, le ayuda a introducirse en el hueco del que arrancan unos mohosos y resbaladizos peldaños. Ha sonado un estrépito como de puerta echada abajo,

unos estampidos de botes de humo y un griterío que se expande por la casa, cada vez más cerca—. Esto se acaba, Leo, ya han entrado. Adiós a la Casa de los Mendigos; todos los sueños tienen su despertar.

Está llorando; mejor, pugnando por poner diques a las lágrimas que se agolpan para brotar en cascada de sus ojos. Una sola, densa y rotunda, patina por su rostro. Ana, la chica imperturbable, la bella solidaria, la restañadora de las heridas de los otros, capaz de reaccionar ante el propio dolor a través de la perpleja fontana del llanto: la más primordial de las

emociones humanas, con la que venimos al mundo. Leo iza su cuerpo, ya medio metido en la tronera, y la besa. No ha sido una decisión, ha sido un impulso natural.

—Esto no era un sueño, Ana, era una pesadilla. Nuestro verdadero sueño vendrá después.

La reina, sin su corona de cinta magnética, apenas maquillada y quizá más bella así, parece interpretar lo que la frase de su amigo contiene de bálsamo circunstancial y lo que en ella pueda subyacer de verdadero, de perdurable.

—Ojalá —dice al fin. Los gritos y el

frigor del combate resuenan ya a las puertas del trastero—. Baja ya y buena suerte. Cuando todo esto acabe, no me iré de esta ciudad, creo que ya no podría vivir en otro lado. Nos vemos entonces, si tú quieres.

—Querré... —matiza Leo con tres cuartos de su cuerpo ya dentro mientras agacha la cabeza porque Ana ha comenzado a cerrar la vieja tapa carcomida por encima de su cabeza.

Negra humedad. Leo enciende su linterna. Cesan los escalones y avanza por un túnel abovedado de ladrillos ennegrecidos y amarillentos que rezuman un oscuro flujo. Durante un

buen trecho tiene la sensación de girar en amplias curvas levemente descendentes, rehusando bifurcaciones y encrucijadas de lo que ciertamente parece un laberinto subterráneo, con una determinación que le sorprende, como si algo lo guiase, como si una fuerza tirase de él. Es el libro, se dice, y es más una sensación física que una idea lo que le hace pensarlo.

El bamboleante haz de luz que proyecta su linterna ilumina negras escalinatas auxiliares que no parecen conducir a ninguna parte, cámaras enrejadas que sugieren celdas albergando a inconcebibles reos, todo un dédalo de grutas talladas por siniestros artífices del submundo. Así transcurren bastantes minutos, casi media hora de marcha que, en ocasiones, le obliga a caminar encorvado y hasta a cuatro patas. Lejanos ruidos distorsionados procedentes de la superficie se confunden y empiezan a ser apagados

por los propios del mundo subterráneo en que se adentra: estrépito de negras aguas, un hálito de cueva que parece venir de abajo y, agitando sus cabellos, arranca ominosas notas de los túneles y pasadizos con algo de instrumento infernal.

En el holgado bolsillo que regularmente palpa el libro da tumbos y en su oído interior Leo empieza a percibir otra frecuencia de sonidos: una suerte de oscura y sorda comunicación entre el impreso que porta y ALGO, un emisor inteligente que lo aguarda en las entrañas de la caverna. Es una sensación nítida: el libro tira de él, elige el giro o

la bifurcación adecuada, se comunica con un centro, SU centro.

De repente, algo detiene su marcha. Es una pared que se transforma y una extraña metamorfosis se produce ante sus ojos. La linterna aclara la negruzca superficie combada de ladrillos que se hincha, que cambia de color y textura, que parece abombarse en una especie de pompas gelatinosas. Y unos ojillos de crueldad y abotargamiento extremos le escrutan, detectando el *Necronomicón*, al que siente alerta, acechante en el bolsillo de su gabán. Un ser gelatinoso y polimorfo, de la estirpe de los sayanes que proliferaban en la Gran Cámara de

abajo, emerge de la pared y se planta en mitad del túnel, estorbándole el paso, con gesto hostil, iniciando un peligroso movimiento de avance hacia él, que le hace retroceder y esgrimir instintivamente el libro. Hasta que una enorme laja de piedra cae del techo y aplasta al «ser». Leo bordea apresuradamente el pedrusco con los restos del *shoggot* aplastado, tosiendo por el polvo corrupto que su caída ha provocado y echa a correr. Entonces, constata que el suelo en leve declive bajo sus pies brilla por su ausencia, que ha desaparecido y empieza a caer. Enseguida comprueba que no cae en el

vacío, más bien se desliza por una especie de rampa vertiginosa, una especie de tobogán de piedra que le trae sensaciones de parque acuático o de feria. No puede evitar los golpes y rasguños en todo su cuerpo, pero alcanza a acomodar mínimamente sus posaderas y a poner a salvo la linterna para que no se le caiga de las manos. En la rampa pierde toda noción de tiempo; igual transcurren tres que diez minutos. El descenso, imparable, despiadado, se le hace interminable.

Leo baja por la trepidante espiral de piedra rezumante, baja y baja, y al fin la caída cesa y da con sus huesos en una

especie de negra poza. No parece tener nada roto y se incorpora sacudiéndose el sucio limo que se le ha pegado a la ropa y al pelo. Tiene rasguños y golpes por todo el cuerpo, pero sólo su mano izquierda parece tocada de cierta importancia con dos feas heridas; sirviéndose de un pañuelo, se inmoviliza los dedos anular y corazón, muy doloridos e hinchados, aunque, se dice, afortunadamente no rotos. Leonardo comprueba que la botella con el combustible ha resistido bastante bien los golpes y vaivenes de la caída y que ni una gota se ha vertido en el bolsillo de su gabán.

Tras el vértigo de la rampa, un nuevo túnel se abre, más espacioso, con irregulares sillares de mampostería que de manera discontinua sostienen la bóveda de renegrido ladrillo. A uno y otro lado se abren abyectos agujeros que parecen abocar a catacumbas adyacentes situadas en diferentes niveles que el pasillo por donde Leo transita, renqueante, pero decidido. A veces, instintivamente, proyecta hacia alguna de ellas el foco de la linterna y una de las veces distingue, tirado en el suelo, a un arzobispo momificado, vestido con todo el esplendor de su ropaje de gala y portando la tiara, rodeado de ajorcas de

oro y sartas de refulgentes piedras preciosas amontonadas a su alrededor. Al resplandor de la luz, dos seres de aspecto repulsivamente humano y rasgos de reptil se escabullen de los restos del prelado, cuya momia (trasladada de algún enterramiento de arriba) parecían estar hostigando.

—Gules —piensa Leonardo, tratando de recomponer el intrincado bestiario lovecraftiano y repasando mentalmente los rasgos que ha fijado de la rápida visión; humanoides de rasgos caninos, pezuñas y garras en lugar de pies y manos, siempre envueltos en el moho de las sepulturas. Sí, se trataba de

gules. Al sentir el aroma de la putrefacción y de las tumbas y su esencia de osario, siente un estremecimiento que le hace avivar el paso sin tratar de averiguar más de la macabra escena.

A un túnel sigue otro túnel. Son cada vez más suaves en su declive y parecen girar sobre sí mismos en amplias ondulaciones. El silencio se apodera por entero de los corredores de ese dédalo subterráneo, un silencio que no se parece en nada al monacal del laberinto urbano de arriba. Leo se dice que aquí sería inconcebible la algarabía de personas, luces, flores de colorines,

alfombras y banderas con que Toledo se adorna la víspera del Corpus. Entonces, escucha unos sonidos, palabras metálicas, cenagosas que no sabe si provienen de dentro o de afuera de él.

—PA... XE... KE...

Al principio, Leo cree que la voz procede del libro, que ha adoptado una extraña rigidez atravesado en el bolsillo de su tres cuartos. Pero no, no es el libro; éste sólo está alerta, no habla ni transmite, ahora se limita a escuchar, como hace él.

Las sílabas selladas, enfáticas, como una llamada, se repiten un par de veces, ceremoniosas, lentas. Leo al fin

reconstruye su nombre; «Pacheco» es lo que dice la voz. Una llamada, una orden, un ruego. No está todavía en condiciones de discernirlo.

Leo reanuda la marcha y siente un silencio acechante que se materializa a su alrededor. Las profundidades se ven, pero también se oyen, piensa. El silencio es para escucharlo. Hay un punto en su marcha en que desaparecen por completo los restos de aparejo toledano de los muros y el ladrillo impecablemente alineado de las bóvedas. Ya todo es tierra, con gigantescos sillares aquí y allá, vertical u horizontalmente dispuestos, como si de

mojones se tratara, como si fuesen alguna clase de señal.

—Hasta aquí llegó el hombre alguna vez, a partir de aquí... —Leo habla en voz alta y los ecos distorsionados de su propia voz le sobresaltan, porque comprueba lo denso del silencio en aquel lugar. El silencio, el no sonido, como el sonido, puede crecer, intensificarse y en aquel punto eso sucede en grado máximo. Leo escucha con absoluta concentración y percibe cómo el suelo, las paredes y el techo de aquella galería de tierra supurante escuchan a su vez con perversa expectación, aguardando la llegada de

algo o de alguien. Hasta el aire que le rodea parece estar vivo. A partir de ese punto, puede que nunca antes un hombre vivo hubiera puesto ahí los pies. Y al pensar esto, Leo siente un vértigo de explorador de continente ignoto o viajero del espacio exterior. Puede que las fuerzas que se agazapan en el silencio viscoso de aquellas grutas esperen su llegada. O puede que esperen los efectos de su llegada. Y una luz opalina, lejana y difusa, pero creciente, empieza a hacer innecesario el uso de la linterna. «Es el objeto —piensa—, ya estoy acercándome a él.»

41

A sus pies, Leonardo ve cómo desciende en amplias volutas la escalinata jalonada de petroglifos y relieves. Bajo su mirada, la inmensa taza oscura despliega su grandeza como una catedral invertida. Pero lo que en verdad le sorprende, la diferencia que ahora Leo percibe, es que no parece haber nadie en contraste con el bullicio de seres que en su descenso anterior se ofreció a su vista. Y el silencio, el denso silencio impenetrable, sólo rítmicamente alterado por un lejano goteo, por un oscuro rimbombar de agua.

Es esa soledad total, que sabe ficticia, estrictamente aparental, le aterra más que el recuerdo de los seres. Pero el libro tira de él y la voz trata de estimularlo: «P-tx-ko, no dudes acerca de tu misión / el ciclo próximo está a cumplirse / me alzarás de un sueño de evos / y pulverizarás los grilletes con que los antiguos dijeron cumplir el mandato de los dioses / te sentarás a mi siniestra y compartirás mi gloria / ven, P-tx-ko, ven».

Peldaño tras peldaño, Leonardo Pacheco desciende la cámara, dejando a su derecha las acechantes catacumbas cuya negrura es impenetrable. Entonces

capta otra diferencia respecto a la primera vez en que fue arrojado a aquel antro inconcebible: la nave ha intensificado su luminosidad, centellea como alcanzando un estado incandescente, añorando el movimiento perdido o alertando de un peligro inminente. También percibe la ausencia de gárgolas, los seres alados han abandonado sus toscos pedestales.

De repente, suena la música, una clase de música que (lo sabe nada más empezar a oírla) podría conducir al hombre a la locura absoluta. Y, sin embargo, buscando adjetivos, descarta *estridente*, acepta *dislocada*, mientras

discrimina el sordo y enloquecedor latir de los tambores del monótono y melifluo quejido de las flautas blasfemas, procedentes de inconcebibles y lóbregas cámaras que escapan al tiempo.

Se detiene a escuchar y acierta a localizar la cripta de la que emana la música. Se asoma y, a la luz inestable de dos tenues antorchas, comprende al fin por qué las gárgolas no estaban en las bóvedas de aquella cueva grandiosa e infame. Simplemente, porque están bailando, atendiendo a esa música obscena en un ritual que se le escapa, pero que sospecha relacionado con su misión. Bailan algo parecido a un minué,

haciéndose reverencias, entrelazando sus alas y emitiendo roncos bufidos.

La escena tiene bastante de aberrante y, al sentirse espiadas, las gárgolas se escabullen. Las antorchas se apagan y hay confusión de aletazos, guturales susurros, cese del son de flautas y tambores. De esa chirriante letanía que, sin embargo, sigue perforando su alma como un taladro. Leo se aleja a toda prisa, temiendo que las gárgolas emprendan su persecución. Pierde el equilibrio y rueda unos peldaños sobre sí mismo. Afortunadamente, los bordes no son aristados ni la altura, grande y el piso es de tierra endurecida por la

humedad y el moho de la gran ojiva invertida. Leo permanece semiaturdido en el suelo unos instantes y lo primero que hace, antes de comprobar si sangra o se ha dado algún golpe de importancia, es palpar la botella que lleva embutida en el bolsillo de su tres cuartos. Una distorsión en la visión empaña su mirada desenfocando el entorno, pero Leo trata desesperadamente de recomponerse porque percibe instintivamente que algo ocurre, el advenimiento de una poderosa presencia. ¿Estarán ya encima de él las gárgolas? Cuando la niebla se retira y al fin sus ojos se desempañan, enfoca el

artefacto, la nave hundida, ya relativamente próxima. Sus fulguraciones y transparencias, como en un teatro de sombras chinescas, le permiten divisar siluetas reconocibles, los astronautas en sus lechos verticales o Bruno en su catafalco. Pero algo ronda, la sensación de una presencia hostil persiste. Y al incorporarse y alzar la mirada, allí está, enorme y despiadado, escrutándolo con un interés diríase entomológico desde su rostro facetado y sin facciones, el rey de las Gárgolas, el caos reptante, ¡Nyarlahotep!

El alma y mensajero de los dioses

exteriores, la personificación de los poderes telepáticos de los primigenios, el de las mil formas y cultos, el venerado de los faraones negros. Sí, seguramente las gárgolas le rendían culto bailando para él y los músicos tañían en su honor sus instrumentos.

Al divisarlo, en medio del frenesí y el pánico del encuentro, Leo recuerda, en rápida sucesión de ideas y de imágenes, cosas sobre él. La conseja de que habita en una caverna en el centro del mundo acompañado de flautistas imbéciles y que uno de sus avatares sería el «hombre negro» de los aquelarres que destruirá a la humanidad

por la interacción de medios tecnológicos y mágicos. Y por encima de todas las cosas, recuerda haber leído en alguna parte que es temido por todas las razas de los mitos.

Leonardo, ante tan poderosa jerarquía oscura, piensa que su aventura roza el final. Nada de todo lo que ha hecho servirá finalmente para algo. Pero el «ser», tras escrutarlo alzado sobre sus tres patas como columnas acabadas en poderosas garras y examinarlo a través del largo tentáculo colorado que emerge de su cabeza y parece actuar como sensor, una especie de periscopio, le habla. Parece que sólo eso pretende:

hablarle, darle una especie de bienvenida, impulsar su misión. La voz le suena: es una de las que ha percibido ya antes a lo largo de su descenso. Pero no la única, había otra al menos, más profunda o letárgica, y puede que otra más... Así dice el «ser»: «Ves que no tengo ojo y, sin embargo, soy el ojo que todo lo ve... La llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente y futuro son uno en mí, la llave de la puerta por la que las esferas se reencuentran. El hombre reina ahora donde nosotros reinábamos antes. Tras el verano viene el invierno, tras el invierno la primavera. Esperamos con toda nuestra paciencia, con todo

nuestro poder, pues volveremos a reinar de nuevo desde aquí abajo. El día del Gran Cthulhu está próximo. En ese momento los hombres se parecerán a los antiguos: libres, más allá del bien y del mal, rechazando toda ley moral, aprenderán nuevas maneras de gritar, de matar; toda la tierra arderá en un holocausto de éxtasis desenfrenado».

De repente, un gigantesco batir de alas y aquel negro guardián se pierde en la negrura de los recovecos de la bóveda.

Peldaño tras peldaño, la nave se agiganta, recobra con nitidez la inmensidad de su perímetro, que, en la

parte más alejada, se hunde parcialmente en la roca. Leo saca el libro como si se tratara de un arma y todo se agita sutilmente a su alrededor, en una expectación infinita que activara toda la cueva. Sin embargo, ni *shoggots*, ni gules ni gárgolas reaparecen para interponerse en su camino. Su mente parece una radio mal sintonizada, una frecuencia que se disputan varias emisoras encarnizadamente.

Está la voz meliflua, metalizada, extremadamente cortés: «No prosigas, detén tu avance, retrocede mientras puedas por donde has venido. No sabes qué clase de poder estás a punto de

liberar. Barrerá la civilización creada por tu raza. Acelerará la destrucción de los mundos. Tu percepción está distorsionada a causa del dolor de la pérdida. Lo mejor es que cese tu empeño».

Y, entremezcladas, las sílabas poderosas, pero letárgicas y como arrastradas, de la profunda llamada, invocan: «PA-CHE-KO, PAA-CHE-KO».

También Lucía parece querer comunicarse con él. Sigue en el parador, en la terraza. Esta noche no se ha recluido en el salón con chimenea, ni tiene intención de retirarse a su

habitación a descansar las dos horas de costumbre. Leo la sabe despierta, esforzándose por permanecer cerca de él, hablándole, aunque de momento no pueda escuchar sus palabras apagadas por un borboteo incesante de fontana, por un sutil rumor de cascada. El agradece esa disposición de la viuda de su mejor amigo, ese gesto de apoyo. Ha decidido estar con él en el combate, ser su compañera mental y él se lo reconoce interiormente.

Tal vez trata de completar la historia cuyo final él no quiso escuchar. Pero Leonardo tiene que actuar. Algo le dice que el tiempo se está agotando y, por el

momento, guarda el libro en el bolsillo, saca la pieza y la acopla al borde fulgurante del artefacto. Al instante, se abre un hueco que coincide con su silueta entrando en la nave.

Ya está en el interior.

Lo primero que hace, tras una mirada al rostro dormido para siempre de Bruno, es rociar todo el combustible de la botella de plástico sobre el túmulo. El fuego será su liberación. Despojo o trofeo, sólo así podrá escapar a la prisión eterna a que parecen condenarlo los verdugos o los cómplices de su ejecución. Su espíritu volará de aquella caverna de pesadilla

hacia la luz a la que siempre perteneció. Será como el funeral vikingo de la novela *Beau Geste*, que tanto les había gustado a ambos en su juventud. Algo que, de haber sucedido todo al revés, él hubiera agradecido que su amigo hiciera por él. Las facciones congeladas de Dampierre se van borrando mientras arde lentamente el catafalco, como si por alguna razón la combustión fuera más baja de lo normal en la atmósfera estanca de aquel artefacto.

Cuando Leo acaba la silente oración mental que dedica a su amigo, constata que no está solo. El astronauta más cercano entreabre sus rugosos párpados

de piel de reptil y una voz que reconoce (la voz meliflua, metalizada, extremadamente cortés) invade su mente: «Te sigues equivocando. Él era el protoenviado, el precursor. Para nosotros, un héroe. Le rendimos culto. No fuimos nosotros sus verdugos ni los instigadores de su muerte. Pero el designio es uno y tú te debes a él. Si el ciclo no se cumple esta vez y la Bestia queda liberada, será el final de tu especie y también de los propios primigenios, ebrios en su anarquía de destrucción. En cierto modo, es bueno para nosotros, pues sucumbiremos en la actual y ya patética forma, mas no en

nuestra esencia telepática que se reencarnará en los incombustibles coleópteros, futuros señores de este mundo que ahora enseñorea tu raza. Una brecha se abrirá en la arquitectura del tiempo. Una entidad terrible se manifestará en vuestro mundo. Nos aniquilará y nos redimirá a la vez, pero para nosotros no es llegado el momento. Cesa, retrocede, aún estás a tiempo».

Aquel ser es persuasivo, su voz manifiesta una refinada inteligencia, una clarividencia de orden superior, pero Leo procura desoír su oscuro consejo, porque, sin duda, está tratando de confundirlo. Sin embargo, se siente

satisfecho del tardío funeral por su amigo. Se alegra de que, gracias a la incineración, pueda liberarse finalmente de ese submundo de pesadilla. Tras arrojar al suelo translúcido y parpadeante del artefacto la botella vacía, vuelve a emplear la clave para salir del recinto. La pared luminosa de la nave siluetea otra puerta a su justa medida.

Leo sale y se aleja unas decenas de pasos.

Algo ha cambiado en el gigantesco antro. Ahora los seres están ahí, acechando expectantes el desenlace de la cíclica profecía. Evita mirarlos en detalle, pero siente que están todos: los lechosos *shoggots* disformes y semitransparentes como una especie de infantería infernal; las gárgolas ciegas, idiotas y sin voz que habían bailado parsimoniosamente antes para su amo Nyarlathotep; los gules profanadores de cadáveres que han cesado por un rato en la eterna tarea de hostigar espectros; el propio Nyarlathotep en toda su majestad

de gárgola máxima presidiendo la negra bóveda.

Al sacar el libro del bolsillo arrecian las voces. La del astronauta ha perdido fuerza y otra más gutural y poderosa le anima a proseguir, se manifiesta exultante y agradecida. «Pacheco, hijo mío, mi liberador; eterna como mi prisión será mi gratitud.» Y, entre ambas, una voz humana, emergiendo del silencio y haciéndose más fuerte, la de Lucía, que sigue ahí, trabajando por él hasta el final. Le reconforta, le ayuda sentirla vigilante y próxima, saber que no está tan pavorosamente solo. Ahora ella le pide

que trate de discriminar las voces, que actúe conforme a su conciencia, que debe atender el final de la historia, porque casi todo depende de que lo haga.

Pero su plan está trazado y él absolutamente resuelto a cumplirlo. Por algún arcano designio esa misión le ha sido encomendada a él. De alguna manera, su errática existencia ha ido desvelando un sentido a partir de todas las cosas que le han ocurrido desde que Bruno Dampierre se presentó en la primera sesión del club tras el verano. Y el plan, se dice, consta de dos acciones básicas: incinerar los restos de Bruno

(cosa que ya ha hecho) y servirse del libro para ahuyentar de las entrañas de Toledo aquel perverso artefacto y los «seres» que lo rodean.

Entonces, Leo esgrime el negro grimorio en dirección a la nave. Lo abre al azar por una página cualquiera con la sensación, sin embargo, de que es el propio libro el que va a elegir por sí mismo su punto de lectura y de su garganta brotan infames versículos: «Alabamos y adoramos a la muerta R'yleh; se levantará de nuevo de su sueño inmortal y gobernará la tierra como ya hizo antes. La, la, Cthulhu fhtagn, Ph'nglui mglá'nafh Cthulhu

Toledoth wgah-nagl fhtagn...».

Las palabras ascienden concéntricas por todo el podrido ámbito de la inmensa ojiva subterránea, agitando la materia, desquiciándola de su ominoso estancamiento. Arrecia el borbotear de fuente y la nave intensifica su luminosidad y se remueve, desencajando el inmenso perímetro de su emplazamiento de siglos en la roca. Un leve alud de guijarros y tierra se produce, y la nave se alza majestuosa y chirriante descubriendo la inmensa laguna negra que antes tapaba. Y algo, acompañado de un quejido de evos, se remueve en las opacas aguas.

Nuevamente la voz de Lucía interfiere, se hace presente: «En aquella batalla decisiva combatieron la nave capitana contra alguien dotado de un cósmico poder, una suprema jerarquía que no había asimilado la derrota de su mejor vanguardia. El propio Cthulhu lideró el combate final. Trasladado desde su palacio en el fondo de los mares, presta atención, Leo, el gran Cthulhu yace aherrojado. Pero no en una sima helada de la Antártida...».

La invocación prosigue y Leo, pensativo, masticando las palabras de Lucía, tratando de descifrar las repercusiones de su historia, comprueba

con estupor como el libro se lee a sí mismo:

«Desde la sellada cueva espera su invocación y emerger de ella y del santuario del templo. Que no está muerto lo que yace eternamente y, con los evos extraños, incluso la muerte puede morir. Él es rey y espera eternamente el despertar: el alba del odio. Llama a sus legiones y las alza para inmolar a los que le vigilan desde la puerta oculta».

Espantado del libro, de su maligna

existencia autónoma, Leo lo arroja de manera que el tomo queda tirado en el suelo entre la nave y él. Con estupor observa cómo el tomo se recompone, se encara hacia la laguna y se alza sobre un atril inexistente para seguir proclamando su infernal letanía que suena sin voz, amplificada por el eco acechante de las tinieblas:

«Ven, amigo y compañero de las tinieblas, tu cuervo habló y todas tus criaturas del abismo están preparadas. Glorificamos tu nombre, guardamos bien todos tus secretos, somos tus esclavos

y tu pueblo, oh, gran señor,
acude ante nosotros para recibir
tu ofrenda...».

La nave prosigue su ascenso, ya se alza en medio de la cripta provocando temblores y lluvia de piedras, como si la cámara estuviera a punto de derrumbarse. Leo no sabe qué hacer, se siente perdido y tan sólo puede retroceder ante el espectáculo del enorme tentáculo que se alza de la laguna y el ojo de lúcida malignidad que parpadea limpiándose un lodo de milenios.

Entretanto la voz de Lucía,

constante, leal:

«Al fin comprendes. Cthulhu dormía bajo Toledo y tú lo has despertado. Queriendo alejar la irradiación de la nave, liberas algo mucho peor. Puede que aún estés a tiempo de pararlo. Pero tienes que recuperar el libro».

Leonardo dirige sus ojos hacia arriba. La nave se ha elevado hasta las negruras superiores de la caverna, encajando perfectamente con el perímetro de la sima que ella misma había abierto diez millones de años

atrás. Emite un chirrido de cualidad metálica, pero también animal, como si de alguna forma toda esa tecnología estuviera viva.

Una parte de la mente de Leo se resiste a aceptar el relato de Lucía. La otra está invadida por las voces contrapuestas que han convertido su cabeza en un transistor de pesadilla: «No lo hagas, cometes un error / Tú eres mi libertador. Adelante, serás honrado como un héroe y ocuparás sitio de preferencia a mi siniestra». Sólo que el protagonismo del ceremonial ya no es suyo y el libro prosigue autónomo como oficiante exclusivo, a unos pasos de él,

con las hojas agitadas por el torbellino que la nave ha provocado, pasándolas ominosamente por sí mismo, recitándose mientras toda la gruta se estremece como si estuviese a punto de derrumbarse, como si...

La monótona y blasfema plegaria parece haber surtido efecto. La nave ha atravesado ya, sin romperla, como fundiéndose a través de ella, la bóveda de la inmensa catedral subterránea y ya ha desaparecido de la vista de Leo. Pero en la negra laguna que su despegue ha dejado al descubierto, el «ser» que dormía se ha incorporado en toda su maligna inmensidad y un horrísono

aullido de los habitantes de la gruta rubrica su desperezo de evos.

El Gran Cthulhu ha regresado y uno de sus tentáculos bate la atmósfera de la cueva siguiendo la estela de la nave. Cthulhu ha regresado y él ha sido su instrumento. Lucía tenía razón. En medio del caos y de la culpa, Leo hace foco en las palabras de su amiga que mantienen su telepática energía: «Coge el libro, tienes que hacerlo, PUEDES HACERLO. Es la única posibilidad de pararlo».

Leo se arrastra contra un viento hostil que parece proceder del propio libro y de sus oscuras brujerías. Las pisadas del dios al incorporarse hacen

que todo retumbe y que el suelo se incline a uno y otro lado como en un terremoto de escala seis. Leo hace un esfuerzo supremo. Piensa en Bruno Dampierre, en el club, en los atardeceres en el río junto al Pescador, incluso en Cerbero, ante todo en Ana, y atiende el estímulo de Lucía, retorciéndose sobre sí mismo como si fuera una inverosímil culebra, olvidando la artrosis de su rodilla, optimizando las inclinaciones del suelo de la caverna para aproximarse al libro, para palparlo y olvidarse de la descarga (algo parecido a un mordisco o un latigazo) que éste le propina, para aferrado y

hacerse con él soportando sus endiablados tirones.

El libro pelea con él, emitiendo una especie de aullido desesperado al ver su misión amenazada. Y uno de los tentáculos de Cthulhu impacta brutalmente en el rostro de Leo y lo lanza unos diez metros hacia atrás hasta golpearlo contra la pared del antro, pero consigue no soltar el *Necronomicón*. El tentáculo lo aferra entonces. Está aturdido, pero absolutamente resuelto a no soltar el libro al precio de su vida, y es alzado vertiginosamente hacia los niveles superiores de la cueva.

Medio en trance, desvaneciéndose

entre lejanas vaharadas de romero y de olivo que suben del valle, Lucía contempla el fabuloso espectáculo de la ciudad transfigurada, como alzada sobre sí misma, dispuesta a despegar rumbo a las estrellas. Por unos momentos mágicos, la nave fosforescente se ha confundido con la ciudad que, después de muchos siglos, ha contribuido a conformar. No puede evitar pensar que ha estado tanto tiempo preñada de la nave que ahora disfruta casi con narcisismo de su parto. Toledo se torna a un tiempo telúrica y celeste. En una especie de negativo, unos cincuenta metros abajo, el negro peñote parece

una especie de cascara oscura y sin relieve, como una sombra. La nave gigantesca, majestuosa, emerge de la ciudad, como quien se sacude los hombros de la americana, y flota sobre ella luminiscente, estática y a la vez sumida en rotaciones y movimientos desconocidos para la física terrestre. Y al tiempo, un enorme tentáculo, como una gigantesca tarasca, se ha enroscado en torno a la silueta de la torre de la catedral y la agita, tambaleándola. En ese preciso instante, Lucía percibe un apagamiento, una especie de nivelación de las fuerzas en combate y sabe entonces que Leo ha recuperado el libro,

que puede haber todavía una nueva oportunidad para todos.

De hecho, cuando otro de los tentáculos de Cthulhu aparece sobre la negra silueta de la ciudad dormida, alzándose al cielo y resuelto a alcanzar la nave, imprecándola con un latigazo de furia cósmica, Lucía distingue algo que se debate en su extremo, una silueta humana, y, aliviada, comprende que es Leo, que no va a desprenderse del libro hasta el último aliento.

Con el libro apresado férreamente, Leo comprueba que, cerrado, no funciona. Necesita estar abierto para poder emanar todo su maléfico poder.

Atrapado a su vez por el poderoso tentáculo de Cthulhu, ha volado a las tinieblas superiores de la caverna, atravesando una catedral tambaleante y ahora emerge para extasiarse con el espectáculo de la gigantesca nave que irradia su hipnótica luz sobre una ciudad en negativo, misteriosamente apagada. En su vuelo, que arrancó brioso, cargado de furia, percibe un desvanecimiento, como si la fuente que suministró la energía a Cthulhu —el *Necronomicón*, el libro— estuviera fallando. Entre sus brazos cruzados, magullado, polvoriento, Leo percibe los intentos desesperados del libro por

desasirse mientras las voces se interfieren débiles, confusas, lejanas. Frente a él, como la torre de Pisa, el otro tentáculo, gemelo del que les ha hecho volar al libro y a él, ha logrado desquiciar de su eje la soberbia torre de la catedral de Toledo, que presenta una inclinación de unos treinta grados. Pero desde que se ha hecho con el libro y lo ha cerrado, todo parece estar ralentizándose: el tentáculo se desenrosca y afloja la presión sobre la torre, que recupera su conformación habitual, mientras el siniestro apéndice se sumerge otra vez en las entrañas del subsuelo de la catedral.

Pero siguen las voces superpuestas, roncas, mortecinas: «Abre el libro; nunca tan cerca como ahora de cumplirse el ciclo. Simplemente retrasarás la ruina de tu miserable especie y renunciarás a la gloria y a la inmortalidad que sólo yo puedo ofrecerte. Ábrelo, Ptxeko, ábrelo para mí. Ah, me hundo en el sueño. Dormiré nuevos evos, pero vuestras pesadillas serán más intensas y más viejas. Me has defraudado profundamente».

¿Y la nave? ¿Volaría hacia otra galaxia, a una dimensión diferente, o regresaría a la laguna inferior, sellando nuevamente el sueño eterno de Cthulhu?

Al menos, el espíritu de Bruno ya había podido escapar de todo aquello con el humo, y sólo unos confusos restos minerales carbonizados sobre el piso de la nave evocarían aquel túmulo infausto. Leo percibe cómo el «ser» va perdiendo fuerza en un descenso lánguido, onírico, frontalmente opuesto al ascenso que había sido pujante, vertiginoso. Las enloquecidas gárgolas chillan y revolotean desesperadas. Hasta le parece distinguir algo parecido al llanto en alguna de ellas. El tentáculo los deposita a él y al libro al pie de la gran escalinata de la cueva y se repliega como una gigantesca culebra hasta

desaparecer en la laguna negra. Antes de sumergirse, de la negra mole le llega la mirada reprobadora de un ojo maligno, escrutador, en pugna por ceder al sueño final.

La nave majestuosa e incandescente desciende, ocupando casi todo el ámbito de la inmensa gruta, hasta encajarse otra vez sobre la gran poza, encima del Gran Cthulhu.

Leo se incorpora, se sacude el polvo de su trinchera, comprueba que los daños son menores y se dirige, una vez más, a la nave. Quizá por última vez.

De un caño de agua en el claustro, Leo se salpica alborozado los brazos, el rostro, la nuca, el cabello. A continuación, sacude enérgicamente su ropa y trata de recomponérsela. Se dice que, a pesar de sus esfuerzos, sin duda debe de evocar a los viajeros que cruzan en *jeep* el Sahara o a alguno de los antiguos «clientes» de la Casa de los Mendigos. Y, mirándose en un espejo imaginario, trata de domar la alborotada cabellera con la punta de los dedos haciendo las veces de un peine.

Desde el claustro, al que accedió

desviándose por una cámara lateral al final del laberinto superior en la que había percibido un generoso haz de luz exterior, se introduce en la catedral. Está llena de gente, fieles muy endomingados y pequeños grupos de turistas que atienden las normas de no interferir el culto. Leo mira el calendario de su reloj: ocho de diciembre, día de la Inmaculada. El cielo azul y una mañana soleada, con esa cosa veraniega que tienen los días festivos, casi consiguen hacerle olvidar que lo más crudo del invierno está a la vuelta de la esquina.

De repente, ante él se alza la capilla de la Descensión de la Virgen. Conoce

la leyenda acerca de un meteorito que constituye el máximo tesoro o secreto de esa capilla. Una reja permite tocarlo y compartir su gran energía, el privilegio de haber sido hollado por los pies de la mismísima Virgen, la Diosa Madre, cuando descendió para honrar a san Ildefonso. Conoce la leyenda, pero nunca hasta ese momento se le había ocurrido introducir su mano a través de la reja y situar las yemas de sus dedos índice y corazón en los huecos que cientos de miles de dedos han practicado en la superficie de la oscura piedra, cuyo tacto es a la vez frío y grasiento. Lo ha hecho consciente de la

solemnidad del gesto, no buscando energía para sí, sanación, protección ni cosas por el estilo. Ha sido un estricto signo de acción de gracias después de una sesión en el infierno.

Al salir a la calle, la luz le deslumbra hasta casi cegar sus ojos. Algunos niños portan globos de colores y hay mimos en las esquinas de las calles céntricas. Cuando quiere corresponder con una moneda a una exquisita tocadora de zanfoña, echa en falta el libro en el bolsillo de su tres cuartos. Se estaba empezando a acostumbrar a él, pero está mejor donde está, custodiado como lo que es (un

botín de guerra) por los capitanes de la nave, a salvo de imprudentes u osados manipuladores. Cuando volvió a internarse en la nave, para depositarlo en el suelo justo donde aún quedaban algunos rodales chamuscados con las cenizas del túmulo de Bruno, había sentido que, al final, su amigo muerto había triunfado más allá de la muerte porque había conseguido el libro.

Rumbo a Zocodover, la calle del Comercio presenta una animación dominguera con familias y grupos de turistas que van y vienen, bullangueros y alegres. Entonces, toma el móvil y comprende que su primera llamada tiene

que ser para Lucía, larda en contestar. ¿Se habrá acostado?

—Leo, qué bueno que llames. ¿Te encuentras bien?

—Golpes y rasguños, la ropa hecha jirones y salpicado de barro hasta las cejas, presento peor aspecto que los inquilinos de la Casa de los Mendigos, pero en general se puede decir que me encuentro bastante bien. Hace un día radiante.

—Puedo percibirlo, aunque estoy en la habitación con las persianas bajadas y las cortinas cerradas. De repente, se me ha venido encima todo el cansancio de las noches pasadas y tengo una

sensación de paz que me invita a dormir unas horas.

—Cuando te despiertes, me encantaría compartir un té contigo en el parador.

—Quiero tomar un tren para Madrid enseguida. No puedo demorar por más tiempo mis asuntos allá; pero hablaremos, seguro que lo haremos cuando hayamos asimilado todo esto. Dentro de un tiempo...

Ambos callan unos segundos. Al fin él dice:

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho. ¿Sabes? Cuando nos veamos, yo también quiero contarte una

historia. Es una leyenda toledana. Se titula *La mujer del alarife*, aunque casi todo el mundo la conoce como *La mujer del arquitecto* o *La dama blanca*.

—La escucharé con gusto, Leo, y de principio a fin, no como tú.

Risas de los dos. Alegría de reconocerse al fin y de apreciarse.

—Gracias por llamar, aunque supongo que, si no lo has hecho, alguien muy importante para ti espera también una llamada. ¡Qué sueño, me hundo en él! Adiós, Leo, gracias por todo lo que has hecho por Bruno.

Atravesando la puerta de Alarcones y luego la del Sol, bajaría por Santiago

del Arrabal y por la Bisagra Vieja en dirección al parque del Circo Romano. Allí enterraría en algún lugar la pieza que abre el acceso a la nave. Tal vez algún niño la encontrará en el futuro, tal vez a ese mismo niño o a otra persona a la que él decida dársela les sirva de ayuda cuando el ciclo se ponga a prueba de nuevo.

Después llamará a Ana. Puede que le apetezca un paseo por el río. Intuye que le va a gustar conocer al Pescador.

EPÍLOGO

A LO LARGO DEL RÍO

Pasado el tiempo de los temporales, se borran los letreros de la senda ecológica, las ramas abatidas y el barro reseco mineralizando astillas estorban el paso mientras el río fluye manso bajo el puente, indestructible ya, de la leyenda. Es como si una banda de invisibles titanes se hubiese dedicado a patear el cauce y las riberas, asolándolo todo a su

paso y despertando la furia espectral de los condenados a ser arrojados al vacío desde la roca Tarpeya.

Aparte de los pescadores, tenaces a pesar de la más que evidente degradación del río, algunas familias y grupos de amigos hacen *picnic* en sus orillas. La mayoría son inmigrantes del Este de Europa: se hace raro verles fuera de las obras o de las barras de los bares, disfrutando de un día de manteles a cuadros sobre la desordenada y agreste hierba, comiendo y bebiendo, jugando a las cartas entre amigos.

La paz del invierno, esos días en que el sol disipa las escarchas y las brumas

heladas del amanecer, pugna por instalarse sobre el torreado peñón toledano.

El Pescador y Cerbero están lanzando sus cañas. Un día de pesca suele ser un día feliz. Y es un pecado desaprovechar el don de un día feliz.

—Fíjate que revitalizan el río — observa el Pescador, señalando con un leve alzamiento del rostro a los grupos de inmigrantes que se desperdigan alrededor—. Los de aquí prefieren las piscinas, la tele, todo eso...

—Ya estamos con la copla —replica Cerbero—. ¿Qué te piensas? ¿Que a todos estos no les gustan esas cosas?

—Psé —contesta el Pescador con escepticismo.

—Lo que pasa es que aquí no hay que pagar...

Hay un chillido de gaviotas resonando entre las altas rocas. Cerbero se para a mirar a los grupos de esclavos con algún detenimiento. Algunos pescan. Como ellos.

—Vale: puede que también sientan algún aprecio por el río —admite.

El Pescador sonríe apenas perceptiblemente, sin dejar de atender al pez que ronda el cebo.

Todos los pájaros del valle parecen haber encontrado acomodo en su isla,

pasado el Puente. El disco solar se balancea suavemente sobre la superficie del Tajo, que amaga detenerse. Hasta las cien campanas de la ciudad guardan una suerte de ritual silencio.

—Cada vez hay menos peces — observa Cerbero.

—Mientras quede uno, bajaré a pescarlo —contrarresta su compañero—. Verás como el río se regenera un día. Ha sobrevivido a todo.

—Después de la guerra, como había tantas bombas y tanta hambruna, de noche pescaban peces a bombazo limpio.

—El hambre brutaliza al hombre —

sentencia el Pescador.

Pica el pez. Se trata de un ejemplar bastante joven apenas ingresado en la edad adulta. Una vez más, el Pescador lo libera y lo devuelve al río.

—¿Sabes? —comenta—. Hubo un pintor que se decidió a proseguir la obra del Greco, tres siglos y medio después.

—¿Y eso?

—Se atrevió a meter los pinceles al otro lado del espejo, entre las tripas de las extáticas visiones del maestro. Se llamaba Guerrero Malagón.

—Me acuerdo de él —dice Cerbero—: Era un hombre cordial que enseñaba en la escuela de Artes, hace ya unos

cuantos años.

—Tiene un cuadro tremendo, *La barquera del Tajo*, en el que una patera cargada de muertos baja por el río, que está a su vez repleto de calaveras en sus márgenes.

—Creo recordar que pintaba también máscaras y carnavales, gente divirtiéndose —apunta Cerbero.

—También. En realidad, el cuadro sugiere el paso de una orilla a otra, donde la Barquera practicaría la antropofagia, dejando bien mondas las calaveras. Pero admite sin duda la otra lectura: una barca de la muerte descendiendo por el río...

Tras una breve pausa, el Pescador añade:

—La muerte pasó ya por Toledo. ¿Sabes cómo me gusta más el río?

—Personalmente, entre los entierros y los carnavales, me apunto a los segundos.

—Yo prefiero ni los unos ni los otros: elijo la tranquilidad de ahora, este paréntesis...

—Hoy no bajarán —dice Cerbero con un punto de melancolía.

—Te gusta ella, ¿verdad?

—Mucho —Cerbero se echa hacia atrás el flequillo en un gesto que, de repente, lo rejuvenece—. La veo como

la mujer que siempre soñé y que nunca llegó.

—¿Y cómo no saliste a buscarla? — pregunta el Pescador.

—Lo hice un tiempo, no te vayas a pensar. Pero yo no valía para las artes del cortejo, ya sabes, todas esas cosas: bailes, confidencias, declaraciones, tercerías... Además, el río ya me tenía hechizado desde crío.

Cesan los graznidos y el sol hace fulgurar la rizada superficie del Tajo *con la* belleza de un plano de Murnau.

—Siempre pensé que ella (la mujer ideal) bajaría al río, a encontrarse conmigo. Figúrate qué delirios. Pero el

chico se la tiene ganada, desde luego.
Trabajó duro y bien.

—Sólo hizo lo que tenía que hacer.

—Lástima que hoy no van a venir.

—Él anda muy liado con lo de la novela.

—Y con lo que no es la novela.
¿Viste cómo acariciaba su tripita la otra tarde y luego acomodaba la cabeza en el regazo, y cómo ella le revolvía el pelo la mar de cariñosa?



ANTONIO LÁZARO. Escritor y filólogo español, Antonio Lázaro (España, 1956) compagina su dedicación a los clásicos españoles con el fervor por la literatura fantástica e histórica, normalmente con una ambientación histórica muy lograda,

entre las que habría que destacar su colección de relatos *Los ruidos del jardín* y novelas como *El balcón*, *El club Lovecraft*, *Memorias de un hombre de palo* o *La cruz de los ángeles*.

Lázaro ha ejercido la docencia en varias universidades europeas y es un colaborador habitual de la prensa escrita, bien como columnista o bien como crítico literario. Además de su labor novelística, Lázaro también ha escrito poesía, teatro y relato corto, y ha ganado los prestigiosos premios Fernando de Rojas (1995) y Don Quijote (1996).